PROCESO DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA DEL SUR

M.ª Asunción Martín Lou y
Eduardo Múscar Benasayag

COLECCIONES
MAPFRE
1492

El porcentaje de la población de América del Sur que habita en ciudades pasó, desde la época precolombina hasta nuestros días, desde el uno al setenta por ciento de la población total. En la actualidad, el crecimiento desmesurado de las ciudades, sumado a la crisis económica, ha provocado una situación cuya solución resulta un tema pendiente. Entender la dinámica que conduce a ella obliga a indagar cuáles fueron los factores que incidieron en el proceso de urbanización y ocupación del espacio y el papel desempeñado por las ciudades en la organización del territorio sudamericano, caracterizando sus procesos y modelos, distinguiendo las regiones en que emergieron, diferenciando las diversas condiciones actuantes y cómo han influido en la actual conformación del espacio. Los autores efectuan un documentado recorrido histórico que, partiendo del período precolombino, ofrece una panorámica de la evolución del asentamiento humano en América del Sur a lo largo de los cinco últimos siglos.

María Asunción Martín Lou (Zaragoza, 1944). Doctora en Geografía. Colaborador Científico del C.S.I.C.
Eduardo Múscar (Sáenz Peña, Chaco-Argentina, 1949). Doctor en Geografía. Profesor Titular de la Facultad de Geografía e Historia de la Universidad Complutense.

Colección Ciudades de Iberoamérica

PROCESO DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA DEL SUR
MODELOS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO

Director coordinador: José Andrés-Gallego
Director de Colección: Manuel Lucena
Diseño de cubierta: José Crespo

Paseo de Recoletos, 25 – 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-556-5
Depósito legal: M. 26764-1992
Impreso en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
Carretera de Pinto a Fuenlabrada, s/n, km 20,800 (Madrid)
Impreso en España – Printed in Spain

M.ª ASUNCIÓN MARTÍN LOU
EDUARDO MÚSCAR BENASAYAG

PROCESO DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA DEL SUR

Modelos de ocupación del espacio



Paseo de Recoletos, 25 - 28004 Madrid
ISBN: 84-7100-[illegible]
Depósito legal: M. [illegible]-1992
Impreso en los talleres de [illegible]
Carretera de Pinto a Fuenlabrada [illegible]
Impreso en España - Printed in Spain

ÍNDICE

PREFACIO

El gran crecimiento que registran las ciudades del Tercer Mundo es un fenómeno que por su dimensión y efectos sociales y espaciales ha sido objeto de estudio de exhaustivas investigaciones que lo abordan desde diferentes enfoques disciplinarios. El territorio iberoamericano no es ajeno a este proceso, especialmente cuando se estima que en el año 2000 aproximadamente el 90 por ciento de su población estará radicada en centros urbanos.

El fenómeno de la urbanización en Iberoamérica constituye un tema que por su interés y especificidad ha encontrado un espacio propio en el ámbito científico. Sin embargo es poco común encontrar una obra que abarque toda la historia y analice sus distintos aspectos en forma integral, es decir, con todas sus connotaciones y consecuencias sociales, políticas, económicas y espaciales. Por otra parte, la mayoría de los análisis tienden a ser parciales, limitándose al tratamiento de problemas regionales o de ámbitos urbanos específicos.

Si nos situamos frente a la realidad de América del Sur en los aspectos que conciernen a la distribución de la población, a los sistemas de ciudades y a los usos del suelo, cabe preguntarse cuáles fueron los factores de orden político, económico e ideológico que incidieron en la estructuración que en la actualidad presenta esta porción del territorio americano. Basándonos en este interés global, fue nuestro propósito inicial elaborar una obra comprensiva que recogiese las principales secuencias históricas de un fenómeno urbano que se remonta a épocas precolombinas y se desarrolló a lo largo de los últimos quinientos años.

Si bien este objetivo inicial es algo diferente a los usuales, en realidad no hacemos más que añadir algún valor agregado a los estudios

existentes, respetando el invalorable aporte de sus distintos enfoques, imprescindibles para emprender y concretar un trabajo como el que aquí se presenta. Además del material consultado, nuestra experiencia personal nos ha permitido introducir nuevos datos, con los que queremos sumarnos a la ímproba labor desarrollada por reconocidos investigadores en aras de un mejor conocimiento de la realidad social y espacial iberoamericana.

El interés que suscita el tema de la urbanización en América del Sur nos ha llevado a plantear un esquema de análisis que pretende caracterizar la ocupación del espacio a través del estudio de los principales factores que operaron en las distintas etapas de su historia. Esto se debe a que entendemos que los impactos territoriales de los diferentes modelos de ocupación del espacio son el resultado directo de las estrategias que caracterizan a cada época según los cánones políticos, económicos e ideológicos dominantes.

El objetivo principal que persigue la presente obra tiene una doble vertiente: por un lado, delinear la dinámica del proceso de urbanización y ocupación del espacio durante los diferentes períodos históricos, y, por otro, estudiar el papel que jugaron las ciudades en la organización del territorio sudamericano.

Los objetivos particulares que surgieron de estas ideas generales son numerosos:

— Caracterizar los procesos de urbanización y modelos de ocupación del espacio.

— Distinguir las diferentes regiones que dieron lugar a la emergencia de estos procesos.

— Diferenciar los factores físicos, económicos y políticos que influyeron en cada período, posibilitando o inhibiendo la ocupación del territorio.

— Conocer los factores endógenos y exógenos que determinaron la organización del espacio sudamericano en su situación actual.

— Comprender cómo han influido los diferentes componentes del sistema social —económicos, políticos e ideológicos— en la conformación del espacio actual.

El continente descubierto en 1492 no estaba en modo alguno deshabitado. Los grupos nativos que ocupaban las tierras sudamericanas tenían hacia esa fecha estructuras sociales y territoriales propias sobre las que se asentaron las nuevas formas aportadas por el modelo de do-

minación colonial. El ajuste entre ambos sistemas originales —que llevaría al desplazamiento y a la sucesión del modelo autóctono y a la conformación de una alternativa propiamente americana— fue un proceso largo y traumático que produjo, a lo largo del tiempo y a través de las distintas coyunturas, cambios profundos en los elementos ideológicos, políticos y económicos de la nueva sociedad en formación.

Las interrelaciones entre estos componentes de la estructura social y el predominio de unos sobre otros durante los distintos períodos por los que atravesó la historia iberoamericana, definieron patrones de comportamiento factibles de ser tipificados en modelos sociales, que permiten, a su vez, caracterizar las correspondientes formas de ocupación del territorio.

En general, son los aspectos económicos los factores determinantes del proceso de conformación de cualquier espacio, y el caso sudamericano no es ajeno a esta aseveración. Obviamente, aceptar el papel dominante de los aspectos económicos en la conformación social y espaciales no implica dejar de lado las cuestiones políticas e ideológicas imperantes, ni prestar menos atención a las referencias de carácter físico, ya que todo ello, conjugado, otorga características propias a la organización de las estructuras territoriales y urbanas del continente.

La historia de la organización del espacio es naturalmente urbana y rural. Pero es en las ciudades donde hay que buscar el origen de los cambios que se han producido en el territorio. Por este motivo, se usa como herramienta técnica de análisis los índices de urbanización —porcentajes que representan la cantidad de población radicada en ciudades respecto de la población total—, cifras que permiten entender los cambios en la composición demográfica y la localización de la sociedad en el espacio. Lo importante es ver cuáles fueron los factores que actuaron en la evolución de ese índice —que pasó de valores que apenas alcanzaban el 1 por ciento durante el período precolombino a niveles promedios que en la actualidad superan el 70 por ciento— y cómo las ciudades organizaron el territorio al compás de su crecimiento.

Este trabajo consta de ocho capítulos, seis de los cuales están dedicados a estudiar el espacio sudamericano y los distintos procesos de urbanización y ocupación que se desarrollaron a lo largo de su historia. De los restantes apartados, uno presenta una serie de reflexiones finales y otro ofrece una reseña bibliográfica comentada, donde se presentan los principales trabajos ya realizados sobre estos aspectos.

El capítulo primero está destinado a los *ambientes naturales* que caracterizan el espacio sudamericano. En este apartado se analizan las principales unidades de relieve que, junto con las aptitudes edafológicas y los climas dominantes en cada zona, dan como resultado el desarrollo de una determinada vegetación. Este capítulo tiene como objetivo describir los ambientes en los que se desarrollan las actividades humanas y las relaciones que se establecen entre aquéllos y la población. Por otra parte, se trata de demostrar cómo el relieve, el clima y los suelos constituyeron alicientes, condicionantes o impedimentos para la implantación de las primigenias manifestaciones humanas y de las que surgieron después del descubrimiento de América, hasta nuestros días. Las potencialidades económicas que ofrecen estos ecosistemas para sus aprovechamientos actuales son también aspectos que subyacen en este capítulo, así como los posibles desequilibrios que podría significar el mal uso de los recursos naturales.

El *período precolombino* es el tema del segundo capítulo y abarca el lapso comprendido desde la aparición del hombre americano hasta la llegada del hombre europeo, y donde se trata de rescatar los relatos acerca de las noticias que confirman la existencia de marcados signos de urbanización. El capítulo analiza los incipientes atisbos de urbanización surgidos en el ámbito andino central a fin de detectar las formas en que la civilización dominante en el continente —la incaica—, con su especial sistema político y económico, llevó adelante la organización de sus espacios urbanos y rurales. Además de este grupo social dominante, el resto del espacio sudamericano estaba habitado por otras parcialidades indígenas, que vivían beneficiadas del amplio abanico de posibilidades que les brindaba la rica y variada naturaleza del subcontinente, a las que también se les presta atención para presentar un panorama de cómo era el mundo americano antes de la irrupción europea.

El tercer capítulo aborda la etapa del *período colonial* que se inicia en 1492 y culmina en el siglo XIX. Son puestos de relieve los acontecimientos sucedidos en los más de trescientos años de vida dependiente de las coronas española y portuguesa, analizando los distintos momentos de la conquista y la colonización. Sus líneas argumentales se basan en el proceso fundacional de ciudades, las estrategias de ocupación del espacio y las políticas y los sistemas de control empleados durante este período. La vida colonial en todas sus facetas relacionadas con los procesos de urbanización tienen un marcado peso. La urbanización, distri-

bución de la población, ciclos y actividades económicas merecen un trato destacado, así como el papel de la ciudad en la conformación de su *hinterland* y su región actuando como prestadora y distribuidora de funciones. La formación de las incipientes redes urbanas y sus relaciones con otras lejanas a través de los intercambios de bienes de consumo son otros aspectos destacados en este capítulo. Los ciclos económicos y sus repercusiones sobre el proceso de ocupación del espacio y sobre la sociedad a través de cambios económicos y demográficos demuestran la intrincada trama de relaciones que conciernen directamente a la urbanización de vastas zonas de América del Sur. Los cambios que sobrevienen a mediados del siglo XVIII, con sus consecuencias en los niveles urbano, demográfico, político, económico y sus impactos espaciales, se presentan como un subperíodo dentro de la división cronológica establecida. Por último, a manera de síntesis, se describe el modelo general de dominación espacial.

El siglo XIX o *período independiente* se analiza en el capítulo cuarto. En este período una serie de acontecimientos sorprenden y conmocionan la sociedad sudamericana, que, combinados, precipitan y dan como resultado la independencia de diferentes regiones que luego pasarían a formar los países del área. Tales acontecimientos, con sus repercusiones sociales, económicas y políticas, impactan el proceso de urbanización que había tenido lugar con anterioridad. El despertar de una economía liberal, con gérmenes presentes ya en el siglo anterior, y el cambio de las hegemonías internacionales y nacionales tuvieron una amplia repercusión en las sociedades sudamericanas. El desplazamiento de los ejes hegemónicos del Pacífico al Atlántico tras la apertura de nuevos puertos al servicio de los capitales europeos provocaron cambios acelerados, que llevaron a la incorporación de los nuevos países a la economía internacional a través de la comercialización de sus materias primas. El súbito cambio sorprendió a muchos países en una situación de franca expansión económica y espacial a través de la incorporación de nuevas tierras al sistema productivo. Las ciudades que habían ejercido hegemonías en el período colonial abdican de las mismas a favor de otras que se erigen como las más prósperas y que pasan a dominar los panoramas nacionales. Otras ciudades, que habían funcionado como centros artesanales, se deprimen debido a la falta de fuerzas para competir con las manufacturas importadas. Un nuevo proceso fundacional, tan fuerte como el de los primeros sesenta años del período colonial, sa-

cude a regiones estancadas, inexploradas o inexplotadas, en los países templados del Cono Sur americano. Un fuerte aluvión inmigratorio favoreció el proceso de urbanización y de fundación de nuevas ciudades, a la vez que contribuyó a cambiar la mentalidad de las incipientes sociedades sudamericanas. Si bien en este siglo se asiste a la independencia política, una nueva manera de dependencia —la económica— se cierne sobre los distintos países. La población comenzó a crecer a ritmos asombrosos, y la concentración de la misma en centros urbanos predice una tendencia que se irá acentuando paulatinamente. Las capitales nacionales se afirmarán en sus papeles hegemónicos, consolidándose el fenómeno de la macrocefalia que se había iniciado en los albores de la época colonial.

El siglo XX, por su cercanía temporal y por ser el espacio de tiempo en que se suceden hechos que, en muy cortos plazos, modifican profundamente las estructuras sociales y territoriales y donde se encuentran las claves de su evolución futura, es objeto de mayor atención, dedicándosele dos capítulos. Esta centuria, próxima a concluir, es rica en acontecimientos que se dan en forma acelerada provocando grandes cambios insertos en el nuevo orden internacional.

El capítulo quinto estudia la primera mitad del siglo, abarcando el período que transcurre entre dos modelos económicos distintos: *de la agroexportación a la industrialización*. En este período ocurren varios acontecimientos que inciden de manera directa en los países sudamericanos. Desde principios de siglo el vaivén económico y social tiene como origen, más que situaciones internas, ciertos acontecimientos internacionales. Desde la Primera Guerra Mundial, que poco incide en el favorable desarrollo del continente, hasta la depresión de 1929, que definitivamente despierta en los grupos nacionales las inquietudes siempre presentes de romper con la dependencia de los mercados internacionales para la exportación de sus materias primas. El proceso de sustitución de importaciones se consolida en los países más desarrollados del área, desatando un crecimiento acelerado de las ciudades en las que se asientan las primeras industrias nacionales. La imagen de las anteriores grandes ciudades se verá transformada radicalmente en sus morfologías: las industrias localizadas en el extrarradio atraen una mano de obra que, desde las áreas rurales del interior, afluye a los nuevos centros de productividad, que crecen anárquicamente.

El capítulo sexto analiza los cambios operados en la sociedad sudamericana con posterioridad al positivo desarrollo económico generado gracias al proceso de sustitución de importaciones, estudiando el período que transcurre desde *la industrialización al deterioro de las estructuras económicas y sociales*, que afecta al continente sudamericano en la actualidad. Hasta los años sesenta, el modelo industrial había ayudado efectivamente a la consolidación económica de muchos países, aun a costa de aceptar el crecimiento desmesurado de las principales ciudades y el vaciamiento del campo. La bonanza económica promovida por el empresariado local —que, por otra parte, ya desde los años cincuenta había comenzado a sentir los efectos de la incorporación de los capitales extranjeros— alcanzó sus límites de crecimiento hacia los años setenta, momento en que los gobiernos nacionales —mucho de ellos dictaduras militares— consideraron necesaria la incorporación de modelos liberales de crecimiento que superasen las barreras estructurales existentes en las economías nacionales. La necesaria incorporación de nuevos flujos de capitales llevaron a una excepcional captación de recursos financieron internacionales, adquiriendo préstamos con intereses flexibles. La escasa reactivación local, sumado a los problemas emergentes en el panorama internacional a raíz de la «crisis del petróleo», hizo difícil el retorno de las obligaciones contraídas con los países prestamistas. A partir de 1980, el peso de la deuda externa se hace insostenible: los intereses se elevan, el panorama internacional se deprime y la adquisición de materias primas y de los escasos productos manufacturados que tienen colocación en el mercado exterior se reduce. El gran volumen de la deuda convulsiona las economías ya alicaídas y compromete aún más el desarrollo de los países americanos.

La profunda crisis económica aparta a los países de la región de un posible crecimiento y los sume en un estado de total depresión. Las ciudades acogen ingentes cantidades de personas en un espacio carente de los mínimos servicios de infraestructura social, de viviendas o suelos accesibles. El desborde físico de las ciudades inhibe las posibilidades de realización de los planes impulsados por los gobiernos locales, dejando al azar los problemas de amplios sectores de la población sumidos en la pobreza urbana. La situación actual de las grandes ciudades es una incógnita a desvelar y un tema pendiente de resolución mientras no existan los recursos humanos y económicos adecuados para resolver los grandes problemas que se registran en extensas regiones del continente sudamericano.

En el capítulo [illegible] se analizan los cambios ocurridos en la sociedad sud-americana, para [illegible] el modelo de desarrollo económico [illegible] de [illegible] el proceso de [illegible], considerando [illegible] todo que [illegible] la [illegible] de la [illegible] y [illegible] actualidad. Hasta los años sesenta, el modelo industrial había [illegible] a la [illegible] a la [illegible], pero a costa de [illegible] el [illegible] de los principales [illegible] y el vaciamiento del campo. La dinámica económica promovida por el empresariado local —que, por otra parte, ya desde los años cincuenta había comenzado a sentir los efectos de la incorporación de los capitales extranjeros— alcanzó sus límites de crecimiento hacia los años sesenta, momento en que los gobiernos nacionales —muchos de ellos dictaduras militares— impulsaron con fuerza la implementación de modelos liberales de crecimiento [illegible] en la economía [illegible] incorporación de [illegible] por parte de capitales [illegible] a una [illegible] capacidad de [illegible] intereses [illegible] en el panorama internacional [illegible] de la [illegible]. A partir de 1980, el peso de la deuda externa [illegible] los [illegible] el [illegible] internacional [illegible] de materias primas y de los escasos productos manufacturados que [illegible] en el mercado externo se redujo. El gran volumen de la deuda contraída por las economías [illegible] compromete aún más el desarrollo de los países sudamericanos.

La [illegible] crisis económica [illegible] a los países de la región [illegible] crecimiento y los [illegible] en un [illegible] de [illegible] depresión. Las ciudades acogen inmensas cantidades de personas en un espacio carente de los mínimos servicios de infraestructura social, de viviendas o [illegible]. Lo [illegible] de las ciudades [illegible] las posibilidades de [illegible] por los [illegible] locales, [illegible] los problemas de amplios sectores de la población [illegible] en la pobreza [illegible]. La [illegible] actual de las grandes ciudades es una [illegible] y [illegible] pendiente de [illegible] para [illegible] los [illegible] y [illegible] para resolver los grandes problemas que [illegible] en estas regiones del continente sudamericano.

Capítulo I

LOS AMBIENTES NATURALES DE AMÉRICA DEL SUR

Para emprender adecuadamente el objeto de este libro sobre los modelos de ocupación espacial en América del Sur, necesariamente tenemos que detenernos en un análisis de ese espacio, de sus componentes naturales, ya que, sin caer en un determinismo geográfico absoluto, estos componentes, modificados por la acción del hombre sobre su entorno en función de sus necesidades y de su evolución cultural y técnica, van a ser, sobre todo a partir de 1492, artífices del proceso de organización espacial.

Como veremos por el proceso sociocultural desarrollado en tierras sudamericanas anterior a la llegada de los europeos, el espacio apenas se encontraba modificado por la intervención humana. Habrá que esperar varios siglos para que este espacio sufra grandes embates debido al descontrolado uso de los recursos naturales.

El descubrimiento de las primeras tierras dominadas por el clima tropical fue quizás la mayor sorpresa

> ... los conquistadores tenían la obsesión del mundo tropical —un ámbito económico complementario de la Europa templada—, cuyos productos habían llegado al Mediterráneo sin que los europeos pudieran conocer durante mucho tiempo sus lugares de origen [1].

Los conquistadores descubrieron, además de una naturaleza desbordante, un mundo con escalas diferentes a las del medio del que provenían: verdes y abruptos accidentes topográficos, ríos caudalosos y an-

[1] Romero, J. L., *Latinoamérica: las ciudades y sus ideas*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1976, p. 46.

chos como mares, vegetación impenetrable, enormes distancias hasta sus objetivos. Estos hechos que les presentaba la naturaleza condicionaron sus reacciones y sus expectativas.

Primero, lógicamente, fue el trópico lo que deslumbró a los europeos: la ausencia de inviernos y de estaciones secas, las dos maldiciones de la Europa agrícola mediterráneo-continental. Desde 1493, al mismo tiempo que llegaban los primeros emigrantes ibéricos, llegaron también especies vegetales y animales que los colonizadores intentaron aclimatar con diferentes resultados. En los primeros espacios colonizados, los cereales, la vid y el olivo, sucumbieron tras diversos intentos, «ante la consternación de gentes cuya base de alimentación la constituían el pan de trigo, el vino, la aceituna y otros productos mediterráneos» [2]. Habría que esperar varias décadas o siglos para que estas especies encontraran su hábitat en tierras del altiplano andino, en los valles centrales chilenos o en las praderas del Plata.

La vasta superficie de América del Sur, cifrada en unos 18 millones de kilómetros cuadrados, alberga una variada topografía y unas zonas climáticas en las que se desarrollan todos los climas existentes en el planeta. Destacan en el subcontinente un sistema de montañas, de orientación norte-sur, con más de 8.500 kilómetros de extensión en el sentido meridiano. Estas montañas, con su orientación y extensión, hablan a las claras de las configuraciones climáticas.

Por otra parte, presenta dos macizos situados en la zona intertropical y una sucesión de llanuras de norte a sur en las que a veces afloran viejas estructuras. Las grandes cuencas hidrográficas adquieren unas dimensiones continentales: casi todas ellas, con nacientes en los Andes, derraman sus aguas en el Atlántico dejando atrás amplios estuarios y deltas.

Durante extensos períodos del terciario, América del Sur fue un continente aislado hasta que en la edad del hielo, debido a la elevación del norte de los Andes, el estrecho de Panamá pasó a ser tierra firme.

El continente tiene un área muy pequeña ubicada en el hemisferio norte, con una extensa franja tropical y una estrecha conexión que la une a Centroamérica, donde la anchura máxima es de 82 kilómetros. En

[2] Céspedes del Castillo, P., Ed. Anaya, Madrid, 1988, p. 308.

tal sentido, cabría considerar a Sudamérica como un continente-isla, como Australia, dado que está rodeada de océanos abiertos. Su posición alargada en la dirección de los meridianos hace que se extienda desde los 12° norte a los 55° sur de latitud, con una forma triangular cuya base está ubicada al norte y que se va angostando hacia el sur. Ofrece cambios climáticos del trópico al subtrópico y de éste a tierra templada y fría hasta el borde mismo de las regiones subpolares. Más de la mitad de su superficie se desarrolla en los intertrópicos, y sobre el ecuador astronómico adquiere su máximo desarrollo oeste-este. El angostamiento del continente, que comienza a hacerse patente desde el trópico de Capricornio hacia el sur, se hace más marcado en latitudes templadas y frías, hecho que acentúa la influencia marítima, atenuando las temperaturas extremas de verano e invierno.

El soporte físico de las actividades humanas

La vasta y variada gama de espacios naturales que ofrece América del Sur sirvió como soporte a las primeras etapas de colonización emprendida por españoles y portugueses. Las barreras físicas supusieron muchas veces obstáculos para los objetivos fijados de antemano o dejados al azar. El inmenso continente fue ocupado en principio en forma marginal y más tarde, con el descubrimiento de recursos mineros, hacia el interior. Pero el desconocimiento de gran parte de este ámbito interrumpió la ocupación hasta el siglo XIX, y en la actualidad aún quedan amplios espacios por explorar y ocupar.

La historia de estos quinientos años, desde que se produjo el encuentro de las culturas europea y amerindia, tuvo como escenario la rica y exuberante naturaleza y las atrayentes potencialidades que les brindó a una pléyade incursionista, ávida de engrosar riquezas a sus metrópolis y a sus arcas propias, un espacio colosal en la América Mágica. Sobre este soporte natural se fundaron ciudades, se explotaron sus recursos naturales, se cultivaron sus tierras vírgenes, siendo por otra parte testigo de las hazañas y penurias de propios y ajenos. Pero también sobre él actuaron como legítimos herederos pueblos que accedieron a su independencia y que dispusieron de sus estados y de sus recursos para emprender nuevos designios, integrando en su seno a todos los que quisieran contribuir como actores de su historia. Los procesos de urbani-

zación, la ocupación y organización del espacio tuvo y tiene como condicionantes o como incentivos los factores físicos que vamos a describir.

Con una visión esquemática, podríamos dividir el continente sudamericano en grandes unidades fisiográficas, acompañadas de sus correspondientes características climáticas, de flora y de fauna: las plataformas sobre antiguos materiales, que forman el macizo de las Guayanas, el escudo brasileño y el macizo patagónico, las montañas andinas con sus sectores septentrional, central y meridional y, entre ambas unidades, las cuencas sedimentarias que sirven de soporte a las llanuras aluviales recorridas por los caudalosos ríos que componen la red hidrográfica del continente [3].

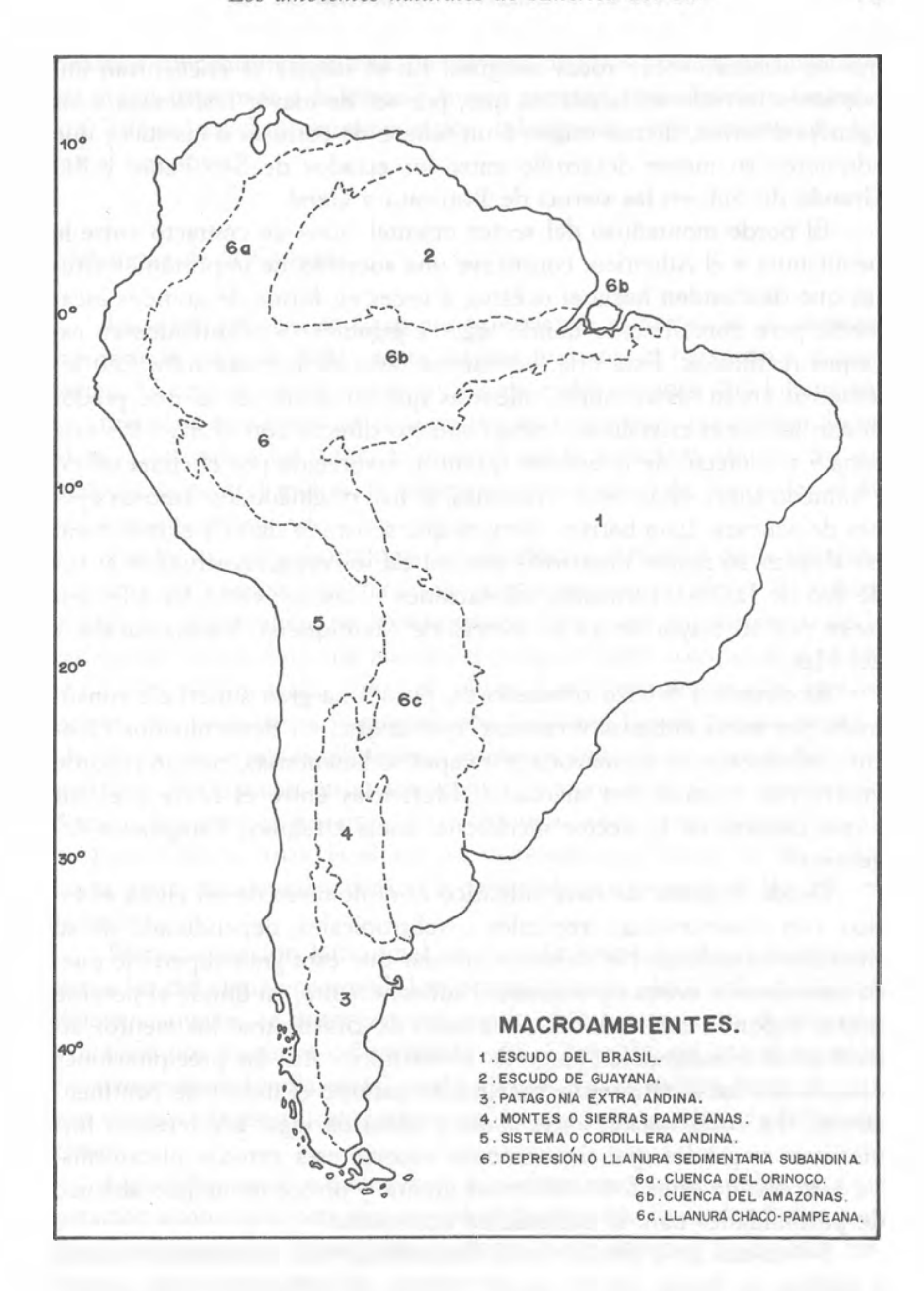
Los escudos

El escudo brasileño

Es la más extensa de las plataformas citadas y posee una superficie mucho mayor de la que aparece visible, ya que se extiende por debajo del subsuelo de extensas llanuras. Su sector oriental presenta formaciones montañosas con relieves diferenciados al norte y al sur. El reborde montañoso que presenta esta plataforma fue uno de los impedimentos para la penetración y ocupación del espacio por parte de los portugueses durante los primeros períodos de la colonización.

La erosión ha arrasado gran parte de los relieves interiores convirtiendo la zona central en una penillanura que se cubrió de sedimentos durante el paleozoico y que constituyen, en su mayor parte, el conjunto de mesetas del Brasil actual. Estos altiplanos interiores se extienden desde el reborde oriental atlántico hasta la depresión del Alto Paraguay, depresión que con una altitud no superior a los 25 metros constituye una zona pantanosa denominada Xarayes o Gran Pantanal. Estas áreas arrasadas dan lugar a la formación de extensas superficies con un relieve tabular cuya altitud no sobrepasa los 1.000 metros y que reciben el nombre de «chapadas»; están recubiertas por capas de sedimentos

[3] Morello, J., *Perfil ecológico de América del Sur*, Ed. Cultura Hispánica, I.C.I., Madrid, 1984, p. 22


10°
0°
10°
20°
30°
40°
6a
2
6b
6b
6
1
5
6c
4
3
MACROAMBIENTES.
1. ESCUDO DEL BRASIL.
2. ESCUDO DE GUAYANA.
3. PATAGONIA EXTRA ANDINA.
4. MONTES O SIERRAS PAMPEANAS.
5. SISTEMA O CORDILLERA ANDINA.
6. DEPRESIÓN O LLANURA SEDIMENTARIA SUBANDINA.
6a. CUENCA DEL ORINOCO.
6b. CUENCA DEL AMAZONAS.
6c. LLANURA CHACO-PAMPEANA.

que se asientan sobre rocas antiguas. En el sureste se encuentran importantes intrusiones basálticas que, por ser de mayor resistencia a los agentes erosivos, dieron origen a un relieve de cornisas o cuestas y que adquieren su mayor desarrollo entre los estados de São Paulo y Río Grande do Sul, en las sierras de Botucatu y Geral.

El borde montañoso del sector oriental, zona de contacto entre la penillanura y el Atlántico, constituye una sucesión de importantes alturas que descienden hacia el océano, a veces en forma de grandes escalones, pero comúnmente dando lugar a gigantescos acantilados en escarpes rectilíneos. Esta orla montañosa dista de la costa unos 250 kilómetros en su sector norte, mientras que en el sur, en el que predominan las rocas cristalinas, toma contacto directo con el mar. En esta zona y por efecto de la erosión química, favorecida por el clima cálido y húmedo sobre estas rocas cristalinas, se han originado los famosos «panes de azúcar». Esta barrera abrupta que separa la tierra y el mar océano alcanza su mayor desarrollo vertical en los espacios situados al sur de Río de Janeiro, formando alineaciones sucesivas, entre las que destacan por su mayor altura las sierras de Mantiquena, Paranapiacaba y del Mar.

El escudo o macizo brasileño es, pues, una gran superficie constituida por rocas antiguas arrasadas, que afloran en determinados espacios, recubiertas en su mayoría por capas sedimentarias, con un reborde montañoso oriental con marcadas diferencias entre el norte y el sur y que penetra en su sector meridional hacia Uruguay, Paraguay y Argentina.

Desde el punto de vista climático es el dominio de un clima atlántico, con características tropicales o subtropicales, dependiendo de su situación latitudinal. No debemos olvidar que esta gran superficie puede considerarse como un verdadero subcontinente, en donde el potente centro ciclónico instalado en el corazón de Brasil atrae los vientos atlánticos distribuyéndolos por todo el territorio. Así, las precipitaciones disminuyen hacia el interior haciéndose patente el índice de continentalidad. La combinación entre suelo y clima da lugar a diferentes formaciones vegetales que tienen como soporte esta extensa plataforma. La variedad de estas formaciones es grande y ofrece un amplio abanico de posibilidades para la explotación económica.

Sobre esta gran plataforma se desarrolla la vida económica, cultural y política de Brasil, con el mayor número de habitantes y de centros

urbanos concentrados en ella. La mayoría de estos núcleos de población se sitúan próximos a la costa y nunca superan una distancia mayor a 200 kilómetros. Los espacios vacíos, inhabitados, van aumentando hacia el interior.

Plataforma de la Guayana

La plataforma de la Guayana se extiende al norte del río Amazonas, que le sirve de límite entre los dos macizos: el brasileño y el guayanés. Tiene una forma similar a una almendra de unos 200 kilómetros en dirección este-oeste en su extremo más pequeño, no superando en el mismo sentido los 1.000 kilómetros en la zona más amplia. Su superficie alcanza el millón de kilómetros cuadrados, de los cuales el 40 por ciento corresponde a Venezuela.

Por su origen y morfología, la plataforma o macizo de la Guayana presenta las mismas características que el macizo brasileño. El relieve actual es consecuencia de la orogenia andina y del encajamiento de la red fluvial. Por tratarse de materiales antiguos sobre los que ha actuado la erosión, la topografía arrasó el relieve. Los movimientos epirogénicos posteriores provocaron la reactivación de la red fluvial, dando origen a un relieve de serranías tabulares o «mesas», con laderas escarpadas, formas que predominan en el área central y meridional de la plataforma. Aunque la sierra de Rosaima, en la frontera venezolana, alcanza una altura de 2.500 metros, la altitud se mantiene por debajo de los 1.000 en la parte occidental y central y desciende por debajo de los 500 en la oriental.

Por su situación latitudinal, sus condiciones climáticas corresponden a las del clima ecuatorial. Las precipitaciones, de 2.000 a 4.000 milímetros anuales, se producen con regularidad durante todo el año, presentando dos máximos coincidentes con el paso del sol por el ecuador. La temperatura media anual es de 25°-26°, suavizándose hacia el interior debido a la altura, pero en general la amplitud térmica es casi inexistente.

Calor, humedad y suelos ricos dan como resultado la selva, una vegetación exuberante con gran variedad de especies. En esta selva se pueden observar varios estratos de vegetación con especies madereras, tintóreas, oleaginosas, textiles y resinosas.

En los espacios en donde se da estación seca se producen las «sabanas», con vegetación a base de gramíneas y pastizales, salpicadas por manchones de bosque, en donde predominan las palmeras.

El macizo patagónico

En el extremo meridional de América del Sur se encuentra la meseta patagónica, que se extiende hasta los confines del continente en forma de triángulo adosado por el oeste a los Andes. En rasgos generales se la puede definir como una amplia meseta escalonada de este a oeste. En su mayor parte se presenta como un territorio desolado, por las características físicas del relieve y la existencia de un clima hostil.

Originariamente, muchos autores la consideran como una vasta planicie, levantada, fracturada y dislocada en grandes bloques en épocas geológicamente recientes. Desde esta perspectiva, la Patagonia sería el resultado de grandes acumulaciones sedimentarias a partir de la era paleozoica, donde posteriormente actuaron procesos erosivos y movimientos de ascenso y descenso.

El antiguo macizo patagónico, que durante los primeros tiempos geológicos estuvo separado del continente, presenta en su vasta superficie gran cantidad de sedimentos marinos y continentales del secundario y del terciario, los que a su vez luego fueron cubiertos por espesas capas de cantos rodados cementados y mantos eruptivos. Prácticamente todas las mesetas se hallan cubiertas parcialmente por basaltos.

Las características principales las presentan las mesetas escalonadas [4], que aumentan su altura hacia el oeste. La morfología se completa con sierras bajas y depresiones, algunas por debajo del nivel del mar. Los valles originados por la erosión fluvial presentan terrazas limitadas por bordes verticales que son desmesuradamente anchas, con varios kilómetros de extensión, donde se perciben fondos planos y cursos de aguas estrechos. Los cauces fluviales, muchos de los cuales llevan ocasionalmente agua, reciben el nombre de «cañadones» y a menudo ofrecen superficies salitrosas.

[4] Cuando se menciona el término de meseta también se hace referencia al mismo con los términos de planalto o plataforma.

En la actualidad se halla cubierta, en gran parte, por rocas volcánicas de distinta edad, y la influencia del macizo andino se ejerce sobre ella bajo la forma de pantalla de los vientos húmedos del Pacífico. El aporte de masas de agua, cuando es importante, permite la creación de grandes oasis en medio del desierto. Toda esta morfología llega hasta la costa atlántica dando lugar a la formación de acantilados.

Este dominio natural está regido por las masas de aire que tienen su centro de acción en el Pacífico. En su mayor parte carece de verano térmico; solamente en el extremo norte, donde las masas de aire sufren las máximas transformaciones debido, en parte, a la distancia de su lugar de origen, el relieve y el contacto con el aire caliente del norte. Las temperaturas van descendiendo hacia el sur, mientras que las precipitaciones alcanzan un mayor caudal en este mismo extremo. La estepa domina este vasto espacio barrido constantemente por vientos de componente sur-suroeste que adquieren altas velocidades. Este factor hace prosperar una vegetación de escasa altura. La estepa, arbustiva o graminosa, presenta una variedad considerable de géneros y especies endémicas.

Por las características expuestas se puede deducir que esta región no ofreció durante algunas centurias incentivos para su colonización. La férrea defensa de los nativos fue otro de los factores que retrasaron la ocupación de la Patagonia. En la actualidad constituye una de las regiones más despobladas del planeta.

LAS MONTAÑAS: LOS ANDES

La cordillera de los Andes, que bordea todo el oeste de América del Sur, es un macizo de cadenas montañosas continuas circumpacíficas, con varios miles de kilómetros de extensión, dejando entre ellas y el océano Pacífico estrechas llanuras litorales de diferente amplitud. Por el este se perfila una zona más ancha y variada que desciende hacia las bajas llanuras aluviales y cuencas sedimentarias orientales con formaciones de terrazas y mesetas.

La altitud media de esta inmensa cadena sobrepasa los 3.500 metros, con numerosas cumbres superiores a los 6.000, entre las que se destacan el Aconcagua (7.023 metros), Ojos del Salado (6.098), Thi-

mascaran (6.728), Llullaillaco (6.750) y Sajama (6.520), entre otras. La anchura media se puede considerar de unos 300 kilómetros, alcanzando la máxima extensión en el sector central, donde se sobrepasan los 750 kilómetros. En los extremos meridional y septentrional se estrecha considerablemente superando apenas los 100 kilómetros de ancho.

La cordillera andina se compone de varios dominios morfológicos, con un variado modelado, sucediéndose altas cadenas y cuencas interiores. En la cordillera, el juego del relieve y los climas locales crean un mosaico abigarrado de ecosistemas muy variados ubicados a muy corta distancia unos de otros. Esta diversidad en dos dimensiones oeste-este y altitudinal tiene su máxima expresión en los Andes peruanos [5].

Los Andes septentrionales

Presentan características que los distinguen de los Andes centrales, con los que limitan por el sur. La originalidad de los Andes septentrionales es su bifurcación en varias cordilleras y la formación de depresiones y fracturas en forma de hoyas, constituyendo su diferencia más acusada con respecto a los Andes centrales.

Lo que comúnmente se conoce como «cordilleras», no es sino el resultado de la profunda erosión efectuada en la montaña andina por los ríos Marañón, Mantaro, Apurimac y sus afluentes. Al norte, los Andes forman un conjunto de gran amplitud de alrededor de 400 kilómetros entre el litoral pacífico y la cuenca amazónica, aunque son algo más bajos que los del sur. El río Marañón los divide con su profundo valle.

Al norte del Nudo de Pasto la cordillera andina septentrional se divide en varias cadenas que cambian incluso de rumbo en su sector más septentrional y que, en conjunto, forman tres alineaciones separadas por los valles de los ríos Magdalena y Cauca: oriental o de Bogotá, central o de Quimdio y occidental o de Chocó.

La cordillera oriental en las proximidades de la frontera venezolana forma el nudo orográfico de Santurbán, desde donde se abren dos sierras que encierran la cuenca del lago Maracaibo; la oriental, deno-

[5] Morello, J., *op. cit.*, pp. 35-36.

minada sierra de Mérida, y que hacia el norte continúan en la cordillera costera venezolana y hacia el oeste, la sierra de Perijá.

Contrastan las alturas relativamente modestas de la cadena occidental con la espectacular cordillera central, con más de 900 kilómetros de largo y una altura media de 3.000 metros. Estas cadenas montañosas de altitudes y estructuras heterogéneas se ensanchan por el norte formando altiplanos como el de Bogotá.

Los Andes centrales

Hacia el sur y desde el Nudo de Soja se desarrollan los llamados Andes peruanos, donde confluyen las tres alineaciones antes descritas: occidental, central y oriental. Esta gran masa se presenta compacta y contigua y constituye una barrera de 1.300 kilómetros de largo que atraviesa el país con más de doscientas cumbres cuya altitud se sitúa entre los 5.000 y 6.000 metros y donde es frecuente encontrar zonas arrasadas, planicies, por encima de los 4.000 metros.

A partir de Pasco y hasta el Nudo de Vilcanota, se abren dos cordilleras, una occidental y otra oriental: la Real, de los Frailes y de López al este, y la de Cochabamba y Misiones al oeste.

En este sector se destaca la gran altiplanicie boliviana, el «altiplano» o la «puna», nombres diferentes para un mismo fenómeno. El altiplano está constituido por un conjunto de serranías, cerros aislados y una penillanura que a veces forma amplias mesetas.

En este tramo, donde los Andes alcanzan su máxima anchura, dejan en medio de ellos una depresión situada entre los 3.400 y 5.000 metros de altura, con casi 800 kilómetros de largo y con 220 kilómetros en su zona más ancha. Este espacio es un gran sistema de drenaje interno en el que se encuentran los lagos Titicaca y Poopó. El primero, Titicaca, situado a 3.085 metros de altura, es drenado por el río Desaguadero, tiene una extensión superficial de 8.800 kilómetros cuadrados y una profundidad de 272 metros. El segundo, Poopó, se encuentra a 3.690 metros y tiene 3.130 kilómetros cuadrados de superficie. El borde occidental de este sector andino alberga inmensas cumbres volcánicas.

La ladera oriental de la cordillera está surcada por abruptos valles fluviales por donde discurren los ríos afluentes del Amazonas. Están re-

cubiertos por una densa vegetación formada por el bosque subtropical, que recibe el nombre de «yungas». El sector más oriental está formado por un relieve mucho más bajo que penetra por el norte argentino dando lugar a «quebradas» y valles.

Tanto las cordilleras que se asientan en Ecuador, Perú y Bolivia, los amplios espacios intermontanos, como las planicies con sus mesetas y serranías han sido el lugar privilegiado para el asentamiento de la gran civilización incaica y donde más tarde se extenderían los dominios hispánicos que organizarían este espacio magistral de América del Sur. También actualmente este espacio es el centro de la actividad económica y política de la región.

Los Andes meridionales

El último sector de los Andes lo constituyen los Andes meridionales, que se extienden desde el cerro Tres Cruces hasta la Isla Grande de Tierra del Fuego e isla de Los Estados, para luego reaparecer en las Antillas australes. En esta sección de la cordillera, y en gran parte de su recorrido, los Andes son compartidos por Argentina y Chile. Su recorrido supera los 4.000 kilómetros desde los 18° hasta los 56° de latitud sur. El ancho es variable y alcanza su máxima expresión hacia el norte, para luego estrecharse al máximo en el extremo sur. Las cimas más altas se sitúan en la parte central, superando los 6.000 metros (Aconcagua, Tupungato).

Este sector es prácticamente el más infranqueable de toda la cordillera de los Andes, lo que durante centurias dificultó el paso fluido por la región cuyana. Sólo algunos «pasos» a gran altura permiten el intercambio entre ambos países, entre los que destacan los pasos de la Cumbre, Pehuenche y de Pino Hachado. Por las características que ofrecen los Andes en este recorrido es común dividirlos en dos sectores: los Andes áridos y los Andes patagónico-fueguinos. El primer sector está formado por la cordillera Principal, maciza y muy elevada. En los primeros se puede apreciar la extrema aridez, reflejada en la pobre vegetación xerófila. Esta situación no permite prácticamente ninguna actividad humana, tal como lo demuestra la ausencia de vestigios culturales anteriores. Descendiendo hacia el sur, se arriba a la zona central chilena, donde por el oeste la cordillera degrada hacia el valle longitu-

dinal, limitado por la cordillera de la Costa. Las características edáficas demuestran la buena fertilidad de los suelos debido, en parte, a los depósitos volcánicos. Este sector es el de mayor actividad agropecuaria de Chile, donde, además, se concentra una parte importante de la población. En cambio, hacia el este, en territorio argentino, las condiciones climáticas son diferentes, lo que dificulta las labores agrarias. Los Andes áridos constituyen un grandioso conjunto de cumbres elevadas, las mayores de América, como el Aconcagua. Los Andes definen en Argentina el gran relieve montañoso del país, dada la magnitud que adquieren en dicho territorio, relieve que, por otra parte, aísla Argentina de Chile. Los movimientos epirogénicos del cuaternario le dieron su fisonomía actual. Bajo el clima árido posglacial, los hielos se redujeron y se elevaron a grandes alturas. Además, en este sector argentino existen una serie de estructuras antiguas que fueron afectadas por la orogenia andina y que ocupan una amplia superficie. Ellas son la precordillera de La Rioja, San Juan y Mendoza, zona árida, donde la implantación humana es posible gracias a los oasis de riego; la zona de piedemonte o de las planicies, que constituyen las áreas de descenso de los Andes, también zona semidesértica, pero activa gracias a las obras hidráulicas, y las sierras pampeanas, que ocupan una gran superficie dentro de Argentina. Estas sierras pampeanas fueron dislocadas, fracturadas y elevadas durante el terciario y en realidad no constituyen un encadenamiento uniforme [6].

Los Andes de transición, con un marcado descenso altitudinal, comienzan a evidenciar cambios en su relieve, con la presencia de morfologías en mesetas escalonadas, disectadas por sistemas complicados y desfiladeros de altas y abruptas paredes. Aquí, el límite de las nieves desciende a los 2.000 metros. Los ríos, que antes escaseaban, comienzan a ser frecuentes y caudalosos [7].

El tramo de los Andes patagónico-fueguinos es una zona muy especial, por las características físicas de sus montañas, el clima y los variados paisajes que ofrece. La gran cantidad de precipitaciones permite

[6] Cunill, P., *La América Andina*, Ed. Ariel, Colección Elcano, *La Geografía y sus problemas*, Barcelona, 1981, p. 26.

[7] Capitanelli, R. G., «Ambientes naturales del territorio argentino», en *La Argentina. Geografía general y los marcos regionales*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1988, pp. 135 y ss.

la formación de un bosque frío, con gran variedad de especies y que, junto al rosario de lagos que se suceden de norte a sur, hacen de este sector un lugar privilegiado. Por otra parte, la erosión glaciar ha producido considerables trastornos en la continuidad montañosa. Más al sur, los Andes han sido muy trabajados por los hielos de las glaciaciones cuaternarias, de manera que su base está ocupada por el mar con abundantes fiordos. Las características de estas tierras han hecho que la ocupación humana fuera bastante tardía, y en la actualidad las densidades de población son bajas, lo cual se debe a la combinación de múltiples factores, como se verá más adelante.

La dirección de la cordillera de los Andes en el sentido de los meridianos, ayuda a comprender la gran variedad bioclimática que se sucede de norte a sur, pasando de una zona tropical a otra fría con una zona intermedia templada. Pero esta posición latitudinal que ofrece variedad de climas y vegetación es modificada en cada zona por la altitud, la cercanía al mar y sus corrientes. También hay que decir que la presencia de la cordillera de los Andes produce modificaciones climáticas a nivel continental, creando un poderoso obstáculo orográfico para los flujos atmosféricos del oeste y del este.

En la porción de los Andes situada en la zona intertropical, la altitud ofrece una influencia considerable como factor modificador de las temperaturas, donde se distinguen pisos climáticos altitudinales limitados hipsométricamente. Este juego de clima y relieve crea mosaicos de ecosistemas muy distintos. El incremento de la diversidad en dos dimensiones, oeste-este y altitudinal, tiene su máxima expresión en los Andes peruanos. En el sector subtropical y tropical, la gran variedad ecológica permite una importante diversificación en los calendarios y en los tipos de cultivo en distancias cortas, entre valles y en sentido altitudinal. La estacionalidad que en América del Sur se presenta en función de la latitud, en los Andes subtropicales e intertropicales aparece en pisos altitudinales y con variaciones propias, lo que crea una trama compleja de interrelaciones e interdependencias entre cada elemento del mosaico geosistémico.

> Esta diversidad, que condicionó la domesticación de un amplio repertorio de plantas en períodos prehispánicos, es otro rasgo singular de Sudamérica, ligado al desarrollo de las estructuras sociopolíticas de alta organización que encontraron los españoles al conquistar el espacio andino. La riqueza de geosistemas andinos, aunque más apa-

rente en latitudes tropicales, es un carácter básico de toda la Cordillera [8].

Considerando las características climáticas, en los Andes septentrionales se distinguen gamas de climas templados intertropicales con estación seca, donde se destacan diferentes pisos.

Un piso cálido o de tierras calientes que incluye un área situada entre los 800 a 1.000 metros de altura, con temperatura media superior a los 24° C. En él se desarrolla el bosque o selva tropical con gran abundancia de especies vegetales, sobre todo en las zonas más bajas y donde las lluvias son más abundantes. Las tierras cultivadas están ocupadas por caña de azúcar, cacao, coco y otras especies tropicales. Son las zonas de concentración de la población, que se localiza en los valles y cuencas interiores.

Al piso de tierras templadas, situado entre los 1.000 y 2.000 metros de altitud, con temperaturas medias entre 23° y 17° C, le corresponde también, en bajas latitudes, la formación vegetal de selva mixta y la aparición de manchas de selva y sabana en altura. Entre los 1.300 y 1.400 metros se concentra gran parte de la población, situada, como en el piso caliente, en los valles y cuencas interiores. Predomina el cultivo del café, producto de vital importancia para las economías regionales.

En el piso frío o tierras frías, situado entre los 2.000 y 3.000 metros, las temperaturas medias oscilan entre los 16° y 11° C, la vegetación se convierte en gramíneas resistentes a estas temperaturas, y los cultivos son de cereales y patatas.

Por encima de los 3.000 metros de altitud se desarrolla el páramo, con temperaturas inferiores a los 10° C, siendo el dominio de los pastos, pajas y «tolas». Superando los 4.500 metros comienza el dominio de los glaciares y desaparecen casi por completo los vestigios vegetales.

En los Andes centrales se distinguen, también, climas intertropicales que, atenuados por la altura, se convierten en templados o fríos. De norte a sur, las precipitaciones disminuyen, aumentando lógicamente el índice de aridez. En el Altiplano, el clima es frío y seco, con mayor frecuencia de precipitaciones en las inmediaciones del lago Titicaca con 900 milímetros anuales; hacia los salares, no se sobrepasan los 130 milímetros anuales.

[8] Morello, J., *op. cit.*, p. 36.

Con estas condiciones, la vegetación es pobre con una gran profusión de cactáceas. Las tierras bajas, calientes por lo general, ofrecen diferencias según se encuentren en la vertiente oriental u occidental. En la primera, las zonas bajas están ocupadas por la selva virgen y a mayor altitud por las sabanas e incluso por la estepa. En la vertiente occidental, la corriente fría de Humboldt atenúa los rigores del clima seco tropical, refrescado por las lluvias que trae la corriente cálida del Niño hacia la Navidad, y por el efecto que ejerce la «garúa», neblina que caracteriza la región. En Bolivia, las lluvias no abundan en las partes bajas de las laderas montañosas, lo que origina un bosque caduco y vegetación cactácea. Algunos valles orientales están expuestos a los vientos portadores de lluvia, con una vegetación más densa. Son las «yungas», lugares donde se realizan importantes cultivos de café, coca, cítricos, vid y banano.

Desde el litoral meridional ecuatoriano a lo largo del litoral peruano y chileno hasta los 30° de latitud sur, se extiende un clima desértico costero, que tiene su causa en la presencia de la corriente fría de Humboldt. Sobre la costa peruana se desarrollan una serie de oasis junto a los pocos ríos que descienden al Pacífico, donde existe una próspera actividad agrícola [9].

En los Andes meridionales se reconoce una gama de climas que se suceden desde los desérticos y esteparios hasta los fríos, pasando por los climas mediterráneos y lluviosos. Estos climas no se corresponden en la vertiente oriental en territorio argentino, solamente en los sectores norte y sur, debido al efecto pantalla que ofrece la cordillera y, además, porque la influencia atlántica se hace sentir poco en este extremo. Por otra parte, en la vertiente occidental, sobre territorio chileno, la variedad climática, como consecuencia de la latitud, es alterada por la altitud y por la cercanía al mar. La disposición de la cordillera de la Costa, de norte a sur, impide una influencia mayor del océano hacia el interior. La articulación de franjas climáticas a lo largo de Chile es singular. A un clima desértico que llega hasta los 30°, le sucede uno semiárido templado hasta los 32°, con formaciones vegetales de matorral, desde donde comienza el aumento progresivo de las precipitaciones hacia el sur. Hasta los 37°, siempre en el sentido sur de los paralelos, se de-

[9] Cunill, P., *op. cit.*, pp. 27 y ss.

sarrolla un clima mediterráneo, con lluvias que van aumentando y que se producen principalmente en invierno. La vegetación también sufre cambios en este sentido, desde formaciones xerófilas, espinosas a parques y bosques en las zonas más húmedas. La pluviosidad se hace más intensa en tierras australes y se pasa de un clima templado húmedo con bosques a un clima marítimo lluvioso, con precipitaciones que sobrepasan los 4.800 milímetros anuales, con la consiguiente formación de bosques densos. Desde los 44° a los 52° de latitud sur se desarrolla un clima estepario frío, con una vegetación afín. Las nieves eternas se ubican a los 900 metros, además se encuentran en este último tramo cordillerano inmensos glaciares, de los que se desprenden grandes témpanos.

Las cuencas sedimentarias

Una vasta extensión de cuencas sedimentarias sirven como sustento para el desarrollo de una serie de llanuras que se extienden casi ininterrumpidamente desde el Caribe hasta el río Colorado, río que anuncia el inicio del dominio patagónico. Las principales cuencas hidrográficas, con sus colectores, han modelado o transformado estos espacios. De norte a sur se encuentra una sucesión de llanuras que comienza con los llanos del Orinoco, continúa con la llanura amazónica y la del Gran Chaco americano y finaliza con la llanura pampeana.

Los llanos del Orinoco

Constituyen una llanura aluvial que se extiende en forma proporcional entre Colombia y Venezuela, cubriendo una superficie de casi 600.000 kilómetros cuadrados. Cuando en el período terciario el mar se retira de esta región debido a la elevación de los Andes, deja un subsuelo rico en sedimentos marinos, sobre el que se acumularán sucesivamente depósitos de origen fluvial y eólico. Su relieve es sencillo, presenta un aspecto plano donde se destaca la ausencia de cualquier accidente topográfico de relevancia. Declina suavemente desde el piedemonte andino y la cordillera del Caribe hacia el río y delta del Orinoco. Al oeste del delta la llanura se ve interrumpida por algunos relieves tabulares separados por amplios valles fluviales.

Al sur de la península de Paria se encuentran las tierras anegadas del Orinoco. Hacia el norte del mencionado cauce una parte de los llanos está cubierta por sabanas y otra por densas selvas. Pasado el Orinoco, hacia el sur, se desarrolla la gran llanura central (300.000 kilómetros cuadrados), que se inicia en la base misma de la cordillera de Mérida que, abarcando la mayor parte de la superficie de Venezuela, se prolonga hacia el Atlántico. Esta gran región natural se divide en tres áreas: los «llanos altos», libres de inundación en la estación lluviosa; los «llanos bajos», anegados en los períodos de máximas precipitaciones, y los «llanos de Monagas».

Los llanos bajos albergan las grandes sabanas con vegetación herbácea y de palmeras que sirven, la primera, como sustento para miles de cabezas de ganado vacuno. Al sur del Orinoco, sobre el escudo de Guayana, se desarrollan bosques mesófilos, alternando con amplias sabanas (la Gran Sabana). Los llanos están recorridos por los afluentes del gran río que drena este amplio espacio, parte del cual está interrumpido por rápidos y saltos, que ofician como obstáculo para la navegación y penetración natural hacia el interior. Toda la región se halla sometida a un clima cálido, donde no se encuentran estaciones opuestas en cuanto a la variación anual de sus temperaturas y la mayor parte de las precipitaciones se producen durante el verano, prolongándose a las otras estaciones.

La región prácticamente no fue colonizada, por lo que permanece casi inexplorada y tiene, consecuentemente, una baja densidad de población, sobre todo en Colombia. Grupos amerindios dispersos en los llanos practican una economía de subsistencia.

La llanura amazónica

La llanura más extensa de América del Sur, y uno de los espacios naturales más grandes del planeta, que con sus siete millones de kilómetros cuadrados opera como el «pulmón de la tierra». Por su centro corre la línea ecuatorial. La mayor parte se extiende en Brasil y en menor proporción en Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia. Su formación se origina a partir de la deposición de sedimentos marinos y fluviales más recientes, sobre una gran depresión. Por el norte tiene como límite al macizo de Guayana, por el sur al de Brasilia y por el oeste la cordillera

de los Andes. Presenta la forma de una herradura, con su lado abierto hacia el oeste.

La diferencia entre estos sectores no se da tanto por el relieve como por la vegetación, ya que de la selva se pasa a la sabana. Hacia el este, la inmensa llanura comienza a estrecharse, convirtiéndose en un angosto corredor por donde fluye el curso inferior del Amazonas. La sección occidental, después de la desembocadura de los ríos Madeira y Negro en el gran colector, adquiere la forma de una gran cubeta de contorno aproximadamente circular.

La llanura amazónica se encuentra, en general, a poca altura sobre el nivel del mar, no sobrepasando nunca los 200 metros. Su pendiente, escasa hacia oriente, repercute en la época de lluvias produciendo grandes anegamientos.

En la composición de los suelos predominan los latossols amarillos y rojos, que ocupan el 70 por ciento de la región. En grandes extensiones también se encuentran suelos arenosos y algunas pequeñas áreas ocupadas por suelos más ricos, existiendo algunas formaciones de tierras «roxas». Sobre estos suelos se desarrolla un formidable ecosistema compuesto por una selva exuberante y millares de especies. En esta inmensa llanura penetran los vientos alisios, cálidos y húmedos, trayendo el vapor de agua de la región atlántica. La posición de los Andes, que actúa como barrera, limita la entrada de vientos húmedos provenientes del Pacífico. El clima que domina este espacio geográfico se caracteriza por su alta temperatura y humedad. La temperatura es prácticamente uniforme a lo largo del año, por estar en presencia del dominio cálido ecuatorial. Estas condiciones climáticas permiten el desarrollo de una formación vegetal selvática, cuya característica es la exuberancia, densidad y variedad, y su composición varía en función de la geomorfología, el clima y los suelos. Muchas variedades son de gran valor económico y han dado lugar a una intensa explotación, sobre todo, en los bordes accesibles de la llanura amazónica.

En las tierras próximas a los ríos que conforman la cuenca amazónica —en especial desde la cuenca media hacia el océano— se dan unas formaciones vegetales singulares que reciben nombres peculiares de acuerdo a los niveles de agua. En las tierras más próximas a los cursos de agua se desarrolla un tipo de vegetación cuyas raíces permanecen todo el año bajo agua: son los «bosques de igapos». La vegetación que continúa a los bosques de igapos y que quedan bajo

agua durante la época de lluvias, al provocarse el desborde de los ríos, recibe el nombre de «varzea». A partir de ésta se prolongan los «bosques de tierra firme».

La región amazónica, si bien fue descubierta tempranamente, su ocupación a gran escala se produjo durante la explotación del caucho, en la cuarta década del siglo XIX, fecha desde la cual se produce también el desarrollo urbano de Manaos y Belem y la creación de nuevas villas y poblados. La mayor parte de la llanura amazónica permanece inexplorada, habitada por grupos dispersos de amerindios. La población, por lo tanto, es escasa y se concentra, sobre todo, en las grandes ciudades próximas al Amazonas y a sus principales afluentes y en las explotaciones agrícolas y mineras.

Este gran ecosistema sufrió en los últimos años una grave expoliación, que suscitó la atención internacional. Una de las causas que se aducen para la preservación del mismo es el gran papel moderador que ejerce en la producción de oxígeno a escala planetaria.

La llanura chaco-pampeana

Sucede a la anterior, a través de una zona de transición (llanos del Mamoré), que media entre ésta y la primera. Se extiende por el sur hasta los ríos Salado o Chadileuvú, Salado o Curacó y Colorado, y por el oeste tiene su origen en el ambiente subandino, desde donde comienza a degradar en tierras planas con pendiente hacia el Atlántico, donde desaparece. Hacia el este, lejos del ámbito atlántico, los confines de la llanura se desvanecen en las riberas de los ríos Guaporé, Paraguay, Paraná, Aguapey, Uruguay y de la Plata. El «Gran Chaco» —en lengua quichua, «país de la caza»— se asienta sobre la porción subtropical del norte, mientras que la «pampa» —que en lengua indígena expresa «tierra plana»— se asienta en las tierras meridionales y templadas de América del Sur.

Esta inmensa llanura, que aparece con dos denominaciones diferentes, no es más que una gran unidad estructural, donde la diferencia viene dada por las formaciones vegetales y las variaciones climáticas. En el primer caso esta diferencia se hace más patente en la región chaqueña, en tanto que las variaciones climáticas se degradan de norte a sur y de este a oeste.

El «Gran Chaco americano» comprende un conjunto de tierras bajas en el centro justo de América del Sur que, desde las estribaciones de las sierras subandinas, desciende en forma paulatina hacia el eje fluvial Paraná-Paraguay, con pendiente de rumbo noroeste-suroeste.

La división más conocida de la llanura chaqueña es la del «Chaco boreal» al norte del río Pilcomayo, «Chaco central», entre los ríos Pilcomayo y Bermejo, y el «Chaco austral», desde donde pasa a engrosarse, en sus confines australes, con la llanura pampeana [10].

A partir de la ribera occidental del Paraná y del Paraguay se eleva suavemente un gran plano inclinado que forma la planicie chaqueña. En el extremo oriental de esta gran cuenca sedimentaria se aloja un sistema hidrográfico autóctono formado por los excesos locales de agua. En este ambiente se desarrolla un paisaje de «esteros», «cañadas» y «selvas de ribera».

La chatura de este sector de la llanura es la causa del desarrollo de anchos meandros y la formación de depósitos aluviales en las márgenes fluviales, lo que se traduce en un dificultoso drenaje de los interfluvios y en la existencia de aguas estancadas o de lento escurrimiento [11]. La calidad de los suelos disminuye hacia el norte; por sectores, se localizan suelos loésicos, loésicos-arenosos y con margas arcillosas; estos últimos, con propiedad impermeable, dan lugar a áreas inundables. En el Chaco paraguayo los suelos son menos ricos y la formación de mantillo es baja.

Como ya adelantamos, las diferencias zonales vienen dadas por las variaciones climáticas que se suceden de este a oeste: en territorio argentino se distingue una zona oriental húmeda, y hacia el centro se registran un Chaco semiárido y un Chaco árido occidental, donde los signos de continentalidad revelan una imagen diametralmente opuesta a la del Chaco oriental. Las precipitaciones arrojan valores de más de 1.200 milímetros anuales al este, 700 en el centro y menos de 400 en el oeste. En lo referente a las temperaturas, las medias anuales, que oscilan entre los 20° y 23° C, reflejan unos inviernos frescos y unos veranos calurosos.

[10] Múscar, E. F., «La organización del espacio en el Cono Sur Americano», en *Geografía de la sociedad humana*, Ed. Planeta, Buenos Aires, vol. 5, 1981, pp. 541 y ss.

[11] Bruniard, E., y Bolsi, A., «Las provincias del Nordeste», en *La Argentina. Geografía general y los marcos regionales*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1988, p. 522.

Sobre los suelos bajos y pesados de oriente crecen enormes palmerales, mientras que en los más altos encontramos «islas de bosques», con predominio de quebracho colorado y urunday. Hacia el sur, entre los límites de las provincias argentinas de Chaco y Santa Fe y la parte norte central de esta última área, que recibe el nombre de «bajos meridionales», existe una formación de pastizales y sabanas, que crecen sobre suelos de origen lacustre y con comprobados problemas de salinización.

En el centro de las provincias citadas y extendiéndose hacia el Paraguay, se desarrolla el «Chaco de parques y sabanas», de carácter semiárido. En el confín occidental de la región chaqueña, donde los índices de aridez se hacen acuciantes, mitigados por las escasas lluvias de verano, predominan las formaciones vegetales de «leñosas y espinales».

> Sobre los suelos zonales se desarrolla el monte alto de quebracho colorado santiagueño... y quebracho blanco y empobrecido sobre los terrenos aluvionales, con monte bajo achaparrado, hasta desaparecer en los 'blanquizales' y 'peladares' formados por la presencia de salitre o por la naturaleza compacta del sustrato. Pertenece a este ámbito del Noroeste del Chaco y Formosa 'El Impenetrable', área donde las fisonomías de leñosas son homogéneamente cerradas [12].

La región del Gran Chaco americano está parcialmente ocupada por el hombre y fue colonizada a finales del siglo XIX y primeros decenios del XX, sobre todo el Chaco argentino, en su sector oriental y en las márgenes de los ríos integrantes de la cuenca del Plata. También la ocupación primigenia avanzó en frentes pioneros hacia el Chaco central, permaneciendo su extremo occidental escasamente poblado. Las principales actividades son la agricultura y la ganadería, precedidas de la actividad forestal, que dio lugar a espacios cultivados o dedicados a la ganadería. La actividad forestal es practicada en el oeste chaqueño. El descubrimiento de cuencas petrolíferas está alterando estos espacios en las provincias de Chaco y Formosa.

La «pampa» se presenta, en términos generales, como una extensísima llanura cuya monotonía es rota por las manifestaciones humanas, por la presencia de dos serranías de discreta importancia y de gran antigüedad —Tandilia y Ventania, denominadas también «relieves inclu-

[12] Bruniard, E., y Bolsi, A., *op. cit.*, p. 523.

sos»—, y por espacios donde el modelado fluvial ha gestado un relieve ondulado. La monotonía se rompe en el sector oriental, debido más a la acción antrópica que a la morfología, rasgo que se hace patente en el sector central y occidental de la misma.

La pampa se distingue de la llanura chaqueña, entre otras cosas, por la falta de árboles. Como expresa Parodi,

> es una dilatada llanura herbosa, originariamente sin árboles, en ciertos lugares perfectamente horizontal, en otros suavemente ondulada, apenas quebrada en las cercanías de los pocos arroyos que la cruzan, y excepcionalmente accidentada en la región de las tierras bonaerenses. El suelo está casi al nivel del mar; su altura fluctúa entre algunos metros en la zona litoral y unos cien o pocos más metros en la región occidental y en los valles serranos.

El «árbol» de la pampa es el ombú (*Phitoloca dioca*).

La superficie supera el medio millón de kilómetros y comprende casi totalmente la provincia de Buenos Aires, el sur de Santa Fe, el sur y este de Córdoba, la parte más oriental de San Luis y buena parte de la provincia de La Pampa. Sus límites generales son: al norte, el Gran Chaco y la zona de transición mesopotámica; al este, el litoral atlántico; al sur, las mesetas patagónicas, y al oeste, las sierras peripampásicas. Algunos matices morfológicos permiten distinguir cuatro espacios diferenciados en la llanura pampeana: pampa ondulada, pampa deprimida, pampa interserrana y pampa occidental.

La *pampa ondulada* está formada por colinas suaves, bajas y alargadas que abarcan el noreste de la provincia de Buenos Aires y el sur de la de Santa Fe. Está limitada por la línea fluvial Paraná-Plata y el río Salado de Buenos Aires. Varias fases de erosión fluvial han ondulado la topografía. En su mayor parte se encuentra cubierta por un espeso manto de suelos loésicos. La altitud del terreno, sus suelos profundos, permeables y muy fértiles y lo adecuado del clima hacen de esta zona una de las mejores áreas graníferas (trigo, maíz) y de textiles y oleaginosas (lino y girasol) de América. El intenso cultivo a que se ha visto sometida esta región ha hecho desaparecer, en parte, la vegetación natural.

La *pampa deprimida* ocupa la depresión de los ríos Salado y Villamanca, cuyos periódicos desbordamientos originan zonas anegadas, lagunas intermitentes y «bañados». Sus suelos arenoarcillosos, poco favorables para la agricultura, son, en cambio, muy aptos para los pastos:

de ahí que ésta sea, por excelencia, la región de cría de vacunos de Argentina. Constituye un área o subregión diferenciada dentro la macrorregión pampeana y se destaca por su alto grado de desarrollo, en comparación con los espacios circundantes. Pero también presenta

> rasgos distintivos que se identifican como debilidades, pues si su clima permite el desarrollo ganadero... la alternancia de sequías e inundaciones, el mal drenaje, que determina la lexiaviación de suelos, salinización y alcalinización, se convierte en un limitante al desarrollo de la subregión... [13].

La *pampa interserrana* se extiende entre las formaciones de Ventania y Tandilia. Su superficie, de horizontes ligeramente ondulados, posee suelos negros, fértiles, muy apropiados para el cultivo de los cereales de invierno —trigo, cebada, avena, centeno— pero inapropiados para la alfalfa debido a su subsuelo de tosca. Los abundantes pastos son utilizados para alimentar al ganado vacuno y ovino.

La *pampa occidental* es la que ocupa mayor superficie. En sus confines septentrionales presenta algunos rasgos semejantes, transicionales, del Chaco. En el noreste y el este, los suelos tienen características arcilloarenosas y son, en general, sueltos, profundos y muy permeables, lo que, conjuntamente con el clima apropiado, permite unas condiciones ecológicas idóneas para la alfalfa y para cultivos de invierno. Hacia el sur y suroeste aparecen signos de transición hacia la Patagonia [14].

El clima de la región pampeana puede ser incluido dentro del «templado húmedo» o del «templado de transición». A pesar de su vasta extensión, las variables climáticas presentan pocas diferencias. De norte a sur, las variaciones se hacen sensibles debido a la diferencia latitudinal, manifiestas en la duración de la estación estival o en el rigor del invierno. Las temperaturas medias anuales oscilan entre los 13° y 17°. De este a oeste, las diferencias vienen dadas por las variaciones en la intensidad de lluvias y regímenes pluviométricos, que pasan de los casi 1.000 milímetros anuales en el este, a los 400 milímetros en el oeste. La paulatina disminución hacia el oeste llega en sus confines al límite crítico de la aridez. Esta disminución de las lluvias repercute en los cur-

[13] Daus, F. A., y Yeannes, A., «La macrorregión pampeana agroganadera, con industrias urbanas y portuarias», en *La Argentina. Geografía general y los marcos regionales*, Ed. Planeta, Buenos Aires, 1988, p. 481.

[14] Daus, F. A., y Yeannes, A., *op. cit.*, p. 480.

sos hidrográficos y en la vegetación, así como en los aspectos morfológicos y edáficos, incidiendo notablemente en los rasgos de ocupación del suelo para las actividades humanas.

La estepa pampeana está rodeada, en parte, por especies arbóreas que se corresponden con el bosque ribereño del Paraná y del Plata y con las formaciones vegetales de Santa Fe, Córdoba, San Luis y La Pampa, también arbóreas. La región, influida por el litoral atlántico, carece de formaciones arbóreas. El régimen de precipitaciones, que presenta sus máximas en primavera y otoño, impone a la vegetación un reposo estival que se acentúa al sur y al oeste, respondiendo a la mayor sequedad del clima.

La disminución de precipitaciones hacia el oeste hace que se distinga, en rasgos generales, una estepa de pastos tiernos hacia oriente y otra de pastos duros hacia el centro y occidente. La composición vegetal dominante de la región pampeana es la de gramíneas, variando de acuerdo a las condiciones geomorfológicas y edáficas en general. La composición o cubierta vegetal ha sido muy transformada, según el grado de ocupación del espacio. Grandes extensiones de campo están bajo cultivo con muchas variedades de cereales y forrajeras. Por otra parte, millares de ejemplares arbóreos fueron incorporados «al ambiente pampeano, en general agrupados en bosquecillos que le confieren un aspecto de parque» [15]. En esta región, donde gran parte de su superficie fue ocupada tardíamente, se desarrollan las actividades económicas más importantes de Argentina, con la mayoría de la población asentada en ella. Los mayores índices de ocupación y urbanización se dan, sobre todo, en el eje fluvial Paraná-de la Plata. Sobre el litoral atlántico se asientan importantes puertos, que dan salida a los productos agroindustriales. En el ámbito rural, la calidad de sus tierras y la abundancia de pastos naturales permiten el desarrollo de las actividades agropecuarias más importantes.

Las grandes cuencas hidrográficas

Tres son las cuencas hidrográficas que caracterizan al subcontinente sudamericano, de norte a sur: la del Orinoco, la del Amazonas y la

[15] Capitanelli, R. G., *op. cit.*, p. 135.

del Plata. Las mismas figuran entre las más extensas e importantes del mundo, ya sea por su superficie, la longitud de sus colectores y el caudal de sus principales ríos.

En Sudamérica se pueden distinguir dos tipos de cuencas: las exorreicas, que tienen salida directa al mar, y las endorreicas, que desaguan en cuencas internas. Las cuencas exorreicas de la vertiente atlántica presentan un gran desarrollo; en ella los ríos que la conforman son los más importantes y largos del continente. En cambio los ríos de la vertiente pacífica son cortos, torrenciales, con cauces estrechos y por lo general poco o nada navegables. Los ríos han constituido un factor importante para la localización de los centros urbanos del continente, operando como vías de penetración al interior.

La importancia de estas tres cuencas no desmerece la de otros sistemas hidrográficos que han jugado y siguen jugando un papel protagonista desde el momento fundacional de ciudades. Recurso, por otra parte, que ha servido como fuente de consumo y comunicaciones. Las desembocaduras de estos ríos en el Atlántico o en el Pacífico fueron lugares privilegiados para la instalación de cabezas de puente para la fijación de grupos humanos, más tardes convertidos en ciudades: Barranquilla, sobre el tramo final del Magadalena en Colombia; Guayaquil, en las riberas del Guayas en Ecuador; Lima, sobre el Rímac; Santiago de Chile, sobre el Mapocho, son algunos ejemplos.

En muchas ocasiones los ríos han constituido barreras físicas para la comunicación entre diferentes espacios, hecho que en numerosas regiones fue un problema hasta hace poco tiempo y que en parte se vio salvado por la construcción de puentes. No cabe duda de que otras regiones se ven desarticuladas por la falta de infraestructuras que atenúen este hecho. También los caudalosos ríos, que en su mayor parte tienen sus nacimientos en los Andes o en los macizos de Guayania y Brasilia, presentan graves dificultades al salirse de sus cauces en épocas de deshielo o grandes lluvias, inundando ciudades y espacios cultivados y causando graves estragos físicos y económicos.

El recurso hídrico fue utilizado, además, para la generación de energía o para regadíos mediante la construcción de grandes obras, a veces emprendidas por varios países. En otras naciones, donde este recurso es escaso, fueron realizadas obras costosas para crear áreas de riego en zonas de extrema aridez, convirtiéndolas en prósperas economías de

producción agrícola que abastecen a un porcentaje importante de la población, incluso generando excedencias exportables.

Con todo, en la actualidad existen varios cursos de aguas desaprovechados debido, en parte, a las grandes inversiones que se deben realizar para su utilización o por tratarse de regiones con baja densidad de población o con escasos incentivos que proporcionen otros recursos que, combinados al hídrico, se relacionen para emprender programas de desarrollo. También hay que expresar que la navegación fluvial, considerando las enormes posibilidades que presentan los ríos, es escasa y a veces imperceptible. Sin embargo, existe un proyecto para interconectar las cuencas de los ríos Orinoco, Amazonas y de la Plata, a lo largo de unos 11.000 kilómetros de norte a sur, que unirá por medio de una vía fluvial interior a Venezuela, Colombia, Brasil, Bolivia, Uruguay y Argentina; en sentido transversal, de este a oeste, por medio de grandes afluentes, a Ecuador por el Napo, y al Perú por el Ucayali. Proyecto gigantesco y prácticamente irrealizable por la envergadura del mismo y por las incalculables inversiones que deben aportar los países interesados y por la aguda crisis económica que soportan.

Como factor de integración internacional, los ríos han jugado, en la mayor parte de los países, un papel poco preponderante, salvo excepciones. Aunque en honor de la verdad hay que expresar que, dados los convenios que se vienen firmando, la situación está cambiando. Los estudios multinacionales para usos integrales y mejoramiento de cuencas y de canalizaciones, tienen larga historia, pero en pocas ocasiones se han hecho realidad.

La cuenca del río Orinoco

La desembocadura del río Orinoco fue descubierta por Vicente Yáñez Pinzón en el año 1500 y fue remontado por primera vez por Diego de Ordás treinta y un años más tarde. El hallazgo fortuito de majestuosos ríos asombró a los navegantes españoles, quienes en muchas ocasiones confundían sus desembocaduras con penetraciones del mar hacia el continente. El primer dato que llama la atención es su longitud: 2.400 kilómetros, de los cuales 1.670 son navegables aunque no en forma continua, ya que el relieve guayanés forma saltos, interrumpiendo el curso

normal de sus aguas hacia el Atlántico. El importante sistema fluvial del Orinoco está formada por ríos que descienden del macizo de Guayana hasta su margen derecha y por los que recorren los llanos que le aportan por su margen izquierda. El río Orinoco nace al sur de Venezuela, cerca de la frontera con Brasil, en el cerro Delgado Chalbaud, y se desarrolla, en su mayor parte, en tierras colombianas y venezolanas, sobre un relieve llano o en planos escalonados que cruzan este territorio de oeste a este y desemboca en el Atlántico en forma de un amplio delta. Está comunicado a la cuenca del Amazonas a través de los ríos Casiquiare y Negro, formando una de las bifurcaciones fluviales más grandes del planeta.

Los afluentes llaneros y guayaneses de este gran río —Meta, Arauca, Apure, Caura, Caroní, etc.— aportan un enorme caudal, hecho que provoca grandes inundaciones en las épocas de lluvias intensas. Esta situación afecta en especial a las actividades ganaderas de los llanos y a las escasas poblaciones localizadas en las terrazas de inundación. Como dato anecdótico se puede mencionar que en el río Churún, subafluente del Caroní, se ha formado el famoso salto del Ángel, el más alto del mundo (972 metros). El mismo lleva el nombre de su descubridor, James C. Ángel, quien lo exploró en 1937.

El cauce del río Orinoco, así como el de muchos de sus afluentes, están interrumpidos por rápidos y saltos, hecho que imposibilita la utilización de este curso fluvial como ruta natural de penetración. Es una contradicción el hecho de que los llanos del Orinoco, a pesar de estar asomados al océano Atlántico, se encuentren prácticamente aislados por estas circunstancias y por las frecuentes inundaciones que hacen intransitables los caminos de esta región.

En los conocidos llanos de Maturín se abre un gran abanico de corrientes fluviales. Más hacia el este, luego de pasar Ciudad Bolívar, aguas abajo, el río alcanza de tres a cuatro kilómetros de ancho y se hace visible el comienzo del amplio delta del Orinoco que cuenta con más de cincuenta brazos, de los cuales siete son navegables. Estos brazos reciben el nombre de «caños». Los buques de gran calado pueden navegar hasta Ciudad Bolívar mientras que los de menor calado lo hacen sin problemas hasta Puerto Ayacucho. En este último puerto la navegación es impedida por los saltos de Atures y Maipures, que son sorteados por una carretera que costea los mismos a lo largo de más de

cincuenta kilómetros, hasta Sanariapo, donde comienza un tramo navegable en el Alto Orinoco.

El delta del Orinoco se extiende en sentido norte-sur, desde el caño Turuépano hasta el piedemonte septentrional de la sierra Imataca, perteneciente al macizo de Guayania. Por el este el delta limita con el golfo de Paria y el océano Atlántico, mientras que por el oeste los límites se hacen imprecisos, sobre todo donde toma contacto con los Llanos.

La prácticamente mayoría de las llanuras sobre las que se derraman los ríos deltaicos sufren inundaciones periódicas originadas por las crecidas del Orinoco. El colector principal, así como sus múltiples brazos, sufren el ascenso del nivel de las aguas en mayo, alcanzando sus máximos niveles y caudales en agosto. Por otra parte, las mareas del Atlántico penetran hasta 100 kilómetros tierras adentro, sometiendo a las tierras bajas a fluctuaciones diarias de inundación.

La fertilidad de estos suelos es alta debido, ante todo, a la gran cantidad de materia orgánica. Pero este beneficio natural se ve empañado por la fragilidad de los mismos ante la acción antrópica. La quema de malezas y la inadecuada utilización son factores que pueden destruirlos o inhabilitarlos en poco tiempo.

La región del delta soporta un clima tropical donde la temperatura media anual es de 28° C y la máxima hasta de 37°. La persistente y alta pluviosidad, aunque irregularmente repartida, es otra de las características de este clima. La época de sequía apenas es percibida, puesto que la de lluvias se extiende de mayo a agosto-septiembre. Otro período pluvial comienza en noviembre y culmina en febrero. Ante la presencia de este ambiente húmedo, a lo que se suman las precipitaciones que saturan los suelos, la humedad relativa es muy alta, llegando la media anual a un nivel próximo al 90 por ciento. La vegetación se traduce por esta combinación de suelos y clima en una espesa cobertura selvática. En los bordes atlántico y de los canales fluviales se desarrollan formaciones de manglares, debido a la presencia de aguas y suelos salinos [16].

Ante estas circunstancias ambientales, la ocupación de estos territorios, así como el desarrollo o la creación de centros urbanos, no es im-

[16] Cunill, P., *op. cit.*, p. 350.

posible, pero sí reclama la inversión de ingentes sumas de dinero para la construcción de infraestructuras y equipamientos para crear sistemas de defensa contra las inundaciones. Esta región puede ser considerada como virtualmente despoblada, con densidades de población no superior a los dos habitantes por kilómetro cuadrado y unos índices de ocupación bajos.

Dos de las ciudades más importantes de Venezuela se hallan sobre el Orinoco: Ciudad Bolívar y Ciudad Guayana, que vieron incrementada su población de manera importante por haberse descubierto una gran cuenca de petróleo bituminoso en su desembocadura, que se extiende a través de una franja de 600 kilómetros de longitud por 50 de ancho. Hasta hace tan sólo unas décadas, la búsqueda de oro y diamantes en algunos afluentes representaban las únicas actividades económicas de la región. Pero al hallazgo de petróleo se le suma la explotación de ricos yacimientos de hierro y bauxita que pueden ser industrializados a través de la energía suministrada por las obras hidroeléctricas realizadas en el río Caroní, afluente del Orinoco.

La cuenca del río Amazonas

El gran río Amazonas fue navegado por primera vez por Francisco de Orellana, entre 1541 y 1542. Desde Quito, Orellana atravesó los Andes, subió el afluente del Napo y en una balsa precaria cruzó un río inmenso que bautizó con el nombre de Amazonas porque, según sus relatos, debió luchar con mujeres guerreras. Después de muchos meses alcanzó el océano Atlántico, donde vierte sus aguas. La segunda expedición española fue organizada y llevada a cabo por Pedro de Ursúa, quien por sus arbitrariedades se ganó la enemistad de sus hombres. Ursúa fue asesinado por los expedicionarios, motín encabezado por Lope de Aguirre, quien asumió la jefatura de los «marañones», los proscritos de la tropa española, así llamados por vivir en la maraña de la selva. Por esto se explica el nombre que asume este sistema fluvial en su cabecera. Aguirre lleva a cabo la misma expedición de Orellana y navegó por todo el curso del Amazonas hasta el Atlántico.

Pero el interés científico por el Amazonas y su región no surgió hasta el siglo XVIII, cuando Charles-Marie de la Condamine realizó un viaje de exploración. Por otra parte, en el siglo XIX, Alexander von Humboldt

y Aimé Bonpland cartografiaron la conexión entre los sistemas del Amazonas y del Orinoco. A partir de este momento son muchos los organismos nacionales e internacionales interesados en el estudio de este gran ecosistema, tanto para conocer sus potencialidades como para conservarlo de la degradación y la lógica repercusión de desequilibrio ecológico que puede afectar no sólo a la región, sino al planeta.

La cuenca del Amazonas es la más extensa del mundo, abarcando una superficie de 7.050.000 kilómetros cuadrados, y una longitud de 6.280 kilómetros. Otro dato acerca de su formidable tamaño lo representa su caudal medio, que llega aproximadamente a los 100.000 metros cúbicos por segundo. En su desembocadura alcanza los 200.000 metros cúbicos por segundo. Este inmenso caudal hace que las aguas del gran río se adentren varios kilómetros en el Atlántico. Por otra parte, los efectos del mar tierra adentro se hacen sentir hasta varias centenas de kilómetros. El nivel del río sube o baja según el flujo o reflujo de las aguas marinas, y sus aguas represadas forman grandes olas, llamadas «pororoca», que causan un ruido que se oye a gran distancia.

Su nacimiento se localiza en la laguna Lauricocha, en Perú, a más de 4.500 metros de altura y comienza con el nombre de Marañón. Más de mil afluentes alimentan este enorme cauce. Una docena de ríos se constituyen en grandes tributarios —Putumayo, Yapurá, Negro, Purús, Madeira, Tapajoz, Xingú, Tocantis, entre otros— con varios cientos de kilómetros de longitud. Los que proceden del hemisferio sur son más largos que los que nacen en el hemisferio norte, separados por largos interfluvios que en algunos casos alcanzan los 500 metros de extensión. La mayor parte de los mismos nacen en la cordillera de los Andes y tienen como escenario el territorio de Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, de la Guayania y del mismo Brasil. En época de crecida inunda un área muy amplia de llanuras aluviales formando inmensas zonas pantanosas y lagunas conocidas con el nombre de «campos de varzea». El río Amazonas tiene una sola crecida anual, entre mayo y junio, como consecuencia de las aportaciones de sus afluentes de la margen derecha, que experimentan sus aguas altas entre marzo y mayo. Los afluentes de su margen izquierda registran sus máximos en julio, lo cual hace que su curso principal, que alcanza sus crecidas en junio, no tenga un déficit importante entre septiembre y noviembre. Este régimen hace que el Amazonas nunca alcance las proporciones de sus afluentes, por-

que cuando disminuyen las aguas de los que recibe por su margen izquierda, los del sur, que le aportan más caudal, empiezan a crecer.

Cuando el Amazonas penetra en Brasil, su nivel sobre el del mar está a 82 metros y a más de 3.000 kilómetros de su desembocadura, por lo que al llegar a su estuario en el Atlántico, la pendiente resulta mínima. La escasa pendiente es resultado del gran espacio llano por el que discurre el Amazonas, lo que ocasiona, por otra parte, escurrimientos lentos en la época de lluvias. También esta llanura, con un plano escasamente inclinado, con pendientes en algunos casos nulas, es propicia para que se produzcan graves efectos durante la inundación, sobre todo en las áreas pobladas.

Como consecuencia, el río desciende lentamente formando grandes meandros, canales abandonados y bancos aluviales muy inestables. Aguas abajo de Manaus, el pasillo sedimentario por el que corre se hace más angosto debido a la discreta distancia que existe entre las mesetas de Guayana y de Brasil. Este hecho hace que el río circule entre acantilados y aumente su profundidad, que alcanza unos 80 metros a su paso por Obidos. Cerca de su desembocadura se divide en varios brazos —«furos»—, dejando en el espacio intermedio islas bajas. La desembocadura es un delta antiguo dividido por cambios recientes del nivel marino, mientras que el delta propio se extiende en forma submarina, aguas adentro, en la plataforma litoral [17].

Los ríos que componen la cuenca amazónica asocian el ambiente andino al oeste con las grandes llanuras por donde discurren los mismos. Parte importante de la selva amazónica pertenece a la América andina y recibe distintas denominaciones en los países a los que pertenece: «Amazonia» en Colombia y Venezuela, «Oriente» en Ecuador, «Montaña» en Perú. Estas tierras se extienden desde las selvas colombo-venezolanas hasta el Beni boliviano. La Amazonia colombiana se extiende al sureste del territorio y ocupa una superficie que alcanza los 336.000 kilómetros cuadrados. Las lluvias abundantes que se precipitan sobre esta región alimentan la amplia red de afluentes menores que desembocan en el Caquetá, en el Vaupés y en el Putumayo. Los ríos que nacen en los Andes ecuatorianos son de gran importancia por sus abundantes caudales. El Putumayo sirve de frontera con Colombia, y el fa-

[17] Cunill, P., *op. cit.*, pp. 352 y ss.

moso Napo es navegable hasta su desembocadura en el Amazonas. Otro tanto lo hacen los ríos de la vertiente oriental de los Andes peruanos.

En Perú, la Amazonia ocupa casi el 64 por ciento de su territorio —700.000 kilómetros cuadrados— y permanece prácticamente despoblada. En este espacio la selva constituye un rico potencial económico y una de las reservas forestales más grandes del mundo. Aquí se localiza la ciudad de Iquitos, el centro más importante de la selva peruana situada en la cabeza del Amazonas, desde donde es navegable hasta su desembocadura en el Atlántico. Los numerosos y caudalosos ríos que tienen sus nacimientos en la vertiente oriental de los Andes bolivianos desaguan, en su mayor parte, a través de los afluentes del río Madeira, Beni, La Paz y Madre de Dios, entre otros.

En esta región del «Alto Amazonas», que tiene como denominador común la cordillera de los Andes, se distinguen unas formaciones vegetales que representan la selva alta y la selva baja. La primera se desarrolla en el piedemonte andino oriental, entre los 6.000 y los 2.000 metros de altura, con temperaturas medias anuales que oscilan entre los 22° y 25° C y precipitaciones que superan a veces los 2.000 milímetros anuales. La alta nubosidad es otra característica que completa esta región. La selva baja tiene altitudes entre 100 y 600 metros, las temperaturas medias anuales son superiores a los 26°, y las precipitaciones van de los 1.500 a los 3.800 milímetros anuales. En ambas podemos encontrar numerosas especies madereras, tintóreas, medicinales y oleaginosas.

En Brasil, la característica principal de la cuenca se traduce en una amplia llanura con más de tres millones de kilómetros cuadrados, y con altitudes por debajo de los 200 metros, cortada en su centro por la línea ecuatorial. Las condiciones climáticas de esta gran planicie están influidas por sus límites: por el norte con la meseta de Guayana, al sur por la meseta central de Brasil y al oeste por la cordillera de los Andes, aunque gran parte de la misma se desarrolla en la región atlántica. Por esta posición, la barrera andina limita los intercambios de humedad con el océano Pacífico. Sobre sus suelos variados existe una formidable expresión de vida en una selva exuberante.

En consecuencia, con la naturaleza de los suelos y el tipo de cobertura vegetal, las aguas que forman los ríos de la Amazonia presentan características distintas. De acuerdo con esto, se distinguen tres tipos de aguas en la cuenca del Amazonas:

> «ríos de agua clara», especialmente provenientes de los sedimentos cretáceos del Brasil central; «ríos de aguas negras», formados en los escudos de Guayana y de Brasil central y en los sedimentos terciarios de la cuenca amazónica, y «ríos de agua blanca», provenientes de la región andina y preandina, con un color amarillento [18].

El territorio brasileño acoge en el área de influencia amazónica varios ecosistemas distintivos en función de la geomorfología y de la variación de los suelos, que reflejan de forma significativa una cambiante vegetación y, consecuentemente, faunas terrestre y acuática. Existe, además, una predominancia de un clima cálido y húmedo, caracterizado por pequeñas variaciones en la temperatura, tanto en las medias diarias como en la mensuales. Esta isotermia, que predomina en la faja central de la planicie amazónica, disminuye a medida que se acerca a los límites occidentales con una elevación del terreno. En el centro las temperaturas medias mensuales oscilan entre los 26° y 24° C, y en Manaus éstas se colocan entre los 28° y 26° C.

La ocupación de la cuenca amazónica por parte del hombre fue y sigue siendo en gran medida marginal o periférica, dada las duras condiciones impuestas por el medio: temperaturas, precipitaciones, inundaciones, jungla. A pesar de la navegabilidad de sus ríos más importantes, estos factores impidieron la radicación permanente en centros urbanos. Como se señaló, el Amazonas es navegable en toda su extensión; el Marañón, aguas arriba, hasta cerca de la confluencia del río Morona; el Ucayali, entre el Marañón y la desembocadura del Pachitea al sur del puerto de Pucallpa, y el Madre de Dios soporta embarcaciones de menor calado después de confluir en el Manú.

En el sector occidental de la cuenca del Amazonas, la ocupación humana se organizó fundamentalmente en relación a la navegación de los grandes ríos de ancho cauce y profundo lecho. En el sector central, la densidad de ocupación es baja. En todos los ámbitos existen tribus indígenas, localizadas sobre todo en las riberas de los ríos. Hacia el oeste, ya en territorio brasileño, prosperaron grandes ciudades como Belem y

[18] Salati, E., y De Oliveira, A. E., «Os problemas decorrentes da ocupaçao do espaço amazônico», en *Pensamiento Iberoamericano. Revista de Economía Política*, ICI-CEPAL, Madrid, n.° 12, 1987, pp. 81 y ss.

Manaus, más por razones económicas que por estratégicas o de otro orden. La proyectada Carretera Marginal de la Selva servirá para unir una parte importante de este sistema, junto a la emprendida Transamazónica por Brasil. El trazado de la primera, de 6.500 kilómetros, se inspira en el propósito de complementar la red fluvial cuyos puertos enlazaría, aunque su construcción está prácticamente detenida. En cambio, la red caminera brasileña está llegando a varios puntos fronterizos de la Amazonia de América andina. En 1978 se impulsó la firma del Tratado de Cooperación Amazónica, que tiene como objetivo principal que los ocho países amazónicos —Brasil, Bolivia, Colombia, Ecuador, Guyana, Perú, Surinam y Venezuela— redacten fórmulas conjuntas que permitan el desarrollo regional del conjunto [19].

El período de gran ocupación por parte de Brasil comienza con la fase de explotación de los productos de la selva iniciada en 1840, cuando en el mercado mundial hubo una gran demanda de caucho. La fase de colonización moderna está caracterizada por la tentativa de ocupación sistemática del espacio amazónico con la implantación agrícola y pecuaria y se inicia en gran medida en la década de los setenta. La urbanización, con un crecimiento rápido de los poblados existentes y con la creación de nuevas ciudades, es otra característica de la región.

La cuenca del Río de la Plata

El Río de la Plata fue descubierto en 1516 por Juan Díaz de Solís, quien al probar sus aguas lo bautizó con el nombre de «Mar Dulce», ya que, dada la inmensidad del mismo, éste pensó que se trataba de una ría. A partir de esta fecha se sucedieron una serie de incursiones con motivo de fundar ciudades y explorar el interior del continente remontando sus afluentes. La primera ciudad que se fundó sobre sus márgenes fue Buenos Aires, en 1536. La famosa leyenda «del Plata» da nombre a este río e incentiva la penetración al interior del continente por los ríos Paraná y Paraguay, donde se fundan otras ciudades —Asunción, 1537; Santa Fe, 1578; Corrientes, 1588, entre las más importantes—, manteniendo el objetivo de encontrar metales preciosos.

[19] Cunill, P., *op. cit.*, pp. 435 y ss.

El sistema fluvial del Río de la Plata abarca una superficie próxima a los 3.100.000 kilómetros cuadrados y se extiende por los territorios de Argentina, Brasil, Bolivia, Paraguay y Uruguay. La cuenca, de norte a sur, abarca desde el altiplano boliviano al océano Atlántico, y desde la Chapada de Parecis en el planalto brasileño, que la separa de la cuenca del Amazonas, hasta el Atlántico. Los ríos que alimentan la cuenca nacen en las estribaciones de los Andes, en la llanura chaco-pampeana y en el planalto brasileño, muy cerca de la costa.

El mayor desarrollo de esta gran área de drenaje se encuentra en el Brasil, donde alcanza 1.415.000 kilómetros cuadrados. A la República Argentina corresponden 920.000 kilómetros cuadrados, a Paraguay, 410.000, a Bolivia, 205.000 y al Uruguay 150.000. Dentro del sistema cabe diferenciar tres grandes unidades hidrográficas correspondientes a los ríos Paraná, Uruguay y Paraguay. Los dos primeros concurren a formar el Río de la Plata, mientras que el tercero tributa directamente al Paraná.

Los ambientes por los que discurren los principales colectores de la cuenca del Plata, dada la extensión del sistema, son diferentes en los aspectos climáticos, fisiográficos e hidrográficos, por lo que resulta adecuado tratarlos por separado. Esta situación hace que el Paraná, que es el que recibe las aguas provenientes de todos los extremos, tenga comportamientos irregulares y a veces impredecibles. Su régimen es mixto, pluvio-nival, por lo que las crecidas pueden darse una o dos veces al año, con consecuencias catastróficas. El caudal medio de la cuenca es de 18.360 metros cúbicos por segundo[20].

La cuenca del río Paraguay afecta a más de un millón de kilómetros cuadrados. De este total, una tercera parte corresponde al Brasil, otra fracción similar al Paraguay y el resto a la Argentina y Bolivia, en proporciones aproximadamente iguales.

Los nacimientos se encuentran hacia el norte, en la Chapada de Parecis. Luego de recorrer 2.550 kilómetros, desemboca en el Paraná, al norte de la ciudad argentina de Corrientes. En su porción noroeste, en territorio boliviano, la divisoria se hace difusa, hasta indefinida, en los Bañados de Izozog. Dos ríos de dimensiones y caudales apreciables

[20] OEA, *Cuenca del Río de la Plata. Estudio para su planificación y desarrollo*, OEA, Washington, D.C., 1969, pp. 7 y ss.

aportan sus caudales, son el Pilcomayo y el Bermejo, nacidos en ámbitos andinos, descienden del altiplano boliviano con sus valles anchos y profundos de laderas abruptas. Excluyendo las cabeceras de estos dos ríos y la parte meridional de la margen izquierda del Paraguay, comprendida entre los ríos Apa y su confluencia con el Paraná —que presenta un relieve ondulado con pendientes fluviales de cierta magnitud—, el resto de la cuenca se extiende por una inmensa llanura de naturaleza aluvial, de muy escasa pendiente y con extensas planicies de inundación. En la parte superior de la cuenca, las márgenes del Paraguay son bajas e inundables y presentan una zona de expansión denominada «Pantanal», vastísimo lecho mayor que cubre cerca de 60.000 kilómetros cuadrados y que periódicamente queda cubierto por las aguas. La pendiente del terreno en esta zona es muy reducida, al igual que la del lecho fluvial. Este lecho es arenoso y poco estable, por lo que presenta numerosos meandros.

En el bajo Paraguay, unos 300 kilómetros, el río se hace más profundo y se producen inundaciones a ambos lados. Este río es navegable hasta aguas arriba de Asunción y saca de su mediterraneidad al país de su nombre, que puede comunicarse de esta forma con puertos importantes del Paraná, como Corrientes, Barranqueras, Rosario y Buenos Aires.

El río Paraná (1.510.000 kilómetros cuadrados) es sin duda el más importante del sistema hidrográfico del Río de la Plata, debido a la magnitud de sus derrames, la extensión de su área tributaria y la longitud de su curso. La cabecera de este río está formada por los ríos Paranaiba, Grande, Tieté y Paranapanema, además de una densa red de drenaje formada por torrentes menores que concurren por ambas márgenes. Al nordeste del pico Itatiaia, perteneciente al sistema de las sierras de Mantiqueira, nace el río Grande, que luego de un recorrido de más de 1.000 kilómetros, se une al Paranaiba para formar el río Paraná. El río Paraguay es su principal tributario. La enorme superficie de la cuenca del Paraná se distribuye sobre territorios argentino, brasileño y paraguayo. Todo el Paraná superior se desarrolla en Brasil para ser luego y sucesivamente límite brasileño-paraguayo, argentino-paraguayo, y, finalmente, después de confluir con el río Paraguay, se interna en Argentina hasta su desagüe en el Río de la Plata. Su longitud total alcanza los 3.740 kilómetros, con un caudal medio de 20.700 metros cúbicos por segundo.

El Paranaiba y el río Grande limitan entre sí la zona mesopotámica conocida en Brasil como el Triángulo Mineiro, y son los ríos más importantes de toda la cuenca superior del Paraná.

El lecho es de dimensiones muy irregulares: de 4.000 metros en el represamiento que precede a las cataratas del Guaira a únicamente 60 metros de ancho al pie de las mismas. Hasta confluir con el Paraguay, su anchura fluctúa entre los 150 metros y los 4.200 frente a Corrientes, a 2.600 frente a Bella Vista, 2.300 en Santa Fe y 2.000 en Rosario. Las terrazas de inundación son amplias y extendidas, sobre todo en la margen derecha que es la más baja, llegando a los 13 kilómetros en la región chaqueña y a 56 más al sur, lo que está señalando la enorme extensión que puede abarcar el Paraná en sus grandes avenidas. En el tramo medio e inferior, el ancho alcanza unas dimensiones sorprendentes. El cauce medio a esta altura presenta numerosas islas, diseminadas a lo largo del curso y que las aguas de las crecidas cubren por completo.

El delta terminal del Paraná se inicia a 320 kilómetros de la desembocadura y, con un ancho que varía entre los 18 y 62 kilómetros, cubre un área de 14.000 kilómetros cuadrados. El avance frontal de este delta, que puede estimarse entre 70 y 90 metros por año, puede explicarse si se tiene en cuenta la extraordinaria cantidad de sedimentos que transporta, particularmente los provenientes de algunos de sus afluentes, como el Bermejo, que arrastra unos 100 millones de toneladas anuales. Por los numerosos brazos del delta, tales como el Paraná Bravo, Paraná Guazú, Barca Grande, Barca Chica, Paraná Miní y Paraná de las Palmas, se descarga al Río de la Plata el espectacular derrame de la cuenca del Paraná. El río es navegable por barcos de gran calado hasta el puerto de Rosario y por barcos de calados menores hasta Posadas en Argentina y Encarnación en Paraguay.

El río Uruguay es el segundo sistema fluvial en importancia de la cuenca del Plata, con un desarrollo fluvial de cerca de 1.600 kilómetros. Como los dos ríos anteriores, el Uruguay nace también en territorio brasileño, en la Serra Geral, donde toma el nombre de río Pelotas, aproximadamente a 1.800 metros de altura. Sirve de límite entre Uruguay, Brasil y Argentina. Unos kilómetros más allá de la confluencia del Pepirí-Guazú, el río se estrecha entre paredes rocosas en Salto Grande de Misiones. En las Cataratas, el río pasa de 450 a cerca de 20 metros

de anchura [21]. Los afluentes más importantes del río Uruguay provienen del este. El Ijuí, el Ibicuí y el Quaraí son ríos de cuencas relativamente pequeñas pero de considerable caudal. El último sirve de límite entre Brasil y Uruguay por el extremo norte de este último país. El mayor tributario del río Uruguay es el río Negro, desembocando en su colector a menos de 100 metros del estuario del Plata. El Uruguay, que ofrecía bajas importantes impidiendo la navegación, ha visto regulado su caudal por la construcción de las obras hidroeléctricas de Salto Grande. Cuando estas obras estén terminadas definitivamente, el Uruguay podrá ser navegado hasta casi 1.000 kilómetros aguas arriba.

El Río de la Plata, a pesar de su pequeña longitud —unos 300 kilómetros—, posee grandes potenciales por albergar en sus riberas a los importantes puertos de Buenos Aires y Montevideo, entre otros. Su ancho máximo alcanza a los 200 kilómetros.

La gran superficie que abarca la cuenca del Plata ofrece una sucesión de climas y formaciones vegetales distintos. Desde un clima tropical a otro templado, pasando por el subtropical y vastas áreas de transición. Las lluvias siempre disminuyen de este a oeste.

Si bien la colonización de una parte pequeña de esta gran región fue temprana —a partir de 1536—, la gran ocupación comenzará a mediados del siglo XIX, centrándose prioritariamente en las márgenes fluviales o en las proximidades de los principales ríos de la cuenca. El lapso comprendido entre estas dos fechas estuvo ausente de importantes fundaciones urbanas —salvo Montevideo—, incluso de ampliaciones en la ocupación de tierras para actividades agropecuarias.

En este amplio espacio viven más de 80 millones de personas, sobre todo concentradas en grandes ciudades ribereñas: Buenos Aires, Montevideo, Rosario, Santa Fe, Corrientes, Resistencia, Posadas, Asunción, Encarnación, Curitiba, entre otras. Este efectivo humano no disfruta todavía de los beneficios que la enorme riqueza potencial de la región es capaz de producir.

El Paraná ofrece a Brasil una gran abundancia de posibilidades hidroeléctricas en las cercanías de los grandes centros industriales y en las zonas más pobladas del país. Además, las posibilidades para la navegación vinculan los centros brasileños con la Argentina y el Paraguay.

[21] OEA, *op. cit.*, pp. 1 y ss.

Este último también se beneficia de las potencialidades energéticas del Paraná superior. Con respecto a la Argentina, el Paraná satisface las necesidades de agua a los grandes centros urbanos e industriales, tales como Corrientes, Resistencia, Rosario, Santa Fe, Paraná, Buenos Aires, y también, en parte, las necesidades energéticas a través de las obras emprendidas. Ofrece, mediante la navegación, el medio para transportar los productos agropecuarios o industriales.

La otra unidad hidrográfica, el río Paraguay, permite a Bolivia, y principalmente a Paraguay, una vía de acceso al Atlántico. Tal circunstancia en el caso de Bolivia es de extraordinaria importancia para el desarrollo de los recursos de la rica vertiente oriental de los Andes, y, respecto al Paraguay, es vital para el progreso de su economía disponer de medios de navegación.

Por su parte, el río Uruguay brinda a Brasil, al Uruguay y a la Argentina una potencialidad hidroeléctrica inmensa. Y, a la vez, proporciona al Uruguay un punto vital en la cuenca donde concurren varias corrientes de comercio.

Capítulo II

PERÍODO PRECOLOMBINO (HASTA 1492)

El objetivo del primer capítulo ha sido el de ofrecer una visión del espacio geográfico del continente sudamericano, con la distribución de áreas ecológicas, que fueron las que sirvieron como infraestructura natural sobre la que, sucesivamente, se asentaron diversas culturas y civilizaciones hasta la llegada de los europeos.

Para seguir un proceso lógico en el desarrollo del tema que da título a este libro, necesariamente tenemos que hacer una breve reflexión conceptual sobre los términos expuestos en el mismo.

Al hablar de urbanismo, podemos pensar en un concepto surgido de un mundo con una civilización en una etapa avanzada de desarrollo socioeconómico, donde la dualidad «campo-ciudad» está suficientemente diferenciada, para distinguir lo *urbano* de lo *rural*.

Efectivamente, la ocupación —o el dominio— de un espacio geográfico por un grupo de individuos transcurre por diversas fases. Desde una primera etapa de concentración casi individual o familiar en campamentos con una gran movilidad territorial, pasando por los asentamientos en tribus, las aldeas y los pueblos, hasta llegar, en el último período de la organización social, a la formación de Estados, donde los modos de vida de la ciudad y del campo son claramente identificables en función de sus actividades y funciones.

Deberíamos reflexionar también sobre el concepto de *espacio*, ya que, según la calificación semántica que le otorguemos, el espacio podría ser objeto de múltiples significados y objetivo de diferentes ciencias. En este trabajo, vamos a dar al término «espacio» el calificativo de territorialidad y, por ello, al hablar de «los modelos de ocupación

del espacio en América del Sur», en realidad estaremos hablando de los modelos de ocupación del territorio, otorgando al mismo el concepto de espacio socializado y culturizado [1].

Los orígenes del poblamiento americano

Son numerosas las hipótesis planteadas sobre la procedencia de los primeros hombres que habitaron el continente americano. En muchas de ellas se mezclan el mito y la leyenda. En otras, se justifica su procedencia con argumentos históricos o filosóficos.

> Las hipótesis de poblamiento apenas llevan cien años de historia. Los cuatrocientos que antecedieron a éstos fueron, sin embargo, ricos en sugerencias, y los estudiosos derrocharon un enorme caudal imaginativo para tratar de explicarse cómo había llegado el hombre al Nuevo Mundo [2].

La bibliografía sobre el tema es abundantísima, sobre todo, como es lógico, entre los historiadores americanistas, pero no es difícil encontrar otro tipo de eruditos y científicos que se arriesgan a esbozar teorías sobre el poblamiento americano.

Los investigadores del tema se alinean en dos tendencias: los que creen en un *paralelismo* de culturas, de forma que, ante semejantes fenómenos y condiciones, los grupos sociales desarrollan procesos paralelos, y los que creen en la *difusión* de la cultura desde un solo origen.

Los defensores de la difusión transoceánica o transpacífica justifican la posible procedencia del poblamiento americano de razas provenientes de la costa pacífica del continente asiático, de Australia o de la Polinesia, por la similitud de múltiples elementos que aparecen en ambos continentes, pero que no forman un conjunto cultural, sino que hay que considerarlos como elementos aislados en las culturas americanas. De todos estos elementos culturales, el que más fuerza tiene es el uso de la navegación de los pueblos del norte del Perú y sur del Ecuador, que podrían haber visto facilitada su navegación hacia Mesoamérica, o

[1] García, J. L., *Antropología del Territorio*, Taller Ediciones J.B., Madrid, 1976, p. 360.

[2] Lucena Samoral, M. (coord.), *Historia de Iberoamérica,* tomo I: *Prehistoria e Historia Antigua*, Ed. Cátedra, Madrid, 1987, pp. 19 y ss.

a otras zonas del Pacífico, gracias a las corrientes marinas que recorren sus costas.

El origen de las civilizaciones americanas constituye un tema de interés, desde el momento de la conquista o descubrimiento del continente por los europeos, no sólo para historiadores, sino para la mayoría de los científicos interesados en los diferentes aspectos de la vida natural o social del Nuevo Mundo.

Así, por ejemplo, Benito Arias Montano, en un mapamundi datado en 1571, representa a los pobladores del nuevo continente como descendientes de Jectán, biznieto de Sem, hijo de Noé. Esta teoría, que se propagó hasta el siglo XIX, tenía su origen en la lectura del IV libro de Esdras, que fue declarado apócrifo [3]. Otras tesis se remontan a los orígenes del primer hombre, negando la existencia de un solo hombre —Adán— y una sola mujer —Eva— sobre la tierra.

En lo que sí parecen coincidir la mayoría de los historiadores es en la menor antigüedad del hombre como poblador del continente americano, en relación con los habitantes del Viejo Mundo, aunque, a medida que avanzan los estudios científicos sobre la datación del hombre en el continente americano, se retrasa más la fecha de su aparición en el mismo. Los últimos estudios la sitúan entre los 40.000 y 100.000 años [4].

Aceptado este supuesto, el problema se plantea en cómo alcanzaron los habitantes de Europa, África o Asia las tierras americanas. Acosta supone que fueron pueblos nómadas o cazadores los que, a través del extremo oriental de Asia, pasaron al continente americano y luego se extendieron por todo su territorio. Este paso podría haber coincidido con el último período glaciar, durante alguna de sus fases hace más de 70.000 años, en la que, al descender el nivel de las aguas, habría permitido atravesar el actual mar de Bering por tierra [5].

Estos primeros inmigrantes que llegaron al continente lo hicieron en un estado cultural paleolítico, puesto que procedían de un mundo

[3] Terán, M., «El descubrimiento de América y los orígenes de la población americana», en *La Geografía española y mundial en los años ochenta*, Ed. Universidad Complutense, Madrid, 1988, pp. 19-55.

[4] Sánchez Albornoz, N., *La población de América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Ed. Alianza Universidad, Madrid, 1977, p. 321.

[5] *Op. cit.*

inmerso en esta etapa histórica. Este período cultural se desarrolló en tierras americanas con un proceso mucho más lento que en el Viejo Mundo, causado sin duda por la dificultad que suponía la transmisión de innovaciones entre los diversos grupos colonizadores debido a las grandes extensiones territoriales que era preciso recorrer. Por ello, los conquistadores europeos del siglo XV encontraron una sociedad, salvo excepciones, inmersa en un estadio cultural del que ellos habían salido cientos de años antes.

En el Cono Sur, como decíamos, la teoría difusionista hace proceder a sus pobladores de pueblos oriundos de la Polinesia o incluso de China, argumentando esta tesis en los rasgos y en la fisonomía de algunos pueblos sudamericanos, las prácticas pesqueras —similares a las de los pueblos asiáticos—, así como también la naturaleza y decoración de la artesanía encontrada, fundamentalmente de la cerámica.

Considerando el tiempo con una perspectiva esencialmente histórica, podemos remontarnos al año 11500 a. de C., donde ya se encuentran vestigios de los pueblos cazadores (diversos utensilios de hueso y piedra) y, como tales, nómadas. Los principales hallazgos de la prehistoria americana están diseminados por todo el continente. Entre los más antiguos, se hallaron en Venezuela los datados entre el 14000 y el 12000 a. de C., en Cámara-Manzanillo y Taima-Taima; en la costa norte del Pacífico, el complejo de Chivateros del año 12000 a. de C., y en la misma fecha el de Mal Pasa y Barrancas, en Argentina. En el período paleoindio se encuentran yacimientos pertenecientes a la cultura cazadora, denominada Llano, extendida desde América del Norte a Mesoamérica y América del Sur, encontrándose numerosos hallazgos en los actuales territorios de Venezuela, Bolivia, Perú, Chile y Argentina. En Brasil son más escasos los yacimientos prehistóricos y se datan hacia el año 8000 a. de C. los de Lagos Santa, en donde se hallan diversos cráneos del primitivo hombre americano.

Durante toda esta etapa prehistórica hasta la aparición de la agricultura, los restos arqueológicos están integrados, fundamentalmente, por utensilios de piedra, puntas de proyectil, diversos utensilios de huesos e incluso piedras para moler semillas, asociados en muchas ocasiones a fósiles de grandes mamíferos o restos humanos. Desde el año 3000 al 1000 se sitúa la primera fase agrícola y es cuando se inician los primeros pasos en el dominio del espacio geográfico. Los habitantes

de esta fase hacen uso de los recursos naturales que la tierra ofrece, sin modificar el paisaje. Es un uso de la tierra de la que sólo se utiliza lo necesario para la subsistencia, de forma que no se produce ningún *modelo* de dominación espacial.

Desde una visión puramente económica, producción-consumo, esta larga etapa de subsistencia termina con la revolución agrícola que supone el control más o menos perfeccionado de los alimentos (agricultura y ganadería) y pasar de un período nómada, en donde era necesaria la búsqueda constante de alimentos para vivir, a una forma de vida sedentaria, en donde la estructura social, como veremos, adquiere determinados modelos de organización.

No obstante, y debido a las grandes extensiones superficiales (este fenómeno será una constante determinante del desarrollo del continente americano), esta revolución agrícola no se produce por igual en todo el territorio y sólo se da en una pequeña porción del mismo, aproximadamente un 5 por ciento; tiene una estructura económica, en cuyo espacio se concentra el 90 por ciento de la población, mientras que el resto de los habitantes, sólo un 10 por ciento del total pueblan, practicando el nomadismo, el 95 por ciento de la superficie continental [6].

Desde el punto de vista de la organización social, el mundo americano presenta diversas formas, desde las asociaciones indígenas primitivas hasta la consolidación de las sociedades desarrolladas. Esta evolución social se produjo en tres etapas, sin que necesariamente las diferentes culturas desarrolladas en el continente pasasen por todas ellas en un similar proceso evolutivo.

La primera fase la constituyen las *sociedades igualitarias*, que se estructuraban en grupos familiares, localizados en «bandas», «tribus» o «pequeñas aldeas». Su organización estaba basada en la utilización de los recursos que ofrecía la naturaleza: vegetación espontánea, caza y pesca. No existía más dominio de la tierra que el que proporcionaba el derecho de uso del suelo o del territorio, del que obtenía cada individuo con su propio trabajo los recursos necesarios para su mantenimiento. No existía más técnica que la que ofrecía el propio ciclo natural de la

[6] Solano, F. de (director), *Historia urbana de Iberoamérica*, tomo I, *La ciudad iberoamericana hasta 1573*, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, 1987, p. 355.

vida animal o vegetal, y solamente se establece el primer indicio de lo que podría ser una organización social en las acciones comunes debidas a cacerías, guerras o celebraciones religiosas.

Esta primitiva forma de organización no implica, precisamente por sus características, ningún modelo territorial. Son asentamientos humanos que responden al dominio del microambiente o del piso ecológico sobre el que se asientan. La segunda fase en este proceso evolutivo de la sociedad es el correspondiente al *cacicazgo*, cuyo significado conceptual lleva ya implícito el concepto de dominio.

El cacicazgo supone ya un modelo de sociedad jerarquizado, aunque se reduzca en un primer momento a la presencia de un individuo distinguido sobre el conjunto de los que componen el grupo. El *cacique* tiene la función de organizador del grupo sobre el que ejerce su dominio, acompañándole, en la mayoría de las ocasiones, un cierto carácter sagrado, religioso.

Existe, en este tipo de sociedades, un segundo nivel en la jerarquía social, que lo componen las personas más directamente relacionadas con el cacique, por debajo de las cuales está el resto de la población. En algunos casos aparece una cuarta jerarquía o nivel social compuesto por siervos, pertenecientes a otros cacicazgos dominados.

La extensión territorial de los cacicazgos, así como el número de individuos que los componen, es desigual, pero la noción de frontera, de límite, aparece ya como diferenciación de unos territorios sobre otros.

La tercera y última fase en esta evolución es la que forman las *sociedades civilizadas*, y cuya característica principal es el desarrollo de diferentes clases sociales y la constitución del Estado como órgano de gobierno.

Si bien en los cacicazgos ya se aprecia de una manera incipiente una estratificación social, en las civilizaciones esta distinción se establece por la dedicación de cada individuo a diferentes actividades, ocupaciones que son las que realmente marcan la separación de las clases sociales.

Aparece claramente identificable la división social del trabajo: agricultores, artesanos en diferentes especialidades y, sobre todos ellos, los hombres dedicados a las tareas de gobierno, al ejército y a las actividades religiosas, que son los que componen el núcleo del Estado:

> ... la organización estatal se encuentra en sociedades con tecnologías de alta productividad, generalmente agricultura intensiva. La extensión territorial y la población son mayores que en los cacicazgos, e implican la diferenciación económica y social entre distintas regiones, el desarrollo de intercambios entre ellas y la distinción entre ciudad y campo... [7].

La transformación de las civilizaciones primitivas indígenas en estados coloniales implica necesariamente la existencia de centros urbanos en los territorios conquistados. La aparición de la ciudad es consecuencia de la organización del trabajo que necesariamente lleva implícito un aumento de la población que permita esta distribución laboral. Pero en este punto, el número de habitantes que poblaban el continente americano, no hay uniformidad entre los investigadores.

La probabilidad de existencia de ciudades es mayor si compartimos la tesis de territorios con densidades de población capaces de permitir, por su número, la diferenciación de funciones entre unos núcleos y otros, la división del trabajo y la creación de estructuras sociales y económicas más o menos complejas. Entre los historiadores que defienden esta tesis de territorios densamente poblados se encuentran Cook y Borah, que señalan la existencia de núcleos que contabilizaban entre 5.000 y 15.000 habitantes, y en los que claramente se podían dar las condiciones antedichas y, por ello, la existencia del fenómeno urbano [8].

Otros, sin embargo —Charles Verlinden—, defienden la idea de que la población existente en el momento de la conquista estaba compuesta, únicamente, por pueblos recolectores y cazadores; esto es, sociedades igualitarias, no jerarquizadas, en la primera fase de la evolución social y en las que la formación de ciudades no es probable [9].

La explosión demográfica que sigue a cualquier tipo de avance tecnológico, en este caso a la revolución agrícola localizada en una peque-

[7] Carrasco, P., *América indígena. Historia de América Latina, I*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, p. 371.

[8] Wodrow Borah, «Aspectos demográficos y físicos de la transición del mundo aborigen al mundo colonial», en *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Ediciones Siap, 1978, pp. 59-89.

[9] Verlinden, Ch., «La population de l'Amerique precolombinne. Une question de méthode», en *Méthodologie de l'histoire et des sciences humaines. Melanges en l'honneur de Fernand Braudel*, Toulouse, 1973, p. 459.

ña parte del territorio, es difícil de cuantificar debido a la inexistencia de fuentes documentales y sólo pueden hacerse conjeturas basándose en los hallazgos arqueológicos.

La respuesta a la pregunta de si la sociedad precolombina había llegado a la cifra máxima que el territorio podía absorber, la podría dar la constatación de si los recursos económicos originados estaban destinados al sostenimiento de la población indiscriminadamente o a la satisfacción material o espiritual de determinados grupos sociales.

Un aumento de la población podrá ser causa de movimientos migratorios intrarregionales y también de determinadas prácticas religiosas de ofrendas humanas a los dioses, que sólo pueden concebirse en sociedades en donde la población no es escasa.

Las hipótesis sobre la cuantificación de la población indígena en el momento de la conquista se sitúan en dos extremos: uno alcista y otro a la baja. Entre los alcistas se encuentran los seguidores de la escuela de Berkeley (Simpson, Cook y Borah, entre otros). Con un método semejante al de estos autores, Dobyns calcula la población precolombina entre 90 y 112 millones de habitantes [10]. Rivet y Sapper llegaron, por procedimientos diferentes, a la cifra de habitantes entre 40 y 50 millones, mientras que Kroeber, en el extremo opuesto de la tendencia, rebaja la cifra a ocho millones y medio en el total continental, norte y sur [11].

Para nuestro objetivo, interesa más saber la distribución espacial de la población, porque la distribución de la misma responde mejor a la configuración de un determinado modelo territorial. Cuzco podría tener en el momento de la conquista 200.000 habitantes, y otras ciudades del imperio también habrían podido alcanzar esta cifra [12].

A su vez, esta ocupación territorial viene determinada por la evolución económica que cada grupo humano desarrolle y, así, la evolución sociocultural es la que determina una mayor densidad en unas áreas, el área centroandina, y se manifiesta en el establecimiento de un mayor número de ciudades.

No debemos olvidar tampoco la extensión superficial a la que nos estamos refiriendo. A la hora de hablar del fenómeno urbano, no todos

[10] *Op. cit.*
[11] *Op. cit.*
[12] *Op. cit.*


A
B
C
CIVILIZACIONES PREHISPÁNICAS.
A. ÁREA NUCLEAR CENTROANDINA Y SU ÁREA DE INFLUENCIA.
B. PUEBLOS AGRÍCOLAS EN LA PRIMERA FASE DE DESARROLLO SOCIAL
C. PUEBLOS NÓMADAS Y CAZADORES. SOCIEDADES NO JERARQUIZADAS.

los territorios se comportan de la misma forma. Así, en Sudamérica, podemos hablar de *ciudades* en la región andina central que, tras la dominación inca, estaba organizada en grandes regiones administrativas, mientras que Brasil no tuvo nunca las condiciones básicas para la existencia del fenómeno urbano. Este hecho, tanto en un territorio como en otro, jugará un papel decisivo en el momento de la planificación territorial tras la conquista europea, reflejándose, como veremos, en diferentes modelos de ocupación del territorio.

Tampoco debemos olvidar, al considerar el hecho urbano en el territorio americano, que todas las investigaciones que sobre los sucesos anteriores a la conquista se han realizado han sido basándose en los hallazgos arqueológicos y en las crónicas de los historiadores europeos, cuya percepción de la ciudad no respondería al mismo concepto con que los aborígenes habían construido las suyas. Esta falta de coincidencia se refleja también en el modelo arquitectónico, por lo que sólo en algunas ocasiones, como es el caso de Cuzco, se edifica sobre el mismo plano la nueva ciudad colonial. El virrey Francisco de Toledo hace, refiriéndose a Perú, la siguiente descripción del territorio:

> ... la incompatibilidad con que antes de la reducción estaban poblados los indios, que si había más de dos mil en un repartimiento, estaban situados en cincuenta y cien leguas de contorno y en muchos lugarejos de a cincuenta y de cien indios o de a treinta y diez y menos cada uno, y en riscos, quebradas y valles, adonde a caballo ni aún a pie no podía entrar el sacerdote...

Responde, sin duda, a una visión personal, a pesar de lo cual W. Borah considera que la ocupación humana alcanzó densidades tales que, cualquiera que haya sido la dispersión campesina, condujo a aglomeraciones en el asentamiento que se adecuan más estrechamente a las ideas actuales de lo que son centros urbanos [13].

Durante el largo período histórico que abarca desde la aparición de la agricultura —primer indicio del dominio del territorio por el hombre— hasta la conquista en los albores del siglo XV, diferentes pueblos y culturas se van sucediendo, constituyendo cada una de ellas un avance en el proceso económico y cultural de la sociedad sudamericana.

[13] *Op. cit.*

Los incas, cumbre de las civilizaciones prehispánicas, dominan el territorio durante la segunda mitad del siglo XIV, pero hasta entonces, el territorio, como espacio socializado y culturizado, es paulatinamente conquistado desde la costa hacia el interior, fundamentalmente desde la costa pacífica, alcanzando, en su dominio, el corazón del continente, en cuyo interior algunos pueblos permanecieron aislados tras la conquista, al establecerse un dominio territorial esencialmente periférico.

Sobre la superficie del territorio que integra el continente sudamericano se localizaron numerosos pueblos sin una estructura formal, ni en cuanto al número de habitantes, ni en cuanto a las características de cada uno de ellos. De los que se tiene un mayor grado de conocimiento es de aquellos que integraron la llamada área *nuclear sudamericana*, situada en la costa oeste y que llegaba hasta la cordillera de los Andes, donde los conquistadores europeos encontraron a su llegada a América el imperio inca.

También en otras partes del continente existieron culturas o pueblos que establecieron diferentes pautas en la ocupación del espacio, aunque no llegaron a alcanzar el grado de evolución del pueblo inca.

De unas culturas y otras vamos a tratar seguidamente como prehispánicas.

LAS CIVILIZACIONES PRECOLOMBINAS

Las civilizaciones preincaicas

A pesar de la misma procedencia étnica, el largo proceso por el que los primeros inmigrantes asiáticos pasaron en el tiempo y en el espacio dieron lugar a la formación de tres grandes áreas socioculturales evolucionadas y bien diferenciadas, con las que se encontraron los conquistadores ibéricos a su llegada al Nuevo Mundo. De estas tres áreas: altiplano de México, sur de México y América Central y las *tierras andinas*, es esta última la que va a centrar nuestro interés, por ser en donde se estableció, en época precolombina, un verdadero modelo de ocupación del territorio [14].

[14] El mapa de la página 67 nos muestra, generalizando, la distribución superficial de las civilizaciones prehispánicas, clasificadas en tres categorías, en virtud del grado de

Además de esta área andina, otras también, aunque con un menor desarrollo sociocultural, se pueden diferenciar en el continente sudamericano: andina austral, selvas tropicales y ecuatoriales, tierras del macizo brasileño hasta la costa atlántica, Gran Chaco y, finalmente, las llanuras argentinas de la Pampa y Patagonia.

Desde un punto de vista de clasificación histórica, los historiadores distinguen varias etapas que abarcan desde la prehistoria (de los primeros pobladores al siglo XV a. de C.), período preclásico (siglo XV-III a. de C.), período protoclásico y de transición difíciles de datar, y no equivalentes en todos los pueblos, y, finalmente, el período imperialista que, para los incas, comienza en el año 1400 y termina en 1532 con la derrota de Atahualpa en Cajamarca ante los españoles. Sobre los territorios enumerados, y con una evolución no coincidente para todos los pueblos en los citados períodos históricos, se desarrollan las diferentes culturas de las que vamos a hablar.

Según el historiador Ballesteros Gaibrois, la cultura chavín fue una de las más originales de Perú, es decir, de las tierras andinas.

Temporalmente se sitúa entre el 900 y el 250 a. de C., y geográficamente en un territorio al norte del actual Perú, comprendiendo zonas en un corte transversal, desde la costa a la sierra, en las estribaciones de la selva. El máximo exponente de la cultura chavín es *Chavín de Huantar*, situado en la cordillera Blanca, al que los conquistadores españoles le dieron el nombre de «El Castillo». Los restos hallados, tanto en su arquitectura como en la cerámica —que realizaban en un solo color—, o en los tejidos, nos muestran dibujos que representan figuras humanas, siendo más frecuentes los símbolos de animales y plantas, algunos de ellos propios de la Amazonia próxima, como son los jaguares, caimanes, etc. Aunque los restos encontrados no ofrecen claros vestigios de tratarse de una sociedad evolucionada, es decir, una organización típica de los Estados, sí que debían tener una estructura social jerarquizada con un fuerte componente religioso.

La cultura *chavín* tuvo cierta difusión, pero al contacto con otras culturas vecinas fue perdiendo fuerza, evolucionando en todos sus as-

desarrollo social que alcanzaron. Incluidos en estas tres áreas están los diferentes pueblos que habitaban el continente sudamericano antes de la conquista española y portuguesa.

pectos hacia culturas más desarrolladas, donde el empleo de los metales, las obras de mejora para las prácticas agrícolas, la complejidad de las decoraciones, etc., hacen pensar en el declinar de su predominio en favor de otras culturas, a pesar de lo cual *chavín* perduró hasta aproximadamente el año 600 d. de C.

Una de estas culturas aludidas con una clara influencia chavín es la que se situó en la península de *Paracas*, en la costa central, donde se encontró una necrópolis con numerosas momias cubiertas con ricos tejidos, que se conservaron gracias a las condiciones ambientales del territorio y que nos presenta una cultura mucho más desarrollada en su aspecto decorativo y ornamental que de la que procedía.

Al sur de Paracas, y coincidiendo en su secuencia temporal con el declinar de la cultura chavín, florece la cultura *nazca*, con dos grandes centros ceremoniales: Canhuachi y Estaquena. Pertenece a esta cultura la representación de dibujos lineales, realizados con grava y arena, unas veces con formas geométricas y otras con figuras de animales. Se cree ver en ellos los antecedentes del sistema de «ceques» (Cuzco) y pueden responder a observaciones cronológicas o astronómicas.

Hacia el norte, la cultura chavín fue recogida por el pueblo *moche*, situado en la costa, en los valles de Moche y Chicama. Gracias a la cerámica, muy abundante en esta cultura, se han podido estudiar sus costumbres. Por sus dibujos, se tiene noticia de la existencia de diferentes clases sociales. En un primer nivel jerárquico, estaban los militares y sacerdotes. En otro inferior, los artesanos, orfebres, tejedores, ceramistas, etcétera. Asimismo, se aprecia el culto a la feminidad, por la abundancia de representaciones referidas a la fecundidad.

Desde el punto de vista de la agricultura y las obras públicas, la pirámide de Moche es el ejemplo arquitectónico más importante, y el acueducto de Ascope nos muestra el desarrollo de la técnica en el dominio del agua aplicado a la agricultura.

En esta época de dominio de la cultura chavín, y coincidiendo con la cultura moche en el norte y la nazca en el sur, tiene lugar el desarrollo de *Tiahuanaco*, ciudad que junto con *Huari* y *Pucará* son el exponente del urbanismo en esta época preincaica.

Tiahuanaco estaba situada a 3.800 metros de altitud, en las proximidades del lago Titicaca. Según Cieza de León, era la ciudad más antigua del Perú. Su influencia se mantiene desde el año 900 a. de C. hasta aproximadamente el año 1000 de nuestra era.

Por los hallazgos arqueológicos —pirámide escalonada de Akapama, el Kalasasaya con la Puerta del Sol, el Puma-Pum y el Palacio—, parece tratarse de un centro ceremonial, mientras que los habitantes dependientes de él se repartían por el territorio, ocupando los valles andinos hasta la costa. En ellos desarrollaron la agricultura, base económica no sólo de Tiahuanaco, sino de todas las culturas que estamos describiendo, para lo que abancalaron las laderas de los valles, al igual que en la cultura chavín.

Huari, en las proximidades de Ayacucho, puede considerarse como antecedente de la organización imperial que más tarde desarrollaron los incas. Fue una ciudad compacta, que pudo contar con 40.000 habitantes [15].

Dentro de la secuencia temporal del estudio de las culturas preincaicas hubo un tiempo en que, para algunos historiadores, todo fue *chimú*. Más tarde se fue desvelando el misterio y, gracias a los estudios arqueológicos, se pudo separar lo chimú de las demás culturas.

El imperio chimú, o reino chimor, se desarrolla entre el año 1000 y el 1400 de nuestra era. Es, pues, la última gran cultura; podemos hablar ya de civilización antes del dominio de los incas. Surge tras el llamado «período floreciente», al que pertenecen las culturas moche, nazca y de Tiahuanaco, de las que aprovecha e incorpora sus modos de vida, la evolución sociocultural que ellas habían desarrollado. Fue coetánea con los cacicazgos o señoríos de Chancay y de Ica-Chinca, establecidos en la costa, y con los de Huancas, Chancas e Incas, localizados en los valles del Apurimac y Urubamba.

Su ciudad principal fue Chan-Chan, donde vivían las clases dirigentes y los artesanos. El pueblo, compuesto por campesinos, habitaba las proximidades de las tierras cultivadas, diseminados por el valle del río Moche.

Como habían hecho otras culturas anteriores, las laderas de los valles fueron transformadas en terrazas o andenes ocupados por los cultivos, a la vez que se desarrollaron importantes obras hidraúlicas que favorecían la llegada del agua, tanto a las tierras cultivadas como a los núcleos de población. Adquirió tal importancia el control o dominio del agua en la sociedad chimú que su clase dirigente estableció

[15] *Op. cit.*

defensas a su cargo a lo largo de la red hidráulica que cubría el territorio.

Como en otras civilizaciones, la arqueología ha podido reconstruir las costumbres de este pueblo, merced al enorme desarrollo que tuvo la artesanía en sus facetas de cerámica, orfebrería, tejidos y arte plumario. Los dibujos de la cerámica y de los tejidos sirven para conocer la sociedad chimú, sus pensamientos y sus creencias, sus casas y sus animales, incluso las enfermedades que padecían se ven reflejadas en los rostros que dibujan sus artistas.

Se distinguieron por el trabajo de los metales: oro, plata, cobre y bronce. Los metales preciosos fueron utilizados para la fabricación de joyas y máscaras funerarias. El bronce, para utensilios domésticos, cuchillos y aperos de labranza.

Era un pueblo politeísta, cuya máxima divinidad era la luna, debido sin duda a la importancia que las mareas tenían en la vida de los habitantes de la costa.

Construyeron caminos sobre la base de otros heredados de las culturas que les habían precedido y llegaron hasta los Andes, realizando alianzas para tener asegurado el abastecimiento de agua.

Esta gran cultura fue la última que los incas tuvieron que dominar, y, dada la época en que llegaron a ejercer su dominio, no pudieron, a la llegada de los conquistadores españoles, hacer desaparecer los vestigios de esta gran civilización.

Además de estas culturas descritas, y que forman parte del área nuclear centro-andina, el resto de las culturas se corresponden geográficamente con los diferentes paisajes naturales que vimos al hablar del medio físico, sin que tengan una unidad estructural, reflejando más bien la fragmentación de los espacios ecológicos.

De ellas, una de las mejor conocidas es la de los *muiscas,* situada en un área geográfica que se corresponde con el sur de Colombia, en la zona norte andina. Los muiscas eran el grupo más numeroso y más extendido del país y el que había logrado el más alto nivel de complejidad social y política al norte del imperio incaico [16].

A pesar de esta complejidad social, no constituía una unidad política, sino que su organización se basaba en la unión de varios cacicaz-

[16] *Op. cit.*

gos. Desde el punto de vista espacial, su unidad territorial estaba constituida por un grupo de parientes, de carácter matriarcal, cuyo individuo dominante se llamaba «uta», que era el mismo nombre que recibía la unidad territorial. Varios utas formaban un territorio más grande, denominado «sivin», y la unión de tres a siete de estas unidades constituía un pueblo dominado por un cacique.

Las verdaderas provincias o cacicazgos estaban formadas por varios de estos pueblos, entre los que mandaba el cacique más fuerte de los que los componían. Entre los más importantes estaba el de Bogotá, que llegó a tener entre 120.000 y 160.000 habitantes, y también el de Tunja. Ambos pueden considerarse, por su evolución política y social, como el último período de una sociedad que camina hacia la formación de un verdadero Estado.

Otros pueblos existían también en la zona norte de los Andes, pero tenían mas bien el carácter de tribus, es decir, estaban en el primer escalón del desarrollo sociocultural y no ejercían más dominio territorial que el del reducido espacio que ocupaban.

Otra área importante desde el punto de vista cultural la constituye la zona amazónica, donde se localizan restos cerámicos del año 2000 a. de C., de los que tiene mayor interés la de la isla de Marajo, que abarca desde el 600 al 1300 d. de C., y, aunque parece que tuvieron influencias de culturas andinas o del norte, no se hallan vestigios para considerarla como una civilización en un grado avanzado de desarrollo organizativo.

En la costa brasileña se localizaba el pueblo denominado de los «tupinamba» por su habla tupí. Según Carrasco [17], los tupinambas vivían en grandes casas comunales, denominadas «malocas», en las que habitaban varias familias. Cada núcleo de población tenía entre cuatro y nueve malocas regidas por un jefe y podían alcanzar entre 100 y 600 habitantes. Tenían una agricultura itinerante, abandonando las tierras cuando no producían lo necesario y creando la aldea en otro lugar, sin que, dada su localización, tuvieran ningún problema de tipo espacial; disponían de todo el territorio necesario, sin tenerlo que disputar con otros vecinos.

[17] *Op. cit.*

Hacia el sur y al este del imperio incaico existían pueblos como los changos, atacameños, calchaquis y diaguitas, que, aunque formando parte del área cultural andina y debido a las grandes distancias que los separaban de los centros de dominio inca, la incorporación efectiva a su organización estatal fue tardía.

En el sector meridional del Cono Sur existían cuatro grandes áreas culturales: la de los araucanos, la de los habitantes de El Chaco, la zona de la Pampa y la Patagonia y, por último, las zonas costeras del sur de Chile y Argentina.

Los araucanos, localizados en la zona central de Chile, eran un pueblo agrícola y, como los incas, utilizaron el sistema de cultivo en terrazas. Fue un pueblo numeroso, entre medio millón y millón y medio de habitantes cuando llegaron los españoles, estando más densamente poblada la zona norte, donde las condiciones para la agricultura eran más favorables.

No tuvieron una organización política determinada y, según relata Diego de Rosales en su *Historia General del Reyno de Chile*, después de resistir la invasión inca

> ... tiró cada uno por su camino, o cada familia o parentela por el suyo, eligiendo cada uno entre todos el más digno o el más anciano para que los gobernase, a quien se sujetan los demás, sin imperio, opresión ni vasallaje. Y de aquí tuvieron origen sus caciques, que son sus señores, a quienes reconocen como a cabeza del linaje sin pagarles pecho ni darles más obediencia que la del respeto de parientes...

Los grupos locales con sus jefes ocupaban territorios heredados unos de otros, en los que la propiedad familiar era común. Estos grupos recibían el nombre de «rehue» o «levo» y estaban integrados por un número de individuos no superior a 2.000, que se repartían en grupos menores de aproximadamente 400 personas, denominados «cabias», que, a su vez, estaban formados por varios linajes o familias, machullas. Sólo por motivos de defensa se reunían estos caciques, como describe Ercilla en *La Araucana*.

En la llanura del Chaco, que se extiende desde el piedemonte de la cordillera andina hasta las riberas del Paraguay-Paraná, se establecieron diversos pueblos que recolectaban los recursos naturales que ofrecía el territorio, siendo frecuentes las migraciones temporales. Entre ellos están los pueblos de los payague, abipones, moories, inbayaes y

los tolas; estos últimos aún habitan algunos suburbios de actuales ciudades chaqueñas.

Desde el punto de vista de la organización social, todos ellos constituían *bandas* o *tribus* dedicadas a la caza, pesca o recolección de los productos o animales que ofrecía el territorio, sin tener una organización económica o social.

En la zona de la Pampa y la Patagonia, el recurso fundamental de sus habitantes era la caza, y los pueblos que dominaban el territorio en el momento de la conquista eran los *charrúas* en Uruguay, los *querandíes* en el sur del Río de la Plata y los *puelches* en el río Negro. En la Patagonia vivían los *quelchues*.

Debido a la extensión superficial de esta zona y al escaso número de componentes de estos pueblos, su dominio sobre el territorio se mantuvo aun después de la conquista, permaneciendo en continua hostilidad con los colonizadores hasta finales del siglo XIX.

Por último, en las zonas costeras de Chile existían varias *bandas* denominadas chorros, alacalufes y yámanas, cuya actividad era la pesca, y, aunque investigaciones recientes demuestran un desarrollado nivel religioso, no tenían ninguna organización social.

Los pueblos costeños y los cazadores del sur son muestra de los primeros pasos en el desarrollo sociocultural del continente sudamericano. Lejos de los centros de poder y con recursos escasos, son ejemplo del tipo paleoamericano de cultura que se adaptaba a las condiciones ecológicas de los territorios que dominaban [18].

La civilización inca

El origen de los incas se halla inmerso en el mito y la leyenda. La versión oficial más ampliamente aceptada dice que los incas era un pueblo que procedía del lago Titicaca, desde donde llegaron al valle de Cuzco y crearon la ciudad de su nombre, que fue hasta la llegada de los españoles, y aun después, el centro hegemónico de un vasto territorio [19].

[18] *Op. cit.*

[19] La abundante bibliografía existente sobre el tema «inca» aparece en el capítulo dedicado a bibliografía comentada. Únicamente hacemos referencia aquí a la obra,

Los incas procedían de pueblos pastores asentados en el altiplano, que desde Cuzco, a principios del siglo XIV, van ocupando sus territorios vecinos de Titicaca, Nasca, Cajamarca, Tumbes y los del imperio o reino chimú, asimilando la cultura de los pueblos que vivían en los territorios ocupados. En un cuarto de siglo dominan e incorporan a su estructura social, económica y política los pueblos y territorios comprendidos entre las estribaciones de la selva amazónica a la costa del Pacífico, dominando diferentes picos ecológicos, lo que les permitió diversificar su producción y alcanzar una economía de excedentes. Este proceso de anexiones territoriales finalizó con la victoria de los conquistadores españoles, facilitada por la guerra civil que los incas mantenían en el momento de la invasión.

Dada la importancia de la civilización inca, necesariamente tenemos que detenernos en su historia y su organización social, porque son la base sobre la que el imperio va a ejercer el dominio en un territorio aproximado de un millón y medio de kilómetros y que alcanzó una población de entre cuatro y seis millones de habitantes.

En una primera etapa de su desarrollo constituía un número no determinado de pequeños núcleos regidos por un «sinchi» o jefe. Alguno de estos sinchi consiguió establecer la unificación de todo el territorio, siendo el origen del imperio hacia el año 1200.

Según el inca Garcilaso en sus *Comentarios reales*, son trece los incas reconocidos desde este primer sinchi unificado que fue Manco-Cápac, y éstos son, cronológicamente, los siguientes: Manco-Cápac, Sinchi Roca, Roque Yupanqui, Payta Cápac, Cápac Yupanqui, Inca Roca, Yáhuar Huácac, Inca Viracocha, Inca Yupanchi *Pachacutec*, Topa Inca Yupanqui, Huayna Cápac, Huáscar y Atahualpa.

Todos ellos se suceden de forma directa, de padre a hijo, y sólo la rígida administración a que estaba sometida la sociedad permitió el engrandecimiento de un pueblo edificado sobre un territorio con características ecogeográficas diferentes y formado también por diferentes grupos étnicos. Como hemos visto en la descripción de algunas de las más importantes culturas, éstas son coincidentes en el tiempo, y es la inca la que finalmente prevalece, asimilando unas veces las caracterís-

que por ser inédita, no puede incluirse en dicho capítulo. Su autora, Juana Aurora Mayoral Gallardo, nos ha facilitado para su consulta su trabajo titulado «La civilización inca».

ticas étnicas de los pueblos conquistados o haciendo desaparecer, en otras ocasiones, cualquier indicio de otras culturas. Para describir esta variedad étnica, Cieza de León [20] nos describe:

> ... Los «yungas» de la costa van embozados como gitanos; los «collas» de los alrededores del lago Titicaca llevan gorros en forma de una redonda paca de lana; los «canas», actualmente habitantes de la ciudad de Tiuta, portan otra clase mayor y más ancha. Los «cañaris» de Cañal, Ecuador, llevan gruesas coronas de cintas. Los «huancas» de Jauja, Perú Central, usan cortas cuerdas que les cuelgan hasta abajo de la barbilla y el pelo se lo trenzan. Los «canchís» llevan anchos listones rojos o blancos que les pasan por la frente. Todas estas tribus se distinguían particularmente por la forma de su tocado, tan claro y distinto que cuando se reunían quince mil hombres, las diversas tribus podían distinguirse una de otra.

La sociedad estaba fuertemente jerarquizada, con una estructura piramidal en cuya cúspide estaba el *Inca*. El gobierno de los incas que se sucedieron en el trono fue absoluto, total, reuniendo en su persona los atributos de lo sagrado y lo humano. El Inca era el representante del sol en la tierra, reuniendo en su persona todos los poderes religioso, legislativo, ejecutivo y judicial. Aunque, como hemos dicho, el poder pasaba de manos del padre al hijo, no había una ley sucesoria determinada, lo que, unido al número de hijos que podía tener el Inca (además de la esposa legítima, «colla», algunos Incas tuvieron hasta setecientas concubinas), produjo en algunos momentos luchas fratricidas si el difunto Inca no había hecho público el nombre de su sucesor. Así ocurrió con la sucesión de Huayna Cápac en 1527. A pesar de constituir una sociedad monógama, el Inca practicaba la endogamia, se casaba con su propia hermana para garantizar la pureza de la raza, y al mismo tiempo la poligamia.

De los trece Incas que reconoce la historia, los que adquieren mayor importancia son el Inca Yupanqui *Pachacutec*, Topa Inca Yupanqui y Huayna Cápac, tres generaciones que desde 1438 a 1527 desarrollaron y consolidaron el imperio inca.

[20] Cieza de León, *La crónica del Perú*, Ed. Espasa-Calpe, Madrid, 1922.

Desde el punto de vista geográfico, y refiriéndonos a los estados actuales, el territorio dominado por los incas se extendió desde el norte del Ecuador hasta el centro de Chile, incluyendo tanto la zona costera como el altiplano boliviano, y también la sierra, llegando hasta el noroeste de Argentina. Con esta gran extensión superficial, la variedad ecológica era también grande; sin embargo, los pueblos que integraron el imperio se situaban, principalmente, en las zonas agrícolas más prósperas, o en aquellas donde el desarrollo de la ganadería de auquénidos era más favorable.

La conquista territorial fue llevada a cabo por un ejército reducido pero muy disciplinado, al que iban incorporando los ejércitos de los pueblos dominados, ya que la idea que inspiraba sus conquistas pasaba de ser exclusivamente económica para ser una lucha por la expansión del imperio. Los incas no sólo conquistaron, sino que defendieron sus conquistas, dominando desde el año 1100 d. de C. hasta el 1500 a más de 500 tribus y extendieron su territorio desde Colombia a Argentina y desde el Pacífico al Alto Amazonas. Refiriéndose a los últimos tiempos del imperio, Louis Baudin, en su obra *La vie quotidienne au temps des dernier incas*, describe así al ejército:

> ... sobre las rutas rectilíneas, a través de las soledades grises y los pueblos terrosos, avanzaba la extensa columna parecida a una serpiente de escamas centelleantes. Bajo los rayos del sol y los penachos de los jefes —de colores vivos— sembraban de puntos rojos, azules o amarillos. Sobre las cabezas se balanceaba la litera del generalísimo, que llevaba en la mano el «suntus-paucas», insignia de comando formada por un asta larga, adornada de metal precioso, guarnecida y coronada de plumas...

La estrategia militar comenzaba por una fase diplomática en la que se trataba de convencer a los pueblos vecinos de las ventajas de pertenecer al imperio. Sólo cuando las negociaciones fracasaban, se recurría a la lucha armada, tras la cual se establecía la llamada «paz incaica» y los territorios ocupados pasaban a formar parte de los diferentes estamentos de la sociedad.

Como decíamos, la estructura social respondía a un sistema piramidal, en el que en la cumbre se situaba el Inca. Por debajo de él existía el nivel jerárquico, constituido por la aristocracia, a quienes los conquistadores españoles llamaron «orejones», debido a los adornos de oro que portaban en las orejas. Esta clase social estaba, asimismo, diferenciada en tres estamentos: el que formaban los «panacas» imperiales,

que eran las personas más próximas al Inca; los «curacas», jefes territoriales del propio pueblo inca, o pertenecientes a los nuevos pueblos conquistados, y, por último, los llamados «incas de privilegio» que, perteneciendo al pueblo llano, habían sido distinguidos por algún hecho importante realizado tanto en la paz como en la guerra. Siguiendo el esquema piramidal, el último escalón estaba integrado por los plebeyos o pueblo llano, en el que también había diferentes castas en función de la actividad desarrollada.

Desde un punto de vista espacial, el territorio estaba dividido en unidades político-administrativas denominadas «ayllu» y que, en la mayoría de los casos, respondían a antiguos territorios de distintas culturas dominados por los incas.

El Inca poseía su propio ayllu, que no heredaba su sucesor, sino que constituía el dominio territorial de la familia del Inca muerto. De esta forma cada Inca, al acceder al trono, constituía un ayllu independiente, centro territorial del gobierno durante su reinado.

Un tercio de las tierras que formaban los ayllus se repartían entre los campesinos y constituían la base de su subsistencia, la unidad se denominaba «tupu», pero no como propiedad privada, sino únicamente para su uso, de forma que cada individuo debía tener la superficie necesaria para su mantenimiento, siendo el Estado quien se encargaba de repartir la tierra entre sus ciudadanos.

Varios ayllus constituían un territorio y estaban dirigidos por un jefe de distrito y varios territorios constituían un «suyu», cuyo jefe, «apo», era sólo responsable ante el Inca.

El trabajo y la producción de la tierra estaban distribuidos en tres partes: la perteneciente al Inca, la que correspondía al templo y la que cada individuo disponía para sí mismo. Todos los campesinos estaban por igual obligados a trabajar estas tres porciones de tierra y eran severamente castigados los que incumplían este mandato. Por su parte, el Inca estaba comprometido a organizar las reservas de alimentos en previsión de épocas de penuria.

Los campesinos, a cambio del usufructo de las tierras, se comprometían a cultivar las que pertenecían al Inca. Asimismo, tenían la obligación de colaborar en los trabajos que constituían las obras públicas del Estado. A este tipo de prestación se le denominaba en su conjunto «mita», y para llegar a establecer la distribución equitativa de la misma se estableció un censo en el que la estructura de la población, edad y sexo

servía de base para la distribución del trabajo. La mita podía ser pagada en productos elaborados por los artesanos, cerámica, tejidos, etcétera.

Con esta estructura económica de la sociedad, con ausencia de propiedad privada, el concepto mercantil de los bienes no existía, por lo que algunos autores hablaron de una sociedad socialista. En realidad el pueblo entero trabajaba para el mantenimiento de la estructura piramidal, en la que el escalón superior de la pirámide estaba ocupado por el Inca.

Pero la agricultura, aunque primordial, no era la única actividad desarrollada por los incas. Así, había comunidades encargadas de determinadas obras: caminos, puentes, fortalezas, defensa de los almacenes de grano que se distribuían por todo el imperio, etcétera.

Son precisamente los caminos una de las realizaciones incaicas de más relieve. Debido a la extensión superficial del imperio, se hizo necesario un sistema viario que permitiera la comunicación de todos los puntos del mismo con su cabeza rectora, el Inca, instalado en Cuzco, así como el avituallamiento de los ejércitos y, en fin, el traslado de mercancías que, procedentes de diferentes áreas ecológicas, abastecían a todo el territorio. Esta red de caminos se realizó en muchas ocasiones sobre los construidos por los pueblos o civilizaciones anteriores, pero también fue necesaria la construcción de otros muchos, así como de puentes, como es el caso del famoso puente colgante sobre el río Apurimac. Estas rutas que atravesaban el imperio son tan importantes que Cieza de León [21] dice:

> ... son tan famosas como las que hizo construir Aníbal a través de los Alpes para descender a Italia..., yo creo que si el Emperador —Carlos I de España— diera orden de hacer otro camino real parecido al que va de Quito al Cuzco, o al que parte de Cuzco para ir a Chile, a pesar de su poder no podría conseguirlo...

Existían un total de 16.000 kilómetros, todos ellos distribuidos en dos secciones: una que atravesaba los Andes y recorría Ecuador, Bolivia, Argentina, terminando en Chile, y otra sección costera a través del desierto que se unía en Chile con el procedente de Argentina y finalizaba en el río Maule.

Sobre estas dos rutas principales, algunas secundarias, utilizadas para fines concretos, como movimientos militares, o las que acercaban

[21] *Op. cit.*

a las minas de oro de Carabaya, y otras muchas, completaban la red de caminos más importante del Nuevo Mundo.

Los más destacados usuarios de estos caminos eran los «chasquis» o correos, cuya creación proviene de los chimú, pero que los incas asimilaron a su organización creando una red de comunicaciones que recorría todo el imperio. En la organización de esta red se integraban, además de los mensajeros, los cuidadores de los caminos que permanecían en los albergues, donde se efectuaba el cambio del portador del mensaje.

Características socioeconómicas de las civilizaciones prehispánicas

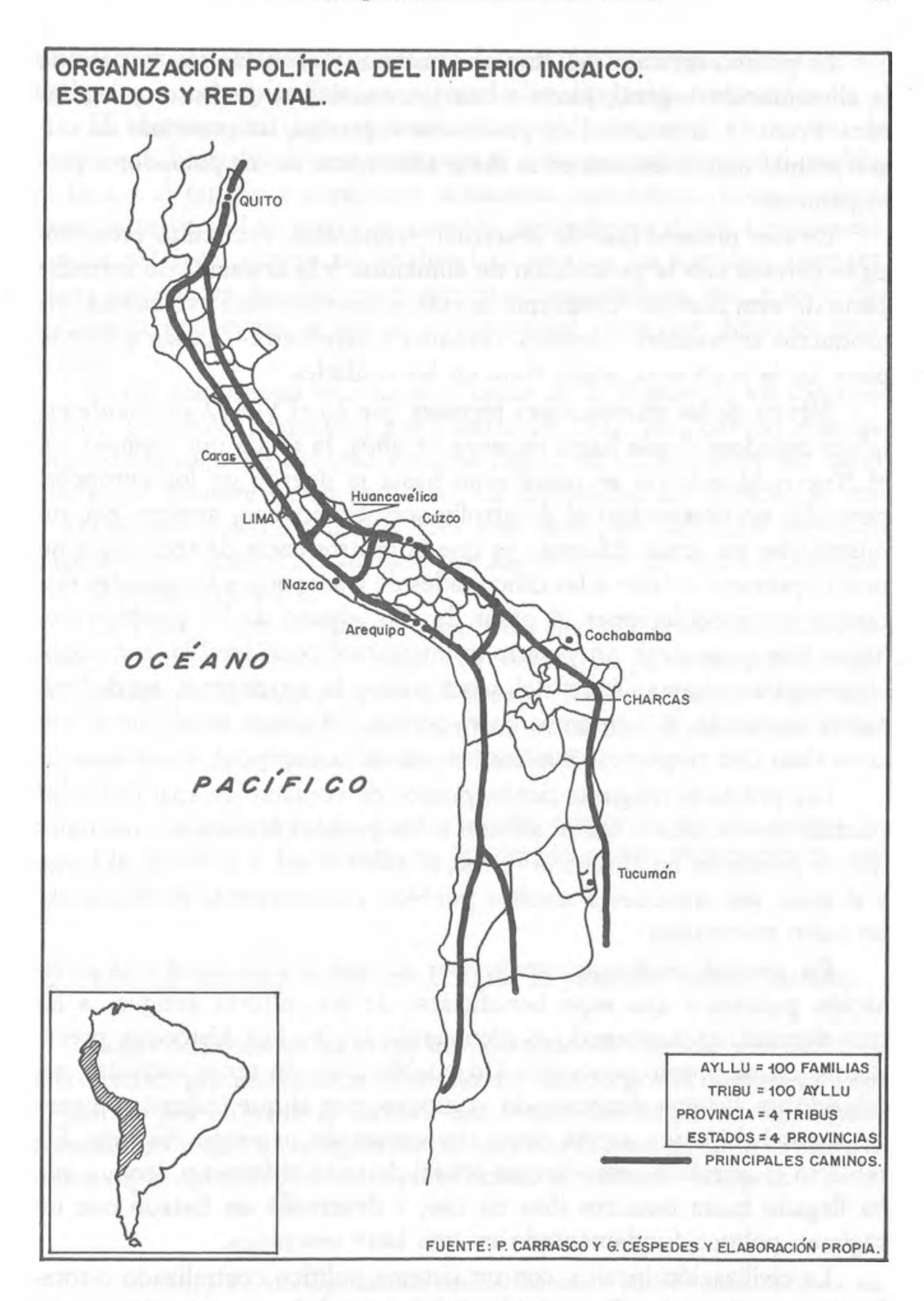
El territorio americano ofrecía a sus pobladores prehispánicos posibilidades para permitir una vida sedentaria organizada bajo unos conceptos económicos diferentes a los que poseían los conquistadores europeos a su llegada a América. La extensión superficial propia de un continente y las características naturales que vimos al describir el marco físico, ofrecen una serie de pisos ecológicos en los que la variedad de oferta de productos vegetales o animales, así como de productos mineros, facilitaban, con un mínimo esfuerzo, el mantenimiento de una economía equilibrada.

La agricultura era el sistema de vida de las culturas prehispánicas, limitada en algunas zonas por las condiciones naturales: sequedad o altitud.

No se sabe con certeza el lugar de origen de la revolución agrícola, aunque se especula con la posibilidad de ser originaria de la zona amazónica, en donde las prácticas de los pueblos nómadas recolectores facilitaron la innovación en las técnicas agrarias.

La lucha por el agua y la utilización de un mayor terreno productivo fomentaron la construcción de obras hidráulicas para hacer descender el agua de la cordillera hasta los valles, constituyendo el dominio del agua uno de los factores principales del poder político de los diferentes pueblos.

Del mismo modo, el abancalamiento de las laderas montañosas supuso el aprovechamiento de una mayor superficie agraria en los momentos en los que la economía pasó a ser de excedentes en lugar de economía de subsistencia.


ORGANIZACIÓN POLÍTICA DEL IMPERIO INCAICO.
ESTADOS Y RED VIAL.
QUITO
Caras
Huancavélica
LIMA
Cúzco
Nazca
Arequipa
Cochabamba
OCÉANO
CHARCAS
PACÍFICO
Tucumán
AYLLU = 100 FAMILIAS
TRIBU = 100 AYLLU
PROVINCIA = 4 TRIBUS
ESTADOS = 4 PROVINCIAS
PRINCIPALES CAMINOS.
FUENTE: P. CARRASCO Y G. CÉSPEDES Y ELABORACIÓN PROPIA.

La patata, oriunda del altiplano andino, y el maíz eran la base de la alimentación vegetal, junto a una gran variedad de frutas y legumbres. Frente a la variedad de productos vegetales, las proteínas de origen animal fueron escasas en la dieta alimenticia de los pobladores prehispánicos.

En una primera fase de desarrollo económico, el circuito económico se cerraba con la producción de alimentos, y la artesanía no formaba parte de este circuito. Conforme la vida socioeconómica evoluciona, los productos artesanales —tejidos, cerámica y orfebrería— pasan a formar parte de la economía, sobre todo en las ciudades.

Alguna de las innovaciones técnicas que en el Viejo Continente estaban usándose desde hacía decenas de años, la rueda por ejemplo, en el Nuevo Mundo no se conocieron hasta la llegada de los europeos; pero ello no obstaculizó el desarrollo socioeconómico, aunque por supuesto con un ritmo diferente ya que la transferencia de tecnología no podía realizarse debido a las dificultades de transporte y las grandes distancias entre poblaciones. A pesar de ello, alguno de los pueblos prehispánicos alcanzaron un desarrollo intelectual considerable, con conocimientos en algunas áreas del saber, como la astronomía, verdaderamente avanzadas si pensamos en el período histórico en el que se encontraban con respecto a sus contemporáneos europeos o asiáticos.

Las prácticas religosas tienen puntos de contacto en casi todos los pueblos americanos y hacen alusión a los grandes fenómenos naturales que se producen en el territorio. Así, el culto al sol, a la tierra, al fuego y al agua, son comunes a muchos pueblos, constituyendo normalmente un culto monoteísta.

En general, podemos caracterizar al pueblo inca como una civilización poliétnica que supo beneficiarse de las culturas antiguas a las que dominó, encumbrando o silenciando los hechos históricos precedentes en su propio provecho. Un pueblo que, sin tener escritura, estableció un sistema denominado «quipus», por el que, además de censar a sus habitantes, servía como transmisor de su propia historia. Estableció el quechua como lengua oficial de todo el imperio, lengua que ha llegado hasta nuestros días en uso, y desarrolló un Estado con un régimen político fundamentado en una base teocrática.

La civilización incaica, con un sistema político centralizado o totalitario, constituyó un sistema colectivista estatal. La organización y con-

trol del Estado alcanzó unos grados de perfección comparables a las actuales sociedades planificadas, salvando las distancias temporales.

El objetivo del imperio incaico fue el de organizar el espacio de forma que la producción sirviera para el autoabastecimiento del pueblo, el Inca y el templo y permitiese almacenar excedentes. Toda la planificación territorial se hizo con este fin, centralizada desde Cuzco, residencia del Inca, y para tal finalidad se crearon los caminos, puentes, obras hidráulicas, los diferentes niveles administrativos, etc., y todo ello formando una estrecha red de reciprocidad entre los distintos estamentos [22].

El fin del imperio inca no es a causa de la llegada de los conquistadores españoles mandados por Pizarro en 1532, sino debido a las luchas por la sucesión del inca Huayna Cápac en 1528, muerto sin hacer público el nombre de su heredero. La estabilidad del imperio se resquebrajó por la división de sus jefes y los territorios sobre los que mandaban: entre Huáscar, defendido por los ejércitos del sur, y Atahualpa, que dominaba el norte.

La historia inca termina en Cajamarca en 1533 al ser ejecutado Atahualpa y entrar Pizarro en Cuzco. No obstante, a pesar del paseo triunfal que supuso la llega a Cuzco del escaso ejército español, Pedro Sancho de la Hoz y Pedro Pizarro escriben en su obra *Relación del descubrimiento y de la conquista de los reinos del Perú*:

> ... Si esta tierra no hubiera estado desgarrada por las guerras de Atahualpa y de Huáscar, no hubiéramos podido asegurarnos su conquista...

Modelo de ocupación del espacio en el período precolombino

Como decíamos en las líneas introductorias de este capítulo dedicado a la América precolombina, el dominio del espacio por el hombre está determinado por el grado de cultura que tengan los ocupantes del espacio considerado y que se reflejará en un mayor o menor grado de desarrollo social capaz de producir un impacto sobre el territorio ocupado.

[22] Hardoy, J. E., «La organización espacial durante el período precolombino», en *La cuestión regional en América Latina*, Ed. Ciudad, Quito, Ecuador, 1989, pp. 383-415.

Tanto el número de habitantes que lo ocupan con un determinado modelo de población, concentrada o dispersa, como la evolución del grupo social, en una sociedad jerarquizada o igualitaria, y el desarrollo técnico alcanzado que se refleja en diferentes sistemas económicos, de autoabastecimiento o de excedentes, son los puntos principales para determinar la existencia o no de un modelo de ocupación del territorio.

La falta de fuentes documentales precisas (sólo los incas disponían de un sistema numérico de censo de población: los ceques) impide saber con certeza el número de habitantes existentes en el continente a la llegada de los europeos, y las descripciones que hicieron los cronistas que acompañaban a los conquistadores, incluso, en algunos de los casos, las propias descripciones de estos últimos, son los únicos datos que permiten desarrollar teorías sobre el poblamiento indígena y su reparto sobre el territorio.

A este problema se añade el hecho de que, en muchas ocasiones, la lucha por la conquista destruyó lo que podían haber sido restos arqueológicos que permitieran establecer teorías cuantificadoras respecto a la población. No obstante, el tema ha sido estudiado por numerosos investigadores y puede llegarse a conclusiones válidas.

Debido, en parte, a la extensión superficial a la que nos estamos refiriendo, hemos visto que el continente estaba habitado por pueblos de características diferentes. Se pueden establecer tres grandes áreas que reflejan el grado de desarrollo social de los grupos humanos que las ocupaban, cuya organización será un determinante muy importante para el establecimiento del modelo colonial subsiguiente.

Mientras que en la fachada pacífica, desde la cordillera de los Andes hasta el océano se establece con el imperio inca en el siglo XIV un verdadero Estado con un modelo propio de organización espacial, en el resto del continente no hay un modelo semejante, sino que numerosos pueblos o diferentes culturas ocupan los diversos pisos ecológicos, estableciéndose, en unos casos, civilizaciones tipo cacicazgo o señorío, y en otros casos, mucho más abundantes, pueblos con un grado de organización social primario, sin que sobre el territorio se dibuje un modelo determinado de dominación espacial.

Estas regiones dominadas por sociedades de tipo tribal, los conquistadores, si llegaron a ellas, las dejaron en poder de los indígenas

ante la falta aparente de recursos, ya que, como dijimos, vivían en un régimen económico de subsistencia.

En las regiones cuya organización social respondía al sistema de señoríos o cacicazgos, los conquistadores encontraron una mayor densidad de población, que les permitió la utilización de una mano de obra abundante, además de ofrecer estos pueblos un sistema económico de excedentes y un nivel cultural reflejado en una economía variada y rica. Sólo algunos de estos pueblos distanciados del poder organizado del Inca lograron subsistir incluso a la conquista y perduraron hasta los siglos XVIII y XIX.

Únicamente en la zona centro andina y su área de influencia, el Inca había logrado establecer antes de la conquista un modelo de ocupación espacial que respondía a un sistema de poder centrípeto, en el que todo el poder —religioso, social, económico, militar y cultural— se concentraba en su persona y en el lugar de su residencia: Cuzco.

En palabras de Margolies y Gasparini [23]

> ... Cuzco fue la sede de los poderes político y religioso...

En ella nacían y morían los caminos que enlazaban con los confines del imperio, de manera que el control territorial se ejercía desde un solo punto. A pesar de esta centralización, se pueden distinguir tres áreas:

La región comprendida entre Cuzco y Quito (que llegó a ser la segunda ciudad del imperio), en la que existían un gran número de centros administrativos, con un carácter expansionista y de control territorial y cuya importancia venía determinada por la cantidad de productos almacenados en sus «qollga». Entre los centros más importantes de esta región se encuentran, en dirección norte-sur, Huanuco Pampa y Pumpu, así como Willka Waman, situada a 3.500 metros de altitud, en lo que actualmente es Vilcas.

En la región central de Cuzco hay numerosos restos arqueológicos que evidencian la existencia de centros habitados, pero con un carácter más ceremonial que administrativo, como veíamos en lo citado anteriormente.

[23] Margolies, L., y Gasparini, G., «Los establecimientos urbanos incaicos», en *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Ediciones Siap, 1978, pp. 159-196.

La característica fundamental de los centros localizados en esta zona es la de su ubicación, con localizaciones en altura que presentan enormes dificultades para su acceso. Como exponente de este tipo de centro podemos citar el de Machu Picchu y también Ollantaytambo y Pisae.

Pero la creación más importante de centros con carácter administrativo se realizó en el norte de Cuzco, en el camino hacia el Ecuador. Constituía este territorio una zona con un gran número de habitantes, «la comarca más rica y poblada del Perú», según Cieza de León, en la que predominaban los pueblos de habla *aymará*, que desde el lago Titicaca hasta el Pacífico ocupaban gran variedad de pisos ecológicos, sobre los que los incas se establecieron superponiéndose a los centros ya existentes.

El principal objetivo de la organización inca fue el de planificar el espacio de la forma más eficaz para permitir la autosuficiencia de los diferentes pueblos que ocupaban su territorio, así como la posibilidad de almacenar excedentes.

El índice de urbanización alcanzó obviamente unos valores muy bajos que no superaba el 1 por ciento. La población total antes de la llegada de los españoles alcanzaba cifras dispares según las fuentes: 3,3 millones para Kroeber y 30 millones para Dobyns.

Los campesinos habitaban en los ayllu, controlados por los curacas. Después de las pequeñas aldeas y la ciudad principal, se constituían las tierras de cultivo, divididas en tres parcelas: la del Inca, próxima a las carreteras; las de la comunidad, y los ayllu.

Cada ayllu se componía de 100 familias. Cada tribu se componía de 100 ayllu. Cada provincia estaba formada por cuatro tribus y los estados estaban formados por cuatro provincias.

Al modelo general de dominación espacial lo definimos como *centrípeto*, con centro en Cuzco, capital del imperio [24]. Todo el espacio dependía política, económica e ideológicamente de este centro. De él salían las decisiones y hacia él llegaban los tributos y riquezas. Todo el territorio funcionaba de acuerdo al esquema *centro-periferia*, con mayor provecho para el centro. Este modelo, como veremos en los capítulos

[24] Múscar Benasayag, E., «Procesos de urbanización y modelos de ocupación del espacio en América del Sur», *Estudios Geográficos*, 1989, pp. 621-658.


PERÍODO PRECOLOMBINO. MODELO GENERAL DE DOMINACIÓN ESPACIAL. (MODELO CENTRÍPETO)
CUZCO
FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA.

siguientes, influirá en la futura organización de los espacios colonizados por los españoles.

En función de estos objetivos se modificaron los centros existentes antes de la dominación inca, o se crearon nuevos, siempre apoyados en la red viaria que recorría el imperio, y aunque las decisiones fueron centralizadas, el éxito y desarrollo de la civilización inca fue consecuencia del respeto mutuo existente entre el poder y los súbditos y que se materializaba en el modelo centrípeto de organización espacial [25].

[25] *Op. cit.*

Capítulo III

PERÍODO COLONIAL (SIGLOS XVI AL XIX)

Las primeras formas de ocupación del territorio: la conquista y la colonización

La conquista y la colonización del continente americano conforman dos etapas que se llevan a cabo casi en forma simultánea. La primera de ellas aseguró la posesión de la tierra, mientras que la segunda facilitó la expedición hacia nuevos espacios y el asentamiento en ellos de los colonizadores y sus autoridades.

América del Sur fue explorada años más tarde del primer desembarco de Colón en tierras caribeñas, pero curiosamente, como expresa Guillermo Céspedes,

> parece, observando el mapa de América, que los castellanos conquistaron el Nuevo Mundo 'por la espalda', siguiendo el camino más largo y difícil y asentándose en la parte occidental, la más lejana a sus bases de partida. Fue, no obstante, el camino más lógico, en virtud de factores culturales e históricos de mayor peso aún que los geográficos [1].

América del Sur tuvo desde sus orígenes una desigual e irregular ocupación del territorio, dependiendo de la conjugación de causas físicas, estratégicas, políticas y económicas. Consumado el descubrimiento, las metrópolis española y portuguesa encontraron un vasto territorio que se ofrecía como un espacio idóneo para ocupar y colonizar. Sin em-

[1] Carrasco, P., y Céspedes, G., *Historia de América Latina, 1. América Indígena. La conquista*, Alianza América, Madrid, 1985, p. 338.

bargo, las tierras descubiertas debían ser repartidas, para lo cual se acudió a la autoridad de Alejandro VI, del que se consigue que «en su calidad de representante de Jesucristo en la Tierra, trazase una línea, en el sentido de los meridianos, al oeste de la cual el dominio español era total. Ese fue el sentido de la bula *Inter caetera* de 1493» [2].

Un año más tarde y para contentar a los portugueses, con el tratado de Tordesillas se amplió el dominio de esta Corona, otorgándole la posesión del territorio comprendido al este de la línea meridiana trazada a 270 leguas de las islas de Cabo Verde, quedando las tierras del oeste en manos del dominio español. De esta manera se llevó a cabo la primera división formal del Nuevo Mundo.

El período de la conquista se extendió a lo largo de casi setenta años, espacio de tiempo reducido si se considera la gran extensión de los territorios descubiertos. Las regiones bajo dominio de la corona española, con una superficie estimada en unos ocho millones de kilómetros cuadrados, ocupaban un área que se extendía con distancias máximas en sentido norte-sur de 9.000 kilómetros y en sentido este-oeste de 6.000, longitudes que separan México de Chile y el Caribe del Perú [3].

La isla La Española fue el punto inicial desde donde partieron las distintas expediciones exploratorias, avanzando primeramente hacia América Central y el sector norte de América del Sur. Más tarde, desde este mismo centro o desde asentamientos ya consolidados en el continente, las incursiones se dirigieron hacia los territorios más australes. Fue, de hecho, una ocupación que comenzó desde el norte para avanzar paulatinamente hacia el sur, en una serie de expediciones que tenían como objetivo descubrir los nuevos dominios.

Alonso de Ojeda, en 1509, partiendo de La Española fue a Cartagena y al golfo de Urabá, donde fundó San Sebastián de Urabá. Rodrigo de Bastidas fundó Santa Marta, de donde fue gobernador, mientras que Pedro de Heredia hacía lo propio con Cartagena de Indias, ciudades ambas localizadas en el litoral caribeño. Tras duras experiencias, Gonzalo Jiménez de Quesada pudo adentrarse en tierras de los chibchas y, luego de varias luchas con los aborígenes y con su tropa diez-

[2] Pérez Mallaina, P. E., *La colonización. La huella de España en América*, Ed. Anaya, Madrid, 1988, p. 26.

[3] Pérez Mallaina, P. E., *op. cit.*, p. 30.

mada, consiguió llegar a Cundinamarca, fundando en el altiplano Santa Fe de Bogotá en 1538.

La primera ciudad de la gobernación de Venezuela fue Coro, fundada por Juan de Ampies (hijo) en 1526. La colonización de la actual Venezuela tuvo otras características, ya que se otorgó bajo contrato la concesión y dirección de la Nueva Andalucía a los banqueros alemanes Fugger y Wesler. Este sistema fracasó, y los intentos de colonización se vieron limitados durante un tiempo prolongado. Otra parte de la empresa colonizadora la llevaron adelante los misioneros franciscanos y capuchinos, quienes fundaron Cumaná. La posterior conquista de Venezuela fue emprendida desde tres frentes: el oriental, el occidental y el central. En el valle de San Francisco el proceso fundacional se inició con Diego de Losada, quien en 1567 fundó Santiago de León de Caracas.

Perú comienza a ser conocido gracias a los relatos que se contaban en Darién. Según algunos cronistas, los españoles se interesaron por los mismos y comisionaron a Pascual de Andagoya, quien partió desde Castilla del Oro, descubriendo un espacio sorprendente en 1522. Pero, en realidad, fue Francisco Becerra, de quien el cronista Gutiérrez de Santa Clara dijo que fue «el primer hombre que tuvo noticias de esta tierra del Perú» [4]. A partir de ese momento se preparó la conquista del Perú, aliándose para este objetivo Pedrarias Dávila con Pizarro y Almagro, partiendo en sendos viajes desde Panamá. Primero llegaron al río San Juan y luego al golfo de Guayaquil y a Túmbez, en 1526, en territorios del imperio incaico. Tras varios embates de todo orden, consiguieron ayudas de España y se lanzaron a la conquista de Túmbez y Santa Cruz, donde lograron apresar al jefe inca Atahualpa y enviaron presentes de oro a Panamá con el fin de alentar la codicia y atraer más gente para completar la empresa. Al sur de Túmbez se fundó la ciudad de San Miguel.

Por ese entonces se había desatado una guerra civil entre los partidarios de Atahualpa y Huáscar, hijos de Huayna Cápac, circunstancia aprovechada por Pizarro para dar el golpe certero a las huestes incas. Vencido el poderoso ejército autóctono, Atahualpa cayó prisionero y,

[4] Ramos Pérez, D., «La Conquista», en *Historia de Iberoamérica*, Ed. Cátedra, Madrid, 1990, tomo II, pp. 162-165.

después de ciertas capitulaciones con Pizarro, manda matar a Huáscar, motivo que utilizó Pizarro para condenarlo a muerte, inculpándolo de asesinato. La caída del imperio incaico fue trágica y rápida tras el debilitamiento de su estructura territorial y la introducción de agentes exógenos que, a través de enfermedades o plagas desconocidas hasta el descubrimiento, diezmaron la población nativa. El imperio incaico quedó por completo bajo el dominio de las fuerzas colonizadoras.

Concluida la conquista y con posesión del rico territorio, Pizarro se hizo con la ciudad de Cuzco, tomándola pacíficamente. Luego se dirigió hacia el río Rímac, donde fundó en sus cercanías la ciudad de Lima y, más tarde, la ciudad de Trujillo y el puerto de El Callao. Tras las disputas entre Pizarro y Almagro y luego de solucionadas las mismas, vía España, los viajes de exploración continuaron.

Desde Guayaquil, una vez pacificado el imperio inca, partió Francisco de Orellana, lugarteniente de Gonzalo Pizarro, quien atravesó los Andes, remontó el río Napo y navegó por un caudaloso río hasta su desembocadura en el Atlántico, vía fluvial que se conocería posteriormente con el nombre de Amazonas. La segunda expedición por este río la emprendió Pedro de Ursúa, más tarde asesinado por los hombres de Lope de Aguirre, quién repitió la hazaña de Orellana.

La conquista del territorio chileno revistió visos de proeza por parte de los nativos de la región, pueblos que ni siquiera los incas habían podido someter. La expedición a estas tierras fue llevada adelante por Almagro desde Cuzco, quien logró traspasar la frontera del imperio incaico entrando por el norte de Chile, llegando a Copiapó y posteriormente al río Maule. Después de duras luchas, y al encontrar un territorio pobre en lugar de las riquezas esperadas, Almagro regresó al Perú. En 1538 se organizó una nueva expedición a Chile al mando de Pedro de Valdivia. Tras dura marcha y no menos feroces enfrentamientos, halló un lugar adecuado para fundar Santiago del Nuevo Extremo.

La región templada de América del Sur —las tierras del Plata— fueron avistadas y decubiertas por Juan Díaz de Solís en 1516, al buscar un paso que conectara el océano Atlántico con el Pacífico. El amplio estuario del Río de la Plata confundió a la expedición al pensar que habían encontrado al ansiado paso, y en ese mismo lugar la tripulación fue diezmada por los indígenas. Las tierras templadas fueron conquistadas y colonizadas tardíamente con respecto al resto del continente, puesto que se encontraban alejadas de las rutas habituales de las An-

tillas y las de Nueva España. En 1526, Caboto penetró por el Río de la Plata y alcanzó las desembocaduras de los ríos Paraná, Uruguay y Bermejo, fundando en las riberas del primero el fuerte de Sancti Spíritus, arrasado posteriormente por los indígenas.

Las expediciones hacia estas tierras partieron en un primer momento desde España. En 1535, desde Sanlúcar de Barrameda, embarcó Pedro de Mendoza, el primer adelantado del Plata, quien en 1536 fundó Santa María del Buen Ayre, hoy Buenos Aires. Desde allí partieron grupos comisionados hacia el interior para hallar una ruta que uniera esta región con el Perú, aunque la ciudad será destruida más tarde por parcialidades indígenas. Juan de Ayolas reemplazó a Mendoza —quien regresa enfermo a España—, comenzando a explorar los ríos Paraná y Paraguay y la región del Gran Chaco.

Ayolas murió a manos de los indios y fue reemplazado por Juan de Salazar y Espinosa, quien funda en 1537 Asunción, en el actual Paraguay, ciudad transformada en «madre de ciudades», puesto que desde allí se colonizaría buena parte de la cuenca del Plata. Juan de Garay, procedente de Asunción, fundó Santa Fe en 1573 y en 1580 refundó Buenos Aires. El noroeste y el centro de la actual Argentina serán reconocidos y colonizados por contingentes provenientes del Alto Perú y de Chile.

Los portugueses, al enterarse de los descubrimientos colombinos y ante las expectativas creadas por el tratado de Tordesillas, emprendieron sus viajes de conquista y colonización. Muy pronto bautizaron a estas tierras con el nombre de Brasil, debido a la madera tintórea que constituía por entonces su principal riqueza: el palo brasil. En 1501, Américo Vespucio y Gonzalo Coelho, al servicio de la corona de Portugal, reconocieron parte del territorio brasileño pero no hicieron posesión del mismo. Al mismo tiempo comerciantes franceses y holandeses, conocedores de las bondades del palo brasil, comenzaron a comerciar con los indígenas. Ante este hecho, la corona portuguesa envió una flota al mando de Martín Alfonso de Sousa con el propósito de conquistar y colonizar sus posesiones. Los lusitanos aplicaron en la empresa sus experiencias y esquemas feudales y, en 1534, dividieron el espacio en doce capitanías, de las que sólo se consolidaron dos: Pernambuco, al norte, y San Vicente, al sur, donde se fundó la ciudad del mismo nombre muy cerca de la actual Santos, núcleo que se transformará

en el punto de penetración hacia el interior del Brasil [5]. Las primeras posesiones portuguesas fueron netamente perimetrales. La introducción al interior del continente correspondió a un proceso posterior que se fue desarrollando en función de las riquezas halladas.

De este modo quedaron establecidas las bases para las futuras actuaciones territoriales, marcando un estilo de ocupación caracterizado por la utilización de las ciudades como núcleos directores del proceso de urbanización, con capacidad para estructurar espacios que permanecerán prácticamente invariables hasta el siglo XIX. La conquista y posesión del territorio fue total.

> Se le dio una fundamentación jurídica y teológica... Se tomó posesión del territorio concreto donde se ponían los pies y se asentaba la ciudad; pero además del territorio conocido, se tomó posesión intelectual de todo el territorio desconocido; y se lo repartió sin conocerlo, indiferente a los errores de centenares de leguas que pudiera haber en las adjudicaciones. Así, las jurisdicciones quedaron fijadas de derecho antes de que pudieran fijarse de hecho. El establecimiento fue siempre formal al mismo tiempo que real; pero el establecimiento formal superaba el alcance del real [6].

Este pensamiento de Romero pone en evidencia el desconocimiento que existía respecto de las posesiones de ultramar, ocupadas en función de las necesidades estratégicas y económicas del momento.

Los antecedentes urbanos

Las etapas de conquista y colonización constituyeron el germen de un nuevo proceso de urbanización que se asentaría sobre un territorio ocupado con anterioridad por grupos precolombinos, estableciendo las bases para una concentración de asentamientos humanos totalmente diferentes a los ya existentes. La urbanización del continente sudamericano recibió su impulso inicial desde la península Ibérica, moldeado con posterioridad por efecto de las fuerzas del mercantilismo europeo en su expansión hacia ultramar.

[5] Fornes Bonavia, L., *Fundamentos de Historia de América*, Ed. Playor, Madrid, 1988, pp. 107 y ss.

[6] Romero, J. L., *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Ed. Siglo XXI, Buenos Aires, 1976, p. 47.

Entre 1520 y finales del siglo XVI fueron fundadas la gran mayoría de las ciudades y asentamientos de la América hispánica. La primigenia estructura espacial moldeada por los colonizadores se mantuvo sin grandes modificaciones en sus jeraquías regionales y en su distribución territorial hasta después de 1850. En este largo período se fundaron ciudades de todo tipo.

Respecto del término de «ciudad», ha de destacarse que se le utiliza en un sentido amplio, entendiéndolo desde una perspectiva histórica. Con ello se quiere apuntar que mas allá del tamaño poblacional que los primeros asentamientos pudieran haber adquirido, en su proceso evolutivo estos núcleos operaban en el territorio como centros que en sí contenían funciones de tipo urbano, capaces de articular a través de sus áreas de influencia el territorio recién conquistado. En principio, la gran mayoría se estableció en regiones donde predominaban importantes grupos de población indígena, preferentemente en los Andes centrales, lugar de residencia de la civilización inca. Por este motivo, sólo en la América andina el proceso de urbanización fue original, ya que la ciudad no surgió de la colonización española.

> Por lo menos, desde diez siglos antes de la irrupción de los patrones de poblamiento hispánico, se sucedieron, en áreas importantes del territorio de lo que hoy es América andina, varios tipos de paisajes y modos de vida urbanos [7].

En el resto del continente los espacios escogidos para las fundaciones estaban implantados en áreas dominadas por poblaciones indígenas dispersas, sin vestigios de sedentarismo ni de cultura urbana.

Las ciudades existentes en el imperio incaico asombraron a los españoles. El sistema urbano que esta cultura sedentaria había logrado estructurar, conjuntamente con sus sistemas administrativos y sus redes de comunicaciones, constituía un fenómeno poco común en América del Sur, hecho que permitió su subsistencia en épocas posteriores a la conquista. Fueron muchos los asentamientos incaicos que los conquistadores peninsulares aceptaron como base de sus ciudades, desde aldeas rurales hasta el mismo Cuzco, manteniendo algunos su identidad y reconstruidos otros según criterios europeos. «Aunque frecuentemen-

[7] Cunill, P., *La América Andina*, Ed. Ariel, Barcelona, 1989, pp. 211-212.

te se piensa que fue fundada *ex-nihilo* por los españoles, hasta Lima tiene su origen anterior a la conquista»[8].

En general, las ciudades incaicas conservaron sus antiguos trazados, y sobre los cimientos de los edificios originales comenzaron a erguirse los estilos foráneos ya que los nuevos ocupantes, provenientes en su mayor parte de centros urbanos, trajeron consigo el hábito de vivir en comunidades compactas y organizadas. En España, durante la última etapa del medioevo, existían dos tipos de ciudades, diferenciadas básicamente por sus funciones: las comerciales y las manufactureras, localizadas en el norte siguiendo las rutas de peregrinación a Santiago de Compostela, y las agro-militares, asentadas en la meseta central como elementos determinantes para la apropiación de las tierras reconquistadas a los árabes. Estas últimas sirvieron de modelo para los futuros asentamientos en Hispanoamérica,

> no solamente porque los colonos de la parte central de España tuvieron una influencia determinante en la colonización de ultramar, sino también porque el modelo de la conquista del Nuevo Mundo español obedeció a fuerzas y circunstancias análogas a las de la reconquista peninsular[9].

La situación era diferente en Portugal, ya que la mayoría de sus ciudades eran agro-comerciales o marítimas desarrolladas preferentemente a lo largo de la costa, obedeciendo más a causas económicas que a razones políticas o militares. Cuando se llevó a cabo la colonización de sus posesiones sudamericanas, los portugueses reprodujeron este modelo de ocupación. Las ciudades fueron localizadas en la franja costera, espacio desde donde practicaron sus actividades económicas durante más de dos siglos hasta que el descubrimiento de minas auríferas los indujo a introducirse al continente.

La mayoría de las fundaciones estuvieron determinadas directamente por los intereses económicos de las potencias coloniales. En otros casos, la ciudad cumplió una función defensiva, como lo demuestran las fortificaciones de muchas de ellas, sobre todo en las áreas más vulnerables a los ataques de extranjeros o de ciertas parcialidades indígenas.

[8] Morse, R. M., *La investigación urbana en Latinoamérica: tendencias y planteos*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1971, p. 10.

[9] Morse, R. M., *op. cit.*, p. 11.

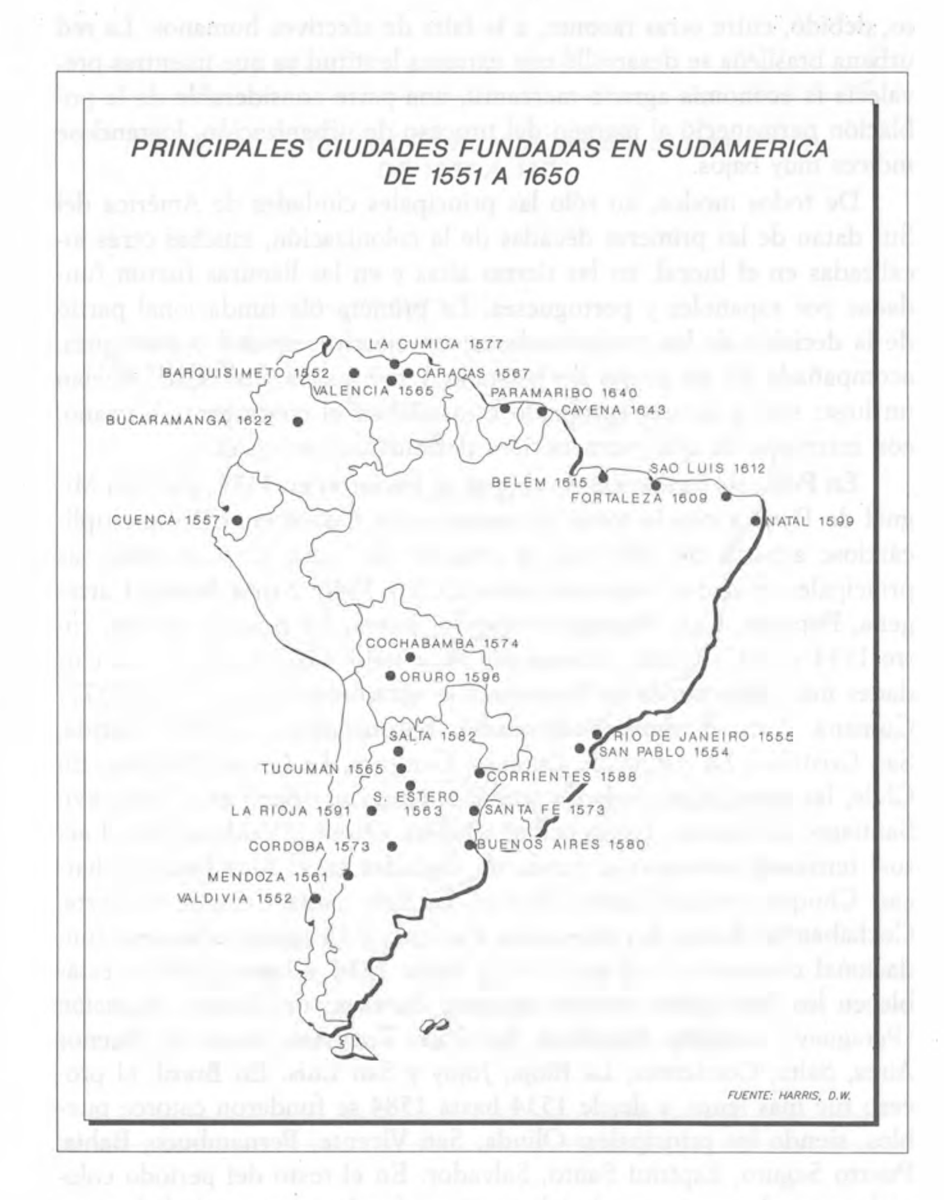

PRINCIPALES CIUDADES FUNDADAS EN AMERICA
ENTRE 1496 Y 1550
SANTA MARTA 1529
CORO 1529
CARTAGENA 1533
MARACAIBO 1529
CUMANA 1520
MEDELLIN
BOGOTA 1538
BUENAVENTURA 1540
CALI 1536
POPAYAN 1536
QUITO 1534
GUAYAQUIL 1535
CUENCA 1537
PIURA 1539
TRUJILLO 1535
JAUJA 1532
LIMA 1535
CALLAO 1537
CUZCO 1536
AREQUIPA 1540
COCHABAMBA 1536
LA PAZ 1548
SANTA CRUZ 1538
POTOSI 1545
OLINDA 1535
PERNANBUCO 1526
BAHIA 1549
PUERTO SEGURO 1500
ESPIRITU SANTO 1535
SAO PAULO 1532
SANTOS 1536
SAN VICENTE 1532
ASUNCION 1537
LA SERENA 1544
VALPARAISO 1544
SANTIAGO 1541
CONCEPCION 1550
FUENTE: HARRIS, D.W.

A pesar de las diferencias que las dos potencias poseen en cuanto a la forma de ocupación del territorio, existen rasgos comunes factibles de identificar. En primer lugar, la colonización fue en gran parte una empresa urbana, llevada a cabo por personas procedentes de ámbitos urbanos. En segundo lugar, la elección del sitio para el emplazamiento era frecuentemente un hecho arbitrario, ligado a las condiciones que imponía el medio físico o a alguna situación casual, lo que explica las razones del cambio de la localización de muchas ciudades. En tercer lugar, las redes urbanas fueron siempre débiles, ya sea por los impedimentos que imponían las barreras físicas o por la falta de interés de las autoridades peninsulares en crear medios de comunicación o centros de economías complementarias. En general, las ciudades más importantes mantenían relaciones más fluidas con España o con Portugal que con los otros centros urbanos del continente. Por último, la mayoría de las ciudades operaron en su territorio de manera centrífuga, atrayendo las riquezas producidas por la explotación de los recursos naturales de su entorno, en marcado contraste con la acción centrípeta de las ciudades europeas que funcionaban como puntos de irradiación del comercio y de otras actividades.

Los primeros asentamientos

Las campañas de exploración y colonización tuvieron varios centros de irradiación y de apoyo localizados en núcleos urbanos. Como ya se vio, el norte estaba dominado y controlado por la región antillana, y desde Venezuela se fundaron ciudades localizadas en la actual Colombia. Desde Perú salieron expediciones que fundaron ciudades en Ecuador, Bolivia, Chile y el noroeste argentino. Las expediciones provenientes directamente de España iniciaron la fundación de ciudades en la región del Río de la Plata. Más tarde, Asunción se convirtió en el centro urbanizador de la cuenca del Plata. Por su parte, los portugueses establecieron sus puntos fundacionales en Olinda, en el extremo norte, y en San Vicente, al sur, desde donde se fundan las principales ciudades.

El proceso fundacional se realizó a un ritmo acelerado durante los primeros noventa años. En 1580, cuando se funda Buenos Aires, ya existían por lo menos doscientos cincuenta centros radicados en territorio español. En los dominios portugueses este proceso fue mucho más len-


PRINCIPALES CIUDADES FUNDADAS EN SUDAMERICA
DE 1551 A 1650
LA CUMICA 1577
BARQUISIMETO 1552
CARACAS 1567
VALENCIA 1565
PARAMARIBO 1640
CAYENA 1643
BUCARAMANGA 1622
SAO LUIS 1612
BELEM 1615
FORTALEZA 1609
CUENCA 1557
NATAL 1599
COCHABAMBA 1574
ORURO 1596
SALTA 1582
RIO DE JANEIRO 1555
SAN PABLO 1554
TUCUMAN 1565
CORRIENTES 1588
S. ESTERO
1563
LA RIOJA 1591
SANTA FE 1573
CORDOBA 1573
BUENOS AIRES 1580
MENDOZA 1561
VALDIVIA 1552
FUENTE: HARRIS, D.W.

to, debido, entre otras razones, a la falta de efectivos humanos. La red urbana brasileña se desarrolló con extrema lentitud ya que mientras prevalecía la economía agrario-mercantil, una parte considerable de la población permaneció al margen del proceso de urbanización, lográndose índices muy bajos.

De todos modos, no sólo las principales ciudades de América del Sur datan de las primeras décadas de la colonización, muchas otras localizadas en el litoral, en las tierras altas y en las llanuras fueron fundadas por españoles y portugueses. La primera ola fundacional partió de la decisión de los conquistadores: un ejército español o portugués, acompañado de un grupo de personas y con cierta autoridad, elegían un lugar más o menos apropiado e instalaban el contingente humano, con intención de que permaneciera definitivamente en él.

En Perú, las fundaciones urbanas se iniciaron en 1532, con San Miguel de Piura y con la toma de posesión del Cuzco en 1533, multiplicándose a partir de 1535 con la creación de Lima. En Colombia, las principales ciudades surgieron entre 1525 y 1540: Santa Marta, Cartagena, Popayán, Cali, Bogotá, Antioquía, Tunja. En Ecuador nacen, entre 1534 y 1557: Quito, Guayaquil, Portoviejo, Loja, Cuenca. Las ciudades más importantes de Venezuela se establecen entre 1521 y 1577: Cumaná, Coro, Porlamar, Maracaibo, Barquisimeto, Trujillo, Mérida, San Cristóbal, La Asunción, Caracas, Cararora, La Grita y Barinas. En Chile, las principales ciudades también tienen su origen en el siglo XVI: Santiago, La Serena, Concepción, Chillán, Osorno, Valdivia. En el actual territorio boliviano se fundaron ciudades en el Alto Perú o Charcas: Chuquisaca (hoy Sucre), Potosí, La Paz, Santa Cruz de la Sierra, Cochabamba, Tarija. En Argentina, Paraguay y Uruguay, el proceso fundacional comenzó en el siglo XVI, y entre 1536 y hasta 1594 se establecen los principales centros urbanos: Santiago del Estero, Asunción (Paraguay), Córdoba, Mendoza, San Juan, Tucumán, Santa Fe, Buenos Aires, Salta, Corrientes, La Rioja, Jujuy y San Luis. En Brasil, el proceso fue más lento, y desde 1534 hasta 1584 se fundaron catorce pueblos, siendo los principales: Olinda, San Vicente, Pernambuco, Bahía, Puerto Seguro, Espíritu Santo, Salvador. En el resto del período colonial, particularmente en el siglo XVIII, se fundarán otras ciudades que extienden la urbanización a otras regiones andinas, brasileñas y de la cuenca del Río de la Plata.



PRINCIPALES CIUDADES FUNDADAS EN SUDAMERICA DE 1651 A 1776

FUENTE: HARRIS, D.W.

Las primeras fundaciones fueron casi siempre fuertes construidos junto a costas poco conocidas o que no habían sido exploradas previamente. También en el interior, más desprotegido, se fundaron estos fuertes, sobre todo, para defenderse de ataques de los indígenas. La mayoría de las nuevas ciudades instaladas en territorio sudamericano, salvo las del área andina, contaron en un principio con pocos habitantes y estaban en un estado de dependencia casi total de las coronas peninsulares, ya que el comercio intraurbano en los primeros tiempos de la colonia estaba prohibido.

En menos de un siglo, el paisaje de las tierras coloniales quedó modificado por la fundación de miles de nuevos poblados, ocupando territorios cultivados durante siglos por culturas indígenas y otros de los cuales no existían referencias. La disposición de estas ciudades primigenias y la estructuración de sus áreas de influencia darán la conformación espacial sudamericana. Significó la implantación de un modelo que conformó el espacio y que dominó hasta entrada la época republicana e incluso hasta el presente.

Para resumir, las fundaciones se produjeron a lo largo de la etapa colonial con mayor o menor intensidad en algunas décadas: en un primer período, desde 1520 hasta 1580, se fundó la mayor parte, aunque concentradas en algunos espacios, como la actual Venezuela o Perú, mientras que otros espacios quedaban menos urbanizados, como el del Río de la Plata o Ecuador. Después de 1700 se produjo un buen número de fundaciones, repartidas en forma desigual en los actuales territorios sudamericanos. De todas maneras, las fundaciones se sucedieron durante toda la etapa colonial, con mayor o menor ímpetu.

El número de fundaciones que se produjeron entre 1520 y 1700 pueden resumirse, por países, de la siguiente forma: Venezuela, 66; Colombia, 88; Perú, 36; Ecuador, 29; Chile, 44; Argentina, 34; Paraguay, 33; Bolivia, 7; Uruguay, 2 [10].

[10] Esta información ha sido recabada de una serie de obras: *La geografía y la descripción de las Indias*, de Juan López de Velasco; *Compendio y descripción de las Indias*, de Antonio Vázquez de Espinosa; *Diccionario Geográfico de las Indias Occidentales o América*, de Alcedo; *Diccionario Histórico-Geográfico de la América Meridional*, de Coleti, y *Los Viajes de América Meridional*, de Félix de Azara; así como de la lectura de autores que se mencionan a lo largo de la obra.

La ideología imperante

Los encargados de colonizar tierras y fundar ciudades que les sirvieran como punto de apoyo, no tuvieron inicialmente muy claro cuáles eran los objetivos concretos que perseguían. El hecho de encontrar riquezas supuso que tenían que organizarse para sacar el mayor provecho de los recursos naturales: la plantación y elaboración de la caña de azúcar, la explotación de las minas, la cría de ganado.

A la toma del territorio se le dio una fundamentación teológica y jurídica. La ciudad sería el núcleo de todos los procesos que se darían en los territorios en que se circunscribía.

> Las ciudades fueron formas jurídicas y físicas que habían sido elaboradas en Europa y que fueron implantadas sobre la tierra americana, prácticamente desconocida [11].

La red de ciudades debía crear un mundo dependiente y sin expresión propia, periferia del mundo metropolitano. Estaba pensada para salvaguardar la cultura cristiano-occidental, amenazada por el mestizaje biológico y cultural con los indígenas. Cuando las ciudades fueron fundadas, pasaron a constituir una red urbana dependiente de las autoridades centralizadas en las metrópolis.

Como instrumento de ocupación del espacio, en un primer momento, las ciudades fueron fundadas formalmente. Luego, mucho más tarde, comienzan a surgir núcleos de población concentrados en forma espontánea, más por decisiones o necesidades internas que por ordenanzas externas. El hecho fundacional realizado por decisión de los conquistadores constituía un acto político que significaba el designio de ocupar la tierra y afirmar el derecho de los conquistadores.

> Por eso se perfeccionaba el acto político con un gesto simbólico: el conquistador arranca unos puñados de hierba, da con su espada tres golpes sobre el suelo y, finalmente, reta a duelo a quien se oponga al acto de fundación [12].

El diseño de las redes urbanas no fue pensado, surgió espontáneamente, entre otras razones, porque no se conocía el Nuevo Mundo. Pero

[11] Romero, J. L., *op. cit.*, pp. 46-48.

[12] Romero, J. L., *op. cit.*, p. 62

la ideología de quienes hacían posesión de las tierras era clara: dominar el espacio y sus riquezas y someter a las poblaciones autóctonas ideológica, política y físicamente, acaso porque tenían el poder que le confería el hecho de ser conquistadores y la seguridad de las armas de los ejércitos.

La política fundacional de los portugueses fue diferente porque pronto encuentran recursos económicos para explotar. Este hecho hace que se organicen con premura, fundando los centros necesarios para dar salida a la producción. Tampoco contaban con grandes contingentes humanos como para llevar a cabo una tarea fundacional de gran envergadura, como la emprendida por España. Hasta el siglo XVIII, la sociedad brasileña fue eminentemente rural y apenas participó en el proceso de urbanización. En Brasil, los procesos sociales y culturales pasaron fundamentalmente por las áreas rurales durante los primeros siglos de la colonia.

La influencia del mundo mercantilista occidental se introdujo en el mundo urbano colonial en tanto que las ciudades operaban como centros captadores de las riquezas provenientes de los espacios productivos para derivarlas hacia las metrópolis. De esta forma, las ciudades no sólo concentraban el poder económico y político, sino que también aseguraban la presencia de la cultura europea, trazando el perfil de las regiones sobre las que ejercían su influencia. Tanto las ciudades hispanas como las lusitanas tenían la importancia de las ciudades primigenias, acaso porque Sudamérica se había constituido a partir del siglo XVI como una proyección del mundo europeo, mercantil y burgués.

La organización espacial: factores de localización, estrategias y control

Las ciudades de la América española, concebidas por las Leyes de Indias, representan una variedad inédita dentro de las múltiples expresiones urbanísticas. Pueden definirse como «ciudades-territorio», tipología que se caracteriza, esencialmente, por tener una jurisdicción territorial que sirve de apoyo económico a la población asentada en el núcleo urbano. La ciudad se inserta en un espacio al que se le asigna un área de acuerdo al rango económico de sus fundadores. El reparto de tierras fue fijado después del acto fundacional y no podía crear problemas jurisdiccionales con los núcleos urbanos más próximos.

Los trescientos años de vida colonial constituyeron, a menudo, un período de ensayo para el establecimiento de ciudades. La actual dis-

tribución geográfica de los asentamientos en América del Sur se ha generado en buena medida durante este período. En el modelo de distribución territorial se destacan dos situaciones antitéticas: las ciudades del litoral, que servían como enlace con el exterior, y las ciudades interiores, estructuradas según su función como centros para la explotación de recursos o puntos de enlaces. Ambas mantuvieron relaciones funcionales a pesar de las enormes distancias, aunque otras se vieron completamente aisladas y posteriormente fueron despobladas.

La fundación de la mayor parte de los centros urbanos estuvo ligada directamente a los intereses económicos de las potencias coloniales. En el caso de las ciudades fundadas por los españoles, los factores de localización fueron la abundancia de recursos naturales y de mano de obra indígena. De este modo, las áreas que alcanzaron mayor urbanización coincidían principalmente con aquellas que tenían una alta densidad de población nativa. Las ciudades restantes nacieron como puntos de concentración o embarque de la producción; de pueblos o reducciones establecidas por órdenes religiosas o de fundaciones en áreas periféricas o de posible litigio, que eran importantes pues constituían centros de defensa y consolidación del imperio. En la región circuncaribe y en las principales islas, se convirtieron en lugares de protección de la flota y de las ferias; en la Argentina, de defensa y prevención contra el contrabando de plata proveniente de Potosí.

Con referencia a las fundaciones españolas, para realizar este hecho se tuvieron en cuenta diversos criterios de localización, que no son excluyentes ni tampoco pueden ser cuantificados. Una vez fundada la ciudad pasaba a formar parte de un conjunto de redes urbanas y «de elementos interrelacionados ya existentes y que constituían el hinterland o área productiva del nuevo centro» [13]. Aparte de las riquezas reales o potenciales del área en que se ejecutaba la fundación, el sitio debía reunir otras características. La presencia de agua era fundamental y básica. Las opciones en este sentido fueron numerosas. Por otra parte, la existencia de indígenas pacíficos y amigables, en número suficiente para iniciar una economía extractiva; la cercanía a puertos de aguas

[13] Hardoy, J. E., «Localización y abandono de las ciudades hispanoamericanas durante las primeras décadas del siglo XVI», en *Nuevas Perspectivas en los estudios sobre historia urbana en Latinoamérica*, IIED-América Latina, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, p. 11.

profundas con posibilidades de ser defendidos; la diponibilidad de bosques para la provisión de madera para construcción y combustión, fueron los requerimientos exigidos para la elección del ámbito natural donde fijar los asentamientos [14].

En el caso de las colonias portuguesas, la empresa colonizadora, como ya se apuntó, fue menos organizada y también menos espectacular. La falta de mano de obra indígena muy pronto los llevó a comprar esclavos negros, mediante los cuales se organizó la producción. El factor de localización fue, en este caso, la posibilidad de establecer plantaciones próximas a las costas, ya que la penetración hacia el interior suponía una gran empresa. Por otra parte, la población urbana se concentró en ciudades-puertos que permitían el abastecimiento de servicios básicos y el punto de enlace con Portugal para enviar y recibir bienes de consumo [15].

Pero no sólo se tuvieron en cuenta los factores apuntados para la instalación de ciudades, en la selección intervinieron también factores geográficos, como valles, altiplanos, riberas de ríos navegables, que sirvieran como vías de navegación y para el abastecimiento de agua potable. El hecho de encontrar una cultura indígena muy desarrollada, con una estructura urbana y de comunicaciones establecidas, permitió a los españoles un afincamiento y adaptación rápidos. La tarea de colonización se impuso sobre la ya existente, a la vez que sirvió como elemento dinamizador de la ocupación territorial.

Los españoles introdujeron un sistema de asentamientos distintos y una morfología diferente en los pueblos individuales. El sistema de asentamientos estuvo regido inicialmente por la decisión de instalar los mismos en áreas mineras, con población indígena abundante, y la necesidad de establecer bases para la conquista, accesibles desde los puertos de España y desde otros puertos de América y que además ofreciera rutas de penetración hacia el interior. Después de la euforia de la conquista, las autoridades españolas se esmeraron más en la elección del sitio de los nuevos asentamientos. El abastecimiento de los mismos fue la preocupación principal, a pesar de la escasa población que contenían

[14] Hardoy, J. E., *op. cit.*, p. 11

[15] Yujnovsky, O., *La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1971, pp. 51-52.

los mismos. La mayoría de las ciudades administrativas o de gran envergadura económica y política casi siempre fue bien elegida. Brasil no tuvo el mismo criterio, optando por terrenos altos y susceptibles de ser bien defendidos, en tanto que en la América española se optó generalmente por lugares llanos.

Las ciudades más importantes en la América española fueron fundadas en los sitios con climas benignos, como Buenos Aires. Pero las más beneficiadas por este factor fueron las ciudades de la región andina, instaladas sobre las tierras altas de los Andes. En Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia, las aglomeraciones se han expandido en las faldas o planicies de la cordillera de los Andes, bajo la atracción de climas templados y por otros recursos naturales de interés. Ciudades localizadas entre los 800 y casi 4.000 metros de altura, como Mérida (1.625 metros), Caracas (920), Medellín (1.487), Bogotá (2.630), Cuenca (2.541), Quito (2.818), Arequipa (2.378), Cuzco (3.399), La Paz (3.632), entre otras tantas, demuestran esta aseveración.

Las ciudades fundadas no siempre permanecieron en el mismo sitio escogido, muchas de ellas fueron trasladadas y, en algunos casos, abandonadas, por múltiples razones de índoles climatológicas, catástrofes naturales, falta de incentivos económicos u hostilidad de los indígenas. Aun así, la estrategia y los factores de localización tienen mucho en común, pero en lo referente a la primera existían objetivos prácticamente únicos. La estrategia fue similar para todo el territorio colonial: después de fundada la ciudad en el lugar estratégico escogido, ésta servía como cabeza de puente y de avanzada para proseguir con la fundación de nuevas ciudades.

El control del vasto territorio fue posible gracias a las instituciones creadas con este objetivo, con áreas de influencias variadas según la importancia de éstos y a la utilización de elementos de control de las poblaciones y pueblos de indios, y de las instituciones derivadas de ellos. La administración fue sencilla y bien jerarquizada. Esta organización tenía como punto de apoyo las ciudades elegidas para tal fin y muy relacionadas con las metrópolis. La división del espacio en virreinatos, reales audiencias, gobernaciones, corregimientos e intendencias, posibilitó el control humano, político y económico de este inmenso territorio. Una asombrosa continuidad en el manejo de los instrumentos de control permitió que una minoría ínfima lo hiciera funcionar.

Ya a comienzos del siglo XVI se nota el establecimiento de instrumentos coloniales de control del espacio, que tuvieron su origen en la región andina central, en la organización espacial incaica: la ciudad y el sistema urbano, la encomienda y el tributo, las reducciones y las doctrinas, las mitas y los obrajes. Los mismos, además de las grandes instituciones coloniales, funcionaron de acuerdo a la lógica del propio provecho.

En definitiva, como expresa Solano, la ciudad hispanoamericana

> no fue un traslado, ni siquiera un calco de las ciudades europeas, sino el principio de un orden nuevo, donde se entremezclan las experiencias importadas con las experiencias aborígenes. Núcleo urbano, eje de aculturación, desde el que se inician, sostienen, desarrollan y padecen las diferentes colonizaciones: la colonización agraria, ganadera, minera, cultural, espiritual, lingüística, etc... [16].

Los pueblos de indios y las misiones jesuíticas

Estas dos instituciones obraron como apoyo básico para los cometidos de las autoridades peninsulares. Ambas fueron muy reconocidas y a veces poco estudiadas y, sin lugar a dudas, constituyeron embriones urbanizadores en muchas regiones de América. El proceso de urbanización sería incompleto sin el estudio de las políticas seguidas al respecto con la población autóctona. La población indígena debía colaborar en las tareas productivas de los españoles bajo un trato servil, «motivada, además, por compromisos espirituales» [17]. Los sistemas tradicionales de cultivos obligaban la dispersión de los indígenas, por lo que las nuevas instituciones obligaron la concentración de los mismos en las cercanías de ciudades y villas.

> Es necesario que los indios se repartan en pueblos que vivan juntamente y que allí tenga cada uno su casa habitada con su mujer e hijos... [18].

[16] Solano, F. de, *Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*, CSIC, Madrid, 1990, pp. 19-20.

[17] Hardoy, J. E., *op. cit.*, pp. 37-39.

[18] Solano, F. de, «Política de concentración de la población indígena (1500-1800): objetivos, proceso, problemas, resultados», en *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Ed. Siap, Buenos Aires, 1977, p. 90.

Los pueblos de indios, entre otras cosas, servían para impedir la mezcla con los españoles, para mantener un control severo sobre los mismos y para facilitar el pago de tributos.

La fundación de ciudades se complementó con la concentración de los indígenas en sus alrededores, con positivos resultados políticos y económicos. Los pueblos de indios formaban parte del hinterland de la ciudades. Cuando queda perfilado el esquema vertebral y sistema colonizador español hacia 1630, quedaron definitivamente conformados los pueblos de indios que siguen su propia evolución. Algunas parcialidades indígenas se resistieron a esta nueva situación por lo que fueron trasladados masivamente, erradicándolos de su hábitat y localizándolos entre otros ya aculturados o entre aldeas de otras lenguas [19].

La escasez de centros urbanos en algunas regiones, como Chile, que cohesionasen el espacio y la extrema ruralización determinada por una dispersión que ponía en peligro la circulación monetaria y la escasa salida de productos y transformación de éstos, obligó a la creación de centros urbanos y de pueblos de indios. Estos pueblos estaban regidos por un cabildo, semejante al castellano, con autoridades comunales elegidas entre el vecindario, y tuvieron características distintas de acuerdo a su ubicación, la zona geográfica y las características políticas e indigenistas de las administraciones a lo largo del período colonial.

Los pueblos de indios tuvieron gran desarrollo en las regiones con alta densidad de población aborigen; en este sentido, las regiones andinas, el noroeste argentino y la región guaranítica, fueron las que más testimonio han dado de esta manifestación. Durante la colonia, en gran parte de las ciudades andinas el porcentaje de población indígena superaba a la de origen español. Esta proporción es semejante en las ciudades de raíz aborigen como en las nuevas fundaciones españolas, pues a ellas se incorporaron rápidamente los indígenas rurales. En el siglo XVII, el 60 por ciento de la población limeña era indígena, y porcentajes aún mayores constituían la población santiaguina, en Chile.

En las proximidades de las ciudades, a veces bastante distantes, conformado el paisaje interurbano, se observaba la división de la po-

[19] CSIC, «Instrucción para el gobierno de las Indias. 1503», en *Colección de documentos para la historia de la formación social de Hispanoamérica*, I, Inst. Balmes, Madrid, 1953, p. 9.

blación indígena de la española, «marginadas en arrabales, rancheríos o 'chimbas' fuera del recinto de la ciudad a la que pertenecían». En planos urbanos coloniales se observa la existencia de estos pueblos separados de la ciudad española, impenetrables a veces, con buen trazado algunos, en disposición desordenada otros. Con el transcurso del tiempo, este orden fue difícil de mantener, las poblaciones blanca e indígena comienzan a mezclarse y dan origen a formas populares de hábitat urbano mestizo [20].

Las misiones, sobre todo las jesuíticas, fueron un signo positivo en la urbanización de espacios concretos de Sudamérica, distinguiéndose las «reducciones» de los indios guaraníes, localizadas en el nordeste argentino, el sureste paraguayo, el norte uruguayo y los espacios brasileños próximos a estos territorios. El centro de irradiación fue Asunción, capital de la cuenca del Plata por entonces. Sobresalieron por sus manifestaciones claras de urbanización, por la organización interna y por su independencia respecto de las autoridades establecidas en el resto del continente. El modelo de ciudad, según los expertos, permite su identificación con los postulados de Platón hecho por Peramás, con las utopías de Tomás Moro e inclusive con las ciudades del Renacimiento. Hay quienes proponen que el modelo fue inspirado por el trazado de Buenos Aires o por influencias lusitanas. Pero las posibilidades más ponderables, según Gutiérrez [21], serían la influencia de los pueblos de indios formados por los franciscanos en el Paraguay durante el siglo XVI; la influencia de las misiones jesuíticas del Perú (Juli) y la influencia de las Leyes de Indias.

Las misiones jesuíticas más destacadas fueron fundadas a partir del 1609. El punto de partida, como se señaló, estaba localizado en Asunción. Los misioneros jesuitas fueron expulsados en 1767 dejando tras de sí treinta pueblos, quince de los cuales alcanzaron gran desarrollo. La incorporación del indígena a la empresa colonizadora y evangelizadora tuvo su máxima expresión en las misiones jesuíticas. A diferencia

del ordenamiento territorial proveniente del virreinato del Perú..., que tendía a organizar territorios en función de necesidades extraconti-

[20] Solano, F. de, *op. cit.*, en nota 18, p. 101.

[21] Gutiérrez, R., «Estructura urbana de las misiones jesuíticas del Paraguay», en *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1977, pp. 129 y 153.

> nentales... esta tercera corriente de poblamiento (en Argentina), plasmado en torno a los ríos más importantes de la cuenca del Plata, tuvo necesariamente que organizarse desde sí misma y para sí misma..., focalizada en Asunción del Paraguay, confluyeron los caracteres de aislamiento de la región, la falta de recursos valorados en aquella coyuntura, la ausencia de población sedentaria como la existente en el Alto Perú. En las misiones jesuíticas podemos decir que se incorporó lo mejor del mundo del espíritu, de la ciencia, del arte, de la técnica de aquellos momentos, al crecimiento de aquellas comunidades y no como en repetidas oportunidades ha demostrado la historia, la desarticulación social en función de un proceso unilateral, en muchos casos únicamente material. En un caso, lo universal se ha incorporado y ha contribuido a fecundar toda una cultura; en otro, se ha producido una mutación histórica que puede significar la muerte, la pérdida de la identidad cultural [22].

Las misiones jesuíticas constituyeron un sistema encomiable de evangelización y promoción humana llevada a cabo por la Compañía de Jesús entre la población guaraní, y perfecto fue el sistema urbano y económico legado a la historia. La disgregación de este sistema después de 1768 duró varias décadas y, «a pesar de la desvastación que sucedió en el siglo XIX, aquél supo dejar testimonios que posteriormente utilizaron en su provecho otras sociedades. Así, por ejemplo, los restos de pueblos cuyas ventajas de sitio y ubicación eran apreciables, o los naranjales y yerbales de cultivo y varios de los caminos se constituyeron en soporte de las débiles agrupaciones humanas que persistían en estas tierras de abandono» [23].

La legislación

La asignación del espacio donde se erigirían las ciudades y el reparto de las tierras urbanas y rurales se realizaron con premura entre

[22] Lemoine, G., «Integración de la Cuenca del Plata», en *Revista de la Universidad del Salvador*, Buenos Aires, año 1, n.° 2, 1977, septiembre-octubre.

[23] Bolsi, A.S.C., «Misiones: una aproximación geográfica al problema de la yerba mate y sus efectos en la ocupación del espacio y el poblamiento», en *Folia Histórica del Nordeste*, UNNE, Resistencia, n.° 7, 1987, p. 15.

los primitivos vecinos en el momento mismo de la fundación. Este principio sugería equidad y facilidad, aunque no siempre imperó este criterio, existiendo favoritismos y olvido de las normas existentes. El hecho de reparticiones más o menos equitatitavas quedó reflejado en el trazado en cuadrículas, tanto en el ámbito urbano como rural, tal como se puede observar en muchos planos elaborados en el momento de la fundación. El modelo en damero facilitó este particular trazado, muy fácil de aplicar en el sitio elegido. La ciudad se desarrollará según las características de su entorno rural, ya que de esto dependería su sobrevivencia.

Después de la gran tarea fundacional desarrollada entre 1492 y 1580, se redactaron nuevas ordenanzas, cuando la conquista alcanza su punto culminante. Las mismas proceden de la iniciativa de Juan de Ovando, presidente del Consejo de Indias, tendentes a crear un cuerpo legislativo que codificase las leyes dictadas para el nuevo continente. La normativa de las ordenanzas fue el resultado de la recopilación de todas las leyes dictadas con anterioridad a 1573, a las que se le añadieron ordenanzas urbanísticas de inspiración vitruviana. En principio, trataban de regular los descubrimientos, término que sustituye al de la conquista, y las pautas a seguir en los territorios obtenidos, insertándose los aspectos urbanos y urbanísticos [24].

Las nuevas ordenanzas ofrecían en primer lugar pautas generales. En este sentido, para descubrir y poblar se necesitaba licencia real, prohibiendo la acción privada, que queda penada severamente (artículo 1). La elección al azar quedaba limitada, ya que cuando se elegía algún territorio se debía reunir información sobre el mismo para evitar costes y riesgos. Por otra parte, se conminaba a contar con la ayuda de intérpretes que ayudaran a conocer «la calidad de la tierra y las naciones de gentes que la habitan» (artículo 4). En segundo término, los restantes capítulos se referían a orientar a los jefes y expedicionarios y al trato que debían otorgar a los indígenas [25].

Las nuevas ordenanzas dedicaban varios capítulos a reglamentar el emplazamiento de las nuevas ciudades, características que debía reunir

[24] Solano, F. de, *Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*, CSIC, Madrid, 1990, pp. 63-65.
[25] Solano, F. de, *op. cit.*, pp. 63-64.

la región, localización idónea, así como las pertinentes normas urbanísticas: formación, traza, reparto de solares, construcción de edificios, calles y plazas, edificios públicos, lugares comunales. Las nuevas ordenanzas dedican a la nueva ciudad treinta y dos artículos, siete de los cuales están dedicados al emplazamiento.

Los nuevos pueblos debían tener, como mínimo, treinta vecinos de treinta cabezas de familia (artículo 89). Los términos del núcleo urbano debían llegar a las cuatro leguas a la redonda, unos veinte kilómetros cuadrados, de manera que este límite no entrase en conflictos con cualquier otro núcleo urbano de españoles o de indios, emplazándose a una distancia mínima de cinco leguas de otros centros (artículo 89). En este espacio, el promotor debía instalar su pueblo y tierras de labranzas u otras que considerase oportunas (ejido, dehesas, montes) (capítulos 90 y 107). La distribución de tierras entre expedicionarios iniciaba el proceso de colonización. Estas posesiones fueron creciendo en tamaño de acuerdo con la calidad de los suelos próximos y aún vírgenes y a las posibilidades económicas de acometer anexiones de tierras distantes, con lo que el hinterland de la ciudad fue creciendo. En otros casos, el crecimiento natural de la ciudad obligaba a los propietarios de tierras rurales a buscar otros sitios para la práctica de sus actividades.

Las funciones urbanas

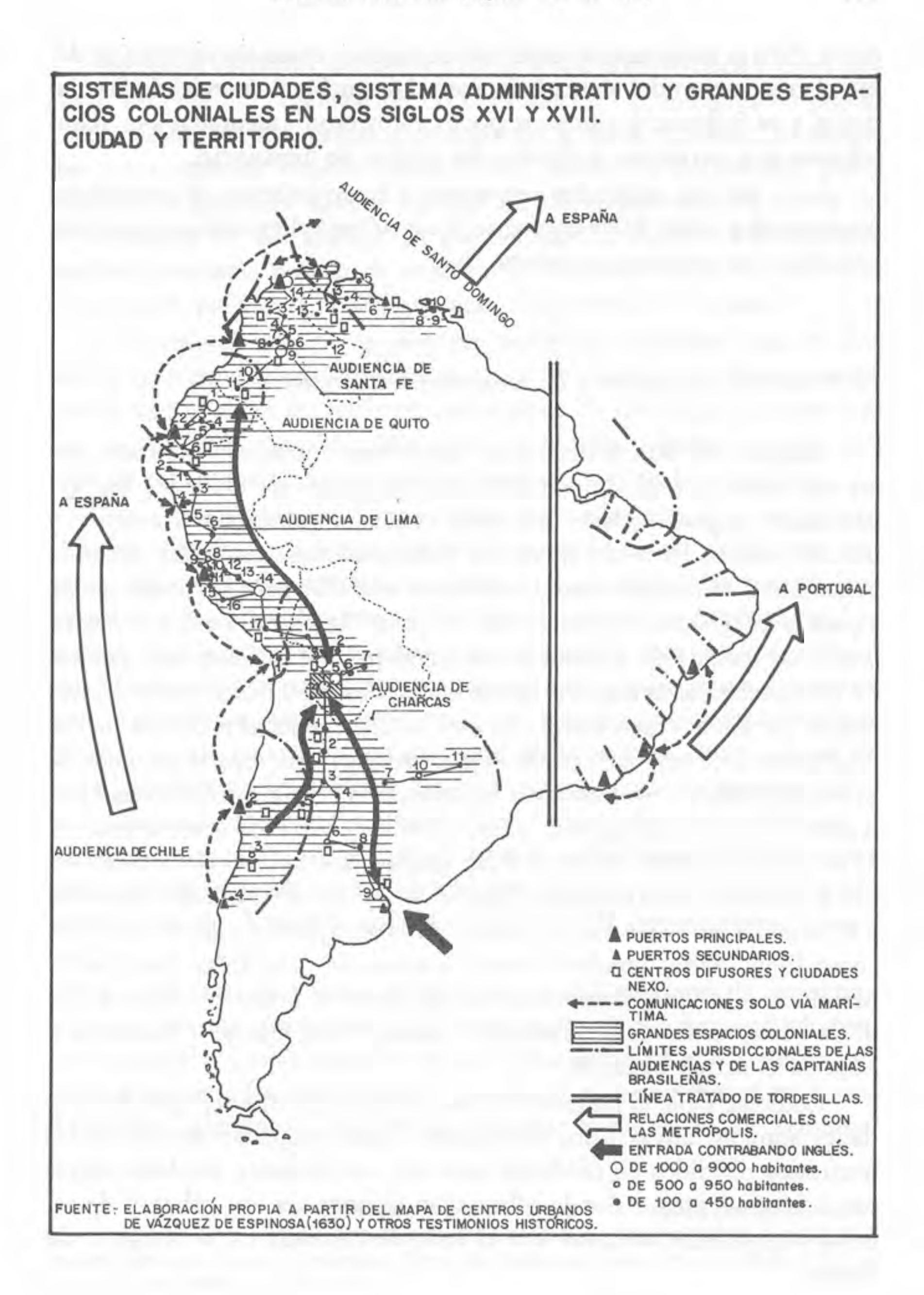
Los asentamientos coloniales tuvieron varias categorías relacionadas con las funciones principales que desempeñaban, lo que les otorgaba un papel predominante en el espacio. A veces, la importancia económica y política de los centros urbanos tenía tal peso que sus áreas de influencia abarcaban miles de kilómetros, especialmente en los casos de las ciudades capitales de virreinatos o sedes de las gobernaciones y de la Real Audiencia.

Las ciudades se convirtieron en núcleos destinados a concentrar todos sus recursos para afrontar la lucha por el poder y la competencia étnica y cultural presentada por los aborígenes. En el momento de su fundación, a las ciudades se les adjudica una función preestablecida, sin perjuicio de que su desarrollo posterior la cambiara, como de hecho quedó demostrado más tarde.

La mayoría de las veces las ciudades comenzaron siendo fuertes. Aquellas que nacieron con este cometido tuvieron una función estratégica: de avanzada o de defensa de los territorios conquistados. Así lo expresaron algunos de sus fundadores o los cronistas de viajes: Ulrico Schmidl (1536), cuando se refiere a Buenos Aires; Ruy Díaz de Guzmán asevera lo mismo de Asunción (1537); Pedro de Valdivia, de Santiago de Chile (1545). Otro tanto hizo Martín Alfonso de Souza de San Vicente y de Río de Janeiro en 1532. Lo mismo sucedió con Recife, Olinda, Salvador de Bahía y más tarde con Montevideo. Luego surgieron las ciudades de frontera contra los indios, como Valdivia, Concepción y La Serena en Chile, Santa Cruz y Tarija en Bolivia.

Otras ciudades desempeñaron funciones portuarias. Comenzaron como puerto de enlace, cabezas y terminales de las grandes rutas oceánicas o entre diferentes regiones. Los grandes puertos como El Callao, Buenos Aires, Bahía, Santos, Río de Janeiro, se constituyeron en centros comerciales y llegaron a convertirse en grandes ciudades. La política económica de las metrópolis contribuyó a la creciente importancia de algunos puertos al asignarles un papel fundamental en el tráfico marítimo con las mismas. Panamá y El Callao fueron puntos clave para el transporte de la plata por el Pacífico y su posterior transbordo hacia el Atlántico. Salvador de Bahía y Recife vieron crecer su importancia al ser los puertos exportadores de la producción azucarera.

Las ciudades con función comercial se correspondían, en gran parte, con las ciudades portuarias o con las instaladas en el interior como apoyo de las rutas terrestres. El papel comercial y financiero de las ciudades fue destacable a pesar de la importancia innegable del centro urbano de tipo patrimonial. Durante los siglos XVI y XVII las principales ciudades brasileñas prosperaron gracias a su función comercial. En cambio, en la América española muchas veces la acumulación de otras funciones hacía crecer la actividad comercial, por lo que se le añade ésta. Tanto el sistema de la producción agropecuaria como el minero crecieron y se organizaron alrededor de la ciudad, como así también se intensificaron las actividades intermediarias, ya que de cualquier forma, la producción se canalizaba a través de ella. El acopio de productos para exportar, la actividad portuaria y la red comercial que se anudaba a través de estos procesos, se fueron robusteciendo y adquiriendo cada vez más importancia, combinada con el de la importación de géneros españoles o del contrabando y su variada distribución a través de largas


SISTEMAS DE CIUDADES, SISTEMA ADMINISTRATIVO Y GRANDES ESPACIOS COLONIALES EN LOS SIGLOS XVI Y XVII.
CIUDAD Y TERRITORIO.
AUDIENCIA DE SANTO DOMINGO
A ESPAÑA
AUDIENCIA DE SANTA FE
AUDIENCIA DE QUITO
A ESPAÑA
AUDIENCIA DE LIMA
A PORTUGAL
AUDIENCIA DE CHARCAS
AUDIENCIA DE CHILE
PUERTOS PRINCIPALES.
PUERTOS SECUNDARIOS.
CENTROS DIFUSORES Y CIUDADES NEXO.
COMUNICACIONES SOLO VÍA MARÍTIMA.
GRANDES ESPACIOS COLONIALES.
LÍMITES JURISDICCIONALES DE LAS AUDIENCIAS Y DE LAS CAPITANÍAS BRASILEÑAS.
LÍNEA TRATADO DE TORDESILLAS.
RELACIONES COMERCIALES CON LAS METRÓPOLIS.
ENTRADA CONTRABANDO INGLÉS.
DE 1000 a 9000 habitantes.
DE 500 a 950 habitantes.
DE 100 a 450 habitantes.
FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA A PARTIR DEL MAPA DE CENTROS URBANOS DE VÁZQUEZ DE ESPINOSA (1630) Y OTROS TESTIMONIOS HISTÓRICOS.

rutas. Pero la importancia comercial de muchas ciudades también se debió al crecimiento del mercado interno. La función comercial de las ciudades y su influencia a otras regiones estuvieron aseguradas por redes urbanas que permitían la fluidez del tráfico de mercancías.

Las ciudades dedicadas netamente a la explotación de actividades productivas podían diferenciarse según la actividad en centros agrícolas, ganaderos, artesanales y mineros.

La formación de regiones y las relaciones territoriales

América del Sur se distinguió, hasta bien entrado el siglo XIX, por ser un espacio desigualmente poblado, con redes de ciudades que organizaban «espacios-islas», quedando zonas intermedias desconocidas y descontroladas. Para esa época, las distancias entre ciudades próximas constituían, en muchos casos, verdaderas murallas para la comunicación y para la integración con otras redes urbanas. También la práctica inexistencia de medios de comunicación terrestre, diseño de rutas y puntos de reabastecimiento para los largos viajes, desanimaban el traslado normal de personas y mercancías. En este sentido, muchas ciudades fueron originariamente sólo puntos de etapa, un centro de reagrupamiento de personas y objetos para asegurar la prosecusión de la marcha hacia otras regiones lejanas y peligrosas, como Asunción, que pasó a ser ciudad en 1541 por el designio del vecindario establecido en ella. Del mismo estilo fueron los asentamientos creados en el actual territorio argentino a lo largo de los valles longitudinales de la cordillera de los Andes, tales como Jujuy, Salta, Londres —hoy Catamarca—, La Rioja, San Juan y Mendoza, o las que jalonaron el camino desde el Alto Perú hasta el Río de la Plata, como Salta, Tucumán, Santiago del Estero y Córdoba o Loja en el actual Ecuador.

Como se sabe, el inmenso territorio estaba dividido en grandes unidades administrativas —los virreinatos—, que ocupaban desmesurados territorios divididos en unidades menores —audiencias, alcaldías mayores, corregimientos— donde sobresalían algunos centros urbanos de relativa importancia mientras que el resto se centraba en la categoría de aldeas.

La visión de dicho problema y de la relación entre unos y otros núcleos, así como la organización de sus espacios circundantes no puede comprenderse en los términos actuales del análisis regional. Las ciudades y sus regiones estaban consideradas, dentro de las normas, como unidades funcionales básicas dotadas de cierta autonomía a través de la institución de los cabildos. El uso del suelo urbano y rural quedaba regulado mediante normas de zonificación y de un régimen de tenencia de la tierra que exigía la permanencia del titular en la misma [26].

Las regiones urbanas o ciudades-territorios se presentaban de dos modos diferentes: como un tipo separado de región económica y como centro-metrópoli de un territorio más amplio de otra región económica. Las correlaciones que se daban entre estos dos papeles de la ciudad eran en esos años no tan complejas como lo son en la actualidad.

Los centros urbanos definían áreas regionales que, a su vez, se englobaban dentro de espacios más amplios dependientes de núcleos mayores. Estas regiones estaban, por otra parte, constituidas por núcleos menores. Existieron a lo largo de la historia urbana de América del Sur núcleos que organizaron la vida macrorregional y otros la microrregional. Unas ciudades con otras crearon una red urbana y una estructura territorial ínfimas como consecuencia de la escasa población que albergaban y de las enormes distancias que las separaban. Pero a pesar de estas limitaciones, los núcleos urbanos estructuraron sus propias regiones. Las mismas adquirieron dimensiones poco relevantes en los territorios abiertos, sin hitos que permitieran su delimitación, hecho que retrasó su consolidación como identidades políticas identificables, como sucedió con los territorios bajo la jurisdicción de Buenos Aires o Asunción.

Cuando se consolidó la conquista en cada territorio, la estructura espacial comenzó a funcionar en forma centrípeta con respecto a los polos regionales. Como ejemplo, valga el apoyo que Chile y Argentina, como otros espacios altoperuanos, prestaban a Lima y Potosí, en forma de bienes y alimentos. Este hecho consolidó la necesidad de mantener

[26] Bernabéu, S., *et al.*, *Historia urbana de Iberoamérica*, tomo I, *La ciudad iberoamericana hasta 1573*, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario, Junta de Andalucía-Consejería de Obras Públicas y Transportes, 1987, pp. 254-264.

un crecimiento regional polarizado que sirviese a los planes de la metrópoli externa.

La fijación y expansión de España en los vastos territorios americanos se determinó a partir de una red de ciudades fijadas en un espacio concreto y articuladas por núcleos más o menos relacionados entre sí, lo que se tradujo en una jerarquización global. Existieron tantas redes genéricas como ámbitos donde se produjeron hechos de conquista y colonización: región septentrional colombo-venezolana, región central ecuato-peruano-boliviana y región rioplatense, englobadas en los virreinatos de Nueva Granada, del Perú y del Río de la Plata, respectivamente. Estas redes tuvieron un carácter suprarregional y estuvieron ligadas entre sí débilmente, por las dificultades apuntadas anteriormente. Las capitales regionales de estas redes estuvieron relacionadas por núcleos urbanos intermedios de importancia dispar, cuyo protagonismo estaba marcado por las funciones que ejercían.

El contacto o interrelaciones entre las redes urbanas del subcontinente fueron muy elementales hasta el siglo XVII y tenían su base en puertos o puntos clave. Existieron, además, centros aislados que tenían mayor relación con el exterior que con sus regiones próximas. La relaciones comerciales por mar, entre los núcleos distantes, fueron más importantes que las terrestres, hecho que imposibilitó la integración de las comunidades. Desde el exterior, las metrópolis organizaban un mecanismo de explotación que, en lo fundamental, reposaba en una estructura comercial monopólica, apoyada a su vez en una rígida reglamentación de modalidades y rutas de tráfico, al que se obligaba a seguir un camino que tenía en Sevilla su punto de partida y que se bifurcaba en Santo Domingo para luego dirigirse a dos puertos importantes americanos: Veracruz en México y Lima en Perú, alcanzada por mar después de una corta pero difícil travesía territorial entre Portobello y Panamá. Nombre de Dios fue otro punto importante que permitía la unión del Caribe con Panamá y todo el virreinato del Perú.

El norte caribeño estaba mejor comunicado con las Antillas, prácticamente su único punto de enlace. En este ámbito, Margarita y Cartagena de Indias actuaron como nexo entre tierra firme y el virreinato de Nueva Granada, que además contaba con el puerto de Buenaventura sobre el Pacífico. Caracas y su zona de influencia tuvo dos puntos de enlace, Mérida y Cúcuta, en los Andes. Pasto, al norte del Reino de Quito, constituyó un punto intermedio entre los virreinatos de Nueva

Granada y del Perú, ciudad que posperó además por su destacado papel en el comercio interregional.

Los espacios regionales organizados por Quito y Guayaquil, dependientes de los mismos, así como el norte del Perú, estuvieron interconectados a través de los nudos constituidos por Loja y Cuenca. La minería neogranadina del oro del Cauca y del Atrato, que dinamizaba una amplia región, atraía flujo de mercancías —alimentos y textiles— provenientes del los Andes septentrionales. Guayaquil, que ejercía como puerto, tuvo un peso importante por ser uno de los ejes del sistema monopólico hispánico. Arequipa, al sur del Perú, fue otro núcleo urbano articulador e integrador de la economía regional, que operó como núcleo de contacto entre el Alto y Bajo Perú, entre Chile e incluso con el Río de la Plata.

Los centros mineros altoperuanos, Potosí y Oruro, poseyeron una función interregional. La impresionante extensión de la influencia de estos centros eran un hecho excepcional: sólo la abundancia de metales en las áreas extractivas y los altos precios que allí se pagaban, justificaban un flujo intensivo de mercancías a gran distancia. Potosí dinamizaba un área muy vasta: recibía mercurio de Huancavelica, tejidos de Quito y Tucumán, ganado de Tucumán e incluso de Santa Fe, sobre el río Paraná, trigo y vinos chilenos y artículos de lujo europeos a través de la ruta legal que pasaba por Lima o a través del contrabando que entraba por Buenos Aires; se proveía de mano de obra mediante un sistema de trabajo compulsivo que movilizaba a los indios de una región también muy amplia que abarcaba hasta el sur del Perú.

Hacia el sur, lo que luego sería jurisdicción del virreinato del Río de la Plata, existieron dos nexos importantes: Jujuy y Salta, que actuaban como puntos de relación entre el Alto Perú y el Río de la Plata. La red organizada por Buenos Aires se extendió mucho más allá de Mendoza, al pie de los Andes. Mendoza, a su vez, sirvió de nexo con Chile a través del paso de Uspallata. Chile, que como otros espacios estuvo en un estado de aislamiento prolongado, se comunicaba por mar con Perú y, a través de la difícil barrera andina, con la región rioplatense [27].

[27] Bernabéu, S., *et al.*, *op cit.*, pp. 261-264.

El gran dinamismo que mostraron las zonas mineras y su irradiación espacial fue considerablemente menor en el resto de las ciudades con capacidad de producir algún bien económico específico, movilizando apenas los recursos de un área restringida, pues los altos costes del transporte resultaban prohibitivos para los productores situados a grandes distancias de los centros consumidores. Muchas zonas rurales carecían incluso de toda posibilidad de encarar una producción comercial. Por lo demás, como ya se apuntó, la colonización se centraba en núcleos separados por obstáculos difíciles de superar: las malas comunicaciones constituyeron un factor de desarticulación del sistema espacial.

Por su parte, la colonia portuguesa se organizó sobre un conjunto de ciudades agrupadas en forma de islas, que conformaban un archipiélago sin apenas contacto entre ellas, sino con la metrópoli. La red urbana estaba constituida por ciudades portuarias que, además de la actividad básica de exportación, ejercían funciones administrativas, militares, comerciales o religiosas. Prevalecía un modo de vida fundamentalmente rural, que ocupaba mediante el sistema de «fazendas» en las plantaciones comerciales y en los cultivos de subsistencia casi la totalidad de la población dispersa en un amplio territorio.

En Brasil y gran parte de Hispanoamérica, la continuidad de las instituciones y actividades urbanas estuvo amenazada por el desplazamiento de los líderes urbanos hacia sus dominios rurales.

> Habiendo radiado energías centrífugamente hacia el campo, todas, menos las grandes ciudades comerciales o burocráticas, tendieron en convertirse en apéndices del campo [28].

Este esquema permaneció prácticamente invariable hasta mediados del siglo XIX y tampoco ha variado en demasía hasta el presente, sobre todo en lo que se refiere a la integración continental.

[28] Morse, R. M., *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1971, p. 13.

El desarrollo urbano hasta el siglo XVII

Los protagonistas de los hechos fundacionales no sólo fueron los hidalgos, nobles, conquistadores, religiosos o aventureros que llegaron al territorio americano; también lo fueron en buena medida los aborígenes, que contribuyeron con su fuerza y más tarde con su aporte humano a que muchos núcleos incipientes se consolidaran en importantes ciudades. La mestización entre el europeo y el hombre americano fusionó dos razas que permitieron el aumento de la población. La población indígena respondió de distintos modos a la oferta española: concentrándose en pueblos de indios o pasándose a la oposición, resistencia y rebelión. Los españoles, por su parte, sólo tenían un billete de ida. La codicia de hacerse ricos rápidamente fue palideciendo ante una realidad distinta a la que esperaban, y el denodado esfuerzo de adaptación no les ofreció otra alternativa que seguir insistiendo. Tales circunstancias determinaron su permanencia definitiva.

En los procesos de urbanización llevados a cabo en la época colonial existen enormes vacíos documentales para establecer índices acertados. Resulta difícil, por otra parte, estimar la población para cualquier período colonial y, si existen datos, son parciales y la mayoría de las veces poco fiables. La población indígena residente en los centros urbanos no consta en los recuentos existentes, ya que sólo se inscribían a los españoles y a los hijos de éstos nacidos en la colonia. Este hecho hace que las cifras siempre aparezcan distorsionadas.

El desarrollo urbano estuvo condicionado por factores económicos y demográficos. El primero estaba representado por el papel hegemónico de las ciudades en función de su importancia económica y política que las capacitaba para atraer población. El segundo, muy ligado al primero, dependía del crecimiento natural de la población, o a la acogida de habitantes procedentes de centros que cambiaban sus funciones por hechos fortuitos, otorgándole atractivos a una masa humana que buscaba alicientes para mejorar su nivel de vida. En el siglo XVII, la población procedente de España disminuyó año tras año, por lo que su aportación se hizo, a veces, insignificante. Pero el carácter centrífugo de la ciudades coloniales está muchas veces considerado preferentemente como un flujo de energías (apropiación de la tierra; crecimiento de una aristocracia rural-urbana basada en la hacienda y en las plantaciones) más que como una merma absoluta o relativa en la población urbana.

Los trabajos de Hardoy y Aranovich [29] arrojan detalles sobre los índices de urbanización y las funciones urbanas de esta etapa. La investigación se apoya en las cifras ofrecidas por López de Velasco y Vázquez de Espinosa, que establecen líneas de base para los años 1580 y 1630 e interpolan luego aspectos del proceso de urbanización durante el medio siglo comprendido en ese lapso. Estos autores estiman que, para la primera fecha, la distribución urbana básica para América hispana ya había sido lograda y que las localidades administrativas ya marchaban a convertirse en centros de importancia productiva o estratégica. En este sentido es posible correlacionar casos de crecimiento urbano rápido con factores tales como disponibilidad de mano de obra indígena, las actividades mineras o la ubicación marítima privilegiada. Llama la atención el hecho de que, a pesar de la gran disminución demográfica en las regiones andinas, existía un flujo de población hacia las ciudades mayores.

Población urbana de América hispana

	Año 1580			Año 1630		
Tamaño de ciudad	Número de ciudades	Número de vecinos	% vecinos	Número de ciudades	Número de vecinos	% vecinos
Más de 500 vecinos	8	8.500	37	31	57.300	75
10 a 500 vecinos	181	14.516	63	135	19.448	25
TOTALES	189	23.016	100	166	76.448	100

Fuente: *Hardoy-Aranovich.*

Hasta 1580, según esta fuente, se habían fundado unas 189 ciudades en la América española, mientras que otras cifran en 250 las ciu-

[29] Hardoy, J. E., y Aranovich, C., «Escalas y funciones urbanas de América Hispánica hacia 1600, un ensayo metodológico», trabajo presentado a la Asociación de Historia Económica y Social, Buenos Aires, 1966; «Cuadro comparativo de los centros de colonización española existentes en 1580 y 1630», en *Desarrollo Económico*, 1967, pp. 340-360; «Urbanización en América hispánica entre 1580 y 1630», en *Boletín del Centro de Investigaciones Históricas y Estéticas*, Caracas, n.° 11, 1969, pp. 57-110.

dades erigidas hasta 1573 (López de Velasco). En realidad, la exactitud no resta importancia al hecho urbanizador. De acuerdo con la segunda fuente, hasta 1580 se cuentan 23.493 vecinos, que sumaban unos 125.000 habitantes. Del total de habitantes de la América hispana, un porcentaje bajo era urbano, que debió oscilar entre un 5 y un 10 por ciento. Por supuesto que existieron zonas más urbanizadas que otras, como la costa central del Perú y la sierra norte del Ecuador, donde los índices de urbanización fueron siempre superiores al 10 por ciento.

En estos centros urbanos se concentraron las huestes colonizadoras y la población peninsular, que aportaron a cada ciudad peculiaridades urbanas y culturales, impresiones que quedan marcadas en los recintos de los variados ámbitos de la conquista. Muchas ciudades estaban rodeadas de los pueblos de indios, que aportan mano de obra y tranquilidad, por el control que se ejercía sobre los mismos. La población indígena concentrada en sus pueblos, urbanizada sin lugar a dudas, alcanzó a 1.732.000 indios, según el mismo Juan López de Velasco, distribuidos en ocho mil aldeas. Estas cifras se deben añadir al hecho urbano para completar el panorama urbanizador y confeccionar fiables índices de urbanización.

En el caso de Brasil, la urbanización estuvo estancada hasta el siglo XVIII. Entre 1570 y 1576 se estimaba que había una población de 3.440 vecinos en las ocho capitanías que estaban prosperando; 1.000 había en Pernambuco y 1.100 en Bahía. La misma estaba concentrada en trece poblaciones: cinco en Pernambuco y Bahía, tres en Puerto Seguro, una en Espíritu Santo, una en Río de Janeiro y tres en San Vicente. Según Anchieta, Brasil tenía catorce pueblos en 1584, con una población urbana de 4.200 habitantes, representando el 7 por ciento del total (57.000 según la misma fuente). En el siglo XVII se estima la existencia de cuatro ciudades y treinta y siete «vilas», con una población urbana de 7.000 habitantes blancos. En el medio rural vivían 33.000 habitantes, también blancos. Veinte mil esclavos negros estaban relacionados al sector exportador ligado a la agricultura tropical y una cantidad igual de indios trabajando en el sector agropecuario. En 1600, el área económicamente ocupada fue estimada en 25.800 kilómetros

cuadrados, donde la densidad era baja: 25,8 hectáreas por cada uno de los 100.000 habitantes [30].

Evidentemente, una buena parte de la población de Iberoamérica estaba constituida por comunidades indígenas no urbanas, que, por desarrollar sus actividades en el marco de una economía de subsistencia, no eran incluidas en las estimaciones que se hacían, donde sólo contaba la población blanca.

El índice de urbanización alcanzó en el área hispánica entre un 6 y un 7 por ciento, siendo mucho menor en Brasil por las causas ya mencionadas. Las ciudades hispanas y lusitanas absorbieron parte de los 250.000 españoles y de los 30.000 portugueses censados en este período. La evolución demográfica fue básicamente urbana, salvo en Brasil, donde el conjunto de la población, además de estar dispersa en el medio rural, observaba un crecimiento lento.

Los ciclos económicos y la ocupación del espacio

La dinámica espacial reflejada en la fundación de nuevas ciudades y en la ocupación del espacio estuvo particularmente regida por los ciclos económicos, de largos o cortos períodos de tiempo, y con mayor o menor repercusión a nivel local o regional. Los ciclos explican, por otra parte, la dinámica en general, demográfica y espacial, relacionada por otra parte con los ideales económicos, ideológicos y políticos, cambiantes y contrastados.

Los ciclos que se desarrollaron en los siglos XVI, XVII y XVIII propiciaron una vasta ocupación, aunque restringida a las regiones donde acontecían. Una vez agotados los recursos o con la aparición de competencias extrarregionales, las regiones que comandaban estas economías se deprimieron y, en algunos casos, se transformaron en «economías portátiles», así denominadas por D. Riveiro, como ocurrió en Brasil.

[30] Lahmeyer Lobo, E. M., «El papel comercial y financiero de las ciudades de América Latina de los siglos XVIII y XIX», en *Ensayos socio-económicos sobre la urbanización en América Latina*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1978, pp. 225-226; Buescu, M., *Evoluçao Econômica do Brasil*, Apec, Editora, Río de Janeiro, 1974, p. 39.

Los modelos de ocupación en Brasil

La primera actividad económica de Brasil estuvo originada en la explotación del palo brasil, que quedó relacionada más tarde a la instalación de los primeros ingenios dedicados al comercio, sobre todo en las costas viventina, bahiana, pernambucana o carioca. Esto sucedió a mediados del siglo XVI.

Las fazendas de cultivo y producción de caña de azúcar posibilitaron el proyecto de colonización del Brasil. Los ingenios azucareros se expandieron por toda la costa creando el «espacio vívido de la colonia». El ciclo azucarero forjó casi un siglo y medio de prosperidad económica (1530 a 1650), que permitió mantener contingentes de negros, mestizos y blancos y crear los primeros núcleos urbanos del país. La zona del nordeste entra en decadencia con la aparición de la producción azucarera antillana, que creó una fuerte competencia a la economía brasileña. Por otra parte, la constante rebelión de los esclavos negros debilitó la estructura económica del espacio brasileño.

La aparición del ciclo aurífero y diamantífero ayudó a evitar una gran crisis económica en Brasil. Este nuevo ciclo provocó un gran impacto social y espacial: se deterioraron las ciudades del nordeste, las empresas comerciales y las importantes fazendas. Parte de la población, las inversiones y hasta la misma capital administrativa —Bahía— se trasladaron al nuevo foco económico ubicado en el estado de Minas Gerais, donde se fundan Diamantina y Ouro Preto, entre otras ciudades. Los espacios habitados comenzaron a expulsar población hacia este nuevo centro polarizador, e incluso atraen población del mismo Portugal. Aumentó la población y con ella el índice de urbanización que comienza a cobrar importancia en Brasil. El ciclo aurífero duraría casi un siglo, desde 1700 a 1780. Cuando se agotaron las minas se entró en el mismo proceso de regresión de las formas económicas de subsistencia y a una «cultura de la pobreza» [31].

Además de estos grandes centros dinámicos que rigieron la vida económica brasileña por largos períodos, surgieron otros menores que sucumbieron con mayor rapidez, creando nuevos espacios que luego su-

[31] Ribeiro, D., *Las américas y la civilización*, Centro Editor de América Latina, Buenos Aires, 1985, pp. 225, 232.

frirían retrocesos. Tal es el caso del ciclo algodonero de Maranhao (1770-1820) y del caucho amazónico (1880-1913). Los mismos posibilitaron el establecimiento de núcleos civilizadores en zonas marginales, incorporándolas a la vida nacional.

Estas actividades económicas permitieron la ocupación de una parte importante de Brasil, principalmente la zona del litoral. La interacción entre estas economías regionales no permitió que siguieran adelante, pero posibilitó el desplazamiento de los grupos pastoriles, que permitieron abastecer a las diferentes zonas productivas, constituyendo otro frente móvil.

El modelo de ocupación estuvo regido por la instalación de las ciudades que siguieron los designios del relieve y la posesión de las tierras rurales, representada por las fazendas, donde se asentaba realmente la vida productiva para generar bienes de exportación, intentando, a la vez, satisfacer de manera autárquica las necesidades de subsistencia de sus poblaciones. La fazenda constituyó la institución modeladora básica de la sociedad y el espacio brasileño. Los requisitos para el establecimiento de la fazenda eran la posesión de la tierra y el dominio de la fuerza de trabajo [32].

Los modelos de ocupación en la América española

Los espacios circunscritos en la colonia española tuvieron, a su vez, unas formas de ocupación, que, iniciadas en la fundación de ciudades, más tarde se extenderán a la zona rural. Las ciudades tuvieron distintos modelos de organización, aunque no muy diferenciados. La primera diferencia radica en el modelo de ciudad implantada sobre las ciudades incaicas existentes, que siguen su planimetría. Con el sucesivo desarrollo este plano desbordará para acoger el modelo que primó en el resto de la colonia. Modelo que se regía por las nuevas ordenanzas de 1573, las que por primera vez se preocupaban de la ciudad indiana. Las mismas estaban acompañadas por ordenanzas urbanísticas que indicaban el lugar y modo de fundar una ciudad, la construcción de edificios, plazas, calles y sus medidas y de las zonas comunales, así como el modelo de

[32] Ribeiro, D., *op. cit.*, p. 230

trazas determinadas. A pesar del atraso de la promulgación de las nuevas ordenanzas, las mayoría de las 250 ciudades fundadas hasta 1573 estuvieron guiadas, en su inmensa mayoría, por un trazado geométrico casi perfecto. Pero este modelo se aplicó sin ningún tipo de ordenación, orientación, recomendación o sugerencia del Consejo de Indias. Este fenómeno se explica, entre otros motivos, por el sistema de reparto de tierras, consistente en solares del mismo tamaño; «en la novedad renacentista de la ciudad ideal, con referencias inevitables a Vitruvio, León Bautista Alberdi, Aristóteles y Santo Tomás: también San Agustín y su modelo de ciudad perfecta, que tiene rectas sus calles» [33].

En la colonia hispánica cada ciclo tuvo un importante papel en los modelos de organización del espacio e influyó en el crecimiento o decrecimiento de las ciudades y el espacio que dinamizaban. Desde el comienzo los espacios rurales comenzaron a sufrir grandes transformaciones. La colonización se orientó a la formalización de sistemas productivos destinados al abastecimiento del mercado europeo con metales preciosos y productos tropicales. Alrededor de estos sistemas se articularon otras zonas productivas, subsidiarias, secundarias o marginales. Estos sistemas, a su vez, originaron la articulación de un sistema regional polarizado por los núcleos mineros tales como Oruro, Potosí y Zaruma, entre otros. También aparecieron en la costa pacífica y atlántica las primeras plantaciones de azúcar y tabaco, dinamizando amplios espacios litorales.

Mientras se desarrollaba el ciclo azucarero en Brasil, en la zona andina central, entre los años cuarenta y sesenta del siglo XVI, se produjo una dinámica especial en la ocupación del espacio originada por el ciclo argentífero potosino. Los campamentos que concentraban a los trabajadores mineros muy pocas veces pudieron generar núcleos urbanos. Potosí, situada a más de 4.000 metros de altura, y la mina subsidiaria Huancavelica, que proporcionaba mercurio para el tratamiento de la plata, fueron centros de primera magnitud. Potosí, en el siglo XVII, adquirió gran importancia, llegando a contar entre 120.000 y 160.000 habitantes, cifras un tanto altas, pero próximas a la realidad, transformán-

[33] Solano, F. de, «Los inicios de la colonización sistemática», en *Historia urbana de Iberoamérica*, CSIC, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Quinto Centenario, Junta de Andalucía, tomo II, 1, 1990, pp. 44-45.

dose en la urbe más populosa del mundo occidental [34]. De esta forma el área minera potosina y su área de influencia mantuvieron durante bastante tiempo unos altos índices de urbanización —30 por ciento— en la zona altoperuana.

Existieron otras zonas mineras de menor identidad que nunca llegaron al nivel de Potosí. En la audiencia de Quito, la minería cobró gran importancia en la región oriental, donde se crearon varias ciudades como Zamora, Sevilla del Oro y Logroño, que tras el ataque de los indios desaparecieron y, en consecuencia, la industria minera. Pero la mayor actividad minera se dio en la zona de Zaruma, riqueza descubierta en 1560. La explotación del oro aglutinó gran población y se vio la necesidad de crear una estructura urbana capaz de albergar a la misma, erigiéndose en 1595 la ciudad de Zaruma. Más tarde decayó la actividad pero se crearon pueblos de indios para el abastecimiento de mano de obra. La actividad minera de esta región tuvo momentos de esplendor y de decadencia por razones técnicas.

Como zonas mineras, aunque de menor identidad, se cuentan las auríferas del Cauca y del Atrato, que atraían flujos de mercancías y población provenientes de los Andes septentrionales, potenciando estos territorios y permitiendo la ocupación del espacio. Las ciudades mineras eran centrípetas respecto de las áreas circundantes y a veces lejanas, como en el caso de Potosí o con respecto al norte del Río de la Plata. Fueron ciudades abiertas a dos niveles, identificadas con las comarcas mineras que habían originado la ciudad y relacionadas con lejanos horizontes económicas.

Las ciudades comienzan a especializarse debido a las demandas específicas de las áreas mineras: combustibles, alimentos, textiles, pero también en relación con otras funciones comerciales o administrativas. La producción manufacturera de la sierra ecuatoriana, basada en la explotación forestal, promovió su espacio circundante para la producción de lanas y, como en toda la zona andina, el cultivo de cereales para mantener a la población urbana.

[34] Gisbert, T., y De Mesa, J., «Audiencias de Lima y Charcas», en *Historia urbana de Iberoamérica*, CSIC, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Quinto Centenario, Junta de Andalucía, tomo II, 2, 1990, p. 391.

Las haciendas y las plantaciones eran las encargadas de la provisión de víveres. Las primeras con un mercado cercano. Las segundas, instaladas en terrenos bajos y cálidos, se especializaban en productos tropicales y semitropicales exportándolos a Europa y, desde el principio, alcanzó los más altos niveles.

Por otra parte, la ganadería rioplatense generaba por entonces magros beneficios, gran parte del territorio permanecería deshabitado o en poder de los aborígenes. La región rioplatense y todo su enorme hinterland, descrita por los descubridores como «tierra de ningún provecho», nació a la civilización con la introducción del ganado bovino en la segunda mitad del siglo XVI.

El ganado vacuno fue durante mucho tiempo el único valor público de la región del Plata. El ganado introducido desde Brasil y Bolivia, multiplicándose por millares y del cual apenas se utilizaba el cuero, algo de carne y el sebo, necesitaba población escasa para su mantenimiento. A mediados del siglo XVII sumaba millones de cabezas. El siglo XVIII abrirá otros caminos para esta economía, que comenzará a robustecerse.

Salvo los ciclos potosino y del Brasil, los restantes no fueron tan espectaculares. Los espacios rurales comienzan a consolidarse paulatinamente y de acuerdo con la evolución y demanda de los productos tropicales o cárnicos del Plata, que comienzan a exportarse. Las ciudades vivían, según el caso, de los excedentes que captaban de las áreas rurales, de las riquezas que extraían de su papel comercial y de los gastos de la administración, pero apenas eran generadoras de bienes. Los grandes ciclos provendrán durante y después del siglo XIX [35].

Las unidades de explotación económica que se desarrollaron en el espacio rural hispano siguieron un modelo de ocupación organizados de «chacras» y grandes propiedades.

Las chacras, situadas en la periferia de las ciudades y muy ligadas a la función habitacional, eran unidades equivalentes a las actuales casas de campo o villas, de tamaño medio o pequeño, con una superficie promedio de 180 hectáreas. También fueron aprovechadas como tierras de labrantío, como granjas y para la cría de animales menores.

[35] Costantini, P. G., «América Latina. Entre la dependencia y el desarrollo», en *Geografía de la Sociedad Humana*, Ed. Planeta, Barcelona, 1981, vol. 5, pp. 193-195.

Las grandes propiedades se distinguían por el tamaño, el tipo de producción y por su vinculación con el mercado exterior o el consumo interno. Eran básicamente de tres tipos: las haciendas, las estancias y las plantaciones.

Las haciendas, situadas en el interior, habían nacido con neta tendencia latifundista y tuvieron un dominio muy amplio, establecidas preferentemente en las tierras altas mesoamericanas y el macizo andino, pero que también se han extendido sobre el «sertao» brasileño y en territorio chileno, entre otras muchas partes. La superficie inicial crecía en función de la expropiación de las tierras de los indios dominados bajo el sistema de la encomienda. Existieron haciendas de tamaño medio pero siempre propensas a la expansión, según la especialidad se lo exigía o su rentabilidad lo hacía posible. Su estructura era la típica de las zonas templadas de los altiplanos, dedicándose a una producción mixta: cerealera y ganadera. El mercado estaba relativamente cercano, constituido por ciudades próximas o por las minas. Los grandes latifundios definieron verdaderos universos semicerrados, con una red de servicios propios. La mano de obra empleada para las labores era íntegramente indígena en sus primeros tiempos. Su diferencia fundamental con otras formas de latifundio radica en la forma de organizar el aprovisionamiento de mano de obra, recurriendo para ello a las pequeñas economías campesinas, hecho que expresa el complejo hacienda-minifundio que se da en estas formas de explotación de la tierra.

Las plantaciones, que tenían su ámbito principal en las zonas tropicales, se localizaron en los terrenos bajos, al principio cercanos a las costas atlánticas de Venezuela y pacíficas de Ecuador y Perú. Dedicadas a los cultivos tropicales o semitropicales —azúcar, cacao o tabaco—, tenían su mercado lejano o en Europa. Su tendencia fue y es monocultivadora. En sus inicios estuvo asociada al empleo masivo de mano de obra esclava, cuando el buen rendimiento de las explotaciones lo permitía. La ganadería, alejada de las plantaciones, se combinaba con la producción típica. La plantación destinaba algún espacio para producir alimento para los trabajadores [36]. A fines del siglo XVIII, la producción de frutos tropicales alcanzó los más altos niveles. La combinación de

[36] Pérez Mallaina, P. E., *La colonización. La huella de España en América*, Ed. Anaya, Madrid, 1988, pp. 58-59.

estos productos, con cultivos alimenticios y con ganadería, configuraron una economía equilibrada, capaz de proveer la subsistencia de toda la población y generar recursos libres para costear su mayor necesidad de importación: la mano de obra esclava.

Desde mediados del siglo XVI las chacras quedaron asociadas a los arrabales urbanos, mientras que las haciendas se identificaron con grandes extensiones de emplazamiento rural, que, muy a menudo, generaron la formación de núcleos urbanos ligados a su funcionamiento económico.

La estancia compartía resultados con la hacienda, y sus características son semejantes. La diferencia está dada por la localización de la misma. Es un tipo de explotación, si no exclusivo, al menos característico de la región rioplatense. Por su dedicación a la ganadería extensiva, en sus principios, ocupó escasa mano de obra. La superficie siempre fue superior a las 2.000 hectáreas. Hacienda y estancia fueron las generadoras de los latifundios, problema que será secular en la historia hispanoamericana.

A modo de síntesis, se puede decir que los siglos XVI, XVII y XVIII tuvieron, como protagonistas de la economía, los ciclos del azúcar, el oro y la plata, con ciclos marginales en la producción del cacao y el oro. Por otra parte, los cultivos tropicales litorales trascienden y se fortalecen hasta la actualidad. Las redes urbanas existentes eran altamente jerarquizadas y desequilibradas, con ciudades que ya presentaban los síntomas de la macrocefalia. Lima y México eran las capitales del imperio por la hegemonía comercial que ejercían. Los índices de urbanización alcanzaron en la zona hispánica entre un 5 y un 6 por ciento. En este período, las 250 ciudades españolas absorbían parte de los 250.000 españoles. Las portuguesas, muchas menos, concentraban parte de los 30.000 portugueses localizados en las ciudades costeras. La evolución demográfica fue básicamente urbana, salvo en Brasil, donde el conjunto de la población, además de estar dispersa en el medio rural, mantenía un crecimiento lento.

El siglo XVIII: última etapa colonial

Varios son los factores que hicieron difícil el crecimiento de los asentamientos y la organización de las incipientes redes urbanas duran-

te el último período colonial. Entre los mismos pueden destacarse los cambios frecuentes en la ubicación de las ciudades, el aislamiento de las economías regionales debido a los débiles medios de comunicación, el régimen monopólico exacerbado y el ahogo de los hinterlands de las ciudades por parte de los propietarios individuales y el latifundio de la hacienda.

A partir de la segunda mitad del siglo XVIII, especialmente en el último cuarto de siglo, la América colonial evidenció un período de mayor crecimiento económico, al quedar poco a poco debilitadas las bases impuestas por las metrópolis española y portuguesa. Este debilitamiento se debió a la impetuosa acción del capitalismo inglés, puesto de manifiesto tanto en el comercio y el contrabando como en la influencia de las ideas políticas y culturales. Por otra parte, el imperio languidecía por las reformas de Carlos III, entre ellas, la obtención del libre comercio para las colonias españolas (1778) y la facilidad de intercambio para con todos los puertos españoles.

El libre comercio dinamizó la economía de muchos ámbitos antes postergados, como el del Río de la Plata.

> Se produce un salto cuantitativo en el sector externo, y los excedentes de materias primas (algodón, azúcar, cacao, cueros, tasajo) determinan la concentración de mayor riqueza en las elites propietarias y una mayor capacidad de inversión gubernamental [37].

Pero la medida más importante llevada a cabo por la administración de Carlos III fue la creación de las intendencias, viéndose de esta manera reducido el poder virreinal. Al mismo tiempo existió una fuerte interferencia a nivel de los gobiernos locales, debido a la implantación de un orden fiscal tributario y a la promoción del crecimiento económico, mediante la creación de grandes unidades provinciales y áreas regionales. Con estas modificaciones se perseguía la especialización en la producción y el aumento del consumo. Bajo esta nueva transformación espacial surgió un área novohispana que abarcaba varias zonas: la minera, la de poderosas haciendas y la de alto desarrollo urbano y gran comercialización. El área antillana, con su epicentro en Cuba; el área centroamericana; el área continental circuncaribe, de fuerte tendencia

[37] Yujnovky, O., *op. cit.*, p. 65.

expansiva hacia el interior; el área andina, que comprendía desde el sur de Quito hasta el reino de Chile, y el área atlántica, comandada por Buenos Aires, que polarizaba las economías de Tucumán, Cuyo, Alto Perú e incluso Chile, al mismo tiempo que trataba de integrar los territorios hasta entonces descontrolados [38].

Los adelantos económicos no modificaron los sistemas productivos, en cambio, las haciendas, las plantaciones y las minas aumentaron su producción, ya que el crecimiento de la población se relacionaba con la expansión del consumo interno. Por otra parte, la fisiocracia impulsada por Carlos III permitó que las actividades agrícolas prosperasen y el medio rural adquiriera más dinamismo.

También se produjo un cambio fundamental en las ideas de la creciente sociedad criolla inspirada en los principios de la Ilustración. Las sociedades hispanoamericanas seguían dentro del mundo colonial pero mirando atentamente hacia el mundo mercantilista. Con la liberalización de los puertos, la economía se enfiló hacia el liberalismo y prosperó una sociedad cada vez más abierta y aburguesada, con nuevas ideas políticas y sociales.

Ante esta creciente situación, el reformismo borbón llegó tarde y el sistema erigido comenzó a desmoronarse bajo el agobio del control político, social y sobre todo fiscal. Para un mejor control, se crearon las intendencias y surgen dos nuevos virreinatos, el de Nueva Granada y el del Río de la Plata.

Todo esto ocurría sólo en parte de América del Sur, puesto que la colonización europea tenía sus límites espaciales. En Chile, la ocupación espacial llegaba hasta el Bío Bío por el sur; en el Río de la Plata no rebasaba la línea del Salado, también en su extremo meridional, en tanto que por el oeste los límites eran también reducidos. Los espacios de Orinoquia, Amazonia, Mato-Grosso y el bosque chaqueño constituían una barrera para la penetración hacia el interior. A estas barreras físicas se sumaba la belicosidad de los indígenas, que impedían el avance de las fronteras.

La ocupación del espacio fue sorprendente en Brasil debido al ciclo del oro, que permitió la fundación de numerosas ciudades, aunque a expensas del declive de otras. El auge de la explotación aurífera en

[38] Hernández Sánchez-Barba, M., *La formación de las naciones iberomericanas (siglo XIX)*, Ed. Anaya, Madrid, 1988, pp. 14-15.

Minas Gerais desplazó el centro de colonización hacia el sur y junto al mismo se produjo el cambio de la capital administrativa —Bahía— a Río de Janeiro (1763), convirtiéndose en capital de la colonia. Esto significó la atracción de la población rural, mayoritaria hasta entonces, a las ciudades. Creció la urbanización estancada hasta ese momento, y las ciudades grandes y pequeñas vieron aumentar su tamaño vertiginosamente. Pero, por otra parte, la expansión territorial provocada por la búsqueda de metales preciosos, unida a la caza del indio y a la ocupación de la Amazonia por los misioneros, significó una gran dispersión poblacional.

El dinamismo demográfico de Brasil en el siglo XVIII fue sorprendente: en 1700 su población fue estimada en 350.000 habitantes, que ocupaban 110.700 kilómetros cuadrados, con 31,6 hectáreas por habitantes. En 1750 casi se cuadriplica —1.500.000 habitantes—, siguiendo este ritmo hasta 1800, año en que la población se cifra en 3.300.000 habitantes. En 1802, en plena decadencia de la explotación diamantífera y aurífera, el estado de Minas Gerais tenía una población de 611.000 habitantes, 18 por ciento del total [39].

En este ínterin, las ciudades adquirieron mayor autonomía y los comerciantes locales mayor poder económico en función del debilitamiento de la monarquía y del deterioro de la hegemonía de los propietarios de ingenios en las regiones de plantación de caña y tabaco del nordeste.

Mientras, en la América hispana, la decadencia de la minería potosina llevó a la quiebra del sistema de vínculos interregionales del que era centro. Esta ruptura estuvo, por otra parte, apoyada por la creación del virreinato del Río de la Plata en 1776, hecho que produjo que ciudades importantes como Potosí y Huancavelica quedaran separadas por la nueva división espacial. La primera continuaba en el virreinato del Perú, mientras que la segunda pasó al nuevo virreinato. La población de Potosí alcanzó en este siglo los 40.000 habitantes. Muchos otros centros económicos se desplazaron, postergando amplias superficies que ya estaban organizadas. El dinamismo que antes fluía en el oeste, se trasladó hacia la fachada atlántica, desplazando la polarización ejercida en la región andina central. Surgieron nuevos espacios económicos hege-

[39] Lahmeyer, E. M., *op. cit.*, p. 81; Buescu, M., *op. cit.*, p. 81.

mónicos como el rioplatense y otros de menor envergadura en Venezuela, favorecidos ambos por las características de localización que facilitaba la comunicación con los centros consumidores europeos. Los ejes comerciales anteriores cambiaron su orientación por las nuevas circunstancias geoestratégicas, diseñando un nuevo mapa en las relaciones interregionales suramericanas, muchas de las cuales quedaron sumidas en una desconexión alarmante. También muchas ciudades que servían como nexo entraron en decadencia demográfica y económica con un aislamiento que las envuelve en espacios con apenas representatividad local.

Los índices de urbanización se colocaron entre el 20 y el 25 por ciento y se registró en toda la América colonial un crecimiento general de la población. De 10,2, 11,4 y 11,7 millones de habitantes en 1570, 1650 y 1700, respectivamente, pasó a 18,9 millones en 1800.

El proceso de urbanización durante el siglo XVIII

Así como el gran proceso fundacional se da prácticamente concluido entre 1570 y 1580, el siglo XVIII, en las postrimerías de la época colonial, se caracterizó por un reavivamiento del ciclo de fundaciones. Todos los espacios sudamericanos vieron surgir nuevas ciudades, sobre todo para ocupar espacios vacíos, pero no menos importante fue el objetivo de afianzar la soberanía. Los nuevos núcleos se fundaron con todas las clases raciales existentes: pueblos para indios y mestizos, aldeas para pardos y mulatos, villas para blancos criollos o europeos. En ocasiones, estas fundaciones respondían a la implantación de nuevos cultivos (tabaco, café, lino) o a otras actividades como las ganaderas y las pesqueras [40].

En Chile, los poblados existentes hasta 1700 se localizaban en una franja comprendida entre el Norte Chico y la zona central, con una ciudad de avanzada, Valdivia, al sur del Arauco, una zona que abarcaba unos 1.000 kilómetros en línea recta. Gran parte de su población estaba ruralizada, por lo que debían dictarse medidas para acrecentar la po-

[40] Solano, F. de, *Ciudades hispanoamericanas...*, p. 143.

blación urbana y fundar nuevos poblados. Por tal motivo, en 1703 se dictó una real cédula para incentivar esa concentración. El proceso, que comenzó con la fundación de una ciudad, Quillota, en 1717, se paralizó en 1744. La dinámica fundacional de esta centuria, y a partir de la última fecha, fue importante en Chile, incluyendo la región cuyana argentina. Se llegaron a fundar cincuenta núcleos urbanos, más los pueblos de indios, aunque una gran parte de las mismos nunca llegaron a consolidarse como tales.

La América austral, en el confín mismo del continente, conoció en este siglo algunos intentos de urbanización, debido a su posición estratégica y a la codicia de estos territorios por otras potencias, especialmente Gran Bretaña. Siempre el factor humano, expresado en la escasez de personas deseosas de habitar estos parajes y lo inhóspito del medio físico, hicieron fracasar los deseos fundacionales. De este modo los asentamientos, en forma de fuertes, se establecieron en territorio patagónico: San José (1779); Floridablanca (1780), abandonado, este último, por orden del virrey Vértiz en 1784; Carmen de Patagones, fundada por Francisco de Viedma en 1781; más tarde se funda San Antonio, incipientes procesos de urbanización, cuyos núcleos apenas si contaban con pobladores como para erigirse en centros permanentes.

Existieron otras fundaciones en las zonas fronterizas, donde quedaba un inmenso vacío sin soberanía real, territorios que quedaban al azar y prestos a la codicia portuguesa. Consecuencia de esta realidad fue la fundación de la colonia Sacramento en 1680, por parte de los portugueses, en pleno estuario del Río de la Plata, casi frente a Buenos Aires. Ante tal antecedente, las tierras del Uruguay fueron atendidas con prioridad para potenciar este enclave estratégico, y se fundó en 1714 San Felipe y Santiago de Montevideo, plaza militar y centro de trata de esclavos. Desde entonces se fundaron otros once poblados, con escasa población, unos próximos a Montevideo, los otros al norte, cercanos a la zona fronteriza con Brasil. Parte de la población provenía directamente del norte de España para acometer este objetivo. En menos de un siglo se urbanizó Uruguay, progreso basado en el control militar y en las riquezas ganaderas [41].

[41] Rial, J., y Klackzo, J., *Uruguay: el país urbano*, Ed. de la Banda Oriental, Montevideo, 1981, pp. 12-16.

La actual República del Paraguay, cuya capital, Asunción, desde un principio rigió la vasta cuenca del Plata, también sufrió la expansión portuguesa, con la ocupación de territorios y pueblos. Asunción y otros poblados vieron crecer su influencia por las actividades dedicadas al contrabando y a la venta de esclavos. Estas actividades hicieron crecer otras ciudades, al convertirse en nexo de tales menesteres. Ante tal evidencia, la corona española reaccionó ordenando la creación de pueblos y de presidios en la «línea de frontera», convertida a la sazón en una frontera de guerra. Pero al hecho urbanizador, puramente europeo por las concepciones urbanísticas y sus influencias variadas, se unió la fundación de numerosas misiones, regidas por los jesuitas, que dieron vida y vigor a la región guaranítica, defendiendo el espacio español de las incursiones de los bandeirantes.

El resto del territorio se caracterizaba por la falta total de centros urbanos, por lo que en el siglo XVIII se comienzan a fundar pueblos en los puntos donde hubieren presidios regidos por pequeños destacamentos militares. De esta forma se fundan, como bastiones del norte, San Felipe de Borbón (1714), San Isidro Labrador de los Reyes Católicos (1715) y, por el sur, La Villeta (1718). Más tarde los portugueses osaron crear también «fronteras vivas» cerca de las líneas de dominio español, tales como Miranda Nova Coimbra y Nossa Senhora de Pazeres, dentro del ámbito paraguayo. Esta situación condujo a la corona española a la fundación de Villa Real de la Concepción en 1769. Entre otras ciudades, de 1745 a 1789, se fundaron San Agustín de la Emboscada, emprendida por «mulatos y negros libres», Pilar del Ñeembucú, Rosario de Caurepotí y San Pedro Apóstol de Ycua-Mandiyú [42].

En Venezuela, las ciudades ya fundadas estaban desprotegidas del avance extranjero, por lo que en el siglo XVIII se emprendió la construcción de defensas fortificadas. Pero también tiene lugar la refundación o cambio de emplazamiento de otros núcleos, como el caso de Puerto Cabello en 1735 o el traslado de Santo Tomé de la Guayana en 1765, ahora con el nombre de Nueva Guayana de Angostura, constituida para frenar la invasión de otras potencias. Por otra parte, órdenes religiosas fundan misiones al estilo jesuítico y pueblos de indios. Se-

[42] Solano, F. de, *Ciudades hispanoamericanas...*, pp. 122-127.

gún Siso [43], en el siglo XVIII se fundaron unos ochenta y siete centros con mayor ímpetu en la segunda mitad del mismo. Hacia 1750, Venezuela presentaba un alto índice de concentración de población.

En Nueva Granada se sigue la misma política fundacional que en el resto del contiente, con objetivos semejantes y repitiendo la experiencias de Chile o Uruguay. Los pueblos más destacados fueron San Pedro Apóstol de Pinchorro, San José de Ezpeleta, San Benito Abad, San Luis de Sinsé, Santo Tomás Cantuariense, San Onofre de Torobé, Sincelejo y Sinú. El virreinato del Perú inauguró el siglo XVIII intensificando la defensa del litoral, bastante desguarnecido hasta el momento. Las fundaciones no serán tan importantes como en las restantes jurisdicciones.

Las fundaciones que se llevaron a cabo durante el siglo XVIII y hasta 1809 pueden ser agrupadas de la siguiente forma según los países en que se hallan actualmente, porque tanto las de los siglos anteriores como las que mencionamos a continuación no siempre subsistieron: Venezuela, 115; Colombia, 25; Perú, 2; Bolivia, 1; Chile, 77; Argentina, 22; Paraguay, 18; Uruguay, 13 [44].

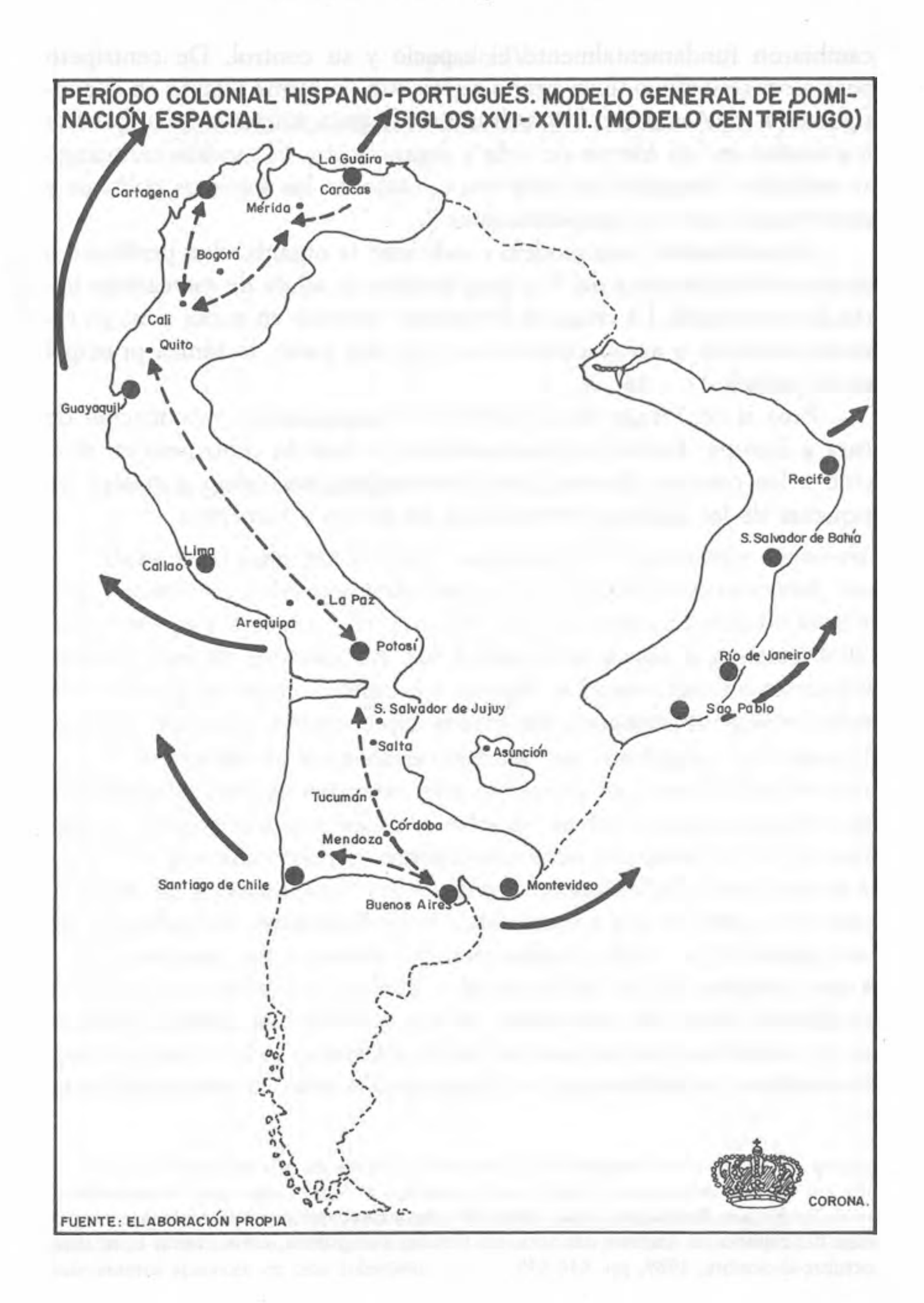
La población de las grandes ciudades seguía en ascenso mientras que la población indígena comenzaba un lento crecimiento. Tanto las actividades económicas como el papel político asignado a otras ciudades, antes insignificantes, cambiarán el mapa colonial previo al siglo XVIII, conformado por la relación de fuerzas políticas y económicas. En este último período surgirán muchas de las bases para el posterior desarrollo de Sudamérica, fundamentalmente las nuevas ideas políticas, económicas y sociales de la burguesía criolla, en contacto permanente con los nuevos cambios que se producían en Europa.

El modelo general de dominación espacial

El modelo centrípeto presente en el período precolombino se conmocionó en esta segunda etapa. La conquista y colonización europea

[43] Siso, C., *La formación del pueblo venezolano*, Ed. Horizon House, Nueva York, 1941, p. 84.

[44] Fuentes similares a la nota 16.


PERÍODO COLONIAL HISPANO-PORTUGUÉS. MODELO GENERAL DE DOMINACIÓN ESPACIAL. SIGLOS XVI-XVIII. (MODELO CENTRÍFUGO)
La Guaira
Caracas
Cartagena
Mérida
Bogotá
Cali
Quito
Guayaquil
Lima
Callao
La Paz
Arequipa
Potosí
S. Salvador de Jujuy
Salta
Asunción
Tucumán
Córdoba
Mendoza
Santiago de Chile
Buenos Aires
Montevideo
Recife
S. Salvador de Bahía
Río de Janeiro
Sao Pablo
CORONA.
FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA

cambiaron fundamentalmente el espacio y su control. De centrípeto pasa a ser centrífugo. Este hecho repercutió de forma tajante en la configuración del espacio. Las culturas indígenas sufrieron una quiebra traumático en sus formas de vida y organización. El modelo centrífugo se enfatizó y fortaleció en esta etapa, tanto en los aspectos políticos y económicos como en los ideológicos [45].

Espacialmente, este modelo condicionó la organización periférica o perimetral de América del Sur para facilitar la salida de mercancías hacia las metrópolis. La creación de centros urbanos en zonas ricas en recursos mineros o agropecuarios fue, por otra parte, la tónica principal en el período colonial.

Pero si centrífugo fue el modelo de organización y ocupación de cara a Europa, a nivel regional subsistía el modelo centrípeto en relación a los centros urbanos, que dinamizaban, nucleaban y atraían las riquezas de las regiones proveedoras de bienes y alimentos.

[45] Múscar Benasayag, E. F., «Procesos de urbanización en y modelos de ocupación del espacio en América del Sur», en *Estudios Geográficos*, CSIC, tomo L, n.º 197, octubre-diciembre, 1989, pp. 638-639.

Capítulo IV

EL PERÍODO INDEPENDIENTE (SIGLO XIX)

La etapa de la emancipación [1]

Durante el siglo XIX ocurren una serie de sucesos que conmovieron, removieron y derrumbaron las bases del imperio luso-español. Los movimientos y descontentos que llevaron a la independencia de los distintos países de América del Sur habían comenzado a gestarse débilmente hacia la segunda mitad del siglo de la Ilustración. La ruptura se produce durante un período que abarca aproximadamente sesenta años.

La irrupción de los acontecimientos que condujeron a la emancipación de las coronas europeas, está asociada a una serie de hechos exógenos y endógenos que hicieron eclosión en las primeras décadas del siglo XIX. Los antecedentes endógenos vienen marcados por el descontento de las sociedades nativas respecto a las autoridades impuestas desde los gobiernos centrales; con el tratamiento a que se veían sometidas —representado por injusticias y desigualdades entre la población portuguesa y española, por un lado, y la población criolla, indígena, negra, mulata y zamba, por otro— y por las limitaciones de índole económica que inhibían el libre desarrollo de las fuerzas productivas locales. El estado progresivo de tales circunstancias se materializó en movimientos

[1] Se tratará de dar un amplio panorama de los hechos más importantes que se produjeron en esta etapa. De esta manera el lector podrá conocer brevemente los mismos, aunque no de forma pormenorizada. El tema ya ha sido tratado en forma global para todo el continente y en forma particular para cada país por especialistas. Títulos interesantes aparecen en esta colección.

reivindicativos de tipo económico y social, primero, y puramente político, más tarde.

Entre los factores de tipo social y económico, la situación de agobio, opresión y desigualdad llevó a insurrecciones, algunas muy tempranas como las reiteradas sublevaciones de Francisco León en Venezuela en 1740 y 1752. En 1765 se produjo otro motín en Quito con visos más drámaticos y sangrientos, bajo pretextos económicos: en contra de los impuestos. Mucho más sorprendente fue la rebelión de Túpac Amaru en 1780 y 1781, que se expandió por el Alto y Bajo Perú, primera revuelta indígena en busca de la libertad. Estos atisbos de reclamo de libertad no pueden ser tomados como precursores de la independencia, pues siempre acataban la autoridad del monarca bajo el lema, en muchas de estas revueltas, de «Viva el Rey y muera el mal gobierno». Este lema viene a demostrar la indignación y el repudio hacia la corrupción de las administraciones locales, que, de no modificarse, como sucedió, inducirían rápidamente a la independencia. Las insurrecciones políticas se dieron esencialmente en el último tercio del siglo XVIII, como por ejemplo en Paraguay (1732-1735) entre encomenderos y jesuitas, y en Nueva Granada (1781), materializada por comuneros en la ciudad de Socorro [2].

El deterioro de las autoridades e instituciones por las frecuentes corruptelas encolerizaban a los criollos a reclamar la mejora de las mismas. Durante la invasión napoleónica, la colonia española se vio vacía de poder y desprotegida, con lo que se avivó el deseo de cambios. Algunas situaciones fueron extremas, como cuando los ingleses invadieron y tomaron Buenos Aires en 1803 y 1804. En la primera invasión, el virrey huyó hacia Córdoba, hecho que encolerizó a los «porteños criollos». A las causas antes apuntadas se le agregaron estas otras, agravadas por los hechos acontecidos en la Península durante el reinado de Carlos IV y Fernando VII.

En Brasil, estas situaciones no pasaron inadvertidas, produciéndose también protestas y reclamos de mayor libertad. Uno de las más sobresalientes fue la conspiración de Ouro Preto, llevada a cabo por un grupo de intelectuales, que, inspirados por la independencia de los Es-

[2] Céspedes, G., *La independencia en Iberoamérica. La lucha por la libertad de los pueblos*, Ed. Anaya, Madrid, 1988, p. 18.

tados Unidos, exigieron el mismo estado de cosas para Brasil. La situación creada por la invasión napoleónica no sacudió tanto a la sociedad brasileña como a la hispanoamericana, puesto que la corte lusitana se trasladó rápidamente a Brasil con el apoyo de los ingleses.

Los cambios económicos producidos durante el siglo XVIII trajeron aparejado un cambio de mentalidad y la creación de una elite nativa. Para los españoles, esto no significaba nada importante, puesto que la economía era algo estático y la sociedad debía ser inmóvil. Pero los criollos comprendieron e identificaron la libertad mercantil con el progreso. El progreso, para ellos, comenzó a adquirir un sentido mucho más explosivo que en las metrópolis europeas. Las burguesías criollas urbanas conquistaron rápidamente un puesto de vanguardia, sintiéndose comprometidos con su ciudad y su región para más tarde pensar en la independencia política, alcanzada con las revoluciones que ellos mismos encabezaron [3].

Entre los antecedentes exógenos se pueden citar el contenido de la Proclama de la Independencia (1776) y de la Constitución de los Estados Unidos (1787), los principios de la Revolución Francesa (1789), la sublevación de los esclavos de la colonia francesa de Saint Dominique, en 1791 (aunque muchos consideran que el levantamiento fue claramente antirrevolucionario, antiindependentista), y la posterior independencia de Haití en 1804. Todos estos acontecimientos eran conocidos por los criollos burgueses que viajaban o estudiaban en Europa o a través de los periódicos que entraban, con muchas dificultades por la restricción impuesta, a las colonias. Las noticias —que de todas maneras eran sólo conocidas por el 2 por ciento de la población, cifra que representaba el porcentaje de instruidos existentes en la colonias— se extendían con rapidez asombrosa al resto de la sociedad, premura justificada por el agobio que significaba el gran aislamiento provocado por las inmensas distancias que separaban el Nuevo del Viejo Mundo.

El conocimiento por parte de una minoría de las nuevas ideas en la política europea queda reflejada por Romero [4] en la siguiente cita:

[3] Romero, J. L., *Latinoamérica: Las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Argentina Editores, Buenos Aires, 1976, pp. 119-121.

[4] Romero, J. L., *op. cit.*, p. 159.

> Las nuevas minorías que asumieron la conducción de una política reformista primero y de una política revolucionaria después, fueron las burguesías criollas que poco a poco se insinuaron como pretendientes al papel hegemónico en la nueva sociedad. A medida que se constituían, se enfrentaban con las minorías —entre hidalgos y monopolistas— que formaban la elite de la sociedad tradicional.

Entre los precursores americanos de la independencia sobresalen el colombiano José Nariño, traductor y distribuidor de un escaso número de la *Declaración Francesa de los Derechos del Hombre*; el abogado quiteño Francisco Javier Espejo, amigo de Nariño, autor de fuertes críticas y sátiras a las autoridades españolas; Francisco de Miranda, el más famoso y citado de todos a nivel internacional, quien, imbuido de los contenidos preliminares de la independencia norteamericana y conocedor de los principios de la Revolución Francesa y de la independencia haitiana, solicita ayuda a Estados Unidos y Gran Bretaña para independizar su país, intento fallido aunque alentador.

El proceso de independencia emprendido por los criollos duró, como ya se señaló, más de seis décadas, pudiendo considerarse como finalizado en el año 1825, fecha de la batalla de Ayacucho en Perú.

La formación de las repúblicas

La progresiva independencia de los espacios que antes constituían los virreinatos, reinos, gobernaciones o provincias marca el inicio de las nuevas naciones sudamericanas. Los territorios que antes pertenecían a las antiguas divisiones políticas coloniales comenzaron a erguirse como repúblicas con plena soberanía y buscan acuerdos legales para edificar los nuevos estados que se abren al mundo decimonónico.

Cabe ahora la pregunta: ¿por qué este inmenso espacio colonial se disgregó en tantas repúblicas, a pesar de los esfuerzos llevados a cabo por Simón Bolívar y otros para evitarlo? Esta respuesta es dada en parte por Hernández Sánchez-Barba [5], según el cual el proceso de ruptura se debió a tres procesos internos, que llevaron al triunfo del nacionalismo. El primer proceso fue lento, profundo y de larga duración y su-

[5] Hernández Sánchez-Barba, M., *Formación de las naciones iberoamericanas*, Ed. Anaya, Madrid, 1988, pp. 12-31.

puso el desplazamiento del peso histórico continental del Pacífico al Atlántico; otro más rápido, menos profundo y de duración media generacional, se concretró en la delineación del regionalismo económico; y el último fue el resultado de la sustitución de las funciones institucionales de decisión y de gobierno heredadas de la interferencia funcional de las intendencias, virreinatos, gobernaciones, audiencias, corregimientos, consulados, etc.

El espacio americano tras estos embates se conmociona y, a partir del siglo XIX, verá cambiar sus antiguas estructuras, aunque siempre con la carga de su pasado histórico. Los procesos que se interrelacionan para presentar el modelo de ocupación decimonónico derivan de situaciones internas propiamente americanas. Los tres procesos enunciados confluyen en una etapa histórica, pero sus orígenes y desarrollo proceden de los trescientos años de vida colonial. La acción española durante estos siglos actuó sobre los focos de altas culturas indígenas produciendo una América nuclear, tradicional, con alta concentración de población autóctona emplazada en las costas pacíficas y en los Andes septentrionales y centrales. Con el advenimiento de la independencia política aparece en el mapa mundial una nueva América orientada hacia la producción de cultivos tropicales y más tarde templados, economías encaminadas al comercio de exportación a través de los puertos del Atlántico. Esta orientación económica se vio apoyada por una creciente demanda europea.

La división administrativa española, como se señaló en el capítulo anterior, nunca estuvo suficientemente delimitada, por lo que sus perfiles fueron confusos e imprecisos. Este hecho quedó reflejado en el período de la independencia, creándose un caos en lo referente a las jurisdicciones y a la propiedad, donde los titulares no tenían ninguna seguridad de sus dominios.

Todo esto acarreó grandes dificultades para las nuevas repúblicas, porque a las imprecisiones territoriales se le sumaba la quiebra de las instituciones imperantes antes de la independencia.

> Lo característico de la independencia hispanoamericana es que no estuvo dirigida contra el poder de decisión, sino contra las instituciones sociales sobre las cuales recaía el mantenimiento de la decisión mediante el ejercicio de la autoridad. La sistemática destrucción de estas instituciones produjo tal vacío entre el poder efectivo y la sociedad,

que por sí sólo explica perfectamente el largo período de inestabilidad social, la inevitable constitución de poderes efectivos sin límites y la extrema dificultad en la construcción de los estados nacionales [6].

Las distintas independencias llevaron el espacio sudamericano a una dispersión más que a una aglutinación. Este paso trascendental condujo a la balcanización del continente. Muchas de las unidades administrativas en que se dividía la colonia se transformaron en repúblicas independientes, cuya vida política en los decenios siguientes soportaría las guerras intestinas que desgastaron las fuerzas iniciales de los prohombres americanos. También muchas de estas unidades se volvieron a subdividir luego de la independencia o durante los ciclos de luchas independentistas. En el Brasil, el tránsito hacia la independencia y la formación del imperio, en 1821, significó una situación distinta ya que se evitaron los agudos cambios determinados por la inestabilidad y las guerras civiles que soportaron las excolonias españolas.

El territorio que había constituido el virreinato del Río de la Plata se dividió en cuatro repúblicas en el período comprendido entre 1810 y 1828, fruto del antagonismo entre Buenos Aires y las provincias del interior, que podrían haberse desmembrado aún en más países que los que surgieron de ese hecho: Argentina, Bolivia, Paraguay y Uruguay. La Gran Colombia, ideada por Bolívar y conformada por el virreinato de Nueva Granada y sus dependencias, la capitanía general de Venezuela y la presidencia de Quito, había sido constituida en 1819 y duró tan solo once años. En 1830 se quebró esta unidad dando lugar a las repúblicas de Nueva Granada, actualmente Venezuela, Colombia y Ecuador. Años antes, la entidad bolivariana había perdido el control sobre el sector meridional, al separarse Perú y Bolivia, que, sin haber formado parte de la Gran Colombia, habían permanecido durante cierto tiempo bajo su órbita. En 1839 se malogró la intención de Andrés de Santa Cruz de confederar Perú y Bolivia. Esta confederación sólo duró dos años, efímera aspiración frustrada por la derrota de una guerra con Chile [7].

[6] Hernández Sánchez-Barba, M., *op. cit.*, p. 16

[7] Costantini, P. G., «América Latina. Entre la dependencia y el desarrollo», en *Geografía de la Sociedad Humana. Los Grandes Conjuntos Geográficos*, vol. 5, Ed. Planeta, Barcelona, 1981, pp. 21-23.

Entre 1810 y 1831 se constituyen las nuevas repúblicas sudamericanas, accediendo en distintas fechas a sus independencias políticas: Venezuela, en 1831; Colombia, en 1831; Ecuador, en 1830; Perú, en 1821; Bolivia, en 1825; Chile, en 1818; Argentina, en 1816; Uruguay, en 1828; Paraguay en 1811 y Brasil en 1822 [8].

La dependencia económica

La independencia política que alcanzaron los países sudamericanos tras varios decenios de esfuerzos no significó la ruptura de las relaciones de dependencia económica mantenidas durante casi tres siglos con las metrópolis europeas. Esta nueva forma de dominación se manifestó con cambios positivos en algunas regiones, mientras que para otras fue completamente alienante y opresiva.

El largo proceso de independencia que duró hasta 1898 estuvo relacionado con las grandes transformaciones operadas coetáneamente en Estados Unidos y Gran Bretaña. La revolución industrial iniciada en Inglaterra irradió sus efectos a otros países, pero la presión económica se dejó sentir con mayor fuerza en los mercados de las nuevas repúblicas sudamericanas a través de las actividades de las compañías financieras que negociaban empréstitos o de los comerciantes que vendían manufacturas y adquirían materias primas. Tampoco faltó la presión política o militar: cuando las potencias dominantes no conseguían sus objetivos de mercado por vías diplomáticas, emplearon la fuerza disuasoria con bloqueos de puertos —tal como sucedió en Valparaíso, El Callao o Buenos Aires— o propiciaron guerras como las del Brasil, Paraguay o del Pacífico.

El apoyo financiero y diplomático prestado por Gran Bretaña a los países sudamericanos en sus procesos de emancipación, fue pagado a través de tratados comerciales muy favorables, por los cuales el área fue terreno fértil para la venta de los productos industrializados en el exterior. Esta operación, que se había mostrado cauta al principio, cobró vigor precipitadamente cuando los capitales foráneos comenzaron a

[8] Brasil de 1822 hasta 1889 conformaba un imperio; después de esta fecha se establece el sistema republicano de gobierno.

apropiarse, también, de la actividad comercial. En 1825 existían sesenta casas mercantiles británicas en Río de Janeiro, cuarenta en Buenos Aires y veinte en Lima, en algunos casos filiales y en otros comisionistas de las de Liverpool y Londres. Casi siempre estuvieron dedicadas a las importaciones, pero también consiguieron inmiscuirse en los circuitos comerciales interiores.

El libre comercio ejercido repercutió fuertemente en la actividad económica bajo la presión y competencia ejercida por las exportaciones de productos manufacturados británicos. La competencia comenzó minando la actividad artesanal existente en las ciudades, aunque también afectó al ámbito rural, proveedor de materias primas. Los controles en los asuntos económicos alcanzaron a los negocios, a las actividades mercantiles y a los oficios, ejercidos por residentes británicos, norteamericanos o franceses. Éstos se asentaron sobre todo en Montevideo, y su comercio fue más complementario que concurrencial, puesto que estaba basado en productos agrícolas mediterráneos y artículos de lujo.

En la segunda mitad del siglo XIX, la estructura mercantil registró unos cambios interesantes que quedaron concretados en un aumento de las importaciones, debido fundamentalmente al auge de la agricultura exportadora, beneficiada por la enorme expansión de los mercados europeos y norteamericano y el desarrollo en estas regiones del capitalismo industrial. Esta circunstancia dotó a los países sudamericanos de una mayor capacidad de compra a Inglaterra en primer lugar y, más tarde y en menor medida, a otras economías internacionales en proceso de maduración económica. También a partir de la segunda mitad del siglo XIX comenzaron a exportarse capitales desde los países centrales, ávidos de realizar inversiones en actividades de alta rentabilidad. La inversión extranjera estuvo dirigida fundamentalmente hacia la explotación de los recursos naturales y a la construcción de infraestructuras de transporte, comunicaciones y energía y a los servicios públicos en general, sirviendo todo a sus intereses económicos.

La entrada de la región al nuevo orden internacional no fue sólo una situación determinada desde el exterior, contrariamente, fue facilitada por los cambios producidos en las estructuras sociales locales. En este período comienza a vislumbrarse una organización nacional en la que los distintos gobiernos, tanto autoritarios como democráticos-liberales, tendían a decantarse por la teoría del progreso indefinido y el li-

brecambio. La clase política dirigente, apoyada por los grupos económicamente dominantes dedicados a la producción de materias primas, se identificó enteramente con los propulsores de las inversiones extranjeras, hecho que favoreció la consolidación de la dependencia económica foránea.

La tecnología introducida desde el exterior no encontró competencia y tuvo el camino abierto para una rápida expansión, hecho que destruyó la precaria infraestructura existente, haciéndola desaparecer paulatinamente. Un claro ejemplo fue la introducción del ferrocarril, verdadera revolución en el sector del transporte que eliminó el sistema de carretas y galeras.

LA CIUDAD Y EL CAMPO

El poder político siempre estuvo asentado en las ciudades y se irradió a nivel regional y nacional a través de éstas. Durante todo el período colonial la ciudad fue la sede tanto del poder político como del económico, a través de los excedentes que captaba del mundo rural y de las minas. En el «nuevo mundo americano», el poder político se concentró en las ciudades en la medida en que requería para su funcionamiento la existencia de un aparato administrativo civil y militar. En contraposición, el poder político en el mundo rural se encontraba disperso y descentralizado, abarcando un área efectiva mucho más reducida que la controlada desde las ciudades. Este poder rural era ejercido por quienes poseían la propiedad de la tierra o por los delegados del poder central en las provincias [9].

La ciudad nunca fue autosuficiente al depender de la producción primaria del mundo rural o minero. Todo lo contrario ocurría en el campo, productor de sus materias primas. Entre ambos ámbitos se tejió una trama de relaciones de dependencia en la que la ciudad necesitaba del campo para su supervivencia física y económica, y el campo requería de la ciudad las múltiples funciones que en ella se desarrollaban. En el

[9] Singer, P., «Campo y ciudad en el contexto histórico iberoamericano», en *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1975, pp. 201-203.

capítulo anterior se detalló cómo se organizó y amplió la red urbana colonial y el papel primordial que ejerció la ciudad en la diversificación de las fuerzas productivas. Las actividades que se desarrollaban en el campo con el nacimiento de las organizaciones productivas en forma de haciendas, plantaciones, fazendas o estancias marcan el inicio de un proceso de reorganización de las fuerzas productivas en el sector de la subsistencia.

Esta reorganización del mundo productivo trajo aparejada una consecuencia que repercutió en la vida urbana: el excedente alimentario producido por la economía de subsistencia creará en las ciudades una activa vida comercial que irá creciendo con el aumento de la producción, apoyada por la demanda de una población en constante expansión. La clase comercial, en constante aumento en las ciudades desde el siglo XVIII, acentúo el predominio de éstas sobre el campo. Las ciudades más importantes se transformaron en el lugar de residencia de los grandes propietarios de la tierra. La radicación de la clase política en las ciudades las tranforma en el centro de la vida de las colonias y, más tarde, tras un breve lapso de confusión, de las nuevas repúblicas. Es en las ciudades donde fermentan las iniciativas de la independencia. Los intereses comerciales urbanos, ante las tentativas de recolonización después de la ocupación napoleónica de las metrópolis, une a la clase latifundista criolla —en Buenos Aires, Caracas, Santiago o Bogotá— contra las autoridades centrales.

El proceso independentista y las luchas internas dividieron el mundo colonial en varias naciones, hechos que movieron tanto la masa rural, mayoritariamente superior, como la urbana, en creciente aumento. Los países se formaron siempre alrededor de un importante núcleo urbano: Argentina, en función de Buenos Aires; Chile, de Santiago; Venezuela, de Caracas, por citar sólo algunos ejemplos.

Rivalidades campo-ciudad

Desde un principio, Sudamérica fue un mundo urbano, con excepción de Brasil. Pero antes y años después de la independencia, el campo adquirió cierta primacía y eclipsó por poco tiempo la importancia de las ciudades. La sociedad criolla encontró en el campo su bastión

y dejó ver cómo en él se producía la riqueza que aseguraba la supervivencia de todos. Pero existía una diferencia entre el medio rural, «poco ilustrado», y el mundo urbano, factoría de ideas, en apariencia, afirmado en sus ideologías. Dos ámbitos en el que uno se presentaba imbuido de una doctrina espontánea amparada en la experiencia y otro, en las nuevas ideas que acapararon las ciudades desde la Ilustración.

De todas maneras, la sociedad criolla surgió como un factor de poder que no pretendía aniquilar a las ciudades, sino apropiarse de ellas, esperando que se sometiesen a sus dictados. Por el contrario, algo parecido sucedió con las ciudades que se ruralizaron en alguna medida, aunque no fuera más que en apariencia o a través de sus costumbres y normas y en la adopción de ciertos hábitos vernáculos. Pero pronto la sociedad rural fue reducida a los esquemas urbanos, volviendo a las costumbres y a las normas que imperaban en el medio urbanizado.

> Entre tanto, la sociedad rural —la productora de riqueza— ajustó sus mecanismos otra vez al complejo sistema intermediario que manejaban sabiamente las ciudades, y sólo manifestó su influencia y su poder incorporándose a él y compartiendo la dirección con los avezados grupos que, tras inclinarse ante el poder rural, recuperaban lentamente sus posiciones seduciendo a sus temporales vencedores, o acaso, simplemente, introduciéndolos en el manejo de sus complejos mecanismos [10].

De cualquier forma, hay que admitir que, con la llegada de la independencia, el medio rural adquirió importancia, contrarrestando la prepotencia de la ciudad, que declinaba como centro exclusivo de las decisiones económicas y políticas. Sin lugar a dudas, las ciudades siguieron siendo los núcleos mejor organizados socialmente, de manera que poco a poco recuperaron el poder que ostentaron durante centurias. Para este cometido, las elites que dominaban fueron difícilmente reemplazadas por otras que pudieran servir de intermediarias con la sociedad rural. Para desanimar aún más a la sociedad urbana, el campo se transformó también en un ámbito de decisiones, por lo que las ciudades debían aceptar la bipolaridad creada. Pero lo que más vale es lo que trasunta la realidad, porque en la práctica el sector dominante rural

[10] Romero, J. L., *op. cit.*, pp. 177-178.

se urbanizó ideológicamente tanto o más de lo que se ruralizaron las ciudades, entrando plenamente en su seno y en sus juegos. La sociedad sudamericana ya tenía marcado su designio: caminaba hacia una urbanización sin obstáculos, excepto los que encontrarían en ciudades no preparadas para afrontar tal fenómeno.

La independencia no cambió el sistema productivo instalado en el territorio sudamericano y siguió subsistiendo el tipo de propiedad iniciado con la colonia. Las grandes propiedades continuaron en las mismas manos, incluso aumentando las extensiones que ya poseían. Pero aún quedaban muchas tierras por ocupar, lo que dio lugar a la aparición de extranjeros o nacionales que se apropiaban de las mismas. Los nacionales, casi siempre munidos de poder e influencia.

Pero el sistema productivo no sólo vio crecer las posesiones de las tierras; con el tiempo, debió adaptarse a los nuevos reclamos del sistema capitalista internacional, adecuándose a los mecanismos de la exportación estimulados por las posibilidades que le ofrecía el desarrollo industrial de Estados Unidos y Europa. Nuevas técnicas agrícolas, pecuarias y mineras fueron introducidas para mejorar la producción para la exportación. Después de mediados del siglo XIX, los productores se preocuparon por mejorar la calidad de sus ofertas. En las zonas pecuarias se mejoraron las razas importando mejores ejemplares vacunos u ovinos de Inglaterra y Francia. Donde la agricultura fue la fuente de riqueza, los plantadores comenzaron a prestar mayor atención a sus cultivos, mejorando el sistema productivo, eliminado plagas, introduciendo obras de regadío e importando nuevas variedades. Todo esto en el marco de una economía en crecimiento capaz de competir en el mercado internacional.

El crecimiento no fue similar en toda Sudamérica, ya que existían áreas más propicias al crecimiento que otras. Esta desigualdad comenzará a dibujar los grandes desequilibrios regionales que subsisten en la actualidad.

Las ciudades decimonónicas

Casi todas las ciudades más importantes de la colonia, ya entrados en varios decenios en el siglo XIX, habían adquirido un aspecto no muy diferente del que muchos pudieran imaginar. Para los nuevos europeos

que venían al Nuevo Mundo, la imagen de la ciudad nos les resultó demasiado extraña, puesto que los patrones eran del viejo continente, sobre todo en lo referente a la arquitectura. Encontraron un poco de Europa en sus calles, en sus edificios, en sus gentes y en su moda, aunque siempre con tintes primitivos e ingenuos.

Los visitantes, cronistas, comerciantes, artistas o escritores que llegaban a la América Nueva después de 1850, se encontraron con ciudades que presentaban grandes contrastes a pesar del acelerado crecimiento que estaban experimentando, fundamentalmente las incipientes capitales nacionales. Los cambios se efectuaron tanto en el seno de las sociedades como en el aspecto físico de las ciudades, aunque de forma lenta, hecho que sorprendió a los europeos, acostumbrados a que los cambios se operasen más rápidos, más amplios y en todos los aspectos. La América que había conocido épocas de gran crecimiento y esplendor arquitectónico en el último cuarto del siglo XVIII, estaba sumida en un abandono aparente, producto de los movimientos independentistas y de las guerras civiles. Los circuitos comerciales imperantes habían cambiado sus estrategias, modificando las relaciones entre los centros urbanos y las regiones circundantes, lo que influyó en la apariencia física de los asentamientos, que decaían o resurgían al compás de los acontecimientos políticos o económicos.

La destrucción que sufrieron algunas ciudades por las guerras y saqueos continuos quedaron inscritos en los mismos modelos urbanos coloniales impuestos en las centurias anteriores. Por otra parte, la desorganización institucional de los primeros tiempos de libertad no produjo cambios significativos, ya que las iniciativas faltaron por completo en casi todas las ciudades importantes. Cuando sobrevinieron aires de mejoras económicas comienzan a fundarse nuevas ciudades y se transforman en ciudades viejas aldeas por el nuevo papel y funciones que debían ejercer, como, por ejemplo, Bahía Blanca o Rosario en Argentina o Barranquilla en Colombia. A pesar del resurgimiento y creación de nuevas ciudades, éstas presentaron durante mucho tiempo un aspecto primitivo en sus trazados, edificaciones y distribución de los edificios más importantes.

Las ciudades que vieron prosperar sus estructuras urbanas y sociales fueron aquellas que se habían constituido como capitales económicas o políticas, o ambas cosas a la vez. Los centros urbanos que oficia-

ban de puertos como Buenos Aires, Montevideo o Río de Janeiro, comenzaron a reunir las ventajas que hasta la actualidad los hace muy diferentes del resto de las ciudades que ofician de capitales regionales. La modernización de los puertos o la introducción del ferrocarril les dio un aire de grandeza dentro del conjunto del resto de las redes urbanas nacionales. El Callao o Guayaquil, puertos respectivos de Lima y Quito, crecieron lenta pero continuadamente. Entre los puertos que adquieren mayor notoriedad, desarrollo y esplendor figura Valparaíso, compitiendo con la capital, Santiago, ciudad ésta que entre 1840 y 1870 fue embellecida por la clase acomodada con la construcción de hoteles, mansiones y grandes casonas.

Caracas, Buenos Aires, São Paulo, entre otras ciudades, cambiaron la fisonomía de sus cascos céntricos y de sus alrededores, dotados de edificios singulares y espacios verdes convertidos en parques, prácticamente inusuales hasta entonces en las costumbres criollas. Las murallas de las antiguas ciudades-fuertes, como Lima o Montevideo, se derribaron dando lugar a amplias calles, bulevares y avenidas. Quizá la primera ciudad que se vio cubierta de esplendor y rápido crecimiento desde los primeros decenios del XIX fue Río de Janeiro. En este caso se dio la circunstancia de la instalación de la corte lusitana, con Juan VI como regente, desde 1808, cuando escapó de la invasión napoleónica. Tales circunstancias obligaron al cambio de imagen de la ciudad imperial y sus alrededores y a la transformación de edificios religiosos y administrativos para el alojamiento de la corte. La nobleza lusitana impuso ciertos rasgos arquitectónicos, contribuyendo al cambio y progreso de Río de Janeiro.

Después de la segunda mitad del siglo XIX, las ciudades sudamericanas se abrieron a la moda europea y a las costumbres del viejo continente. Pero también las ciudades adoptaron costumbres criollas impuestas por las clases terratenientes:

> Centros de irradiación de las metrópolis, las ciudades latinoamericanas reprodujeron durante la colonia las formas de vida hispanolusitanas y las fueron alterando al compás de los cambios que sufrió la sociedad. Imperceptiblemente las formas de vida se acriollaban en las ciudades por las influencias indirectas del ambiente. Cuando la Independencia quebró los lazos de la sociedad tradicional, las sociedades urbanas comenzaron a ruralizarse en alguna medida, y fue inevitable

que las formas de vida y convivencia adquirieran el aire criollo que era patrimonio de los grupos rurales que se incorporaban [11].

Esta nueva tendencia hacia alguna demostración de ruralización no fue semejante para todas las ciudades. Las pequeñas, insertas en el interior y alejadas de las grandes metrópolis, siempre estuvieron rodeadas de un ambiente rural e influidas, en cierta forma, por la población campesina y apenas vieron acentuada esta tendencia después de la emancipación. Las que percibieron esta simbiosis fueron aquellas donde siempre se mantuvo una tradición urbana y peninsular, las ciudades que comandaron y organizaron desde siempre buena parte de los territorios de las jurisdicciones que dominaban. Prácticamente en todas las ciudades se advirtió este cambio, pero fue Buenos Aires en la época de Rosas, quizá, donde con más dinamismo se demostró el acento rural, mezclado sin pudor con la ola de artículos y costumbres provenientes de Europa, sobre todo de Francia.

De cualquier forma, las ciudades más importantes comienzan a cambiar su fisonomía en los últimos decenios del siglo XIX, manteniendo la magnificencia de la arquitectura colonial, mezclada con los nuevos modelos trasplantados con aires italianizantes o afrancesados. Las circunstancias económicas se plasmaron en la arquitectura levantada para albergar a los nuevos representantes de las potencias dominantes y a las clases acomodadas, pero también los edificios públicos se teñirán de las nuevas modas injertadas en la América hispanolusitana. En cualquier ciudad actual existente en el XIX o creada en este siglo es posible encontrar rastros de esta moda, que, en algunos casos, presentan retoques deformando los primitivos diseños concebidos en Europa o en los mismos países bajo la dirección de arquitectos o ingenieros formados en universidades del Viejo Mundo.

Los nuevos ciclos económicos y sus impactos territoriales

Tras la ruptura de las nuevas repúblicas con las antiguas metrópolis, algunos ciclos económicos que se habían iniciado con gran éxito con-

[11] Romero, J. L., *op. cit.*, p. 227.

tinuaron, pero nuevas actividades se abrían al mundo occidental capitalista ante las posibilidades exportadoras de las economías iberoamericanas. El sensible crecimiento económico que se insinuó en los primeros años de independencia se acentuó en la segunda mitad del siglo XIX. Las nuevas actividades y las demandas desde el extranjero traerán aparejadas una serie de consecuencias, entre ellas la rápida urbanización, el crecimiento de la población bajo el influjo de la inmigración extracontinental, la creación de nuevas ciudades y la continua ocupación de los espacios vírgenes.

Tanto el espacio urbano como el regional comenzarán a sufrir grandes transformaciones, comparables a los acontecidos durante los sesenta primeros años de la conquista y colonización. Nuevos impactos se producirán en vastos territorios con la ayuda del capital extranjero, cambios que quedarán impresos en la geografía americana desde esos momentos hasta la actualidad. Estos cambios, que comenzaron después de 1850 lenta pero ininterrumpidamente hasta las primeras décadas del siglo XX y con gran ímpetu en algunos países, determinaron el esquema de los nuevos espacios regionales, sumados al diseño e impronta del período anterior.

El capital foráneo estuvo dirigido esencialmente a la explotación de los recursos naturales y a la implantación de una novedosa infraestructura de transportes, comunicaciones, energía y servicios públicos en general. El hecho más trascendental e impactante fue la introducción del ferrocarril, que contrastó tremendamente con los lentos barcos fluviales y con las carretas y galeras que hacían inacabables los largos trayectos entre ciudades y centros productores.

Pero el empuje a que se vieron sometidas muchas economías regionales, algunas de las cuales se mantuvieron durante siglos postergadas, no fue equitativo, causando en algunos casos desequilibrios más acentuados de los ya existentes, desequilibrios que contrastaban las áreas en desarrollo con las deprimidas, hecho que será un continuo en la historia económica de Sudamérica. El desigual crecimiento de la producción y las inversiones llevadas a cabo en el aparato productivo y en la infraestructura en los ámbitos nacionales se registró debido a que las regiones que más crecieron o en las que más se invirtió coincidían con aquellas en las que las materias primas existentes atraían a los intereses internos y externos, aliados desde un principio. Este hecho marca otro hito en los desequilibrios regionales.

Pero aparte de estas desigualdades en la distribución de las inversiones y su peso en los desequilibrios regionales, se le agregó otro factor: el papel fundamental de las nuevas redes de comunicación que se convierten en los artífices del crecimiento «hacia afuera». La implantación de las nuevas redes fueron pensadas en función de la conexión directa de las zonas de producción con los puertos, puntos de salida de las exportaciones. Las ciudades portuarias concentraron, además, los servicios relacionados con el funcionamiento de tales actividades. Los sistemas de transporte constituyeron de este modo barreras para la integración nacional y continental y otorgaron ventajas comparativas a los puntos de transbordo sobre las ciudades que condensaban actividades estrechamente relacionadas con el proceso productivo [12].

Las diferencias regionales se acentuaron con el traslado de los excedentes agromineros hacia las ciudades donde residían, generalmente, los grandes propietarios. Estos excedentes eran convertidos en bienes de capital y trasladados a actividades comerciales y financieras de gran rentabilidad. En realidad, fueron pocas las ciudades beneficiadas con la nueva situación, sobresaliendo aquellas que ya eran las más importantes en la época colonial y a las que se le sumaron otras, tales como San Pablo, Barranquilla, Guayaquil o Rosario.

Ante estos hechos, las ciudades comenzaron a concentrar población y poder adquisitivo, de manera que el mercado consumidor adquirió importancia creciente. Este mercado fue foco de atención para las inversiones extranjeras en servicios públicos, lo que se tradujo en un aumento de las diferencias de las ventajas comparativas entre las ciudades importantes y las restantes incluidas en las redes urbanas nacionales. La diferencia entre unas y otras se reforzó con la actividad importadora de productos manufacturados a bajo precio provenientes de los países industrializados. El bajo precio fue un factor determinante para aplastar y deprimir las ya débiles economías productivas regionales. De esta manera se consolida el fenómeno de la primacía urbana, que se irá acrecentando cada vez más para convertirse en un rasgo propio del continente.

[12] Yujnovsky, O., *La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1971, pp. 71-73.

La situación que caracteriza a América del Sur en este período es el complejo entramado de relaciones sociales de todo tipo: formas esclavistas en las áreas de plantación brasileñas y venezolanas; formas serviles en las haciendas de la sierra ecuatoriana y peruana; en Bolivia, sistemas salariales y persistencia de formas comunitarias prehispánicas parcialmente transformadas; islotes de pequeñas propiedades individuales; e incluso formas capitalistas, al menos tendenciales, como las de la ganadería rioplatense, donde estas relaciones salariales se implantaron tempranamente.

La situación tan diferenciada de cada zona sudamericana tuvo como consecuencia inmediata la fragmentación de la vida económica, marcada por la coexistencia de múltiples segmentos mal o nulamente articulados entre sí: los más dinámicos, insertos en una actividad exportadora, y otros, asociados a estrechos mercados de escala regional o local, ceñidos a una producción destinada solamente o en su mayor parte a la demanda de las necesidades internas. Este cuadro se puede explicar en parte como el producto de una insuficiente ruptura con el orden colonial, dentro del cual se habían gestado y consolidado estas formas, hecho atribuible al poco interés que tenían los terratenientes criollos para que este sistema desapareciese.

El avance de fronteras y la ocupación de los espacios vacíos

Raramente en Sudamérica se produjeron dos ciclos en una misma área. En cada región, después de una crisis económica permanecía una población residual, cada vez más pobre y carente de motivaciones externas, incapaz de reordenar la vida económica y social.

Este hecho se constata claramente en la región azucarera brasileña después de un siglo y medio de gran prosperidad económica (1530-1650). A partir de la segunda década del siglo XVII, la economía azucarera entró en decadencia. Más tarde, la economía se refuerza con el surgimiento de las minas auríferas, hacia donde se marchó gran parte de la población. De esta manera se inició otro gran ciclo que duraría casi un siglo, debilitado por el agotamiento de los yacimientos de oro y diamantes y que entró en el mismo proceso de regresión a formas económicas de subsistencia y a una «cultura de la pobreza». En la América hispana sucedió algo similar con el auge y el declive del ciclo argentí-

fero potosino, aunque en este caso no se produjo el desplazamiento de población, sino el traslado del eje dominante del Pacífico hacia el Atlántico, fenómeno que sucedió a mediados del siglo XVIII.

Restablecida la paz interna, en la mayoría de los países de América del Sur se acometen tareas para la organización nacional. Una de las más trascendentales consistió en reconocer las inmensas tierras aún sin conquistar y someterlas a sus dominios. Parte de esas tierras serían incorporadas a la economía nacional, poniéndolas a producir de acuerdo con las aptitudes ecológicas y a las demandas extranjeras. Los países que mayores avances hicieron de sus fronteras fueron aquellos que en gran medida estuvieron postergados durante la época colonial, sobre todo Argentina. También fue espectacular el desarrollo de Brasil y Chile. Esta ocupación fue facilitada, sin lugar a dudas, por el aumento de los transportes fluviales en el litoral argentino, pero lo que propició la apertura de los frentes pioneros a gran escala fue el ferrocarril. Las vías férreas extendidas hacia el interior tuvieron la necesidad de crear pequeños núcleos para su abastecimiento. Algunos de ellos crecieron y llegaron a ser ciudades importantes. En cambio, otros fueron deprimiéndose por el avance tecnológico del ferrocarril o por las dificultades económicas del sector agropecuario.

Los ciclos del Brasil

Medio siglo después de la decadencia aurífera de Minas Gerais y de la continua declinación del cultivo de la caña de azúcar por la competencia internacional, surgió un nuevo motor económico en el cultivo a gran escala del café, cuyo auge se ubica entre 1840 y 1930. El café, que ya se venía cultivando para consumo interno desde el siglo XVIII, se convierte en el nuevo factor impulsor de la economía brasileña de exportación y en vehículo de la reestructuración del capitalismo, facilitando la inserción del país en la división internacional del trabajo. Bien entrado el siglo XIX, Brasil logra monopolizar la producción mundial: en 1914 el café brasileño representaba el 85 por ciento de la misma. La primera producción importante se instaló en el valle del Paraíba aprovechando la cercanía a la capital del país, la facilidad otorgada por los puertos existentes y el núcleo de pequeños y medianos empresarios

surgidos durante el ciclo del oro. Más tarde encontró otro espacio de cultivo en los manchones de «terra roxa» de la altiplanicie paulista.

La mano de obra ocupada fue en su mayor parte esclava, enriquecida en número debido a la compra masiva de esclavos a los grandes propietarios del nordeste. El carácter autónomo del sector comercial permitió la reinversión de las ganancias en esta actividad, lo que produjo la creación de una infraestructura destinada a mejorar toda el área, la expansión de la producción cafetalera y la incorporación de nuevas tierras a la vida económica del país. Luego de este impulso decisivo, las plantaciones pronto rabasaron el valle del Paraíba, extendiéndose a los estados de Minas Gerais, Espíritu Santo, Goiás y Mato-Grosso. De esta forma se explica la gran expansión de la producción, que pasó a constituir el 18 por ciento del total de las exportaciones en la década 1820-1830 y el 40 por ciento en 1840. La decadencia de la mano de obra esclava y la imposibilidad del gobierno para reclutar y estimular a la población dispersa que deambulaba próxima a las ciudades, determinó que las autoridades nacionales promovieran la inmigración [13].

Existió una segunda fase de la expansión cafetalera a fines del siglo XIX que se tradujo en una superproducción, que atentó contra la floreciente economía que este cultivo había fomentado. La oferta, al ser superior, no se ajustó a la demanda requerida en el mercado internacional e interno. Las medidas del gobierno para mantener un equilibrio entre oferta y demanda y los precios fijados por el mercado fue y sigue siendo una constante que caracteriza a la economía brasileña.

El cultivo del algodón en Maranhao, que había constituido una fase importante en la ocupación del espacio, tuvo sus frutos positivos basados en la exportación hasta 1820, fecha en que se estancó su salida al exterior. Entre 1821 y 1850 las exportaciones de algodón se redujeron a la mitad, a lo que se le sumó el estancamiento o lento crecimiento (1,5 por ciento anual) de la exportación de azúcar, agravado por la caída constante de los precios en el mercado internacional. Estas producciones, que habían sido también actividades que fomentaron la ocupación del espacio brasileño, se vieron aún más comprometidas por los

[13] Alquézar, R., y otros, «Brasil. Un crecimiento hacia afuera», en *Geografía de la sociedad humana. Los grandes conjuntos geográficos*, Ed. Planeta, Barcelona, 1981, pp. 386-390.

sucesivos levantamientos en el nordeste y en el sur, tras independizarse de Portugal.

Otra fase de la ocupación se concreta con el ciclo del caucho en la región amazónica, que comienza su gran desarrollo en 1840 y culmina alrededor de 1910, debido a la competencia creada en Asia. La actividad cauchífera se desenvolvió en el valle amazónico con una exportación creciente en el lapso de setenta años. Tal acontecimiento produjo la llegada masiva de trabajadores en condición de mano de obra esclava. Durante este lapso la región conoció una prosperidad económica cuyos beneficiarios se concentraron principalmente en los nuevos centros urbanos. Pero el portentoso ciclo del caucho protagonizó, por otra parte, uno de los hundimientos económicos más catastróficos de Brasil. Entre 1901 y 1910 la actividad cauchífera representó el 28 por ciento de las explotaciones, para caer en picado al 2,5 por ciento en los años veinte. Los centros urbanos que se habían organizado en función de esta actividad, declinaron y comenzaron a expulsar población hacia otros polos de prosperidad.

En el ciclo cauchífero se calcula que entraron a la región amazónica entre 600.000 y 700.000 nuevos colonos. Las ciudades de Belem y Manaus pasaron a ser los polos de comercialización y de contacto con el mundo importador formado por las grandes potencias. Todo esto queda reflejado en los majestuosos edificios públicos, residencias, teatros y obras civiles construidos en la época de pujanza económica. La Amazonia brasileña, que tenía una población estimada en 137.000 habitantes en 1820, sufrió un crecimiento que la elevó a 323.000 en 1870; a 695.000 en 1900 y a 1.217.000 en 1910 [14]. Pero la extracción extensiva del caucho condicionó su agotamiento y su incapacidad para competir con las plantaciones iniciadas desde fines del siglo XIX en Asia.

En Brasil, la mano de obra esclava y los comerciantes propiciaron el desarrollo de una estructuración social simple, sin clases intermedias. Esta circunstancia se mantuvo hasta bien entrado el siglo XX, y, en la actualidad, la clase media no representa un fragmento amplio de la sociedad.

[14] Salati, E., y Oliveira, A. E. de, «Os problemas decorrentes de ocupaçao do espaço amazônico», en *Pensamiento Iberoamericano. Revista de Economía Política*, ICI-CEPAL, Madrid, 1987, p. 86.

Los ciclos en la América hispana

La diversidad de suelos y climas y la presencia de recursos naturales explotables —minerales sobre todo— hicieron que este espacio se abriera a la producción. La explotación estuvo casi siempre dirigida por las necesidades externas más que por la demanda interna. Los capitales foráneos iniciaron en muchos espacios diversas actividades económicas, pero también la clase burguesa, propietaria de las haciendas, plantaciones y estancias, participó en la concreción de los nuevos ciclos económicos.

Algunos productos merecieron particular atención porque abrían nuevas posibilidades para la exportación. La gran demanda de lana de las pampas argentinas propició la ocupación de amplios espacios antes en poder de los indios. Más tarde, la carne fue también un bien de consumo demandado desde Europa. Los adelantos en los medios de transporte, así como la posibilidad de embarcar carne fresca, abrieron el camino de Argentina hacia el mercado europeo. Pero también incidió en esta operación económica el constante mejoramiento de la calidad de la carne, debido al cruzamiento con razas de mejor calidad y la introducción del alambre, que permitió la demarcación de las estancias e impidió la dispersión del ganado.

Ovino-bovino, binomio relacionado con cultivos de cereales, forzaron la ocupación de nuevas tierras, creando el avance de frentes agrícolas. Los frentes pioneros se desplazaron tras arduas luchas con el indígena. De esta manera se conquistó la Patagonia y el Chaco, con propósitos disímiles. La ocupación de la Patagonia comienzó en forma acelerada hacia 1880, fecha que coincide con la epopeya chaqueña. Estos espacios, en poco tiempo, se sumaron al circuito productivo aunque diversificando en menor escala la economía tradicional pampeana.

La ocupación del espacio se transformó en otro motor que permitió no sólo la puesta en producción de grandes superficies, sino también la creación de nuevos centros urbanos, que luego se convertirían en importantes ciudades del «interior». Las economías del interior sufrirán muchos altibajos desde su inicio después de 1850, algunas actividades decayeron, otras siguen siendo el fuerte de la economía hasta la actualidad.

La rápida campaña militar, entre 1879-1881, ganó para la colonización argentina todas las tierras del sur, exterminado gran parte de la

población indígena. Esta epopeya es conocida como la «campaña del desierto». Al mismo tiempo se daban avances similares a expensas del otro gran dominio aborigen: el Chaco.

La actividad agropecuaria, expansiva y cambiante en función de las exigencias de la demanda externa, propulsó desde siempre la necesidad de ganar nuevos espacios. Asentada primero en la exportación de cueros, su centro de gravedad se movió a partir de mediados de siglo hacia la producción de lanas, con lo que la ganadería ovina desalojó a la bovina de las mejores tierras bonaerenses; pero a fines del siglo XIX y principios del XX, las ventas en el mercado europeo de animales vivos y, posteriormente, de carnes congeladas y enfriadas con el avance de las técnicas frigoríficas, hicieron que el vacuno recuperase su antiguo feudo, desplazando al ovino hacia la recién conquistada Patagonia. Entretanto, en el paisaje dominado por la ganadería extensiva, imprimía un carácter nuevo el cultivo cerealero, con un auge alentador.

Por otra parte, la región chaqueña ofrecía nuevos productos que se incorporaron al mercado nacional e internacional. La abundante masa forestal comenzó a ser explotada en forma selectiva para extraer madera de quebracho, en principio para la construcción de los ramales ferroviarios, más tarde exportada a Europa para el mismo fin y para la construcción de muelles, dado el caracter imputrefacto de esta especie. La relativa cercanía de cursos fluviales tan importantes como el Paraná y el Paraguay aseguraba el embarque hasta el puerto de Buenos Aires. Más tarde se descubrieron las propiedades tánicas de esta especie, lo que condujo a la construcción de factorías tanineras con capital norteamericano, francés, inglés y alemán. La región se convirtió en la primera productora mundial de extracto de tanino. Esta actividad dio lugar a la aparición de muchos núcleos urbanos que vivían a expensas de la misma y al trazado de nuevas líneas férreas que llevaron hacia los lugares de abastecimiento. La aparición de especies semejantes en Asia hizo declinar la producción y, como consecuencia, desaparecieron la mayor parte de las factorías, ubicadas principalmente en el Chaco y norte de Santa Fe, convirtiendo los núcleos urbanos, apenas recién creados, en «pueblos fantasmas».

La deforestación llevada a cabo en el Chaco trajo detrás de sí el cultivo del algodón, que se convertiría en la principal actividad económica de la región, combinada en algunas explotaciones con ganadería bovina extensiva y de escasa calidad. La actividad forestal y agrícola per-

mitió la conquista y ocupación de una parte significativa de la región chaqueña y la fundación de numerosos núcleos urbanos con la ayuda de inmigrantes europeos y la facilidad otorgada por la extensión de las líneas férreas para el traslado de las materias primas.

Otros espacios se agregaron a la vida económica internacional, siempre siguiendo el esquema de las necesidades europeas. El rápido crecimiento de la población en Europa hizo que la demanda aumentase y no fuera satisfecha por la producción local. En materia agrícola, el abono natural disponible en Perú permitirá el resurgir de las agotadas tierras del Viejo Mundo. El guano, vital abono, representó durante muchos años el principal producto exportador del Perú. En realidad esta fecunda actividad peruana no supuso la ocupación de espacios significativos en tamaño, puesto que el guano era recogido en las desérticas islas de Chincha.

Entretanto, otro abono, el salitre, representó un respiro a las necesidades europeas y un prometedor futuro para la economía del área andina. Pero el espacio que sustentaba este recurso fue disputado por Perú y Chile, que acabó con la guerra del Pacífico en 1879. Fue Chile quien quedó con las salitreras de Tarapacá. Este nuevo ámbito geográfico, incorporado a la economía chilena, estaba ubicado en el norte árido, situación que no favoreció la implantación de importantes conglomerados humanos.

En Chile se avanzó desde el núcleo agrícola del Valle Central y la región minera del Norte Chico hacia los extremos del territorio, principalmente hacia el sur, donde la colonización agropastoril, encabezada por inmigrantes alemanes, desplazaba a los indígenas araucanos. En el último tercio del siglo XIX y primeras décadas del XX la economía chilena sufrió una radical transformación. El sector agropecuario continuó, aunque lentamente, su expansión, favorecido por el triunfo definitivo sobre los araucanos, que permitió la implantación del latifundio ganadero en las tierras del sur. Pero la victoria sobre Perú y Bolivia en la guerra del Pacífico, que otorgó el norte salitrero a Chile, introdujo nuevos ingredientes políticos y económicos a la nación. El capital británico, ya sólidamente instalado en la banca, en el comercio y en la infraestructura ferroviaria, se lanzó a la conquista del nuevo emporio salitrero. También el capital norteamericano realizó ingentes esfuerzos para conquistar esta nueva plaza; el éxito fue asegurado por las fuertes inversiones realizadas en el sector salitrero a partir de 1905.

Al mismo tiempo se puso en marcha la gran minería del cobre bajo el patrocinio de capitales norteamericanos, iniciando un nuevo ciclo de gran envergadura en este sector. Años antes, y hasta 1880, el ciclo emprendido por capitales nacionales fue eclipsado por los intereses foráneos. La minería pasó a ocupar desde entonces un papel importante en la economía chilena como proporcionadora de la mayor parte de las divisas ingresadas en concepto de exportaciones.

En otras regiones los avances de la frontera agrícola fueron menos espectaculares, incluso poco relevantes. En definitiva, las tierras nuevas constituían una «frontera de grandes propiedades, una frontera de ricos», como lo ha señalado Pierre León.

Uruguay, después de atravesar varias vicisitudes políticas, comenzó a expandir sus fronteras de cara a la producción lanera. Durante la década de los sesenta, la apertura hacia el mercado internacional comenzó a intensificarse notablemente, no ya sólo en lo concerniente a carnes y cueros: la producción y comercio de la lana crecieron asombrosamente. A finales del siglo XIX el comercio de la lana dominaba el panorama económico uruguayo. La agricultura no tuvo el mismo significado que en Argentina, país vecino con idénticas aptitudes ecológicas. Más tarde se incorporó al circuito comercial extranjero con una economía dominada por la ganadería extensiva. La actividad agrícola estuvo restringida a unos pocos departamentos del sur y atendía solamente a las demandas internas, no existiendo saldos exportables.

En Paraguay, los ciclos económicos fueron menos espectaculares con relación a otros países del área. La apertura al comercio internacional fue negativa en sus primeros intentos, fruto de la situación de inestabilidad política por la que atravesó el país hasta 1840. El espacio geográfico había llegado a los límites de la ocupación en el sector oriental, límite marcado por el río Paraguay. La escasa población en relación con el gran espacio a poner en producción dejó más de la mitad del país, hacia el oeste, sin ocupar, situación que se mantiene hasta la actualidad. Durante el siglo XIX la economía agropecuaria y artesanal se hallaba en manos de pequeños agricultores y artesanos independientes, a cuya actividad se añadía la explotación de las tierras públicas, las «estancias de la patria». Los latifundistas no prosperaron en el papel de producir para exportar. Su situación de aislamiento y el control ejercido por los grandes países aledaños asfixiaron todo intento de intensificar

la débil economía con vistas al exterior. A esta situación se deben agregar los conflictos bélicos con sus vecinos, que debilitaron aún más todas las aspiraciones paraguayas. Durante los últimos años del siglo la tónica inicial no cambió, salvo la incorporación de nuevas tierras fiscales compradas indiscriminadamente por los terratenientes, donde la actividad relevante fue la venta de cueros al exterior. El resto de las actividades económicas, como la producción de yerba mate, la explotación forestal y los productos derivados de ellas, fueron controladas por capitales argentinos, brasileños y británicos [15].

En el resto de los países sudamericanos, el advenimiento de la independencia procuró el crecimiento de los latifundios a costa de la expropiación de las tierras comunitarias de los indios. El fortalecimiento de la clase terrateniente, dueños ahora del excedente que generaban sus haciendas y empresas agrícolas, fue otro factor modelador de las economías andinas. Estas economías dependían casi exclusivamente de la exportación de los recursos naturales extractivos y de las producciones derivadas de las plantaciones, como el caso del café o el cacao en Venezuela, Colombia y Ecuador. De esta forma, los productos con los que los países andinos se relacionaban con el mercado internacional eran prácticamente los mismos que los de la época colonial: caña de azúcar, cacao, café, banana, entre otros, más el oro y la plata en el caso de Colombia, Perú o Bolivia. Las minas fueron trabajadas por los indígenas, sobre todo porque las plantaciones radicadas en las tierras bajas calientes no eran aptas para su supervivencia. Este hecho produjo la importación de mano de obra esclava.

La agricultura del siglo XIX requería extensas tierras en cualquier ámbito americano. En la América templada se localizaron en las tierras templadas del Plata, mientras que en las regiones bajas o medias andinas se situaron en los pisos calientes o templados, respectivamente, y en cada uno de ellos se introdujeron cultivos nuevos o continuaron con los ya tradicionales.

Los cultivos de las tierras bajas calientes se localizaban generalmente próximos a la costa por estar orientados hacia los puntos estra-

[15] Costantini Tvichor, P. G., «El Cono Sur. El proceso histórico. Oligarcas, populistas y militares», en *Geografía de la Sociedad Humana. Los grandes conjuntos geográficos*, vol. 5, 1981, pp. 471-504.

tégicos para luego abrirse camino hacia los mercados lejanos de otros continentes. Gran parte de la producción agrícola de los países andinos estaba destinada al consumo demandado por el mercado nacional [16]. Pero bastaron dos crisis mundiales para que esto también cambiara. A mediados del siglo XIX las ciudades costeras o con puertos comenzaron a registrar un crecimiento constante, impulsado por el comercio exterior, y a convertirse en centros administrativos nacionales, crecimiento que se ha mantenido, salvo variaciones temporales, hasta nuestro días.

Los países andinos, casi en su mayoría, deberían esperar hasta el siguiente siglo para ver el surgimiento de importantes ciclos económicos, aunque en muchos espacios este proceso se estaba gestando. Fue en estos centros urbanos de América del Sur donde se produjeron los mayores cambios sociales, políticos y económicos. No sucedió lo mismo en el resto de los espacios nacionales, sobre todo los más alejados de los grandes centros urbanos de decisión. Mucho de estos centros sufrieron cambios importantes por efecto de las inmigraciones internacionales, mientras que en el dominio andino se ha mantenido la vieja distribución de la población, afectada únicamente por el éxodo rural hacia las ciudades o hacia los nuevos enclaves mineros, disminuyendo su dinamismo demográfico [17].

El impacto sufrido por el avance de las fronteras agropecuarias fue sorprendente, dejando su impronta no sólo en las actividades rurales, sino en el rosario de ciudades fundadas con el avance de los frentes pioneros, integrados muchas veces con los inmigrantes provenientes de Europa en busca de mejoras económicas. Los países que sufrieron este aluvión humano no supieron encauzar las economías regionales por una estrechez de miras hacia el futuro. Por lo general, los nuevos espacios ganados se dedicaron al monocultivo, generando unas economías vulnerables debido a la falta de diversificación, motivo que fue y sigue siendo la causa de los vaivenes que soportan todos los países del área, traducido en una vulnerabilidad que depende no sólo de la ausencia de un amplio abanico de posibilidades de acuerdo con las aptitudes ecológi-

[16] Los países andinos comprenden de norte a sur: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile.

[17] Riera, J., y Fernández Hermana, J. A., «La Comunidad Andina: Un proyecto de integración regional», en *Geografía de la Sociedad Humana. Los grandes conjuntos geográficos*, vol. 5, 1981, pp. 334-337.

cas, sino también de factores físicos: sequías, inundaciones, variaciones de la oferta y la demanda, variaciones de los precios internacionales. Tanto los factores internos como los externos motivaron el aumento o la expansión de las superficies de producción, con el consecuente desequilibrio en las masas trabajadoras que dependían del sector primario.

La respuesta que la agricultura dio a la creciente demanda de sus productos no consistió tanto en la intensificación de los cultivos comerciales, sino en su extensión, lo que trajo aparejado una consolidación de las estructuras latifundistas gestadas en los tiempos de la colonia y una acentuación hacia las tendencias al monocultivo que creció a expensas de la pequeña propiedad o de los dominios públicos. Esta forma de ocupación es modélica para los espacios vacíos y potencialmente aptos para tal tendencia.

El desplazamiento de los centros hegemónicos y la primacía de las grandes ciudades

El mapa de la distribución de los centros urbanos de América del Sur estuvo marcado por su total falta de estructuración y equilibrio en el amplio espacio sobre el que actuaron, hecho, por otra parte, que fue heredado en la nueva definición de poderes y áreas de influencia provenientes desde las ciudades de las nuevas repúblicas. En esta afirmación no podemos sostener que tal circunstancia se haya debido enteramente al modelo colonial de ocupación y dominación del espacio, en parte también influyeron las irracionales políticas de las nuevas repúblicas.

Factores exógenos, como la penetración de capitales extranjeros, dominación de las economías y del comercio nacionales, desde las más importantes ciudades, más la acentuada penetración de productos importados, contribuyeron a la decadencia de florecientes centros regionales ubicados sobre todo en el interior de Sudamérica.

El fenómeno de la macrocefalia se gestó durante el período colonial y fue creciendo desmesuradamente hasta erigirse en la actualidad como el mayor problema que soportan la mayor parte de los países sudamericanos. Esta expresión implica una serie de factores que afectan al normal desarrollo, no sólo de la red urbana en general, sino a cada uno de los países en particular, siempre en detrimento del sector rural

que provee la mayor parte de los recursos económicos para la subsistencia de estas macrociudades.

El fenómeno de la macrocefalia acentúa el papel hegemónico de las ciudades, que viene a ejercer un colonialismo interno, al dirigir la vida de estos países por la excesiva concentración del poder político, de la economía y de la cultura. Las principales ciudades que fueron sede de la administración hispano-lusa mantuvieron sus papeles protagonistas, acentuándose aún más después del rompimiento con las respectivas metrópolis. El régimen colonial había hecho de cada una de las ciudades sede del poder político y de la administración pública. Desde ellas se manejaban todos los resortes de la vida pública, y en ellas se adquiría una investidura que fortalecía decisivamente el ejercicio de la autoridad. Las capitales, y en menor medida todos los centros urbanos, cada uno en su escala, seguían siendo focos de la vida económica. El comercio era la actividad base de las ciudades, con mayor o menor radio de acción de acuerdo con alcance de sus áreas de influencia o la seguridad de las redes de transporte.

Las ciudades atendían unas veces el mercado interno y otras eran, por diversas razones, centros regionales o nacionales de distribución. Estas últimas, como ya se expresó, controlaban el sector más importante y más redistributivo: el comercio de exportación e importación. Las mercancías de origen europeo llegaban a los puertos, desde donde eran distribuidas a los restantes centros urbanos, luego de atravesar aduanas exteriores e interiores, estas últimas bastante numerosas. Pero también fueron pasando por las aduanas interiores los productos nacionales que iban del campo a las ciudades, lo que entorpecía una normal distribución.

La creciente influencia del capital extranjero fue dominando el panorama económico iberoamericano, y, en muchas regiones, las producciones locales fueron decayendo por la entrada de las mercancías importadas. Por esta razón, en muchas ciudades surgieron disputas entre proteccionistas y librecambistas. Los primeros pretendían apoyar las industrias y artesanías locales, amenazadas por la ola de importaciones, a las que atribuían su fracaso. Los segundos, subidos al carro del liberalismo decimonónico, defendían la postura contraria. La importante e impactante dominación, primero económica, luego política, de las grandes ciudades en relación con las pequeñas, preferentemente situadas en

el interior, traería aparejada la aparición de grupos centralistas y federalistas, que condujeron en muchos países a guerras civiles.

La hegemonía urbana de las grandes ciudades, las capitales administrativas nacionales, fermentaba decenio tras decenio hasta ahogar definitivamente muchas de las florecientes economías regionales que habían contribuido al dominio de importantes espacios. Ahora pasaban a depender de las decisiones centralistas, postergando las ilusiones creadas tras la independencia. De esta forma, el modelo de dominación queda sellado perpetuamente, polarizándose el dominio en la ciudad capital de cada una de las repúblicas.

El esplendor económico de algunas ciudades, erigidas a veces como capitales regionales, quedó marcado por la arquitectura y el diseño urbano. Una vez acabado el ciclo económico que las hizo surgir, comienzan a declinar y pierden su papel protagónico. Estos hechos se registran en la historia urbana de Sudamérica, quedando resabios de esa época. El fenómeno del declive se produjo sobre todo en las primeras décadas del siglo XX, porque, al tratarse de economías vulnerables, monoproductoras, la situación externa internacional, reflejada en la depresión de los precios o en la aparición de productos sustitutorios en otros continentes, con mano de obra más barata o sistemas de transformación sofisticados, deprimían la economías de vastas áreas, trasladándose el epicentro a estos nuevos espacios extracontinentales. Es el caso de Manaus o Maranhao en Brasil, entre otros núcleos, que vieron eclipsar sus prometedoras economías.

Pero estas ciudades no siempre quedaron condenadas a la decadencia económica, a la transfiguración urbana o al cambio de modelo en la ocupación del espacio. La historia ha demostrado que supliendo la producción que antes caracterizaba a amplias regiones, muchas de ellas volvieron a surgir como emporios económicos.

Uno de los ejemplos más claros de la hegemonía que ejercen las ciudades capitales lo constituye Buenos Aires, originada desde su fundación. La primacía que ésta ejercía se había originado en distintos factores. Desde la apertura de su puerto en 1776, que canalizó el comercio desde y hacia el interior y vinculó al territorio argentino con los países del centro. Hasta 1810, el puerto de Buenos Aires exportaba buena parte de la plata potosina, a través de la ruta del Alto Perú. Esto provocó el crecimiento y enriquecimiento de los centros de población localizados a lo largo de aquella ruta, como Santiago del Estero, Tucumán, Cór-

doba, Salta y Jujuy. Al desprenderse del virreinato del Perú, el puerto de Buenos Aires perdió la plata del Potosí, que representaba el 80 por ciento del total exportado. Al mismo tiempo comenzó a desarrollarse en el hinterland de Buenos Aires una extraordinaria actividad agrícola-ganadera en tierras de buena calidad y relativamente poco trabajadas, que se especializaron en productos de interés para los países centrales, como lo eran la carne y los cereales. Esto potenció aún más el papel hegemónico de Buenos Aires, y, al mismo tiempo, se vinculó con el estancamiento de las regiones del interior. Este marcado predominio se vio reforzado con el asentamiento de las autoridades centrales y la clase dominante del país, factores todos que hicieron de Buenos Aires a partir de entonces el centro hegemónico de Argentina.

Pero la brutal hegemonía de las ciudades capitales nacionales —hegemonía política, económica, cultural— llegará a su máximo exponente en la actualidad. La hegemonía ejercida y la concentración de las principales actividades de transformación implicará el traslado masivo de población a las mismas, con las graves consecuencias que se viven actualmente. Salvo algunos países —Venezuela, Colombia, Brasil y, tal vez, Ecuador—, el resto de los países sudamericanos dependían de un gran centro urbano, macrocefalia que ahogaba las posibilidades de desarrollo e integración nacionales. Este fenómeno, característico de los países en vías de desarrollo, fue motivo de amplias discusiones para revertir estas situaciones. La política propuesta en principio fue la descentralización económica, y más tarde la descentralización administrativa. Las arduas discusiones llevadas a cabo casi nunca prosperaron.

Resumiendo, se puede decir que la acumulación de capital, la mejora de los servicios e infraestructuras instalados en las ciudades más importantes, acompañados por el debilitamiento o desaparición de la producción artesanal del interior, fueron algunos de tantos factores que contribuyeron al desequilibrio regional de esta época. De esta forma se consolidó la primacía urbana y se acrecentó paulatinamente, siendo en la actualidad la característica de la mayor parte de los países sudamericanos. Pero existen excepciones a la regla, como son los casos de Brasil, Ecuador o Venezuela, países que cuentan con una segunda ciudad que se agrega a la capital nacional, o una tercera como el caso de Colombia. Estas capitales o metróplis regionales participan también de los beneficios, impidiendo que rija el esquema de primacía única y

el dominio exclusivo de la capital sobre el resto de la red urbana, cuyo ejemplo más típico lo representa la ciudad de Buenos Aires.

Las ciudades más densamente pobladas fueron las que vieron aumentar su población, la capacidad productiva, los ingresos y el poder, coincidiendo con los centros urbanos más importantes. Las metrópolis y las grandes ciudades constituían oasis de progreso, modernidad y cosmopolitismo; reforzando los agudos desniveles entre regiones y operando como centros colonizantes internos, dominando y explotando las regiones más deprimidas o desfavorecidas, intermediarias, a su vez, del sistema de dependencia externa centrada en los países desarrollados.

El proceso de urbanización

La urbanización, producida como parte de un crecimiento dependiente, desigual y combinado, presenta rasgos de espontaneidad, descontrol e irracionalidad. Estos caracteres se han materializado, ante todo, por la incorporación de elementos estructurales procedentes de diversos y distantes contextos históricos, en la emergencia de relaciones discontinuas y asimétricas entre sectores del conjunto nacional y dentro de cada uno de ellos [18].

La independencia trajo muy pocos cambios a los esquemas de urbanización. Lo más expresivo fue resaltar la importancia de los centros de poder, favorecidos por su localización, por su influencia política dominante y por la creciente concentración en ellos de las más diversas actividades. Esta nueva etapa en la historia de la urbanización no se produjo en forma simultánea como en los primeros tiempos de la colonia; tuvo su inicio en Argentina, Uruguay y sur de Brasil, debido al aluvión de inmigrantes a partir de 1870 y 1880.

El modelo de urbanización de las excolonias no sufrió modificaciones importantes hasta varias décadas después de la independencia y, hasta hace muy poco, se realizó dentro de los indefinidos límites territoriales que quedaron fijados hacia finales del siglo XVI, y giró alrededor

[18] Kaplan, M., en *Introducción a las ciudades de América Latina*, J. E. Hardoy., Ed. Labor, Buenos Aires, 1973, pp. 16-17.

de los mismos centros que desde hace cinco siglos gravitan nacionalmente o por lo menos regionalmente.

Las guerras de la independencia y su secuela de conflictos civiles, nacionales y regionales, desolaron el interior de las nuevas repúblicas, endeudaron a sus gobiernos y produjeron el despoblamiento de algunos de los antiguos centros urbanos y hasta de provincias enteras. Entre principios del siglo XIX y 1850 o 1860, el crecimiento de la población total de cada país, con excepción de Brasil y de su población urbana en particular, fue lento.

Los aumentos de población, capacidad productiva, ingreso y poder se han producido, casi exclusivamente, en o alrededor de las ciudades más densamente pobladas y desarrolladas, que ocupan una posición polar con respecto al resto del sistema urbano. El fenómeno urbano en muchos espacios surge como un hecho aislado, instalado en tierras deshabitadas o apenas habitadas.

La importante urbanización que experimentaron los países de América del Sur, sobre todo Argentina y Uruguay a partir de la segunda mitad del siglo XIX, pone de manifiesto la tendencia que se proyecta hasta la actualidad. El crecimiento demográfico que se acentúa en el siglo XVIII, más el aluvión de inmigrantes durante el siglo XIX y las primeras décadas del siglo XX, son algunos de los factores que favorecieron el aumento de las tasas de urbanización. La acelerada urbanización producirá modificaciones en las estructuras ecológicas-demográficas, tanto a nivel local como regional.

La población proveniente de ultramar fijó su residencia en mayor medida en los centros urbanos existentes o los recién creados. Las ciudades portuarias fueron las que cobraron mayor importancia y se convirtieron en centros de atracción. Pero será la agricultura la que aglutine mano de obra y comience a promover la fundación de centros urbanos en el interior vacío y desde donde se dirija y organice la vida rural, dado que la actividad pecuaria necesitaba poca mano de obra.

Como ya se expresó, desde 1850 comienza un avance espectacular en la ocupación de los espacios vacíos: sur de Chile; sur y norte de Argentina; las tierras paulistas, del estado de Paraná, Mato-Grosso, Río Grande do Sul en Brasil. Estos espacios serán los más dinámicos, mientras que los que antes habían sido aglutinantes, ya estaban ocupados y muy densificados.

Después de la liberación de mano de obra indígena, en la región andina central, una vez producida, no supondrá un avance hacia otros espacios como sucedió en Brasil después de los derrumbes de las economías regionales; sus sociedades sedentarias se movilizarán lentamente.

Otro factor que provocó el desplazamiento de las personas a los centros urbanos y el crecimiento de algunas regiones fue la inmigración europea, que encontró mayores perspectivas económicas en las tierras templadas del Cono Sur. La inmigración europea eligió este ámbito geográfico, entre otras razones, por la similitud climática con el lugar de donde provenían. De entre todos, el espacio más dinámico fue Argentina, en especial cuando la evolución del ferrocarril —que actuó como soporte del frente pionero— permitía la fundación de numerosas ciudades, apoyadas por el aluvión de inmigrantes. Por otra parte, el decaimiento de las ciudades del interior provocó una inmigración hacia los centros urbanos más destacados; la población provenía además del medio rural, que en algunas regiones había entrado en franca decadencia.

En esta etapa de la urbanización, el desarrollo urbano se consolidó según el antiguo esquema de centros existentes, y fueron favorecidos aquellos con ventajas comparativas en relación con la actividad comercial, industrial y participación en el poder. Este hecho contrasta con las ciudades del interior, que ven deterioradas sus economías. Como ejemplo pongamos la ciudad de Buenos Aires, que pudo desarrollarse gracias a las mejores posibilidades que le brindaba la actividad ganadera practicada en su hinterland, actividad por otra parte que permitió el surgimiento de saladeros y la apertura de un mercado hacia plazas internacionales donde colocaba cueros y tasajo. Esta situación incidió en el crecimiento poblacional de Buenos Aires, que pasa de 55.416 habitantes en 1822 a 76.000 en 1852 [19].

El dominio económico y político ejercido por las capitales iberoamericanas durante el siglo XIX contribuyó al desarrollo de sistemas de transportes centrados en torno a ellas. La base económica de tales ciudades residió en la agricultura, la ganadería y la minería, antes que en

[19] Yujnovsky, O., *op. cit.*, pp. 69-70; Estudio del plan de Buenos Aires: «Evolución de Buenos Aires en el tiempo y en el espacio», *Revista de Arquitectura*, Buenos Aires, n.os 375 y 376, 1955.

la manufactura. Tales circunstancias conspiraron contra la formación de nuevas ciudades en el interior de la mayor parte de los países sudamericanos y estimularon la centralización del desarrollo urbano en torno de la capital.

Pero no todas las ciudades importantes registraron un auge en el crecimiento poblacional. Existió un decrecimiento arrastrado por una serie de circunstancias internas; tal es el caso de las luchas revolucionarias, las guerras civiles y las catátrofes naturales, que produjeron importantes pérdidas humanas y muchas veces el desplazamiento de la población. Entre otros casos, vale la pena citar el de Caracas, capital de Venezuela, que en 1812 contaba con 50.000 habitantes y trece años más tarde esta cifra descendió a 29.846. En el año del recuento, Caracas, además, sufre un tremendo terremoto seguido de epidemias, lo que produjo la muerte de unas 12.000 personas. La población creció lentamente y en 1840 apenas llegaba a 46.422 habitantes [20].

Un hecho que es común a todos los países del área es el referente a las condiciones sociales y económicas de las regiones rurales, que se vieron cada vez más agravadas por la intensificación de la agricultura de monocultivo, la que sólo ofrecía trabajo precario. Esta situación determinó vastas migraciones interregionales periódicas de trabajadores agrarios hacia los centros urbanos. Las ciudades, por su parte, ejercían sobre la población rural un atractivo múltiple por el aumento de los servicios que las exigencias y el poder económico de la clase superior tornaba factible, por el mayor número de comodidades materiales y por la posibilidad de lograr una seguridad económica. La atracción de los campesinos a las ciudades era mayor aún, porque la proximidad a los centros de poder brindaba a los migrantes rurales mejor ocasión de ejercer presión política sobre sus gobiernos.

La población y el aluvión migratorio

Alrededor de 1826, aproximadamente la tercera parte de la población de América vivía en Estados Unidos y Canadá; un tercio en Méxi-

[20] Acosta Saiques, M., «La vivienda de los pobres», en *Estudio de Caracas*, Editorial de la Biblioteca, Universidad Central de Venezuela, Caracas, 1967.

co, América Central y las Antillas, y otro en América del Sur. Hacia 1870, la población de Estados Unidos se había más que triplicado: pasando de 10 a 35 millones. Su población era aproximadamente igual al total de Iberoamérica, pero dos veces mayor que la de América del Sur. El país sudamericano que acusaba el más alto índice de crecimiento era Brasil, donde la población se había duplicado hasta alcanzar los 10 millones. Aunque los datos demográficos de Iberoamérica para el siglo XIX son escasos y con frecuencia poco fidedignos, puede decirse en general que, en el resto de los países del área, la población no se duplicó entre 1826 y 1870. Después de 1870, incluso, el crecimiento demográfico se intensificó en los países que recibieron inmigración europea, como Argentina, Uruguay y Brasil. Estos países, así como Estados Unidos, presentaban índices de crecimiento más altos que las restantes naciones americanas. Sin embargo, cuando se comparan por país las cifras absolutas de población con las de las principales ciudades, se observa que en Argentina, Uruguay y Brasil había mayor concentración urbana de habitantes, en tanto que en Estados Unidos éstos se distribuyen más uniformemente por todo el país. Comparando a este país con los que más crecen en este período, se puede ver que mientras que la población de Estados Unidos pasó de 35 millones en 1870 a 100 millones en 1918, la de Argentina creció de 1,7 millones en 1869 a 7,8 millones en 1914; la de Brasil, de 9,9 millones en 1872 a 30,6 en 1920; la de Colombia, de 2,3 millones en 1870 a 5,8 en 1918; la de Chile, de 1,8 millones en 1865 a 3,7 en 1920, y la de Venezuela, de 1,7 millones en 1873 a 2,3 millones en 1920 [21].

Durante el período comprendido entre 1870 y 1918, la emigración de origen africano hacia América disminuyó considerablemente, en tanto que, como se vio, la europea aumentó. La población europea que llega al continente americano es selectiva, no sólo en relación a los países, sino también respecto de los sitios donde proyectaba establecerse. En general, se asienta en los principales centros urbanos, sobre todo en Buenos Aires y São Paulo [22].

[21] Harris, W. D., *El crecimiento de la ciudades en América Latina*, Ediciones Marymar, Buenos Aires, 1975, pp. 35-40

[22] Harris, W. D., *op. cit.*, p. 38.

Se puede decir, sin embargo, que la población de Iberoamérica, en general, creció rápidamente y pasó de 33 millones de habitantes en 1850 a 63 millones en 1900 [23]. Este crecimiento desenfrenado acentuó la urbanización, y aquellas ciudades que absorbieron el caudal inmigratorio fueron las que ostentaron los mayores índices, registrando aumentos vertiginosos en su volumen total. São Paulo es una de estas ciudades con alto crecimiento poblacional: en 1872 contaba con 31.385 habitantes, cifra que se incrementa a 64.934 en 1890 y, a finales de siglo, alcanza los 579.033 habitantes [24]. Brasil se encauzó hacia un equilibrio demográfico mucho antes que el resto de los países hispanos. Así, entre 1823 y 1850, su población se duplicó. En las décadas siguientes se produjo un desarrollo industrial que alcanzó un pronunciado auge en las compañías de transporte, en las finanzas y en la minería, hecho que repercutió en la urbanización de modo espectacular [25].

Por otra parte, el crecimiento poblacional en países como Perú, Ecuador y Bolivia fue resultado, principalmente, del aumento de la población indígena, mientras que Venezuela, Paraguay y Chile acusaron un importante desarrollo de la población mestiza, y lo mismo puede decirse de las poblaciones regionales de Colombia y Ecuador.

El aluvión inmigratorio constituyó un fenómeno claro e importante de aporte de población extranjera, que se dirigió fundamentalmente al Río de la Plata, al sur de Brasil y en menor medida a Uruguay y Chile, provocando un desarrollo urbano y de ocupación del espacio sin precedentes en la historia de los países sudamericanos.

Años después de la independencia algunos países del área esbozaron políticas tendentes a la atracción de inmigrantes europeos, dada las escasa mano de obra existente. Durante los primeros decenios los resultados, sin embargo, fueron más bien desalentadores. En los primeros contingentes llegaron escasos agricultores —alemanes a Brasil, Chile, Perú, Argentina y Venezuela; suizos a Argentina y Brasil; irlandeses a

[23] Morse, R. M., «Recent Research in Latin american Urbanization. A Selective Survey with Commentary», en *Latin american Research Review*, otoño, vol. I, n.° 1, 1965.

[24] Brandao López, J. R., «Aspecto de la adaptación de los migrantes rurales a las condiciones urbano-industriales de San Pablo, Brasil», en *La urbanización en América Latina* (dir. Hauser y otros), UNESCO, 1961.

[25] Furtado, C., *La formación económica del Brasil*, Fondo de Cultura Económica, México, 1962, pp. 25-29.

Argentina y Perú, entre otros—, comerciantes —sobre todo británicos y franceses—, establecidos en las grandes ciudades, y cierto número de artesanos, que se afincaron en núcleos urbanos; pero nunca el volumen llegó a ser importante hasta después de 1850. Europa se comportaba por entonces como una gran exportadora de población, pero la mayor parte prefería Estados Unidos de América para establecer su nueva residencia, por la estabilidad alcanzada años antes y por la mayor gama de oportunidades que este país les proporcionaba. Hacia 1850 la situación de los países sudamericanos comenzó a ser más propicia para absorber una parte importante del excedente europeo. Las nuevas condiciones quedaron reflejadas en la expansión económica que se venía experimentando, asociada a una población poco numerosa y que, por otra parte, presentaba un déficit en mano de obra.

Las primeras décadas en que se produjo la inmigración masiva coincidieron, por lo menos en los países con mayor desarrollo económico, con la ocupación de los espacios vacíos, la extensión e incipiente tecnificación agropecuaria, la implantación de las primeras industrias urbanas, la construcción de redes ferroviarias, puertos y caminos, la fundación de nuevas ciudades y la aparición de una nueva clase profesional y una burocracia prácticamente inexistente hasta entonces. Las condiciones propicias para que esto ocurriera sólo se dio en algunas regiones: sur de Brasil, en el litoral, en unas pocas zonas del interior de Argentina y en el Uruguay. Debido a esta situación, de los 14 millones de inmigrantes que entraron al continente entre 1850 y 1930, los tres países mencionados recibieron más de las tres cuartas partes: Argentina, algo más del 40 por ciento; Brasil, aproximadamente el 30 por ciento, y Uruguay, algo menos del cinco. Este número de inmigrantes produjo un efecto formidable en el cambio de las estructuras demográfico-sociales.

El resto de los gobiernos de América del Sur también fomentaron políticas para atraer la inmigración europea, pero la situación que se presentaba en los mismos era bien diferente de los que recibieron el mayor porcentaje de europeos. La región andina, entre otras, contaba con una abundante mano de obra indomestiza que propocionaba brazos baratos a las explotaciones nacionales, lo que ofrecía pocas oportunidades a los posibles nuevos pobladores. Estos países permanecen prácticamente estancos a los movimientos inmigratorios externos.

Los inmigrantes, en general, siempre tuvieron vedado el acceso a la propiedad de la tierra. En el ámbito rural fueron casi siempre reclutados por los latifundistas en calidad de arrendatarios, aparceros o braceros, salvo en tierras lejanas como la región chaqueña, sur de Brasil y Chile donde se les otorgaron tierras para la agricultura. Los países receptores del aluvión inmigratorio hicieron fracasar las claras tentativas de conducir el proceso en forma organizada hacia la colonización rural, ante la rigidez de la estructura de la propiedad territorial y las formas especulativas de expansión de las áreas cultivables y avances de la «frontera», salvo excepciones en el centro-sur de la provincia de Santa Fe, en Argentina, que monopolizaba la producción cerealera, concentrada en propiedades de tamaño medio. Las colonias aquí establecidas resultaron un verdadero éxito y fueron propiciadas por el gobierno o particulares. Además, otros grupos homogéneos de inmigrantes crearon colonias agrícolas en Entre Ríos, Chaco, Córdoba, de las que surgieron, en ese momento, importantes núcleos urbanos: Rafaela, Esperanza y Moisés Ville, entre otras.

Lo que queda claro es que la mayoría de los inmigrantes europeos venidos al Cono Sur americano acabaron por afincarse en las concentraciones urbanas, donde encontraron mayores oportunidades, ya sea en las incipientes industrias ligeras o en el sector de servicios. Terminaron de esta forma por incorporarse a la pirámide ocupacional como mano de obra rural o desempeñándose en actividades urbanas. Se sabe, además, que los más prósperos formaron un núcleo importante en el naciente patronato industrial o se establecieron en pequeños comercios. De esta manera, la inmigración europea vino a reforzar la primacía de algunas ciudades con su esfuerzo, capacidad y capital, pero también provocó la formación de nuevas instituciones para defender sus intereses laborales, forjando a la vez una estructura política distinta.

También cabe consignar que una parte nada despreciable de la inmigración potencial se perdió al retornar muchos de ellos a sus países de origen y que, sin lugar a dudas, el impacto de la inmigración se hizo sentir de forma rotunda en las áreas urbanas.

De acuerdo con lo expresado y tras conocer el número de inmigrantes arribados a América del Sur reflejados en el cuadro siguiente, podremos intuir la cantidad de los mismos que se afincaron en los centros urbanos.

Inmigrantes llegados a Argentina, Brasil, Uruguay y América Latina en su conjunto entre 1850 y 1900

	Argentina	Brasil	Uruguay	Total parcial	Total de Am. Latina
1850-1860	18.584	97.571	—	116.155	172.797
1861-1870	153.967	123.819	85.157	362.943	395.013
1871-1880	258.515	219.128	114.017	591.660	705.463
1881-1890	841.122	530.906	150.349	1.522.377	1.585.694
1891-1900	648.326	1.143.902	101.373	1.893.601	1.934.589

Por otra parte, esta masa de inmigrantes fue una fuerza propicia para la creación de nuevos asentamientos urbanos. Esta misión la ejercieron por cuenta propia o sumándose a otros contingentes de nacionales, que eran los encargados de organizar el asentamiento, a veces previamente delimitado, mensurado y trazado; distribuir las tierras fiscales y fijar autoridades. Podemos citar muchos ejemplos de ciudades y pueblos fundados a lo largo y lo ancho de la llanura chaco-pampeana, la Patagonia, sur de Chile y Brasil y en Uruguay, sin descartar las colonias fundadas en Venezuela. Grupos de italianos fundaron lo que hoy es la capital de la provincia del Chaco, Resistencia. Yugoslavos, polacos y alemanes crearon colonias, más tarde ciudades, en Chaco, Misiones, Santa Fe, Entre Ríos y Buenos Aires, en Argentina. También grupos de galeses, ingleses y escoceses fijaron las bases para la fundación de ciudades en la Patagonia argentina. Españoles, sobre todo vascos, neerlandeses, daneses, se asentaron en ciudades de la provincia de Buenos Aires. Alemanes establecieron colonias en el sur de Chile. Alemanes e italianos contribuyeron al proceso de urbanización en el sur de Brasil. Cada comunidad elegía un sitio propicio para aglutinarse y pervivir con sus costumbres, para más tarde arraigarse y pasar a imbuirse de las idiosincrasias nacionales. De esta forma se crearon un sinnúmero de centros urbanos con características propias, casi todos como centros prestadores de servicios a las actividades agropecuarias. El ferrocarril contribuyó en esta marcha fundacional, puesto que gran número de personas seguían el trazado de las vías férreas, afincándose en los pueblos que se erigían cada diez o quince kilómetros como centros de abastecimiento para el

normal desarrollo del ferrocarril, proveyendo de agua, leña o carbón al nuevo medio de transporte.

Pero un hecho trascendental en el proceso de urbanización fue el crecimiento desmesurado que sufrieron algunas ciudades debido a asentamiento en ellas de ingentes sumas de inmigrantes. Se citó anteriormente el caso de São Paulo, donde se pasa de 23.253 habitantes en 1872 a 129.409 en 1914. Es de notar que, durante el mismo período, la proporción entre extranjeros y población total aumentó del 8 al 25 por ciento. Alrededor de 1897, los inmigrantes italianos estaban en una proporción de 2 a 1 en relación con los brasileños nativos. Este mismo fenómeno se produjo en Buenos Aires, ciudad que aumentó su población de 187.126 habitantes en 1869 a 1.575.814 en 1914 y constituyó el más notable ejemplo de crecimiento urbano durante este período.

La urbanización

La expansión del área ocupada se debió tanto al esfuerzo de los gobiernos centrales como al apoyo prestado por una población en franco proceso de crecimiento, incrementado con el aluvión de inmigrantes. El esquema de urbanización en la nueva América del Sur se verá entonces transformado no sólo por estos dos componentes que acentuaron el crecimiento de la población, sino también por la inducción de las redes ferroviarias. Los nuevos esquemas pensados basándose en el trazado de las líneas férreas permitieron la creación de estaciones y centros agrícolas aglutinantes de dispares números de habitantes. El trazado ferroviario, a su vez, potenciaba determinados centros y provocaba el estancamiento de antiguas ciudades antes ligadas a un tráfico de carretas, como San Luis en Argentina, punto intermedio entre las regiones pampeana y cuyana.

Durante este período, el desarrollo urbano se caracterizó por el crecimiento de casi todas las ciudades. Muchas de ellas habían sido fundadas en tiempos de la colonia y prosiguieron su desarrollo natural, si bien, por lo general, de forma desorganizada y azarosa. La expansión urbana operó en todas las direcciones, siempre que lo permitieran la topografía y las características físicas del terreno. Las ciudades no sólo cre-

cieron por el aporte inmigratorio europeo, también hay que destacar el aumento como consecuencia de las migraciones rurales internas.

Buenos Aires es un ejemplo claro de ese gran crecimiento: en 1869 contaba con 187.346 habitantes, para aumentar a 663.854 en 1895; 821.293 en 1900 y a 1.576.597 habitantes en 1914. Este rápido aumento se debió, sin duda, al gran número de inmigrantes extranjeros que llegaron a Buenos Aires, ya que para la última fecha se constata que más de la mitad de los habitantes de la capital argentina eran extranjeros [26]. Como podemos apreciar, São Paulo y Buenos Aires tuvieron un crecimiento sostenido; otras lo tuvieron en menor escala aunque semejante en el ritmo, como es el caso de Rosario, centro de atracción de la inmigración preferentemente italiana. Hacia finales el siglo XIX, la población de Rosario rozaba los 100.000 habitantes, cifra que casi llega a quintuplicarse en 1930, gracias a la gran actividad de su puerto exportador de cereales y a la implantación de algunas industrias, principalmente harineras.

Ciertamente no todas las ciudades alcanzaron el mismo ritmo de crecimiento, ni el mismo desarrollo con el que comenzaron a brillar tempranamente Buenos Aires, Río de Janeiro, Montevideo, todas ciudades portuarias y centros de poder político y administrativo, o Caracas y Lima, con sus puertos cercanos de la Guaira y El Callao, respectivamente. Río de Janeiro, al finalizar el siglo XIX, contaba apenas con 500.000 habitantes. El Callao, que cuando finalizó la guerra del Pacífico contaba con 35.000 habitantes, apenas superó los 50.000 hacia 1930. Guayaquil, principal puerto y centro comercial de Ecuador, albergaba una población de 40.000 habitantes en 1880, cifra que casi alcanzó a triplicarse cincuenta años después. Valparaíso, después de ganar la batalla del Pacífico, comenzó a brillar como rico y activo puerto y, de 100.000 habitantes en 1880, pasó a tener el doble en 1930.

La economía en auge hizo prosperar otras ciudades, lo que trajo aparejado un crecimiento de la población. Los puertos colombianos de Santa Marta y Cartagena de Indias son muestra de ello, y también el colombiano puerto de Barranquilla, ciudad surgida en 1872 en la desembocadura del río Magdalena, que en cincuenta años sobrepasó en

[26] Estudios del Plan de Buenos Aires, «Evolución de Buenos Aires en el tiempo y en el espacio», *op. cit.*

población a las anteriores y llegó a congregar a más de 150.000 habitantes en 1930, mientras que Cartagena sólo alcanzaba los 100.000 y Santa Marta los 30.000 habitantes. Por otra parte, Medellín, fundada en 1675, creció gracias a la industria textil, lo que atrajo población del interior y de otras ciudades vecinas, y de 37.000 habitantes que tenía en 1880 llegó a sobrepasar los 100.000 hacia 1930. Igualmente significativo fue el crecimiento de Manizales, ciudad nueva, fundada en 1848, emplazada en el centro de producción cafetalera.

Pero no se puede generalizar al respecto. Otras ciudades que no fueron puertos ni capitales nacionales también prosperaron. Ribeirao Preto, en el centro de la zona productora de café de Brasil, tuvo un crecimiento rápido en 1870. Manaus, tras el ciclo cauchífero, también experimentó un fuerte desarrollo, aunque efímero: en 1865 contaba con unos 5.000 habitantes; después del gran comercio y demanda internacional del caucho, el núcleo urbano soportó un rápido crecimiento, y en 1910 llegó a los 50.000 habitantes. La región amazónica creció rápidamente debido fundamentalmente a la entrada de población atraída por la nueva actividad productiva que se desarrollaba en ella: en 1820, contaba con 137.000 habitantes, cifra que prácticamente se triplicó en 1870, aumentando a 323.000 almas, y en 1900 el caudal humano alcanzaba las 695.000 personas.

La reanimación de las actividades extractivas, que antaño dieron lugar a la creación de importantes ciudades como Potosí, Ouro Preto, Diamantina, no podía dar ya lugar a concentraciones importantes de población ni a articulaciones interregionales significativas, por la importante mecanización introducida por las empresas extranjeras y, en consecuencia, la escasa demanda de mano de obra.

De todas formas, en el siglo XIX la mayoría de la población sudamericana vivía en el ámbito rural o se concentrada en pequeños núcleos urbanos o aldeas, término este último preferido por muchos autores, y también lo hacía en aglomeraciones rurales, dependiendo éstas de factores físicos o de la concentración o dispersión de las unidades económicas rurales.

El proceso de urbanización comenzó a tomar fuerza hacia 1870 y se afianzó en los años siguientes. En los índices de urbanización presentaban marcadas diferencias nacionales. En países como Argentina, Uruguay, Chile y Venezuela, entre el 20 y el 30 por ciento de la población se concentraba en núcleos urbanos de más de 100.000 habitan-

tes a fines del siglo XIX. En otros países, como Perú, Bolivia y Colombia, lo hacía menos del 10 por ciento de la población. En Brasil, la tasa de urbanización era muy baja, no sobrepasando el 10 por ciento, aunque, como es lógico, existían regiones más urbanizadas que otras, como la del nordeste, la paulista, la carioca, la de Minas Gerais o la del sudeste.

Donde las actividades ligadas a la economía de exportación se superponían con la de capitalidad, el crecimiento urbano tendía a una polarización extrema. Y extremo es el caso de Montevideo, que a fines del siglo XIX concentraba al 95 por ciento de las personas que en Uruguay residían en aglomeraciones de más de 10.000 habitantes. Montevideo, capital de un pequeño país, ocupó en ese momento el quinto puesto de las ciudades sudamericanas por importancia numérica de población.

El sistema urbano que queda perfilado en el siglo XIX presenta una serie de connotaciones singulares por las características que venimos describiendo. Si bien durante este siglo se realizan muchas fundaciones, en el siguiente habrá también un auge en algunas regiones, pero nunca con el vigor de este período, y las mismas culminan antes de la crisis de 1929.

El sistema urbano décimonónico presenta —más aún en los países de origen hispano— cierta inercia en relación con la época colonial, respecto de la cual surgían pocas localizaciones nuevas de importancia.

Las nuevas ciudades

Las nuevas ciudades surgieron, prácticamente en su conjunto, como consecuencia de la expansión económica de los países más favorecidos por la coyuntura internacional, encarnada por los países industrializados de Occidente. Migraciones, movimientos de capitales y expansión del comercio internacional fueron los tres aspectos fundamentales del cuadro económico mundial en las postrimerías del siglo XIX.

> En los países en los cuales estos tres aspectos coincidieron, y por lo general coincidieron, se produjo paralelamente una expansión territorial como consecuencia de la demanda de nuevas tierras para incorporarlas a la producción agrícola y ganadera. La explotación de hi-

drocarburos, de recursos minerales y de nuevas materias primas determinó nuevos avances hacia fronteras interiores de los países más extensos [27].

Como ya se expresó, la expansión territorial permitió y obligó la creación de nuevos asentamientos urbanos. Algunos surgieron espontáneamente, otros fueron planificados y muchos otros nacieron como apoyo a la ocupación del territorio. Famosa es la línea de fortines creada en la región chaqueña argentina para el dominio y conquista de los territorios aún bajo dominio indígena. Muchos de estos fortines sirvieron como base para la fundación de centros urbanos. Otro tanto sucedió con pueblos obreros de apoyo a la actividad forestal.

Como ejemplo de ciudades que surgen para apoyar nuevas actividades, se puede citar a Manaus, que si bien había sido fundada en 1660, resurgió a fines del siglo XIX y principios del XX gracias a la actividad cauchífera. Duró su esplendor, como en muchas otras, mientras duró el auge de las riquezas naturales que les brindaba la oportunidad de nacer. En Perú se estableció Iquitos, en el Alto Amazonas, en 1863; desde entonces es el centro comercial del norte peruano al este de los Andes y a su puerto llegaban barcos de gran calado. Antofagasta, en el norte chileno, fue fundada en 1870, y por su puerto salía al exterior, en parte, la producción de nitratos. Punta Arenas en el sur de Chile, fundada junto al estrecho de Magallanes en 1847, sirvió como puerto de abastecimiento obligado hasta la construcción del canal de Panamá. En las zonas templadas andinas, donde el «*boom* del trigo» del siglo XVIII aconsejó la fundación de Melipilla y varias ciudades del centro de Chile, la tónica continuó en el siglo XIX con la aparición de nuevas ciudades trigueras en la Araucania, Los Ángeles, Temuco y Traiguén.

En la Patagonia argentina se emplaza Comodoro Rivadavia, que es desde principios del siglo XX el principal centro petrolífero del país y la ciudad actualmente más poblada en esta región. Río Gallegos, fundada en el siglo XVIII, es revitalizada en el XIX y se suma a otras ciudades patagónicas que ejercen la función de puertos: Santa Cruz, Puerto Deseado y San Julián, entre otras. En el interior patagónico se crean otras ciudades como centros agrícolas o administrativos: Esquel y Neu-

[27] Hardoy, J. E., *Las ciudades en América Latina. Seis ensayos sobre urbanización contemporánea*, Editorial Paidós, Buenos Aires, 1975, pp. 88-89.

quén, entre las más importantes. Resistencia, Barranqueras, General Vedia, Las Palmas, Puerto Tirol, General Vera, Reconquista, Las Toscas y una larga lista en el Chaco argentino, se afirman como centros administrativos y acopiadores de las riquezas forestales. En la provincia de Misiones, ciudades fundadas por inmigrantes europeos son Oberá y Wanda. En el sur de Brasil, crecen Londrina, Ponta Grossa, Uruguayana, Foz de Iguazú y otras muchas. También en la mesopotamia y en la zona pampeana se fundan inmumerables centros urbanos, algunos de los cuales adquieren gran importancia, casi todos unidos por los nuevos trazados ferroviarios. No quedan al margen de este proceso fundacional las tierras cuyanas al pie de los Andes.

Esta nueva ola fundacional demuestra un proceso de urbanización que, por la gravitación territorial que tuvo, es comparable al producido en Iberoamérica durante el siglo XVI.

En la región andina —Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú y Bolivia—, desde el siglo XVIII van a proliferar, también como en el resto de Brasil y el Cono Sur, nuevos centros urbanos de servicios en las áreas agropecuarias de las zonas tropicales, aunque nunca con la importancia de las regiones que acabamos de mencionar. Surgen decenas de centros urbanos estimulados por la producción agropecuaria y la exportación a Estados Unidos y Europa. En este sentido cabe destacar las ciudades barloventeñas del cacao en Venezuela, de las ciudades del algodón y del azúcar en los oasis peruanos. En tierras colombianas, la expansión del café a partir de 1840 permitió la fundación de ciudades en las zonas de producción y en tierras más elevadas de clima templado. Este acelerado proceso no escatimó esfuerzos para la elección del emplazamiento, sin reparar, al menos, en la topografía y otros factores de tipo físico. En este contexto, se desencadenó el auge urbano con la fundación de Manizales, Armenia, Pereira, Calarci, Chaparral y Líbano [28].

Durante este período, entonces, aparecen muchos nuevos asentamientos, y algunos que ya habían sido pueblos originariamente se elevan a la categoría de ciudades. Otras nuevas ciudades alcanzan un rápido desarrollo, como la ciudad argentina de La Plata, fundada en 1882 como capital de la provincia de Buenos Aires debido a la provinciali-

[28] Cunill, P., *La América Andina*, Editorial Ariel, Barcelona, 1981, pp. 220-222.

zación de la misma en 1880. La Plata llegó a un importante desarrollo comercial y portuario gracias al esfuerzo de una sociedad urbana de origen predominantemente inmigratorio. Otra ciudad importante que surge casi coetáneamente con La Plata es Belo Horizonte, en Brasil, fundada en 1897 como capital del estado de Minas Gerais. El crecimiento de esta ciudad es trepidante, debido, en parte, a la rica zona extractiva que servía. En 1930 sobrepasó los 100.000 habitantes. Crecieron otras tantas ciudades surgidas como consecuencia de la expansión territorial y económica: Resistencia, Santa Rosa, Venado Tuerto, Mar del Plata, Bahía Blanca, en Argentina, ciudades que forman parte del conjunto fundacional del siglo XIX. La historia de estos cincuenta años de masiva actividad fundacional está apenas documentada, y si merece alguna comparación con las fundaciones españolas y portuguesas, se puede decir que muchas de ellas fueron erigidas en función de estrategias económicas y para salvaguardar la soberanía nacional de los países en que se realizaba esta gesta. Como en el período colonial, muchos emplazamientos fueron mal escogidos, sobrellevando en la actualidad la carga de esa mala elección. El acto fundacional en sí era sencillo, si existía. La espontaneidad marcó, también, los errores de la improvisación. La falta de equilibrio en la red urbana, con la ausencia de ciudades intermedias, queda reflejada en las gestiones de los artífices políticos y económicos del siglo XIX y principios del XX que no tuvieron en cuenta una planificación para el establecimiento de los nuevos centros urbanos. En toda el área sudamericana existió una debilidad relativa de la red urbana total y un sistema radial de comunicaciones que crean y refuerzan esa disociación. La premura por ocupar nuevos territorios y extraer sus riquezas queda como estigma de un infeliz resultado de esta etapa. Sobre la red de ciudades establecidas, o mal distribuidas, durante este período, se superponen los errores de las administraciones coloniales, incapaces de controlar unos territorios que apenas fueron ocupados, y donde establecieron ciudades mal repartidas, prácticamente con el mismo criterio decimonónico.

El modelo general de dominación espacial

Durante este período existe una unidad política y económica que, en las postrimerías del siglo XIX abonó el terreno para la adopción de

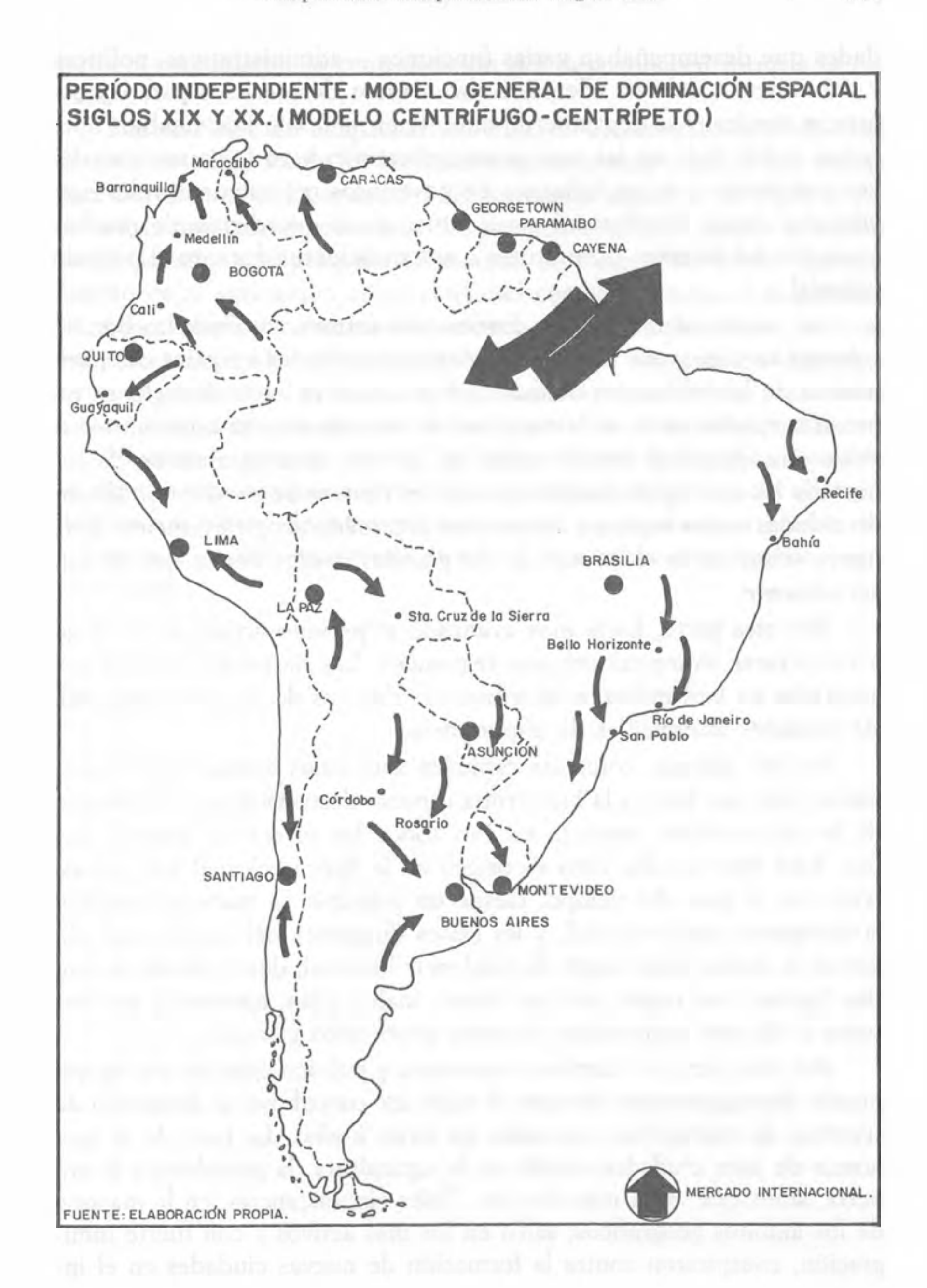
un modelo general que poco ha cambiado en la actualidad. En el siglo XIX se asiste al rompimiento político de las colonias con sus metrópolis. Pero el modelo general no desaparece por completo; la independencia fue solamente política, acentuándose la dependencia económica. En este período, dos potencias extranjeras estructuraron en buena medida la nueva ocupación del espacio: Inglaterra, primero, y, más tarde, Estados Unidos de Norteamérica, con la imposición de una modalidad reflejada en las ideas políticas y económicas de la época y en la necesidad de proveerse de materias primas. Más tarde se agregarán otras potencias europeas, que, poco a poco, fueron introduciéndose en algunos países de la región.

En este modelo se contempla una fuerza bidireccional. Por un lado, una gran salida de materias primas y una débil entrada de ingresos de divisas en concepto de las exportaciones, siempre con precios oscilantes y con tendencia a la baja. Los términos de las relaciones de intercambio se deterioran continuamente, por lo que en el juego entre las tensiones sigue ganando la situación exterior. El modelo de crecimiento «hacia afuera» toma fuerza en este período para perpetuarse en el siguiente.

En este orden de cosas, las fuerzas centrípetas y centrífugas siguen jugando un papel destacado. En el caso de las primeras, los centros de dominio nacional absorben las riquezas y ganancias de las ciudades del interior, en tanto que las segundas siguen ejerciendo el dominio marcado por la atracción de materias primas y capitales hacia el exterior por parte de los países más desarrollados.

Los propietarios de las grandes extensiones de tierras y gran parte de la producción prefirieron vivir en las ciudades, donde gastaban los beneficios obtenidos de las actividades agropecuarias. El brutal liberalismo económico es trasplantado en las ciudades sin mayor consideración por las condiciones locales, lo que ayudó a concentrar el dinero en los centros urbanos, en respuesta a la demanda de la clase acomodada de manufacturas importadas.

La distribución espacial de las ciudades se ha generado, en gran parte, durante el período colonial y el siglo XIX. El patrón de distribución presenta dos situaciones contrastadas: ciudades litorales, con funciones específicas para servir de enlace económico con las potencias extranjeras, y ciudades interiores, encargadas de centralizar, dominar y distribuir hacia los centros urbanos portuarios las riquezas y recursos naturales y humanos internos. No se debe olvidar que muchas de las ciu-


PERÍODO INDEPENDIENTE. MODELO GENERAL DE DOMINACIÓN ESPACIAL
SIGLOS XIX Y XX. (MODELO CENTRÍFUGO-CENTRÍPETO)
Maracaibo
Barranquilla
CARACAS
GEORGETOWN
PARAMAIBO
CAYENA
Medellín
BOGOTÁ
Cali
QUITO
Guayaquil
Recife
Bahía
LIMA
BRASILIA
LA PAZ
Sta. Cruz de la Sierra
Bello Horizonte
Río de Janeiro
San Pablo
ASUNCIÓN
Córdoba
Rosario
SANTIAGO
MONTEVIDEO
BUENOS AIRES
MERCADO INTERNACIONAL.
FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA.

dades que desempeñaban varias funciones —administrativas, políticas y culturales—, servían además como centros de servicios para las comarcas rurales, y se deprimieron durante el siglo XIX. Los cambios operados, sobre todo en las corrientes comerciales y en los nuevos enclaves concitados por los hallazgos de novedosos recursos naturales movilizados desde el exterior, son la causa de la decadencia de muchas ciudades del interior, florecientes o autosuficientes durante el período colonial.

En cuanto al modelo de distribución urbana, al impuesto por las colonias se superpone el dictado por las autoridades surgidas del nacimiento de las nuevas repúblicas, que alcanzan en algunas regiones un orden aceptable, pero en la mayoría crea una repartición espacial no satisfactoria, donde el trazado radial de las vías de comunicación ha conectado las metrópolis nacionales con los centros de producción dejando aisladas vastas regiones, que se han deprimido progresivamente. Esta nueva situación es el germen de los grandes desequilibrios que se dan actualmente.

Por otra parte, hasta muy avanzado el período actual, no se llegó a estructurar jerarquías urbanas regionales. Las haciendas y estancias, asentadas en latifundios, eran tributarias directas de la capital regional, sin ciudades intermedias de importancia.

Se vio, además, cómo las capitales nacionales ejercían una supremacía total que llevó a la hipertrofia urbana, destacándose el fenómeno de la macrocefalia, presente en casi todos los países de América del Sur. Esta macrocefalia tuvo su origen en la época colonial y se robusteció con el paso del tiempo. Desde un principio se mantuvo también la antinomia campo-ciudad, y las clases dirigentes del sector rural eligieron la ciudad como lugar de residencia habitual, desde donde se sentían ligadas a su región por sus bienen inalienables, aportando sus fortunas a ella por representar el centro económico y social.

Por otra parte, el dominio económico y político ejercido por las capitales iberoamericanas durante el siglo XIX contribuyó al desarrollo de sistemas de transportes centrados en torno a ellas. La base de la economía de tales ciudades residió en la agricultura, la ganadería y la minería, antes que en la manufactura. Tales circunstancias, en la mayoría de los ámbitos geográficos, salvo en los más activos y con fuerte inmigración, conspiraron contra la formación de nuevas ciudades en el in-

terior y estimularon la centralización del desarrollo en torno a la capital.

Los modelos de ocupación del espacio siguieron los dictados del período anterior, donde los latifundios se perpetúan y ganan más tierras para sus dominios. La aparición del ferrocarril significó, en algunos espacios, la partición de estas grandes propiedades, pero pronto se vieron beneficiadas por el progreso en materia de transporte. Con el advenimiento de la agricultura como actividad complementaria de la ganadería, más el aluvión inmigratorio —sobre todo en el Cono Sur—, se crearán nuevas ciudades que organizarán pequeños espacios en derredor. Estos asentamientos prestarán servicios al área circundante, y en torno a ellos se organizarán algunas de las principales actividades rurales.

El modelo general descrito no variará en el siglo siguiente, salvo en algunas regiones más activas, donde la organización espacial y la modernización parcial de las estructuras sociales y productivas permitirán el avance, aunque siempre atendiendo a los cambios que tendrán lugar en el siglo XX.

Capítulo V

PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX. DE LA AGROEXPORTACIÓN A LA INDUSTRIALIZACIÓN

El panorama internacional y la economía de la región a principios de siglo

América del Sur inició el siglo XX consolidando dentro del esquema económico internacional su posición como área dedicada eminentemente a la exportación de recursos naturales. El escaso dinamismo que había caracterizado a las relaciones económicas establecidas entre las colonias iberoamericanas y el continente europeo durante la primera mitad siglo XIX comenzó a cobrar a lo largo de la segunda mitad un nuevo auge, que, en respuesta a los cambios operados en las estructuras productivas de los países centrales, llevó a duplicar el volumen del comercio exterior entre ambas regiones.

A partir de 1880 las economías industrializadas europeas habían comenzado a avanzar hacia una gran concentración del capital con grandes cambios en las formas de producción industrial, razón que llevó a demandar de los países proveedores sudamericanos nuevos insumos y mayores cantidades de materias primas. De este modo, a las habituales áreas de explotación se le sumaron nuevos espacios de producción agropecuaria y minera, que fueron abiertas para asistir al desarrollo industrial de los países centrales.

La existencia en gran parte del continente sudamericano de condiciones naturales excepcionales que aseguraban una producción duradera, juntamente con la estabilidad conseguida en las relaciones comerciales con el exterior y la presencia de unas estructuras sociales adecuadas para el mantenimiento de este estilo de crecimiento económico, eran los principales factores que, a principios de siglo, aseguraban a los

tradicionales grupos dominantes locales y a los capitales foráneos que operaban en el área el mantenimiento y la expansión del modelo exportador de materias primas.

La inmejorable situación no generaba necesidades reales para promover cambios o establecer estrategias alternativas a esta situación consolidada. El sector exportador de productos agropecuarios —en general bajo control de grupos locales— continuó operando como principal impulsor del desarrollo de las economías regionales, aun cuando la incursión de los capitales extranjeros en éstas u otras fuentes de generación de beneficios estaba produciendo potentes economías de enclave. Tales fueron los casos de las explotaciones mineras peruanas y chilenas, el tratamiento de las carnes congeladas en Argentina y Uruguay, la extracción de petróleo en Venezuela y Colombia o el cultivo de productos alimenticios en Brasil.

El papel desempeñado a principio de siglo por las inversiones extranjeras en el continente —especialmente de procedencia británica y en menor escala de origen alemán, francés y norteamericano— tuvo una alta incidencia en aquellos países que presentaban ventajas para su radicación. Las actividades promocionadas por los capitales externos llegaron a adquirir a principios de siglo una importancia vital en el desarrollo global del continente, hecho que permitió su incorporación activa en la vida económica y social de los distintos países de la región desde una doble vertiente. Por un lado, pudieron ejercer un control directo en los territorios que bajo su dominio se dedicaban a la explotación de productos primarios. Por otro lado, la diversificación de los ámbitos de interés hacia el comercio, el desarrollo de las obras públicas —especialmente en materia de transporte— o los préstamos bancarios, permitió el control indirecto de otros sectores clave de alta rentabilidad.

Las inversiones fueron numerosas y con cierta especialización según el origen de los capitales. Los fondos ingleses y franceses se centraron tanto en la construcción y el control de los ferrocarriles en los países más grandes —llegando casi a completar hacia 1930 las actuales redes—, como en el otorgamiento de préstamos a algunos gobiernos, que, como Argentina, Brasil, Chile, Uruguay y Perú, contaban con el respaldo de una potente producción agropecuaria o minera. Por su parte, los capitales alemanes se especializaron en instalaciones portuarias

y servicios y, en menor medida, en plantaciones y minería, actuando preferentemente en Chile, Argentina y Perú.

El dominio de las inversiones norteamericanas en el continente, que había sido mínimo hasta casi finales del siglo XIX, comenzó a consolidarse después de la guerra con España, cuando fue posible actuar sobre los sectores productivos más estratégicos de los países centroamericanos. Entre 1880 y 1914, la radicación de empresas estadounidenses en la región del Caribe fue notable, allanando el camino para la futura canalización de inversiones hacia Sudamérica. Esta formidable expansión, que contaba además con la ayuda de los grupos de poder nacionales, debió afrontar la presencia de resistencias locales que limitaban su expansión, situación que llevaría en algunos casos a la adopción de medidas políticas directas, tales como la separación de Panamá de Colombia en 1903, el control colonial sobre Puerto Rico a partir de 1898 o las intervenciones en distintos países caribeños (Nicaragua en 1909, Haití en 1915, República Dominicana en 1916, Panamá en 1918)[1].

Las actividades emprendidas por las minorías económicas dominantes —las oligarquías terratenientes locales y las empresas de capitales extranjeros— para el mantenimiento y la ampliación de las relaciones económicas conseguidas hasta principios de siglo, obtuvieron de los gobiernos y de la sociedad en general todo el apoyo necesario para continuar manteniendo la posición de los distintos países en el concierto internacional. La protección a la exportación y la resolución de las dificultades sociales internas formaban parte de un consenso generalizado, en el que, ideológicamente, todos los niveles de la sociedad reconocían el papel fundamental que jugaba la exportación de materias primas en el mantenimiento de las economías regionales.

Ante estas favorables circunstancias de crecimiento, la industria como sector productivo no representaba un ámbito de particular interés para la inversión. El abastecimiento de productos manufacturados desde el exterior resultaba satisfactorio para una población que registraba —a pesar de los aportes de las grandes masas de inmigrantes europeos de la segunda mitad del siglo XIX y principios del XX— una escasa di-

[1] García, R.; Cordero, F., e Izquierdo, A., *Economía y geografía del desarrollo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 98.

námica de crecimiento. Al no existir una demanda efectiva que permitiese el desarrollo de iniciativas locales de industrialización, sólo una parte del sector agropecuario no relacionado con el comercio internacional y algunos pequeños capitales locales dedicados a transformaciones ligeras —alimentación, textiles, bebidas, tabaco, fundición de metales—, aun con serias limitaciones, se había aventurado a producir durante el siglo pasado para el reducido mercado interior que ofrecían los principales centros urbanos.

A pesar de estas perspectivas poco satisfactorias, en algunos países, como Argentina y Brasil, el desarrollo de la actividad industrial había alcanzado un nivel significativo durante las primeras décadas del siglo. Comparativamente, si en 1929 la contribución de la industria al producto interior bruto significaba para Colombia un poco más del 6 por ciento y para Chile casi el ocho, en Brasil este aporte se elevaba hasta el 14 y en Argentina, si bien la agricultura continuaba ocupando un lugar predominante, la industria contribuía casi con un 23 por ciento [2].

Las razones de este desarrollo manufacturero se encuentran en la existencia en estos países de una serie de factores concurrentes. En primer lugar, el rápido desarrollo de la infraestructura de transporte —especialmente ferrocarriles— había permitido no sólo la integración de los mercados regionales y nacionales y una mayor movilidad de la mano de obra, sino la creación de nuevas industrias de repuestos y reparaciones para su mantenimiento. Por otro lado, el aumento de la población en las ciudades, la difusión del trabajo asalariado y el aumento de los ingresos de ciertos sectores de la población urbana relacionados con la burocracia, el comercio y la artesanía favorecía la estructuración de una sociedad diversificada. Además, la ampliación de las exportaciones y la necesidad de proceder a un cierto grado de elaboración para disminuir costos en los países compradores facilitó la acumulación de excedentes, el aumento de los ingresos y la conformación de una industria elemental dirigida al comercio internacional [3].

[2] Constantini, P. G., «América Latina. Entre la dependencia y el desarrollo», en *Geografía de la sociedad humana*, vol. 5, Editorial Planeta, Barcelona, 1981, p. 36.

[3] García, R., *et al.*, *op. cit.*, p. 355.

Estas precondiciones permitieron la difusión inicial de una manufactura moderna, que progresivamente dejó de lado su especialización restringida en transformaciones elementales para orientarse hacia las parcelas del mercado interno no controladas por los capitales extranjeros. Comienza así la fusión de pequeñas y medianas industrias para conformar consorcios y sociedades anónimas, que le otorgaban un control casi monopólico sobre las subramas en que se especializaban. Este modelo, que se había implantado primeramente en Argentina, Brasil, Uruguay y Chile, fue rápidamente imitado por otros países tales como Colombia, Venezuela y Perú.

La importancia alcanzada por las actividades de transformación en estos países llevó a que, tempranamente con respecto al resto del continente y en forma paralela a las ayudas dirigidas a la agroexportación, sus gobiernos comenzaran a considerar necesaria la aplicación de medidas proteccionistas para ayudar a potenciar un sector económico que espontáneamente había alcanzado hacia la década del treinta un considerable nivel de desarrollo. De este modo, en esos años, aun antes de la gran depresión iniciada en 1929 y que hundiría las economías nacionales, se perfilan las bases de un nuevo estilo de desarrollo, que, apoyado en la industrialización, imprimirá un giro radical al panorama productivo y social de los países sudamericanos.

El modelo agroexportador y la organización del territorio

Las estructuras territoriales decimonónicas no registraron durante las primeras décadas del nuevo siglo modificaciones que afectaran sustancialmente la organización interna heredada. A pesar de que como resultado de la extensión de las fronteras agropecuarias en algunos países como Argentina, Brasil, Venezuela o Colombia fueron creadas nuevas colonias y se fundaron nuevos pueblos, el patrón espacial definido desde el período de la colonia continúo vertebrando el territorio según las necesidades de localización requeridas por el modelo agroexportador.

De forma global, las estructuras territoriales estaban conformadas por una red de núcleos menores e intermedios situados en el interior con funciones de soporte para las extensas áreas dedicadas a las actividades primarias, relacionadas por medio de un sistema de comunica-

ción elemental que directamente los unía a los pocos puntos nodales del sistema —capitales nacionales y puertos—, localizados, en general, en las zonas costeras. Asimismo, dado que el funcionamiento de la actividad agroexportadora no requería otras alternativas de relación que las establecidas entre las áreas rurales de producción y las áreas urbanas de comercialización, nunca se llegó a establecer una malla de relaciones fluidas entre asentamientos de distinta jerarquía, alentando una macrocefalia que será potenciada con mayor fuerza durante la etapa de industrialización. La ocupación del espacio sudamericano estuvo desde siempre determinado por la existencia de sus recursos naturales. De este modo, la actividad humana se asentó en aquellas áreas favorables para la explotación primaria, mientras que aquellas que presentaban características geográficas poco propicias para la producción permanecieron vacías. Esta conjunción de factores dio como resultado una ocupación muy irregular, dibujando el perfil de ocupación que caracterizaría al continente hasta la actualidad. En esos años, las redes urbanas sudamericanas estaban ya altamente consolidadas, adoptando en el espacio formas específicas que se traducen en trazados factibles de tipificar [4].

Chile y Argentina habían consolidado distribuciones espaciales concentradas, donde las ciudades se agrupaban en zonas muy definidas conformando redes únicas, poco conectadas con el resto del país, que dejaban fuera de la dinámica de crecimiento extensas áreas sin ocupación a pesar de los esfuerzos gubernamentales —es el caso argentino— de llenarlas de actividad a través de la colonización de sus territorios. En Venezuela, el proceso de ocupación del espacio había dado como resultado una distribución lineal a lo largo de un eje claramente definido al norte del país, con un potencial de crecimiento que contrastaba vivamente con las deprimidas áreas del resto del territorio nacional.

La extensa superficie de Brasil propició la generación de una trama dendrítica, donde las ciudades se situaron en franjas perpendiculares a la costa, siempre con una gran ciudad-puerto que facilitaba el intercambio con la metrópoli. El espacio geográfico y económico resultante quedaba fragmentado en trozos inconexos. Colombia, por su parte, ya

[4] Zárate Martín, A., «Notas sobre el modelo urbano latinoamericano», en *Espacio, Tiempo y Forma*, Revista de la Facultad de Geografía e Historia, UNED-Madrid, 1990, pp. 45-48.

había estructurado su territorio a través de sistemas urbanos aglomerados, donde los principales asentamientos se concentraban en varios puntos del país, conformando sistemas locales con dinámicas propias [5].

El resto de los países no presentaba una ocupación territorial característica, y sus ciudades se distribuían configurando redes urbanas poco definidas para ser incluidas en una clasificación formal.

La desarticulada ocupación que presentaba el territorio sudamericano a principios de siglo era, en gran medida, el resultado de las estrategias seguidas por el capital en la búsqueda de rentabilidades que, en su desarrollo, afectaban en distinto grado la estructuración del espacio. Por un lado, existían actuaciones de incidencia directa, como eran los casos correspondientes a las inversiones —tanto nacionales como extranjeras— dedicadas a la explotación de materias primas, con ocupaciones extensivas en el caso de las plantaciones y la cría de ganado, o intensivas en la extracción de minerales, que se caracterizaban por su intrínseca incapacidad para producir sinergias locales o para difundir los efectos del desarrollo a sus áreas de influencia inmediata.

Por otro lado, las actuaciones indirectas —vía préstamos— para la construcción de las infraestructuras territoriales de soporte necesarias, consolidó en el territorio los desequilibrios presentes en el modelo económico. En el ámbito de las infraestructuras, con grandes rendimientos para las inversiones, la actuación de los capitales extranjeros fue determinante, tanto por la cantidad de los créditos concedidos a los gobiernos nacionales para el desarrollo de la obra pública como por las concesiones que obtenían para la explotación de los servicios. El caso de los capitales británicos es paradigmático, ya que dedicaron a las comunicaciones —especialmente el ferrocarril— el grueso de sus inversiones, interviniendo además en el desarrollo de otros servicios públicos relacionados con la burocracia local, tales como la organización de la policía y de las fuerzas armadas. Hacia 1913, estos campos de inversión reunían más del 80 por ciento de los capitales radicados en el continente.

[5] Browning, H., y Roberts, B., «Urbanización, transformación sectorial y utilización de la mano de obra en Latinoamérica: una interpretación histórica desde la perspectiva internacional», en *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1978, p. 260.

El ferrocarril, que ya a finales del siglo pasado se había transformado en un símbolo del progreso para las distintas naciones, actuó a principios del siglo XX como un factor altamente dinamizador de las economías nacionales. A pesar de que no existen fuentes fidedignas sobre el desarrollo de las ciudades pequeñas y medianas durante la segunda mitad del siglo XIX, se admite que éstas tuvieron una expansión relativamente mayor que el de las ciudades más grandes, creciendo —aunque desequilibradamente— gracias al proceso de difusión hacia el interior del continente de ciertas actividades comerciales y de servicios, que, apoyadas en la expansión de las comunicaciones terrestres, servían de soporte al desarrollo económico de la región. Paralelamente a estas acciones que abrían fronteras hacia el interior, las comunicaciones viales, y en especial el ferrocarril, se transformaron en los elementos territoriales que más rotundamente reforzaron la concentración de la riqueza y de los excedentes en las principales ciudades.

Obviamente, el dinamismo espacial cobró formas diferentes según el grado de organización y el desarrollo alcanzados por las fuerzas sociales y productivas de los distintos países de la región. Cabe aquí mencionar la importancia que había adquirido el gobierno nacional en la toma de decisiones a partir de la construcción de los estados modernos después de las respectivas independencias. Se trataba de modelos fuertemente centralizados que regían todos los órdenes de la sociedad civil, adoptando una forma oligárquico-liberal, que no suponía en ningún caso la integración social y política de las mayorías populares ni el favorecimiento de la constitución de comunidades locales fuertes. Eran regímenes excluyentes que sólo respondían a los intereses de los grupos sociales minoritarios y de los propios aparatos del Estado [6].

Las características que asumió el proceso de urbanización durante las primeras décadas del siglo XX en los distintos países del continente, permite distinguir tres grandes grupos de naciones, clasificadas según el nivel, la época y la dinámica de sus respectivos crecimiento urbanos. Tres países —Argentina, Chile y Uruguay— llegaron a un destacado umbral urbano hacia fines del siglo XIX y en el primer cuarto del siglo XX.

[6] Borja, J., «Pasado, presente y futuro de los gobiernos locales en América Latina», en *Repensando la Ciudad de América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988, p. 27 y 28.

En estos países, las concentraciones urbanas comenzaron a crecer en función de la magnitud de la prosperidad alcanzada por el sector externo. En Argentina y Uruguay, las exportaciones estaban dirigidas a productos que, como la carne, necesitaban una transformación elemental, hecho que los llevó a diversificar tempranamente sus actividades económicas y a potenciar la creación de un dinámico mercado interno. Igual proceso se registró en Chile con la desruralización de la región central, el auge de las explotaciones mineras y la mejora de las comunicaciones. También ha de considerarse el aporte de las inmigraciones extranjeras de la segunda década del siglo, que acentuaron la urbanización de estos países con su preferencia por localizarse en ciudades.

Un segundo grupo está constituido por los países cuyo proceso de urbanización alcanzó niveles significativos entre los años treinta y cincuenta. Esta categoría incluye a Brasil, Colombia, Perú y Venezuela, áreas que aceleraron sus crecimientos urbanos a partir de la crisis del mercado mundial de productos agrícolas. Este factor, unido a un incremento vertiginoso de la población como resultado del declive de la mortalidad, originó un excedente demográfico sin precedente en las áreas rurales, hecho que motivó el traslado masivo de campesinos a las ciudades en busca de subsistencia. A mediados de siglo, estos países constituían el grupo con mayores tasas de crecimiento urbano de América del Sur.

Los restantes países —Bolivia, Ecuador y Paraguay—, al no ser regiones especialmente dotadas de potencialidades para el desarrollo de actividades productivas, registraron en la primera mitad de siglo un escaso crecimiento poblacional y urbano [7].

Jerarquía urbana y dinámica territorial

Asiento del gobierno central y de las principales instituciones, la ciudad principal no sólo reunía en su espacio los grupos que dominaban las relaciones económicas, sociales y políticas del país, sino que era el punto geográfico que por sus privilegios concentraba la mayor parte de

[7] Comisión Económica para América Latina (CEPAL), *Población y desarrollo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1975, pp. 108-110.

los ingresos nacionales. La función de las ciudades de máxima jerarquía en las desequilibradas redes urbanas de principio de siglo era el resultado de una forma de funcionamiento territorial cuyo origen se remontaba a la época colonial. La proclamación de la independencia de los estados sudamericanos durante el siglo XIX no había hecho sino reforzar esta tendencia, potenciando aún más las actividades territoriales que habían dado origen a esta desarticulación espacial.

Las características que asumió en algunas áreas del continente el desarrollo urbano selectivo durante las primeras décadas del siglo XX ilustran claramente cuáles fueron y de qué manera operaron los factores que llevaron al crecimiento de las ciudades de rango superior dentro del contexto espacial de cada país.

Santiago, en Chile, se reafirma como ciudad primada cuando, durante la expansión del salitre primero y del cobre después, se localizaron en ella la burocracia administrativa, los grupos financieros y el 65 por ciento de la industria moderna y artesanal del país. Estos hechos transformaron a la capital en el punto final de gran parte de una importante corriente migratoria, que, con origen en los poblados norteños relacionados con la explotación minera —especialmente Iquique y Antofagasta—, había comenzado a formarse a raíz de las recurrentes crisis que afectaban a este sector económico.

Brasil contaba a principios de siglo con dos centros dinámicos: São Paulo y Río de Janeiro, dependientes directamente de las exportaciones de café. Ambas ciudades aglutinaban poblaciones de distinto origen —incluyendo mano de obra esclava liberada en 1888 y trabajadores expulsados del campo o de los asentamientos centro-norteños—, así como las nuevas actividades industriales. Los núcleos de Belem y Manaus, al norte, activados por la explotación del caucho y el cacao, y los de Curitiba y Porto Alegre, al sur, dedicados a la producción cerealera y a la ganadería, registraban en estas décadas un importante crecimiento, resultado del desarrollo de sus actividades productivas.

En Argentina, Buenos Aires centralizaba las funciones de mayor dominio respecto del resto del país y era a la vez puerto de exportación de la producción de carnes y cereales, sede del gobierno central y área concentradora de la población y de las actividades más dinámicas del país. Los núcleos secundarios que aprovechaban por su proximidad la dinámica de la capital eran las ciudades de Bahía Blanca y Rosario. Cór-

doba, en el interior del país, creció basándose en la producción del cultivo triguero.

Caracas, en Venezuela, registró un lento crecimiento durante el primer cuarto de siglo, aun cuando comenzaba a ser evidente el desarrollo de una industrialización temprana. Igual situación se detectaba en Valencia y Barquisimeto. Con el inicio del auge de la explotación del petróleo en Maracaibo durante los años treinta, los valores demográficos manifestarán los efectos del traslado de los ejes de crecimiento tradicionales hacia las áreas de nueva producción [8].

Los restantes países sudamericanos no tenían hacia los años treinta una dinámica de crecimiento tan acusada, predominando aún las formas de ocupación del territorio procedentes de los patrones de ordenación decimonónicos.

Las migraciones internas y el crecimiento de las ciudades

Los cambios que registraron las estructuras urbanas en el período comprendido entre principio de siglo y la depresión de 1929 fueron más el resultado de la situación demográfica existente en el continente y su inserción en la estructura productiva local, que de modificaciones en las estrategias de localización de las actividades económicas en el espacio. Ya durante los últimos años del siglo pasado y las primeras décadas del siglo XX, el desplazamiento de la población campesina a los centros urbanos era un hecho real, producto de la concurrencia en el ámbito rural de varias situaciones que promovían el éxodo: las permanentes oscilaciones del mercado internacional, que afectaba con igual ritmo de expansiones y contracciones la oferta de trabajo; la presencia de una abundante mano de obra tensionada por los desempleos recurrentes y, en especial, la propia estructura de la tenencia de la tierra —extensos latifundios y minifundios improductivos— que no permitía una radicación efectiva de la población.

A diferencia de los grupos procedentes de las migraciones internacionales registradas entre 1850 y 1900, que se habían afincado en el

[8] García, R.; Cordero, F., e Izquierdo, A., *Economía y geografía del desarrollo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, pp. 104-106.

nuevo destino colonizando las áreas rurales destinadas por los gobiernos nacionales con esta finalidad —con todas las ventajas que supone la entrega de tierras aptas para la producción—, los grupos campesinos nativos, que durante la mayor parte del siglo pasado habían protagonizado migraciones periódicas internas dentro de las áreas rurales en respuesta a necesidades de mano de obra temporal —recolección de cosechas, construcción de caminos y de sistemas de riego, tendido de vías férreas—, comenzaron a principios de siglo a cambiar progresivamente el destino y el sentido de sus traslados. Los desplazamientos campesinos optaron por dirigirse a las ciudades con la finalidad de incorporarse de forma permanente a la estructura ocupacional ofrecida en los núcleos urbanos.

Las ciudades comenzaron a registrar las primeras señales de un proceso de concentración progresivo de la población. Los arrabales se expandieron y se produjo una mayor concentración en los distritos centrales, albergando pobladores procedentes del campo y de núcleos pequeños y medianos del interior del país. Este crecimiento urbano se amplió con posterioridad a la Primera Guerra Mundial con la incorporación en algunos países —especialmente los pertenecientes al Cono Sur— de los miembros de la segunda oleada inmigratoria europea que, a diferencia de las migraciones del siglo pasado que habían colonizado las áreas rurales, optaron por permanecer en las ciudades.

La migración interna aportó a los tejidos urbanos una importante cantidad de habitantes de origen impreciso y ajenos a la estructura social de la ciudad tradicional, que actuaron como nexos para la radicación en las áreas urbanas de otras familias campesinas relacionadas por vínculos de parentesco reales o ficticios. A excepción de Lima, las solidaridades regionales y étnicas no se institucionalizaron como medio de adaptación a la vida urbana. Por ello, no existieron diferencias marcadas respecto a su radicación dentro de la ciudad, sin que se registre una localización específica. Tampoco existieron en este primer período asociaciones, organizaciones o barrios claramente definidos por características homogéneas. Eran, por el contrario, una masa vital pero con débiles relaciones que no trascendían del ámbito familiar [9].

[9] Roberts, B., «Ciudades transicionales», en Hardoy, J., y Morse, R., *Repensando la ciudad de América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988, pp. 181-182.

Esta característica del proceso de crecimiento de las ciudades en la etapa preindustrial estableció las bases para la coexistencia de dos sociedades distintas y en permanente confrontación: una sociedad conservadora y jerarquizada, compuesta por clases y grupos articulados dentro de un sistema de comportamientos conocido, y una sociedad inmigrante compuesta por personas aisladas, sin vínculos ni normas. La sociedad tradicional presentaba a principios de siglo una estructura interna con grandes diferencias, en la que dominaba una elite que basaba su poder económico y social en la alianza de intereses entre terratenientes y exportadores. La clase media existente en las ciudades era extensa y compleja, relacionada eminentemente con los servicios especializados que dependían de la exportación, siendo el segmento poblacional que monopolizaba las oportunidades de la movilidad social. Los estratos bajos, aunque amplios, eran a su vez los menos jerarquizados y en los que el artesanado mantenía su importancia tradicional. Los grupos migrantes se incorporaron a esta sociedad tradicional sin relacionarse, instalándose en las márgenes y a distancia de la primera.

Estas nuevas capas populares en las poco adecuadas tramas urbanas comenzaron a diferenciarse según sus niveles de renta y las posibilidades de acceder a la vivienda. Las prácticas más comunes para los grupos de menores ingresos eran básicamente de dos tipos: el alquiler de habitaciones en casas antiguas del centro de la ciudad, abandonadas por el traslado de sus residentes habituales, en viviendas colectivas construidas por empresarios privados para tal fin —los tradicionales «conventillos», caracterizados por el hacinamiento y las bajas condiciones de habitabilidad— o la autoconstrucción ilegal de viviendas precarias en terrenos baldíos de la periferia. Los obreros con alguna especialización y los empleados, al poseer mejores posibilidades económicas, encontraron la solución a sus necesidades habitacionales en el mercado inmobiliario, que ofrecía en los barrios del extrarradio parcelas a bajo coste. La ayuda a la construcción de la vivienda con créditos hipotecarios públicos o con créditos ofrecidos por financieras privadas fue una opción frecuentemente utilizada entre 1880 y 1910 en Montevideo, en Uruguay, y en Buenos Aires y Rosario, en Argentina [10].

[10] Hardoy, J., «Prácticas urbanísticas europeas en América Latina», en Hardoy, J., y Morse, R., *Repensando la ciudad de América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1988, p. 121.

Las ciudades de principios de siglo, ampliadas especialmente por los aportes migratorios nativos, pudieron asimilar sin tensiones excesivas la nueva situación. Las necesidades de crecimiento fueron resueltas en forma de planificados ensanches, dotados de infraestructuras y servicios urbanos sólo cuando se trataba de las demandas de los grupos con recursos de la sociedad tradicional. Por su parte, los sectores migrantes, por su propia condición, que oponía a cualquier exigencia para la resolución de sus necesidades básicas el complejo de no pertenencia a la ciudad, permitió que su presencia en la periferia urbana o en algunos deteriorados distritos centrales apenas abastecidos, no formasen una parte sustancial de los problemas urbanos de los gobiernos locales.

Los gobiernos locales y la organización de la ciudad a principios de siglo

La organización municipal que existía en Sudamérica desde la colonia era a principios del siglo XX una herencia más formal que real. La independencia y la organización de los estados modernos había dado como resultado un modelo fuertemente centralizado, que excluyó cualquier posibilidad de desarrollo autónomo para todos los asentamientos distintos a la capital nacional. La identificación del estado con la ciudad capital era un hecho común en las primeras décadas del siglo.

Las ciudades principales no sólo gozaban de estatutos especiales, sino que estaban, en general, administradas por representantes nombrados directamente por el gobierno central, los que conformaban unos gobiernos locales caracterizados por la falta de una tradición democrática que sustentara una mínima representación de los grupos de la sociedad civil no incluidos en los sectores burgueses. Esta situación era reflejo directo de unos estados nacionales que transitaban aún por un proceso de consolidación política, que, al requerir el apoyo de los grupos social y económicamente dominantes que coadyuvasen al mantenimiento de una relativa estabilidad en la estructura global de la sociedad, no daban espacio para una activa y amplia participación ciudadana.

De este modo, el poder local de principios de siglo no llegó a tener una actuación propia que beneficiase a las mayorías populares. Por otra parte, la escasa representatividad política que le correspondía a los ayuntamientos dentro de la organización global del Estado y las precarias condiciones técnicas y financieras de que disponían, no permitieron el desarrollo de una gestión relevante, que operara con independencia de los mandatos del gobierno central.

En este estado de cosas, la debilidad de los ayuntamientos era manifiesta, inhibiendo el desarrollo y la consolidación de la función básica para la que originariamente fueron creados: ser catalizadores de las demandas de una sociedad urbana heterogénea. Sus actividades se limitaban al desarrollo de las pocas iniciativas que permitía el estrecho espacio de maniobras del poder municipal. Eran eminentemente instituciones que sobrevivían al margen del desarrollo urbano —entendido en un sentido económico y social amplio—, dedicadas a satisfacer las necesidades de los grupos dominantes. Sus actividades se limitaban a asegurar el funcionamiento y el control de la ciudad formal, sin intervenir, excepto en situaciones extremas, en la ciudad informal que crecía libremente en los arrabales.

Como administración dedicada a la recaudación de impuestos, su escaso poder nunca logró hacer de la hacienda local una fuente de inversiones para proyectos urbanos autofinanciados. Este factor acentuó la dependencia del gobierno central para acometer cualquier obra pública dirigida a la adecuación y la mejora de unas ciudades que ya comenzaban a mostrar un considerable aumento poblacional y una marcada ampliación de sus plantas urbanas.

Las prácticas urbanísticas

El rápido crecimiento demográfico y la expansión física que habían experimentado muchas de las ciudades sudamericanas durante los últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, facilitaron el traslado al continente de las ideas y las prácticas urbanísticas que habían comenzado a desarrollarse en Europa a partir de 1850 como reacción a los efectos espaciales provocados por la revolución industrial y por la expansión del capitalismo. Asimismo, la tradicional dependencia cultural y el afán de conseguir una imagen urbana equiparable a las capitales

europeas, impulsó la aplicación, en las principales ciudades sudamericanas, de nuevas fórmulas de tratamiento que permitiesen resolver las dificultades funcionales y estéticas generadas por el aumento de la población y el asentamiento de nuevas actividades sobre tramas urbanas poco adecuadas para absorberlas sin dificultad.

Aunque los problemas urbanos que enfrentaban los distintos países de la región variaban según la escala y la intensidad de su crecimiento, la situación económica y el interés social y político por resolverlos, casi todas las ciudades optaron por incorporar soluciones técnicas y de imagen basadas en las tendencias europeas en boga. El trasvase de ideas y principios urbanísticos aumentó entre los años 1920 y 1930, cuando hicieron su aparición en el continente los primeros urbanistas locales formados en Europa. Sin embargo, como se verá más adelante, no todas las ideas ni todas las actuaciones concebidas en Europa tuvieron aplicación en las ciudades sudamericanas.

A partir de 1900, las transformaciones operadas en las principales ciudades comenzaban a ser evidentes, tanto en los aspectos arquitectónicos como urbanísticos. La actividad privada estuvo eminentemente dedicada a la construcción de viviendas individuales para los sectores burgueses de mayores ingresos, rivalizando en estilos, tamaños y comodidades, mientras que los gobiernos locales emprendieron la adecuación de los antiguos centros coloniales, incorporando nuevas infraestructuras y modernos equipamientos, aun a costa de recurrir a préstamos y a ayudas técnicas externas. El tendido de redes de agua potable y de desagües cloacales, la construcción de líneas de tranvía y la pavimentación de calles, el ensanche de algunas vías de circulación transformadas en avenidas para resolver las necesidades del transporte automotor, la ampliación de los servicios de transporte colectivo, fueron, entre otros, los principales servicios incorporados a la ciudad. También se inició la construcción de numerosos equipamientos —hospitales, baños públicos, mercados, puertos, cementerios, escuelas, edificios administrativos, parques urbanos—, que, en conjunto, mejoraron notablemente la calidad de vida de las principales ciudades. Estas soluciones, sin embargo, sólo afectaron en forma parcial los tejidos existentes, y de ningún modo correspondían a una programación que siguiese pautas de algún proyecto global para la ciudad.

Además de proceder a la inclusión de estos adelantos en materia de infraestructura y de servicios, primó por encima de todo una espe-

cial sensibilidad para incorporar mejoras en aspectos más cercanos al logro de una imagen urbana equilibrada que a la solución de los problemas sociales de los grupos menos favorecidos. Aun cuando los principios de los movimientos sanitaristas y filantrópicos ingleses inspiraron las primeras ordenanzas municipales de edificación y ambientales, las principales contribuciones urbanísticas provenían de las tendencias francesas dedicadas al tratamiento del espacio urbano. Los ayuntamientos incorporaron a sus ciudades algunas de las propuestas haussmannianas para París, buscando la creación de perspectivas barrocas apoyadas en edificios y monumentos de interés, la ordenación interna de los barrios populares a través de actuaciones de cirugía o la armonía de los bulevares arbolados. Los amplios parques públicos que se crearon en este período estaban inspirados en la paisajística anglosajona.

A principios de siglo, la elaboración de planes reguladores para las principales ciudades no era una práctica extendida en la región. Sólo algunas de ellas, como Buenos Aires y La Habana, contaron con este instrumento de ordenación, del que sólo se llegaron a concretar algunas de las ideas originales que los urbanistas contratados —la mayoría de origen francés— habían propuesto para la ciudad. Su aplicación parcial llegó a plasmarse en trabajos de embellecimiento para los espacios urbanos centrales, con obras representativas financiadas por el Estado y en mejoras incorporadas a las áreas residenciales de las burguesías locales.

Las ideas proclamadas por Le Corbusier y los congresos internacionales de arquitectura moderna durante los años veinte fueron determinantes para la organización de las ciudades sudamericanas. La separación de funciones urbanas, las unidades colectivas de habitación, los ejes de circulación jerarquizados y el trazado de supermanzanas fueron las ideas que comenzaron a dominar el panorama urbanístico de la época. Estos conceptos, conjuntamente con los croquis preparados por el mismo Le Corbusier en 1929 para Río de Janeiro, São Paulo y Buenos Aires, abrieron en el continente una nueva forma de pensar sobre la ciudad moderna. A partir de estas ideas se elaborarían numerosos proyectos, la mayoría de los cuales no tendrían mayor trascendencia, y otros, como en el caso de Brasilia, llegarían con el tiempo a concretarse.

Fuera de la escala de los planes reguladores y dentro de los temas urbanísticos cotidianos, el problema de la vivienda y de las condiciones de vida de los grupos de menores ingresos comenzaba a ser preocupan-

te. Siguiendo a la concepción higienista dominante a fines del siglo XIX, se dictaron las primeras regulaciones, que dieron lugar a posteriores códigos de edificación en los que se determinaban el ancho y trazado de los viales y la alineación obligatoria de las edificaciones, sin otras diposiciones que afectaran la libre construcción dentro de las parcelas.

Las ciudades crecieron anárquicamente durante las primeras décadas del siglo, oscilando entre las iniciativas públicas de mejoramiento urbano planteadas como proyectos puntuales no incluidos en una idea rectora general, y la actividad privada, dedicada mayoritariamente a la construcción de espacios residenciales. La resultante formal de estas actuaciones reflejaba la estructura social que contenía, mostrando una clara segregación por niveles de ingreso: distritos burgueses resueltos con una arquitectura de alta calidad, barrios para los grupos medios con viviendas unifamiliares autoconstruidas o unidades colectivas promovidas por empresas inmobiliarias, y sectores populares, que se repartían entre los conventillos y las construcciones especulativas del centro y los empobrecidos arrabales periféricos.

La crisis de los años treinta y los cambios en el modelo productivo

La depresión económica que siguió al *crack* de la bolsa americana en 1929 cerró el ciclo de prosperidad por el que transitaban los distintos países sudamericanos. Los efectos de la crisis fueron devastadores, ya que incidieron directamente sobre el equilibrio estructural conseguido a través de los siglos. La fractura del orden anterior se produjo cuando la conjunción simultánea de dos situaciones adversas —el descenso de los volúmenes de exportación y el hundimiento de los precios de mercado de las materias primas— no encontraron una respuesta alternativa que revirtiera el deterioro económico. El impacto de la crisis modificó profundamente el esquema de las relaciones internacionales mantenido hasta ese momento, con repercusiones que afectaron todos los aspectos de la vida económica y social del continente, siendo necesario que transcurrieran casi veinte años más para conseguir recuperar los niveles de crecimiento alcanzados en 1929.

Los distintos países comenzaron, inesperadamente, a ver fuertemente amenazadas sus finanzas, dada la extrema dependencia que los

sistemas fiscales presentaban respecto de los gravámenes impuestos a las exportaciones. De este modo, no sólo no pudieron hacer frente a las inversiones necesarias para mantener un mínimo desarrollo interno, sino que, además, no tuvieron capacidad para asumir el pago de las deudas contraídas con anterioridad ante la banca internacional. Sólo Argentina —gracias al potencial económico que había logrado acumular durante las primeras décadas del siglo— pudo responder a sus obligaciones. Para el resto del continente, la imposibilidad de asumir durante los años treinta los compromisos contraídos con anterioridad a la crisis, representa el germen de la deuda externa que hoy los agobia.

El período que abarca las décadas de los años treinta y cuarenta correspondió a una fase de grandes transformaciones en el seno de las sociedades sudamericanas, que se ven compelidas a buscar nuevas fórmulas y frentes de producción diferentes que permitieran superar las limitaciones al desarrollo sostenido del modelo agroexportador. El ajuste de las estructuras económicas y sociales de los distintos países a las necesidades de la coyuntura no conformó en modo algunos un proceso homogéneo. Por el contrario, el dislocamiento del esquema económico tradicional no sólo había demostrado la profunda debilidad de los modelos económicos altamente especializados para resistir y adecuarse a cualquier coyuntura adversa, sino que, además, había puesto en evidencia la incapacidad de las bases sociales y de las estructuras territoriales de soporte existentes para generar soluciones rápidas bajo circunstancias desfavorables.

La realidad interna de las distintas regiones sudamericanas constituía un mosaico heterogéneo de situaciones —no comparables entre sí excepto en sus desequilibrios estructurales—, producto de un estilo de crecimiento que había conferido a sus sociedades formas propias y distintas posibilidades de adaptación a las nuevas circunstancias. Solamente los pocos países que anteriormente habían conseguido organizar un incipiente desarrollo industrial tuvieron bases reales para enfrentar el cambio. Después de 1930, el ingreso de productos manufacturados a Sudamérica estuvo severamente limitado por la coexistencia de dos aspectos derivados de la depresión, opuestos en su origen pero concurrentes en sus resultados: la reducción de la producción industrial en los países centrales y las restricciones a la importación en los países periféricos. En consecuencia, las necesidades de abastecimiento de un amplio mercado interno, anteriormente satisfecho desde el exterior, defi-

nían una parcela de actuación propicia para el desarrollo de iniciativas locales dirigidas a la industrialización y a la diversificación de las estructuras de producción.

Una vez sobrepasada la parálisis provocada por la desorientación inicial, comienzan a registrarse a lo largo de la década de los treinta los primeros indicios de una nueva forma de crecimiento económico basada en la industrialización sustitutoria de las importaciones. Este estilo de desarrollo, que con distintos ritmos dominará el continente durante el período 1945-1965, encontró en los grandes núcleos urbanos existentes los dos elementos que necesitaba para sentar las bases iniciales y asegurar su posterior consolidación. Por un lado, la presencia de mercados internos fortalecidos con los aportes migratorios de origen rural, con capacidad para ofrecer en primer lugar la mano de obra necesaria, y, en segundo lugar, ampliar el espacio de consumo de los bienes localmente producidos, ya que la incorporación de una parte importante de la población urbana a las nuevas actividades productivas aseguraría un incremento de la renta. Por otro lado, las ciudades ya poseían cierta infraestructura de soporte para la producción —energía, vías de comunicación, disponibilidad de suelos—, que, aunque elementales, eran suficientes para facilitar la radicación de las empresas en su entorno inmediato.

El camino de la industrialización sustitutiva de importaciones no fue fácil y estuvo desde el principio altamente condicionado por la presencia de factores externos a su propia estructura, situación que afectaría en el mediano y el largo plazo el desarrollo industrial de las distintas regiones del continente. Si bien, dentro del ámbito de los grupos empresariales nacionales que apostaban por la implantación del nuevo modelo económico, existían los capitales necesarios para invertir y la decisión de impulsar el proyecto, también éstos tenían la convicción de que, una vez iniciado el proceso con las preexistencias locales, sería obligadamente necesaria la importación de bienes y equipos de origen extranjero, situación que podría superarse una vez que los países centrales hubieran eliminado las barreras a la exportación y cuando los países periféricos hubieran aumentado sus ingresos de divisas, imprescindibles para la adquisición de las maquinarias y las patentes necesarias. Se trataba, en el fondo, de un proyecto económico condicionado por un nuevo tipo de dependencia.

A pesar de estas limitaciones iniciales, entre la Segunda Guerra Mundial y hasta los años cincuenta, en aquellos países donde existían las precondiciones para el desarrollo de una industrialización sostenida —mano de obra, capitales y políticas especiales de apoyo—, muchas inversiones de origen nacional, con apoyo de sus respectivos gobiernos, fueron canalizadas hacia el sector manufacturero, especialmente hacia la producción de bienes ligeros. Argentina y Brasil fueron los países que más positivamente asumieron el crecimiento industrial, transformándose hacia mediados de siglo en los paradigmas de las modernas sociedades sudamericanas en evolución. En el resto del continente, donde las situaciones de partida eran diferentes, se dieron dos tendencias opuestas: en algunas áreas, la incipiente actividad manufacturera se estancó —tal fue el caso de Uruguay— y, en otras, no se pudo llegar a la promoción de ninguna diversificación de la economía, permaneciendo el sector agroexportador tradicional como sostén del crecimiento, aún en niveles mínimos y a la espera de cambios en el panorama internacional.

En síntesis, hasta los años cincuenta, el proceso de sustitución de importaciones había afectado solamente a aquellos países donde el deterioro de la economía agraria exportadora, el nivel de industrialización alcanzado y la flexibilidad relativa de sus estructuras sociales permitieron el desplazamiento progresivo del poder económico desde el tradicional segmento oligárquico hasta el nuevo grupo social compuesto por el empresariado industrial. En el resto del continente, la mayoría de los países no pudieron abandonar el modelo agroexportador, al no existir ni la madurez política ni las condiciones sociales que permitiesen un cambio radical en las relaciones económicas y sociales consolidadas a lo largo de siglos.

Economía y sociedad durante el cambio de modelo

En los años inmediatamente posteriores a 1929, los cambios registrados en la economía internacional y su impacto en las estructuras productivas locales tuvieron su reflejo en el panorama social y político del continente. La crisis que soportó el modelo agroexportador durante los años treinta estuvo acompañada por una paralela desestabilización de los grupos terratenientes, al desaparecer repentinamente las estrechas relaciones que mantenían con los capitales extranjeros y con los gobier-

nos nacionales. La obligada reducción de las actividades comerciales de los primeros, y la búsqueda de soluciones económicas para dar respuesta al imparable deterioro de las economías nacionales de los segundos, dejaron desprotegido y sin apoyo al sector social que históricamente había mantenido con su actividad el crecimiento de la región.

A pesar de que el modelo agroexportador se caracterizaba por promover una concentración acusada de las ganancias en pocas manos, la estructura del sistema permitía una redistribución de los beneficios —especialmente a través del comercio y los servicios—, que, aunque insatisfactoria, llegaba hasta los grupos medios y bajos, los cuales, dentro de la ideología imperante, apoyaban el modelo existente sin demasiados cuestionamientos. Este equilibrio social desapareció con la crisis, amenazado por el creciente empobrecimiento y el descontento social. En gran parte del continente se produjo la quiebra de las relaciones sociales preexistentes, debiendo buscar los gobiernos nacionales nuevas fórmulas de participación que permitiesen sobrellevar el hundimiento de sus frágiles economías.

El panorama político que emergió a partir de 1929 no implicó un cambio en su carácter centralista del Estado ni el relego o la desaparición de las antiguas clases dominantes, quienes, por el contrario, continuaron incidiendo directa o indirectamente en las decisiones estatales en materia de política económica. En la década de los treinta, algunos países asistieron a un afianzamiento en la estructura de poder de la oligarquía terrateniente tradicional (Argentina y Uruguay), otros organizaron sus regímenes sobre bases sociales heterogéneas (Brasil), mientras que algunos comenzaron a recorrer un camino errático que se tradujo en recurrentes crisis de gobierno (Ecuador). Cualquiera que fuese la modalidad de gobierno que cada país buscaba establecer, todos ellos intentaron paliar los efectos de la coyuntura protegiendo aún más el modelo agroexportador. Durante casi toda esta década, las políticas emitidas desde los gobiernos nacionales estuvieron dirigidas a reforzar la dinámica de este sector de la economía, sin que se propusieran medidas que comenzaran a modificar este estilo de crecimiento y las relaciones sociales que lo sostenían.

A pesar de estos esfuerzos —subvenciones a los productos agrarios, compras de cosechas por el Estado, sucesivas depreciaciones monetarias, convenios con los países importadores para fijar cuotas de compra a cambio de ventajas para la inversión, entre otras medidas—, la

agroexportación daba muestras inequívocas de agotamiento y de incapacidad para promover un crecimiento económico similar al de antaño. Así lo entendieron los todavía poco relevantes grupos empresariales dedicados a la actividad industrial, quienes encontraron en la coyuntura desfavorable un punto de apoyo en sus esfuerzos por conseguir la ampliación de su parcela de poder.

Paralelamente a los cambios económicos y políticos, desde el punto de vista demográfico, la década de los treinta registró modificaciones destacables en las tasas de crecimiento de la región. Si bien existió un aumento real en el volumen total de la población, producto de los avances logrados en el área de la sanidad y de los aportes de la segunda oleada de migraciones internacionales que llegaron al continente durante la segunda década del siglo, las modificaciones más notables durante la crisis fueron los cambios detectados en la distribución de las regiones con mayor crecimiento poblacional. El ritmo de crecimiento se redujo en algunas áreas como resultado de la situación económica provocada por la crisis. El paro y la inflación fueron factores determinantes para limitar el aumento de las familias en los países con un mayor desarrollo relativo. En el Cono Sur —Argentina, Chile y Uruguay—, los valores demográficos comienzan a mostrar un fuerte estancamiento e incluso una recesión, mientras que Colombia, en el extremo norte, conjuntamente con México y los países centroamericanos, inician a partir de 1940 una expansión acelerada. La población del resto de los otros países también aumenta aunque con un ritmo más moderado [11].

La incidencia de las migraciones internas, si bien no modifica los valores poblacionales, comienza a ser un fenómeno más acusado que en las décadas anteriores, reforzado por situaciones ya existentes en el ámbito rural y por la emergencia de otras nuevas. Los factores que intervenían en la generación del éxodo rural eran diferentes según la realidad existente en las distintas regiones, aunque todos tenían en su origen elementos comunes: más allá de la dependencia de las condiciones climáticas, que aleatoriamente definía años buenos y malos para la producción, y las exigencias cambiantes del mercado internacional, el mayor escollo radicaba en la permanencia de una estructura agraria apenas

[11] García, R.; Cordero, F., e Izquierdo, A., *op. cit.*, pp. 24-25.

modificada, incapaz de generar nuevos empleos para radicar en el sitio una población rural cada vez más numerosa.

Tanto los extensos latifundios —con su rígida estructura de clases, salarios bajos, aprovechamiento insuficiente de los recursos naturales y poca productividad—, como los minifundios dedicados a la agricultura de subsistencia, se caracterizaban por su limitada capacidad de absorber mano de obra. Esta restricción laboral comenzaba a ser más aguda con la introducción de mejoras tecnológicas que amenazaban con restringir aún más las posibilidades de trabajo agrario. Por último, los bajos niveles de vida y la carencia de los servicios mínimos para la población completaban una situación desfavorable que impulsaba al abandono del campo y el camino hacia las ciudades, cambiando en muchos casos una pobreza rural por otra pobreza urbana.

De este modo, durante la década de los treinta se registra una serie de sucesos que comienzan a modificar las dinámicas territoriales para ir adecuándolas progresivamente a las demandas del crecimiento industrial, que, aunque fuertemente apoyado en el modelo agroexportador, adquiere su máxima consolidación hacia mediados de siglo.

Industrialización y cambio de las estructuras productivas

Con distinto grado de desarrollo, en los años cuarenta, la industrialización de productos ligeros era una realidad que arrojaba resultados interesantes en los países más desarrollados del área, tanto en los aspectos referentes a los niveles de producción como en la estabilidad que confería a la economía en general, al brindar una oferta de trabajo capaz de absorber el desempleo y elevar los niveles de renta de grandes segmentos de la población. Paulatinamente, el concepto que equiparaba industrialización con desarrollo interior comenzó a difundirse en el continente. Hacia 1945, aun con distintas modalidades y diferentes grados de éxito, la industrialización sustitutiva de importaciones fue implantándose en toda la región siguiendo denominadores comunes: alta participación del Estado a través de políticas económicas inductivas del desarrollo, modernización de las formas de vida y de consumo siguiendo los patrones de las sociedades más avanzadas, ampliación de las capas asalariadas y grandes mejoras en las condiciones de vida de la población en general.

La Segunda Guerra Mundial no significó un obstáculo para el crecimiento económico del continente ni una limitación para el desarrollo de su proceso de industrialización. Contrariamente, al tratarse de un conflicto que no amenazaba en forma agresiva las economías de los países implicados en la acción bélica, las relaciones comerciales con los países exportadores de materias primas recomenzaron con un ritmo creciente. Así, el sector agroexportador encontró nuevamente ampliado su mercado después de casi quince años de restricciones, mientras que el sector industrial pudo continuar su expansión a pesar de las limitaciones que la obsolescencia técnica de sus maquinarias y la dificultad para la importación de equipos significaba para su evolución futura.

Esta fórmula mixta permitió un rápido crecimiento de las economías más desarrolladas, apoyado en altas tasas de ahorro interno que a su vez posibilitaba la generación de un flujo sostenido de inversiones. Por su parte, el apoyo estatal al desarrollo industrial se reflejaba en medidas concretas que abarcaban desde la protección arancelaria y los créditos subsidiados hasta la construcción de infraestructuras de sostén, financiada en la mayoría de los casos por las rentas devenidas del sector agropecuario. El impulso económico conseguido durante la posguerra permitió llegar a cotas de crecimiento nunca antes registradas. Entre 1945 y 1957, el producto interior bruto iberoamericano registró un incremento anual medio del 5 por ciento, crecimiento alcanzado fundamentalmente por la expansión del sector agropecuario, que para entonces ya había comenzado a adquirir características modernas. La manufactura se aceleró igualmente consiguiendo grados asombrosos: Argentina aumentó su producción industrial en un 50 por ciento entre 1945 y 1955, y Uruguay un 120 por ciento entre 1943 y 1955, mientras que Brasil llegó al 123 por ciento entre 1945 y 1957 [12].

La favorable evolución de estas economías nacionales auguraba un futuro esperanzador para Sudamérica, perspectiva que además otorgaba al continente un especial atractivo como área para la inversión extranjera. Después de 1945, los capitales foráneos, liberados ya de los obstáculos generados por el conflicto, comenzaron nuevamente a incursionar el territorio en búsqueda de espacios idóneos para su radicación. El trato preferencial que los gobiernos daban a la inversión extranjera

[12] Constantini, P. G., *op. cit.*, p. 48.

en general, la existencia de un tejido empresarial de origen nacional ya consolidado y la presencia de una infraestructura territorial aceptable, fueron los factores clave que permitieron a los capitales externos —especialmente de origen norteamericano— definir sus ambitos de actuación.

Obviamente, como ocurrió en épocas anteriores, el ingreso de inversiones extranjeras al área no respondía únicamente a las estrategias de generación de beneficios del capital internacional: también contaban con el decidido apoyo de los principales grupos locales. Hacia mediados de siglo, los resultados de la asociación entre las fracciones más dinámicas de las sociedades nacionales y las firmas transnacionales que operaban en el área comenzaron a desequilibrar las estructuras económicas conseguidas entre la depresión y la posguerra. Con la adopción de nuevas formas de producción, tendentes a lograr una mayor rentabilidad de las inversiones, comenzarán a surgir en el continente una serie de conflictos sociales, que tendrán su mayor desarrollo durante de la segunda mitad del siglo XX.

Industrialización y urbanización

Los profundos cambios que a partir de los años treinta soportaron las estructuras socioeconómicas de la región, tuvieron una repercusión directa en la organización territorial moldeada según las necesidades del modelo agroexportador. La implantación del modelo de crecimiento industrial transformó sustancialmente el anterior patrón funcional, aunque sin modificar la organización física de las estructuras territoriales heredadas. El nuevo modelo se apoyó sobre el sistema de ciudades preexistente, aprovechando las ventajas que las áreas urbanas ofrecían para maximizar las estrategias de acumulación de las nuevas empresas industriales: abundante fuerza de trabajo, amplios mercados internos de consumo, medios de transporte que facilitaban las vinculaciones con el interior del país y con el exterior y ciertas economías de aglomeración. Éstos fueron los factores determinantes que seleccionaron las periferias de los principales centros urbanos como espacios óptimos para la radicación de las plantas fabriles.

El resultado espacial de la industrialización fue el fortalecimiento de la centralidad y primacía de las principales ciudades, acelerando un

proceso de urbanización selectivo, que, a diferencia de lo ocurrido en la correspondiente etapa de industrialización de los países centrales, tenía sus orígenes ya en períodos anteriores. Ciertamente, aunque el crecimiento urbano como respuesta al desarrollo industrial comienza a ser evidente hacia finales de los años cuarenta, las áreas urbanas de Sudamérica —tal como se señaló— habían jugado un papel predominante en la dinámica de estructuración del territorio mucho antes de que el proceso de sustitución de importaciones comience a consolidarse. El aumento de la población urbana llegó durante los años cincuenta a duplicar el aumento de la población rural, con lo que se llegó a importantes tasas de urbanización.

Las ciudades, transformadas en nuevos centros de atracción para la fuerza de trabajo rural afectada por las recurrentes fluctuaciones en la economía agropecuaria, diversificaron aceleradamente sus actividades al incorporar un nuevo sector productivo y ampliar el sector terciario. Los principales centros urbanos —generalmente las capitales de estado— crecieron como puntos nodales gracias a la concentración fabril en su entorno inmediato. Lima, Santiago, Buenos Aires, Montevideo y São Paulo vieron surgir en sus periferias extensos sectores industriales, conformando hacia mediados de siglo la imagen del desarrollo y la modernización que sus gobiernos y sociedades habían buscado consolidar durante casi dos décadas.

Sin embargo, el desarrollo y la modernización de las estructuras económicas de los países que optaron por el nuevo modelo, sólo afectaron a los tejidos productivos y a los grupos sociales incluidos en aquellas áreas urbanas seleccionadas para la localización industrial. En estas ciudades, la significativa transformación de la estructura de empleo y la ampliación sin precedentes de las oportunidades puso en crisis la tradicional sociedad oligárquica. La elite comenzó a cambiar su naturaleza como resultado del nuevo pacto social, permitiendo la admisión gradual de empresarios industriales, administrativos y tecnócratas. Por su parte, el empleo industrial dio lugar en las clases populares a la conformación de grupos obreros organizados y a la desaparición del artesanado, estableciendo una jerarquía social definida esta vez por los oficios industriales. Esta nueva situación facilitó la apertura del ascenso social, que culminó con la efectiva incorporación de algunos grupos pertenecientes a las capas de menores recursos, en la clase media, fortaleciendo el pa-

pel central que esta última jugó en las sociedades urbanas de mediados de siglo.

La falta de canales que asegurasen una redistribución permanente de los beneficios generados en las ciudades hacia el interior de los territorios nacionales, comenzaron a ampliar las distancias entre los centros y las periferias locales. Los desequilibrios espaciales que imponía la concentración de actividades dinámicas en pocos puntos, no formaron parte de las preocupaciones inmediatas de los gobiernos y clases dirigentes, urgidos por alcanzar una revitalización económica sostenida. Esta visión limitada de la realidad, dedicada a la búsqueda de soluciones inmediatas, no tuvo consecuencias importantes durante las primeras décadas de la industrialización acelerada. Será en los años posteriores a la segunda mitad del siglo cuando la magnitud de los problemas no resueltos alcance cotas que hicieron insuperable el distanciamiento entre el mundo desarrollado de las ciudades y las deprimidas regiones interiores.

Las ciudades en la primera etapa de la industrialización

La atracción de las áreas urbanas fue, a partir de los años cuarenta, irresistible, especialmente si en éstas se estaba produciendo el salto hacia la industrialización. El proceso migratorio comenzó a acelerarse notablemente con la diversificación económica registrada en las ciudades durante los años cuarenta y cincuenta, traspasando masivos contingentes poblacionales desde las estancadas áreas rurales a los dinámicos centros urbanos. En este período, algunas ciudades alcanzaron tal importancia que la incidencia de sus pesos específicos dentro de las estructuras territoriales fueron determinantes para el ahondamiento de los desequilibrios territoriales existentes.

Los cambios demográficos que culminaron con la explosión urbana de los años cincuenta, provocaron la emergencia de dos fenómenos de distinto signo que afectaron la anterior organización del espacio: el crecimiento de las ciudades de mayor jerarquía —capitales nacionales y de provincia— y el estancamiento o el despoblamiento de los núcleos menores —ciudades y pueblos— localizados fuera de las nuevas áreas de desarrollo económico. La red urbana heredada del siglo XIX, que aunque desigual había permitido el establecimiento de activos centros de pequeño y mediano rango que apoyaban a la producción interior, fue de-

bilitándose paulatinamente por el trasvase de la población, que llegó incluso a trasponer fronteras nacionales. Las migraciones por motivos de trabajo comenzaron a ser comunes entre países limítrofes, siendo notables por su número los desplazamientos de bolivianos y paraguayos a Argentina y de colombianos a Venezuela.

El resultado espacial de este crecimiento fue extraordinario. A partir de 1930 comenzó el crecimiento poblacional y la extensión física de las grandes ciudades. El fenómeno se concentró en primer término en los centros que habían iniciado tempranamente su fase de rápida urbanización —Buenos Aires, Río de Janeiro, São Paulo, Montevideo y Santiago de Chile— y, posteriormente, entre 1940 y 1950, el proceso afectó a Lima, Caracas y Bogotá. Comparando los datos censales disponibles, si en 1900 sólo pocas ciudades sudamericanas superaban los 100.000 habitantes, en los años cuarenta estos valores alcanzaron niveles inimaginables a principio de siglo: Río de Janeiro, São Paulo y Buenos Aires superaban el millón de habitantes, contando la capital argentina con una población de 2,5 millones de personas, situación que la incluía entre las mayores ciudades de la época. Cuatro ciudades sobrepasaban el medio millón —Lima, Rosario, Montevideo y Santiago de Chile—, y diez las 200.000 personas: Bogotá y Caracas, Recife, Salvador y Porto Alegre en Brasil, Avellaneda, Córdoba y La Plata en Argentina, La Paz en Bolivia y Valparaíso en Chile [13].

Los cambios urbanos devenidos de la industrialización fueron rotundos: aumento de la densidad por hectárea debido a la construcción de viviendas multifamiliares, incremento de los precios en el mercado de suelo y bienes inmuebles, parcelaciones indiscriminadas en las periferias, problemas con el transporte público y las comunicaciones, que alcanzaban grados críticos al igual que en los suministros de energía y agua y con el sistema de alcantarillado, servicios todos que debían satisfacer tanto a las necesidades de la creciente población como a las demandas industriales. La recolección de residuos urbanos, los servicios de correos y teléfonos, de bomberos y de policía debieron ampliarse y renovarse. Los cascos antiguos —otrora lugar de residencia de las capas de mayores ingresos que emigraron buscando mejores zonas de locali-

[13] Romero, J. L., *Latinoamérica: las ciudades y las ideas*, Siglo XXI, Argentina Editores, Buenos Aires, 1976, pp. 327-328.

zación— aceleraron su despoblamiento y cayeron en el abandono, tugurizándose al ser ocupados por grupos de rentas bajas. Mientras tanto, en el extrarradio, las barriadas periféricas aumentaban en extensión, llegando a formar una parte sustancial de la estructura física de muchas ciudades. El avance en los sistemas de transporte —autobuses, tranvías y trenes suburbanos— permitió la extensión ilimitada y el ahondamiento de las deseconomías internas de las ciudades.

La fusión entre los grupos de inmigrantes procedentes del interior y los sectores populares y de la baja clase media pertenecientes a la sociedad tradicional permitió la constitución de una numerosa base social que, ante la presión de demandas urbanas insatisfechas, abandonó su tradicional actitud de reserva. El aumento progresivo de los marginados urbanos, que subsistían gracias a las mínimas alternativas que le permitía la economía informal localizada en los intersticios del sistema económico, comenzó a consolidar un estrato nuevo dentro de la sociedad industrial. La proliferación de la población marginada de las grandes ciudades representa desde los años cincuenta uno de los hechos demográficos más relevantes del continente [14].

La estabilidad social que se había alcanzado en las ciudades de principio de siglo había desaparecido, dando lugar a la necesaria intervención estatal en la resolución de los problemas derivados de un imparable crecimiento urbano, que no estuvo acompañado, en su momento, de medidas de control y regulación que permitiese incorporar nuevas actividades y una mayor población en los asentamientos de mayor jerarquía.

La actividad urbanística durante la expansión urbana

La expansión de las ciudades de los años cuarenta y cincuenta y la organización interna de los gobiernos locales para hacer frente a una necesaria ordenación urbana en gran escala fueron dos procesos que no se desarrollaron simultáneamente en el tiempo. Por el contrario, en este

[14] Lommitz, L., «La Marginalidad como factor de crecimiento demográfico», en *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1978, p. 316.

período los ayuntamientos continuaron funcionando arrastrando sus crónicas deficiencias estructurales, ahondadas por la incapacidad real de hacer frente a las múltiples consecuencias que significaba para las ciudades una coyuntura económica favorable sin controles urbanísticos adecuados.

En esta época de bonanza y enriquecimiento generalizado, las ciudades crecieron sin necesidad de que sus gobiernos actuasen como agentes impulsores del desarrollo: los grupos promotores del crecimiento urbano —inmobiliarias y empresas constructoras— operaban en el espacio urbano siguiendo casi sin limitaciones las orientaciones de sus estrategias comerciales. Las actuaciones públicas continuaron concentradas en la dotación de infraestructuras y servicios, dirigidos esta vez a mejorar las condiciones generales de la población y de la industria, necesarias para apoyar directamente a la expansión productiva.

De este modo, los ayuntamientos tuvieron que resolver los efectos del acelerado crecimiento urbano respondiendo a necesidades nuevas no incluidas en el contenido de los pocos planes reguladores vigentes. El fracaso de la aplicación de criterios procedentes de Europa a una realidad urbana caracterizada por un fuerte crecimiento se hizo evidente: la ordenación de las ciudades sudamericanas no podía ser conseguida a través de esquemas organizativos basados exclusivamente en el diseño urbano. La situación en la región era diferente: se trataba de un proceso de crecimiento urbano sin urbanización. A diferencia de los países más desarrollados, la industrialización no había sido el motor de la urbanización, siendo un proceso posterior e incompleto.

Las ciudades comenzaron a cambiar su fisonomía anterior dejando de ser estructuras unitarias para transformarse en un anárquico agregado de partes. Mal preparadas para recibir un volumen de población tan importante y con gobiernos locales poco capacitados para enfrentar la magnitud de los problemas suscitados en el seno de las sociedades urbanas, la organización de las ciudades de mediados de siglo oscilaba entre la especulación privada y la improvisación pública, que sólo pudo emprender en forma descoordinada algunos programas sectoriales, y esto entre los vaivenes económicos y políticos que agitaban a los distintos países.

Por otro lado, dada la incapacidad de los ayuntamientos para generar sus propias políticas internas, tampoco existieron en este período posibilidades de canalizar inversiones para la creación de mercados al-

ternativos que pudiesen trasladar la dinámica del crecimiento hacia otras áreas distintas a las tradicionales. Además, la falta de una perspectiva regional dentro de las políticas emitidas por los gobiernos centrales, impidió la creación de una actitud reguladora que desde el propio Estado controlase la localización en el espacio de las actividades económicas que afectaban al desarrollo de las ciudades.

La inexistencia de recursos institucionales capaces de efectivizar un control mínimo en el uso del suelo, la limitada preparación de los profesionales incluidos en los cuadros municipales para generar iniciativas de solución a los grandes problemas, la poca capacidad de gestión de los niveles políticos y el permanente estado financiero deficitario de los ayuntamientos para hacer frente a las demandas urbanas —especialmente las de los grupos de menores recursos con poca capacidad de pago por los servicios— eran los factores que definían la inoperancia de cualquier sistema de planeamiento que actuase más allá de la mera organización física de los asentamientos urbanos. Así, la ciudad no llegó a ser pensada como una entidad afectada por problemas sociales y económicos hasta apenas iniciada la segunda mitad del siglo XX.

Capítulo VI

SEGUNDA MITAD DEL SIGLO XX. DE LA INDUSTRIALIZACIÓN AL DETERIORO DE LAS ESTRUCTURAS ECONÓMICAS Y SOCIALES

La expansion economica durante el proceso de sustitución de importaciones

La década de los cincuenta inauguró en Sudamérica un período de gran expansión económica cuya bonanza se extendió hasta la mitad de los años setenta. El ritmo de crecimiento que había alcanzado el proceso de sustitución de importaciones en la posguerra fue tan acelerado que llegó a duplicar el nivel de producción conseguido durante la primera mitad del siglo. Las cifras son elocuentes al respecto: si en el período 1900-1950 la producción industrial del continente había crecido a una tasa media anual de 2,8 por ciento, entre los años 1950 y 1975 este valor se había elevado a 6,1 por ciento, superior al promedio alcanzado por las economías industriales maduras de Estados Unidos y Europa Occidental, aunque inferior al logrado en el mismo período por las economías en rápida expansión como Japón o los países socialistas.

Sin embargo, estas positivas magnitudes macroeconómicas no reflejan de qué modo se había producido la distribución regional del crecimiento. El análisis detallado de los datos existentes para 1950 revela la gran distancia que mediaba entre los países que habían conseguido llegar a un nivel de industrialización relativamente avanzado —notablemente el Cono Sur— y los restantes países y las diferencias que esta situación implicaba para el equilibrio de la región en su conjunto. En aquel año, el grado de industrialización de América Latina era del 20 por ciento, valor que sólo superaban Argentina (26 por ciento), Brasil (22 por ciento), Chile (23 por ciento) y Uruguay (22 por ciento). Los

niveles alcanzados por los restantes países oscilaban entre el 13 (Colombia) y el 16 (Ecuador) [1].

La heterogeneidad de las situaciones era amplia, aun dentro del grupo de los países más desarrollados. En éstos, el grado de diversificación alcanzado por la producción separaba a Argentina y Brasil —que habían avanzado en ramas tan complejas como la metalurgia y la química y que aportaban en 1950 el 72,4 por ciento de la producción manufacturera iberoamericana— de Chile y Uruguay, que continuaban especializándose en la producción de manufacturas tradicionales [2]. En el resto del continente, las situaciones socioeconómicas existentes hasta mediados de siglo sólo habían permitido el despegue industrial de algunos países —Colombia, Perú y Venezuela—, mientras que otros, incapacitados para superar sus limitaciones estructurales y proceder a la modernización de sus estructuras productivas —Bolivia, Ecuador y Paraguay—, continuaron ligados a sus tradicionales economías agroexportadoras.

Como ya se vio, el éxito inicial del proceso de sustitución de importaciones convirtió a una importante parte del continente en un espacio atractivo para la inversión extranjera. Con la finalización de la Segunda Guerra Mundial, las empresas multinacionales y especialmente norteamericanas habían reiniciado la búsqueda de nuevos mercados, encontrando en las expansionadas economías sudamericanas condiciones idóneas para su implantación y desarrollo. Esta situación de hecho estaba siendo incentivada, además, por una serie de políticas internas tales como el fomento a la exportación de productos manufacturados y de la liberalización de las importaciones, que apoyaban decididamente la radicación de capitales foráneos en su territorio.

Las inversiones extranjeras canalizaron sus esfuerzos hacia dos sectores de actuación preferentes: el área compuesta por los sectores económicos, ya abiertos y consolidados por las firmas nacionales durante los años cuarenta, y otra, de nueva creación, dirigida a desarrollar aquellos sectores productivos que hasta entonces el empresariado local no había comenzado a explotar. En la década de los cincuenta, y siguiendo estrategias muy diferentes a las empleadas por los capitales británicos

[1] Fajnzylber, F., *La industrialización trunca de América Latina*, Editorial Nueva Imagen, México, 1983, pp. 19 y 151.

[2] Constantini, *op. cit.*, p. 48.

que operaron en la región durante la etapa agroexportadora, las inversiones extranjeras estuvieron especialmente dirigidas a captar y liderar las actividades industriales de mayor rentabilidad. Hacia los años sesenta, los capitales transnacionales ya estaban concentrados y ejerciendo el control de los sectores productivos clave del crecimiento industrial de las economías nacionales. Al actuar como filiales, la estrategia operativa de estas firmas estuvo más dirigida a complementar directamente el crecimiento de las empresas centrales en los países de origen —produciendo bienes diseñados en función de estos requerimientos— que a difundir los beneficios de sus actividades en los países de radicación. A pesar de que entre sus objetivos no estaba incluida la promoción del desarrollo local ni la modernización de los esquemas productivos existentes —en rigor, sus plantas fabriles nunca tuvieron una alta complejidad tecnológica—, las iniciativas que incorporaron al panorama económico regional fueron significativas, permitiendo superar el nivel de la industria ligera de bienes de consumo no duradero para incorporar las ramas productoras de bienes de capital, de insumos intermedios y de bienes de consumo duraderos, siempre dirigidos al mercado interno.

La presencia activa de las numerosas empresas extranjeras que operaban en el área y sus actuaciones en espacios relevantes que deberían haber estado liderados por el empresariado local, fueron el resultado previsible de la falta de vocación y de capacidad de estos últimos para delinear, en sus instancias iniciales, un proyecto industrial que planificase las vías de promoción de un desarrollo endógeno de largo alcance, novedoso y capaz de competir en los mercados internacionales. Tampoco los estados asumieron, en los tempranos cuarenta ni después en los cincuenta, un proyecto político que permitiese a las empresas multinacionales desarrollarse siempre que se ajustasen complementariamente a un proceso de industrialización global y propio. Por el contrario, el elemento central de la política de industrialización seguida por la mayoría de los países sudamericanos a mediados de siglo, fue el despliegue de una alta protección a la industria local que, al amparar convenientemente sus deficiencias estructurales, ocultaba sus profundas carencias innovadoras.

El efecto más dramático de la inclusión de estas empresas en el panorama económico regional fue el desplazamiento progresivo del control que hasta entonces habían ejercido los capitales industriales nacionales, los que tuvieron que optar entre proceder a un ajuste de sus es-

tructuras productivas para soportar la competencia, o pactar asociaciones que permitiesen su mantenimiento. Como resultado de este juego de tensiones, comenzaron a perfilarse dos estructuras industriales diferentes que coexistían en el mismo territorio: una que reunía a los capitales nacionales, conformada por una constelación de pequeñas industrias dedicada a manufacturas de tipo tradicional, y otra conformada por las firmas transnacionales, dinámica y tecnológicamente más avanzada.

El rápido crecimiento industrial que había caracterizado a la expansión económica de los principales países sudamericanos desde la posguerra encontró los límites a su desarrollo en la década de los sesenta, cuando comienza a ser evidente una marcada desaceleración productiva. La pérdida de dinamismo de la región no fue un hecho aislado, ya que esta situación coincide en el tiempo con la que se estaba registrando en la economía de los países más desarrollados. Sin embargo, las razones de su emergencia en los países centrales fueron muy distintas a las registradas en los países periféricos. Mientras que, en los primeros, el agotamiento del patrón industrial se explicaba a través de la conjunción de factores adversos tales como el peso creciente de las remuneraciones salariales, la escasez de mano de obra, el aumento de las cargas fiscales o la saturación de la demanda, en los países sudamericanos, estas circunstancias no formaban parte de la problemática que originaba su estancamiento económico, estando afectados por causas que respondían a situaciones muy diferentes.

En Sudamérica, las circunstancias particulares que acompañaron a la conformación del modelo industrial para sustituir importaciones no dio lugar a la corrección de sus debilidades intrínsecas y a la regulación de sus efectos en el mediano plazo. El modelo había sido consolidado durante una coyuntura favorable a pesar de su fuerte dependencia de las tecnologías, los bienes de capital y los insumos de origen extranjero. Las relaciones entre las importaciones y las exportaciones siempre fueron desequilibradas y con fuertes déficits comerciales. A esta situación desfavorable se le unieron otros factores deteriorantes propios del marco económico existente en la región, entre los que se destacan el retraso en la propia producción industrial, las limitaciones del sector agrícola y la dependencia —en la mayoría de los países— de mercados energéticos externos. Dicho de otro modo, la etapa de sustitución de im-

portaciones pudo ser desarrollada por los capitales nacionales merced al fuerte apoyo que encontraron en la inversión extranjera y el servicio del crédito externo.

El agotamiento del crecimiento y los modelos neoliberales

Sobre estas bases endebles, la industrialización promovida por el proceso de sustitución de importaciones había comenzado a registrar signos de deterioro en los países más avanzados de la región ya hacia finales de los años cincuenta, situación que se acentuaría en la década siguiente. Los datos reflejan esta pérdida del dinamismo: si la industria en su conjunto creció entre los años 1950 y 1978 a un ritmo de 6,5 por ciento anual, los países más industrializados se expandieron con un ritmo significativamente más bajo: Argentina, 4,1 por ciento; Chile, 3,7 por ciento, y Uruguay, 2,7 por ciento. Sólo Brasil superaba este nivel con un 8,5 por ciento [3].

En los años sesenta, ni el aporte de los capitales extranjeros ni la aplicación de mecanismos compensadores del desequilibrio —planificación del desarrollo, aprovechamiento de economías dinámicas, estímulos al comercio interzonal— ayudaron a superar esta crisis estructural. Apenas iniciada esta década los grupos económicos dominantes y los gobiernos tomaron conciencia del fracaso del modelo de sustitución de importaciones para la generación permanente de plusvalías, operando como estaba dentro de los estrechos ámbitos de los mercados internos. La necesaria revisión del modelo productivo llevó a los grupos dominantes a delinear un cambio radical para superar las limitaciones del estilo de desarrollo anterior. Se dio paso así al intento de reorganizar la economía basándose en una estructura que priorizase la exportación de productos no tradicionales, dado que existían sectores productivos que, por el grado de consolidación alcanzado, estaban en condiciones de emprender el nuevo proyecto. Las políticas que oportunamente acompañarían a la evolución del esquema industrial propuesto deberían estar apoyadas en una máxima apertura con el exterior, por lo que factores

[3] Fajnzylber, F., *La industrialización trunca de América Latina*, Editorial Nueva Imagen, México, 1983, p. 151.

tales como la liberalización de las importaciones, la eliminación de las antiguas medidas proteccionistas y el fomento a la radicación de capitales multinacionales resultaban prioritarios.

A fines de los años sesenta y durante la década de los setenta, el grado alcanzado por el deterioro económico llevó a la concreción de estas tendencias en planes económicos de neto corte neoliberal. Los nuevos planes postulaban una transformación radical de la economía y la sociedad en el largo plazo, privilegiando las actividades industriales con capacidad para operar en el mercado exterior con una maximización de la producción, situación que sólo era posible lograr a costa de fuertes restricciones en la masa asalariada. Estas medidas económicas, de fuerte caracter antipopular, fueron puestas en práctica en general, bajo la tutela de gobiernos dictatoriales, que, con su presencia, aseguraban la necesaria estabilidad política y social del conjunto. Esto explica los sucesivos golpes militares de Brasil (1964), Argentina (1962, 1966 y 1976), Bolivia (1969, 1971 y 1978), Perú (1968 y 1976), Chile (1973), Uruguay (1973) y el reforzamiento de la dictadura existente en Paraguay desde 1954 [4].

Los proyectos para impulsar la promoción industrial y disminuir los desequilibrios espaciales que obstaculizaban el desarrollo productivo se apoyaron en las teorías que, durante las años sesenta y desde los países centrales, señalaban como una estrategia de altas posibilidades la promoción del desarrollo en regiones desfavorecidas. El objetivo de crear polos de desarrollo en las zonas menos dinámicas llevó a la delimitación de áreas preferenciales para la radicación industrial. A pesar de estos esfuerzos —inversiones públicas directas, facilidades crediticias, reducciones impositivas para las empresas—, los planes para la descentralización de las actividades económicas y la difusión del desarrollo no tuvieron el éxito previsto y sus escasas realizaciones no pudieron alterar el esquema centralizado de ocupación territorial: las actividades económicas continuaron prefiriendo para su localización los centros urbanos tradicionales. Sólo Brasil consiguió en este período un crecimiento espectacular, que llevaría al país a asumir el liderazgo sudamericano. Venezuela, por otro lado, debido a su posición privilegiada como expor-

[4] García, R., *et al.*, *Economía y geografía del desarrollo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica, México, 1987, p. 141.

tadora de petróleo, pudo promover un acelerado crecimiento económico, que se vio reforzado a raíz de la crisis energética de 1973, obteniendo también un puesto representativo dentro del concierto económico internacional. En los restantes países, los planes desarrollistas sólo obtuvieron resultados parciales, con actuaciones desarticuladas.

De todos modos, las nuevas medidas lograron mejoras objetivas en el panorama económico general. Los países de mayor desarrollo relativo consiguieron ampliar considerablemente sus mercados internos, aumentar las áreas agrícolas dedicadas a la producción de cultivos no tradicionales, dirigidos al abastecimiento de un mercado internacional innovador, y expandir el consumo local, gracias a la adopción por parte de las capas altas y medias altas de la sociedad de las nuevas pautas de consumo procedentes de los países más avanzados. Aun los países no industrializados pero creadores de productos energéticos —Bolivia, Paraguay y Ecuador— tuvieron en los primeros años setenta signos de expansión, debido a los cambios coyunturales registrados en el mercado internacional y a los requerimientos que provenían de países limítrofes, notablemente Brasil y, en menor medida, Argentina, los cuales, al emprender sus renovados proyectos de industrialización, comenzaron a demandar importantes cantidades de energía. Por otra parte, los precios en el mercado internacional de los metales y gracias a los esfuerzos de integración subregional impulsados por el Pacto Andino, los países cordilleranos asistieron también a un auge generalizado de sus economías nacionales.

La crisis del petróleo de 1973 no afectó a Sudamérica en igual medida que a los países centrales. Entre 1973 y 1980, las economías regionales registraron una importante expansión gracias al incremento de la actividad en el mercado mundial y, en especial, a la existencia de una banca internacional, que, inyectada de «petrodólares», expandía la oferta y facilitaba el acceso a créditos inmediatos y de amplia financiación. Los distintos países aprovecharon esta coyuntura para ampliar sus recursos propios, aumentando la capacidad de importación hasta llevarla a niveles muy superiores a la capacidad de compra conseguida a través de las exportaciones. Los resultados de esta dinamización sin bases reales, sostenida por un desproporcionado incremento de la captación de divisas, llevó a fuertes desequilibrios de las balanzas comerciales y al aumento desmesurado de las ya abultadas deudas externas. Los niveles

de endeudamiento alcanzaron cotas máximas sin que los distintos países hubieran logrado superar sus barreras productivas ni el atraso estructural: los innumerables problemas nacionales persistían, esta vez profundizados por el pago pendiente de las obligaciones contraídas.

Las cuantías y el destino de los préstamos obtenidos durante los años setenta fueron diferentes en cada región, dependiendo de las políticas internas que se estaban llevando adelante en los distintos países. En el Cono Sur, Argentina, Chile y Uruguay se enfrentaban desde principios de los años setenta a profundas convulsiones internas, que tuvieron su origen en la toma del poder por gobiernos militares. En estos países, los préstamos estuvieron directamente ligados a gastos de armamento, a la importación y consumo de bienes suntuarios de la clase dirigente y al trasvase de los capitales a cuentas privadas en el extranjero. Las pocas inversiones empleadas en proyectos económicos estuvieron por debajo de los niveles alcanzados en la primera mitad de la década anterior. En otros casos, como Brasil o Colombia, gran parte de los préstamos estuvieron efectivamente dirigidos a inversiones públicas y privadas que, en todo caso, apenas sirvieron para suavizar sus crecientes necesidades sociales [5].

Durante la primera mitad de los años ochenta y ya reestructurados los esquemas productivos de los países centrales, la economía mundial experimentó importantes cambios, que contribuyeron a consolidar el adverso ambiente interno que desde los años setenta venía amenazando el crecimiento de los países sudamericanos. El estancamiento se generalizó en el continente: los exportadores de productos agropecuarios debían competir en el mercado internacional con otras regiones, muchas de ellas localizadas en los propios países centrales; los productos elaborados por las industrias nacionales dejaron de ser rentables en un mercado controlado por las manufacturas importadas, y las fuentes de financiamiento encontraron límites insalvables para respaldar nuevas inversiones. Las razones del desmoronamiento que se registra en las economías sudamericanas a partir de los años ochenta, se resumen en tres factores básicos desencadenantes: la pérdida de las ventajas relativas dentro del sistema internacional de comercio, la escasa dinámica de las

[5] Clichevsky, N., *Construcción y administración de la ciudad latinoamericana*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1990, p. 27.

estructuras productivas nacionales para producir sinergias locales y, en especial, la pesada carga de la deuda externa.

El tema de la deuda externa se agravó a partir de 1981, cuando la banca comercial acreedora comenzó a exigir el pago de los intereses que habían sido diferidos mediante el otorgamiento de nuevos créditos. Las fórmulas de recuperación de los préstamos variaban según los países, pero en todos la presión de la banca privada internacional obligaba a una mayor transferencia de los excedentes hacia los países centrales. Cualquiera que fuese la estrategia asumida, los resultados sólo podían ser conseguidos a través de medidas extremas: retracción a niveles extremos de las inversiones públicas, restricción en el mercado interno y —con la conversión de la deuda en capital— entrega paulatina de los sectores productivos estratégicos existentes en la región. Los efectos sociales de estos reajustes económicos, que llevaron a un acelerado proceso de desindustrialización, fueron los previsibles, agravando el desempleo y el incremento de la inflación con la consecuente caída de los salarios reales. La CEPAL registró entre los años 1981 y 1984 una caída del ingreso real por habitante que lo equiparaba al alcanzado en 1977. En 1988, la deuda externa de Iberoamérica ascendía a más de 400.000 millones de dólares [6].

Procesos económicos y efectos sociales

La relación acompasada que se había establecido entre el crecimiento del empleo en el sector secundario y el sector terciario, durante la expansión económica producida por el proceso de sustitución de importaciones, comenzó a declinar hacia los años setenta, cuando la mayor tecnificación de las actividades industriales y el deterioro de la economía comenzaron a producir un alto excedente en la mano de obra empleada en la industria. Los procesos inflacionarios y el desempleo, el descenso de los salarios reales, el cierre de plantas y el crecimiento selectivo de los sectores económicos apoyados por el nuevo modelo de industrialización, fueron factores adversos que, lejos de aumentar las posibilidades de desarrollo de las estructuras sociales sudamericanas, con-

[6] Clichevsky, N., *op. cit.*, p. 28.

centraron la riqueza, pronunciando aún más las endémicas desigualdades del continente.

El estilo de crecimiento implantado por la industrialización sustitutiva de importaciones, aunque inicialmente estuvo dirigido a conseguir una expansión económica y una modernización de las estructuras sociales, tampoco fue capaz de lograr una distribución más equitativa de las ganancias generadas por el conjunto social y de romper las pautas de especialización empobrecedora implantadas por el modelo agroexportador. Aunque sus efectos positivos sobre la elevación de los ingresos de una parte muy importante de la población son innegables, también es cierto que mantuvo a una también elevada proporción del sector agrario y del sector urbano marginal en los mismos niveles que poseían con anterioridad a su implantación.

Las coyunturas desfavorables por las que comenzaron a transitar las economías regionales a partir de los años sesenta y el sentido restrictivo de las políticas y las medidas de ajuste empleadas por los proyectos neoliberales para revertir la situación, endurecieron aún más las condiciones sociales. La anterior difusión de los beneficios del crecimiento —aunque selectiva— fue suplantada por una alta y acelerada concentración de la riqueza en los grupos directamente relacionados con las actividades financieras, comerciales, técnicas y directivas, dejando al margen de los beneficios del crecimiento a segmentos cada vez más amplios de la sociedad. Esta situación afectó no sólo a los grupos de menores ingresos, dependientes de los vaivenes salariales y de la reducción del mercado laboral, sino también a las amplias capas medias, quienes por primera vez encontraron en el desajuste de las economías nacionales signos alarmantes de recesión.

El reacomodamiento de estos grupos urbanos a las exigencias de la nueva realidad económica llevó a la generación de una doble actitud en la población joven: o proceder a una mayor capacitación para competir en la formación de los cuadros profesionales con mejores alternativas laborales o plantearse el traslado hacia países con economías más estables. Este trasvase de población cualificada motivado por necesidades de índole económica comenzó a registrarse en la década de los sesenta y es, en la actualidad, uno de los fenómenos demográficos más preocupantes para el continente. Paralelamente a la migración al exterior por motivos económicos, la consolidación en el poder de gobiernos dictatoriales en algunos países motivó el desplazamiento de importantes

contingentes de población que optaron por el exilio —voluntario o forzoso— motivado por cuestiones políticas.

Con independencia del grado de desarrollo alcanzado en los distintos países en los años setenta, el modelo económico neoliberal no tenía entre sus objetivos detenerse a resolver los problemas de los sectores de la población dedicados a la agricultura de subsistencia o a la producción para reducidos mercados internos, caracterizados por su limitada capacidad de ahorro y por extremas carencias sociales. La modernización lograda a través de la industrialización sólo afectó a los ámbitos urbanos, relegando el potencial de la actividad primaria como sector capaz de ofrecer caminos laborales alternativos. La falta de una política activa de transformación de las estructuras productivas rurales, que supliese los efectos negativos de la tecnificación del agro —aun en aquellos países en los que se había procedido a la reforma agraria—, inhibió la generación en el interior de actividades de tipo no agrícolas, que podrían haber operado supletoriamente para el sostén de la población rural y de los centros pequeños y medianos.

La pobreza y el subempleo rural se sumaron a situaciones similares registradas en los centros urbanos. Los problemas derivados del deterioro económico eran situaciones que afectaban a toda la sociedad, generando un descontento que halló cauces de expresión en la agitación política. La emergencia de movimientos populares contrarios a la situación provocada por el sistema económico vigente y, en especial, por la injerencia directa de las firmas norteamericanas en las estructura productiva y política de los distintos países dio lugar al auge de las izquierdas, alentadas por el fenómeno de Cuba. Este fenómeno obligó al replanteamiento de la situación por las estructuras de poder, hecho que llevó a principios de la década de los setenta a la implantación de los gobiernos militares *de facto* que asegurarían, a través de la represión, el mantenimiento del orden social establecido y la implantación de los proyectos económicos neoliberales.

En la década de los ochenta, el deterioro global de la economía revirtió en una mayor terciarización del trabajo, transformando el sector servicio en áreas de empleo refugio con baja productividad. El desempleo abierto y el subempleo, así como el empleo precario en los centros urbanos, alcanzaron en estos años cotas significativas. La relación entre los salarios industriales respecto del producto por habitante y del pro-

ducto por persona activa en la industria, con pocas excepciones, fue marcadamente inferior al existente al inicio del período, especialmente para los trabajadores menos cualificados y organizados. A partir de 1985, el desempleo urbano se generalizó en todos los países, llegando a registrar una tasa promedio del 11 por ciento de la fuerza de trabajo del continente [7]. Las carencias reales y el descontento generalizado dieron lugar a los estallidos sociales registrados en Brasil y Colombia en los años ochenta, fenómenos que reflejan una situación que pervive latente en la actualidad.

Los resultados territoriales de la industrialización selectiva

Las ciudades continuaron durante la segunda mitad del siglo concentrando la mayor parte de la población y de las actividades económicas de los países. Las ventajas que ofrecían para el desarrollo beneficioso de las actividades económicas eran muchas: unas localizaciones privilegiadas que concentraban las mayores posibilidades para la generación de economías externas, de escala y de aglomeración, posiciones estratégicas dentro de la red moderna de comunicaciones, tendencia a fortalecer la situación de dominio históricamente conseguida y la existencia de capitales e infraestructura que se aglutinaban alrededor de las inversiones prioritarias del Estado. Todos eran factores que continuaban acentuando la primacía de las principales ciudades en el continente [8].

Hacia mediados de siglo, ya el 41 por ciento de la población iberoamericana residía en centros urbanos, superando el porcentaje conseguido en otras áreas periféricas tales como Asia o África. Si en 1950 sólo cuatro ciudades capitales sudamericanas contaban con más de un millón de habitantes —Buenos Aires, en Argentina; Santiago, en Chile; São Paulo y Río de Janeiro, en Brasil—, en 1970 se sumaron Lima, en Perú; Montevideo, en Uruguay; Caracas, en Venezuela; Bogotá y Medellín, en Colombia, y Belo Horizonte, Porto Alegre, Recife y Salvador,

[7] Clichevsky, N., *op. cit.*, p. 167.

[8] Zárate Martín, A., «Notas sobre el modelo urbano latinoamericano», en *Espacio, tiempo y forma*, UNED, Madrid, 1989, p. 286.

en Brasil. En 1980, Guayaquil, en Ecuador, alcanzaba esta cifra, y en Brasil se incorporaban Fortaleza, Curitiba y Brasilia; en Venezuela, Maracaibo, y en Colombia, Cali y Barranquilla. En este año se calculaba que el 65,4 por ciento de la población vivía en áreas urbanas, acercándose al valor que registraba en ese momento América del Norte (73,8 por ciento), la región más urbanizada del mundo [9].

El crecimiento poblacional de las áreas urbanas en la segunda mitad del siglo fue el resultado de la relación entre un alto crecimiento vegetativo y una afluencia masiva de migrantes. A diferencia de las migraciones ocurridas en la primera mitad del siglo, a partir de los años cincuenta existe un cambio sustancial en el patrón migratorio anterior, que desplaza el papel protagonista de las migraciones rurales para acentuar los movimientos poblacionales procedentes de otras áreas urbanas. En estos años se produce un fuerte trasvase de población desde centros de menor rango a centros de mayor jerarquía. La incorporación de estos desplazamientos migratorios a áreas con elevado crecimiento vegetativo, determinaron un crecimiento demográfico sin precedentes en las grandes ciudades sudamericanas, dando lugar a una verdadera explosión demográfica, a pesar de los descensos registrados en los países del Cono Sur.

El aumento poblacional no se detuvo en las grandes áreas metropolitanas. Todas las ciudades que mantuvieron algún contacto con los sectores dinámicos de la economía soportaron un proceso de expansión similar, aunque muy alejado de las cifras alcanzadas por los asentamientos de primer orden. Las ciudades de menor jerarquía se mantuvieron muy por debajo de las ciudades principales, acentuando la conformación de redes urbanas incompletas y escasamente integradas, que se mantienen en la actualidad. A la cabeza se sitúan las aglomeraciones principales, metrópolis completas que difunden su influencia sobre vastos territorios, capaces de responder a sus necesidades económicas y sociales con medios propios. A continuación se encuentran las ciudades regionales, algunas con carácter de metrópolis incompletas, con extensas áreas funcionales pero dependientes de contribuciones externas que generalmente proceden de las metrópolis completas. Por último, existen las ciudades locales, dispersas en el territorio y, a menudo, en declive

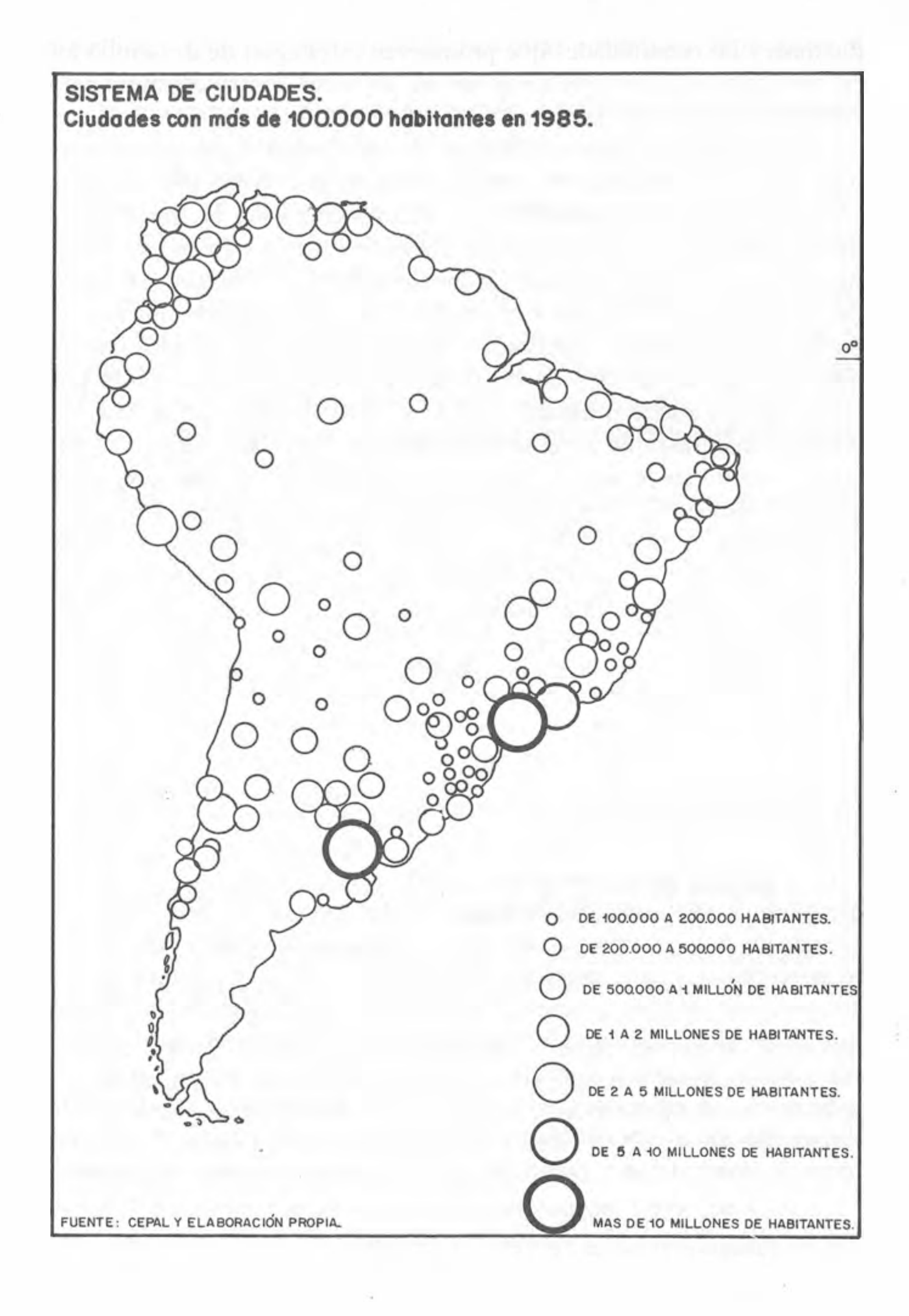
[9] Clichevsky, N., *op. cit.*, p. 42.

por su aislamiento y las malas conexiones con los sistemas de transporte regionales. Este patrón de distribución de las estructuras territoriales está presente en todo el continente a excepción de Brasil, país que muestra una distribución relativamente más homogénea y con una marcada disminución de la primacía de sus ciudades principales, consecuencia de la aplicación desde los años cuarenta de políticas tendentes a corregir los pronunciados desequilibrios territoriales existentes [10].

En los últimos años, y sólo en algunos países, se constata una tendencia que podría variar el esquema de ocupación del territorio dominante: existe un relativo e incipiente proceso de descentralización poblacional que se traduce en una tenue desaceleración del crecimiento demográfico en las metrópolis y en un crecimiento marcado de los asentamientos de rango intermedio. Este cambio de tendencia, básicamente relacionado con los efectos directos e indirectos de la crisis de finales de los años setenta y principios de los ochenta, ha sido promovido por la existencia en estos núcleos de mayores posibilidades de absorción del mercado de trabajo. Se trata, en general, de capitales provinciales y de asentamientos mayores de 100.000 habitantes, en los que las menores presiones en materia de competencia laboral permiten una mejor inserción en los mercados locales de trabajo. La existencia de políticas para la descentralización de actividades —promoción industrial, expansión de las fronteras agropecuarias y la explotación de recursos naturales— están promoviendo un cierto reacomodo de parte de la población rural, que anteriormente había estado afincada en las grandes ciudades. Este proceso se registra con mayor claridad en Brasil, Uruguay y Paraguay [11].

Fuera del ámbito de estos núcleos dinámicos, los centros menores relacionados con el mundo rural sobreviven dependiendo de los bajos niveles de productividad de las explotaciones y del aprovechamiento de productos con escaso valor agregado, y a merced de la vulnerabilidad del monocultivo y de la especialización. La falta de asistencia técnica y crediticia, de políticas para desarrollo rural y de inversiones públicas y privadas que alienten el desarrollo de las actividades primarias, forman parte del deteriorado panorama existente en amplias regiones del continente. El aislamiento geográfico y la carencia de organizaciones de pro-

[10] Zárate Martín, *op. cit.*, p. 286.
[11] Clichevsky, N., *op. cit.*, pp. 41, 47.


SISTEMA DE CIUDADES.
Ciudades con más de 100.000 habitantes en 1985.
0°
DE 100.000 A 200.000 HABITANTES.
DE 200.000 A 500.000 HABITANTES.
DE 500.000 A 1 MILLÓN DE HABITANTES
DE 1 A 2 MILLONES DE HABITANTES.
DE 2 A 5 MILLONES DE HABITANTES.
DE 5 A 10 MILLONES DE HABITANTES.
MAS DE 10 MILLONES DE HABITANTES.
FUENTE: CEPAL Y ELABORACIÓN PROPIA.

ductores y de comunidades que promuevan estrategias de desarrollo local son algunos de los problemas aún no resueltos dentro de un modelo económico que prioriza otros ámbitos de la producción.

En síntesis, el reciente proceso de urbanización sudamericano se destaca por la presencia de grandes disparidades, tanto por sus altas concentraciones de la población en ciudades como por las condiciones de vida que ofrece a sus habitantes. Argentina, Chile y Uruguay son los países que presentan las tasas de crecimiento de población más bajas del continente, con un mayor grado de urbanización, por lo que la proporción de la población dedicada a la agricultura es significativamente más baja que en el resto de los países. En América Latina, el 26 por ciento de la población urbana estaba en 1970 situado bajo la línea de pobreza, mientras que en el ámbito rural este valor ascendía al 62 por ciento. Nuevamente serán los países más urbanizados los que presenten niveles menores. En Argentina, Chile y Uruguay la pobreza urbana representaba el 5, 12 y 10 por ciento, respectivamente, y la pobreza rural el 19, 25 y 0 por ciento. En contrapartida, Brasil, el país de mayor desarrollo económico en la actualidad, tenía el 35 por ciento de la población urbana y el 73 por ciento de su población rural al margen de los beneficios de la modernización industrial [12].

La crisis económica y las ciudades: el nuevo modelo urbano

El proceso de industrialización trajo aparejado un excepcional aumento de la población. Sin embargo, a diferencia de los países más desarrollados que pasaron por el mismo proceso induciendo el crecimiento poblacional, lo que destaca a América del Sur y que interesa para la comprensión de este fenómeno no es tanto el número de habitantes que posee sino la acentuada concentración de la renta en pocos sectores —hecho que eleva a niveles máximos la pobreza de muchos de sus habitantes— y en puntos seleccionados del sistema de ciudades. Esta dispar relación afecta también y en forma profunda la conformación interna de unas ciudades caracterizadas por arrastrar desequilibrios espa-

[12] Fajnzylber, F., *op. cit.*, p. 155.

ciales originados con anterioridad, bajo otras coyunturas económicas y demográficas.

El crecimiento poblacional registrado durante la segunda mitad del siglo XX no hizo sino acentuar la incapacidad de las ciudades para sostener este extraordinario volumen poblacional. Las ciudades comenzaron a recibir en los años cincuenta el impacto de dos factores de distinta índole, que, con diferente intensidad, comenzaron a afectar la organización interna de sus plantas urbanas y la estructuración física de las ciudades: por un lado, las necesidades de localización de las nuevas actividades económicas y, por otro, las pautas diferenciadoras que el concepto de modernización imponía a las formas de vida urbana. Ambos aspectos incidieron en la economía y en la sociedad de forma convergente, generando a lo largo del continente cambios cualitativos en el proceso de urbanización.

Desde la perspectiva de las actividades económicas, la concentración de población en relativamente pocos lugares y la estructura social existente, creaba un mercado óptimo para la radicación industrial cercana a las principales ciudades. En todos los casos, la presencia de estratos con ingresos suficientes para asegurar el consumo de la producción y la existencia de amplios sectores de bajos ingresos que permitía disponer de una mano de obra abundante y poco conflictiva en términos salariales y de reivindicaciones, fueron factores decisivos para la localización de las actividades manufactureras. En contrapartida, las estructuras urbanas existentes comenzaron a desarrollarse fuertemente atadas a las demandas del espacio industrial, plegándose a sus necesidades. Las nuevas localizaciones distorsionaron de manera permanente la organización interna de las ciudades al no existir un sistema de planificación urbana capaz de hacer frente a situaciones no previstas en el panorama urbanístico anterior y que controle tanto la localización de las actividades como el consumo del espacio y que prevea sus impactos sobre la estructura urbana existente.

El caracter periférico de la localización de las nuevas plantas fabriles, asentadas en áreas con menores costes iniciales en materia de infraestructuras y precios del suelo, obligó a la construcción de nuevos nexos de comunicación entre éstas y la ciudad y a la ampliación de los servicios de transporte público, circunstancia que dotó a los bordes urbanos de nuevas expectativas para la urbanización. La ocupación de los márgenes urbanos de las ciudades principales y la potenciación de los

asentamientos menores próximos a ella —que también comenzaron a captar parte de las corrientes migratorias internas— consolidaron una incipiente estructuración territorial, que daría lugar a la formación de las gigantescas áreas metropolitanas de la actualidad.

Desde el punto de vista social y cultural, las ideas contenidas en el concepto de modernidad que desde Estados Unidos estaba irradiándose al mundo entero, afectaron notablemente a la sociedad sudamericana. Emular la paradigmática forma de vida moderna fue el objetivo a alcanzar por los grupos sociales más dinámicos. En el plano espacial, estos impactos se verificaron en la redistribución de los usos urbanos tradicionales, especialmente los residenciales. La suburbanización de las clases más acomodadas en barrios claramente identificables atomizó las diferencias entre áreas según niveles de renta y dilató aún más la extendida planta urbana. El uso del automóvil marcó un nivel de posición social y permitió la descentralización de algunas actividades relacionadas con las necesidades de la vivienda —supermercados, centros de ocio, educación y salud— en las periferias metropolitanas.

A partir de los años sesenta, en algunos países —Brasil, Venezuela, Colombia primero, Argentina más tarde—, las modificaciones introducidas en el sector comercial llevaron a la creación de nuevas formas de venta —los grandes centros de compra—, que impusieron sobre los entornos urbanos una forma distinta de estructuración del espacio. Los nuevos campos de actividad aumentaron aún más la segregación dentro de las plantas urbanas al promover una discriminación social de su uso, apoyado básicamente en el transporte privado.

Por otra parte, la expansión que se registró en el sector financiero durante los años setenta imprimió otros cambios significativos en las estructuras urbanas. Las transformaciones más sustantivas tuvieron mayores repercusiones en los centros y subcentros de las ciudades. La importancia que llegaron a tener las inversiones en operaciones urbanas de envergadura fue excepcional en algunas ciudades, como, por ejemplo, en São Paulo, Brasil. En la actualidad, en casi todas las ciudades existe una gran concentración de edificios de oficinas dedicados a sedes bancarias y entidades financieras, que, con su sola presencia, llegan a ejercer un efecto al alza en el precio de los inmuebles de las áreas inmediatas a su localización, sean éstas los centros tradicionales u otros puntos dentro de la trama urbana. El especial atractivo que ofrecen las viejas áreas centrales —muchas de ellas con gran valor histórico aunque

infravaloradas por el abandono y deterioro— ha llevado en la mayoría de los casos a un acelerado proceso de renovación, que, al no responder a planes integrales de rehabilitación, ha significado la pérdida de valiosos ejemplares del patrimonio histórico local, los que han sido demolidos para obtener suelos adecuados a la expansión del sector privado. En otros casos, cuando la selección de áreas dinámicas ha preferido los subcentros, la desocupación de las áreas históricas permitió el avance y el afincamiento en los tejidos centrales de grupos de menores recursos, dando lugar a agudos procesos de tugurización.

En síntesis, el proceso reciente de urbanización ha modificado profundamente la morfología y las estructuras de las ciudades sudamericanas. Existe una marcada expansión de sus centros de actividad, con un alto aprovechamiento del suelo sobre tramas antiguas, las que se modifican a través de procesos de sustitución y cambios funcionales en beneficio del terciario y el cuaternario. Se detecta un marcado deterioro y abandono de los centros históricos, sin legislaciones adecuadas (Montevideo) o con altos índices de hacinamiento, ocupados por población de escasos recursos (Quito, Lima, La Paz, Bogotá).

Hoy las ciudades sudamericanas se desarrollan dualmente, concentrando actividades dinámicas y modernas en sus centros comerciales y administrativos y expandiendo indefinidamente sus periferias, donde preferentemente se asientan la pobreza y la marginalidad social. Todas ellas presentan problemas similares que poco tiene que atribuírseles al tamaño en sí de las ciudades. Las causas del estado de la situación imperante se encuentran en las inequidades existentes en el sistema social de las que son resultado. La terciarización y el incremento en el sector informal, la falta de servicios, especialmente viviendas, la carencia de controles en la localización de actividades, los problemas ambientales y las grandes deseconomías urbanas, son el resultado material de un crecimiento anárquico y acelerado.

La economía de las ciudades: los nuevos desequilibrios

La conjugación de factores económicos y sociales dominantes en las ciudades dio como resultante un gran proceso expansivo en términos físicos y especialmente demográficos, con valores que sumaban tanto los aportes migratorios provenientes del interior como los correspon-

dientes a la dinámica vegetativa de la población ya asentada. Desde la economía, la industria había fortalecido a los trabajadores asalariados dependientes de la nueva actividad productiva, los cuales, arropados por la acción de sindicatos —muy relacionados con el poder central en los países con gobiernos populistas—, alcanzaron una posición privilegiada respecto de los grupos populares no asalariados. Con niveles de ingresos relativamente altos y políticamente organizados, por un lado, y siendo necesario mantener sus condiciones de vida en niveles aceptables para evitar la emergencia de descontentos sociales que limitasen la dinámica económica general, por otro, la presión para lograr mejoras urbanas obtuvo resultados notables. Extensos planes de viviendas con grandes facilidades de pago, servicios de salud y educación, centros de ocio y mejora en la accesibilidad a los lugares de trabajo fueron parte de las mejoras urbanas logradas en las principales ciudades a partir de mediados de siglo.

A la par del crecimiento industrial se multiplicó la actividad terciaria, tanto en los servicios personales y para las empresas como en la administración pública, ampliándose a su vez las capas medias de la población. Sin embargo, a pesar de que la oferta laboral en las ciudades era abundante y que crecía la estructura económica de los países, también era alta la presión de una población demográficamente expansiva para la demanda de puestos de trabajo. El desempleo, que en los años cincuenta era poco relevante, fue acusándose progresivamente a medida que los procesos de producción de las empresas de la primera etapa de la industrialización fueron dando paso a la tecnificación aportada por las formas multinacionales de la segunda etapa.

Hacia los años setenta la marginalidad económica afectaba duramente a las estructuras sociales de las prósperas ciudades de mediados de siglo. Sin ingresos fijos ni suficientes y sin acceso a los servicios básicos, arrinconados por la pobreza en sórdidas áreas centrales vacías de actividad o alejadas barriadas en los bordes de las ciudades, los últimos estratos de la población urbana sobrevivían merced a las posibilidades que ofrecían los intersticios que dejaba la economía formal.

Sin embargo, la marginalidad social y económica no era un patrimonio exclusivo de los países con mayor desarrollo relativo. Todas las principales ciudades seguían creciendo a ritmos espectaculares, aun cuando sus economías no seguían el mismo ritmo de desarrollo. En la

década de los ochenta, las ciudades de mayor crecimiento demográfico de Sudamérica eran São Paulo, que contaba con más de 12 millones de habitantes; Buenos Aires, con 9.900.000, y Río de Janeiro, con 8.820.000, transformadas en extensas y anárquicas áreas metropolitanas. Con más de 3.000.000 de habitantes se encontraban Lima (4.610.000), Bogotá (3.975.000) y Santiago (3.900.000). El rango comprendido entre dos y tres millones de habitantes abarcaba Caracas (2.118.000), Recife (2.132.000) y Porto Alegre (2.178.000). Las localidades con más de un millón eran Montevideo, Salvador de Bahía, Fortaleza, Curitiba y Brasilia, en Brasil; Maracaibo, en Venezuela; Cali, Barranquilla y Medellín, en Colombia, y Guayaquil, en el Ecuador. No menos importante fue el crecimiento de las ciudades intermedias que se localizaban en el umbral cercano al millón de habitantes, constituyendo los polos articuladores del espacio regional en el interior del continente [13].

La explosión urbana, la urbanización sin desarrollo urbano y los desequilibrios del sistema económico imperante que se refleja en la disminución creciente de los salarios y en el aumento del desempleo, afecta a toda Sudamérica por igual. Con nombres diversos —favelas en Brasil, villas miseria en Argentina, cantegriles en Uruguay, callampas en Chile—, estas áreas constituyen la imagen más dramática de la pobreza urbana y de la marginalidad social, que iguala a las ciudades del continente, independientemente de su origen, especialización o dinámica. En estas áreas, la prostitución, la drogadicción y la deserción escolar o el absoluto analfabetismo son pautas sociales corrientes.

La economía informal, que posee su lógica de localización dentro de la ciudad, se hace visible en el trasiego del comercio ambulante y la ocupación de la vivienda como taller para actividades artesanales. Las necesidades económicas obligan a establecer nuevas formas de interrelación entre actividades productivas y residencia, realizando trabajos que oscilan entre talleres clandestinos para la preparación de toda clase de productos y servicios de todo tipo. Dentro del mundo de la ilegalidad económica existe además una fuerte relación con las empresas formalmente constituidas, las que contratan temporal e ilegalmente grupos de personas para atender distintas funciones: vigilancia, transporte, lim-

[13] Clichevsky, N., *op. cit.*, pp. 63-64.

pieza, reparación y mantenimiento de máquinas, algunas funciones administrativas, etcétera.

Las actividades informales se realizan en función de la proximidad de la clientela y del aprovechamiento de las materias primas que se emplean, y en ellas los lazos de solidaridad constituyen el armazón social sobre el que se apoya la clandestinidad. Algunas políticas de intervención estatal favorecen el desarrollo de las actividades de la economía informal, admitiendo su desarrollo, mientras que en otros países, la no intervención constituye en sí misma una política, ya que la tolerancia de estas prácticas —dada la extrema situación económica de la población— permite el desarrollo relativamente armónico de la economía urbana formal. En todos los países, en diferente grado, se permite la venta ambulante y la radicación de talleres artesanales en las viviendas.

Sin embargo, el libre desarrollo del sector informal para apoyar la economía en general no constituye en sí mismo más que una situación de mantenimiento de unas relaciones sociales caracterizadas por la inestabilidad. Este sector, al igual que el formal, no es homogéneo y posee asimismo unas relaciones sociales muy desiguales, con baja rentabilidad y alta explotación de la fuerza de trabajo.

La actividad informal en los talleres y en las calles, fuera de toda protección legal y social, con malas condiciones ambientales, sin un mínimo de prestaciones que la equipare con las conseguidas en la economía formal y sin la seguridad y la continuidad del empleo regular, son un paliativo que no resuelve la magnitud del deterioro económico que envuelve a las economías sudamericanas.

La producción selectiva del espacio urbano

Hasta la mitad del siglo XX, la construcción de la ciudad sudamericana estuvo a cargo básicamente del sector privado, actuando el Estado como la entidad encargada de satisfacer las demandas de infraestructuras y equipamientos para la población que por su nivel de ingresos podía acceder a estos servicios. Los sectores populares, hasta entonces poco numerosos, pudieron resolver a través de la autoconstrucción sus necesidades de vivienda y, con la ayuda de la asistencia estatal, sus requerimientos sociales básicos.

Entre los años sesenta y setenta, a raíz del deterioro económico, una parte cada vez más importante de pobladores urbanos comenzó a vivir al margen de las posibilidades que le ofrecía la ciudad. A diferencia de los países más desarrollados, en los que las ciudades registran exclusiones temporales de determinados segmentos de la población debido a crisis estacionarias en el sistema social, en las ciudades iberoamericanas, la incapacidad de los mercados laborales de ofrecer trabajo y mejoras económicas estables dio lugar a la generación de nuevas alternativas para producir y gestionar la ciudad fuera de las formas tradicionales planteadas por las empresas inmobiliarias y constructoras. La ciudad sudamericana comenzó a construirse diferencialmente bajo la acción de dos mercados contrapuestos e igualmente dinámicos —el formal, definido por los agentes tradicionales, y el informal, compuesto por la acción de los grupos populares—, que respondían a principios económicos diferentes. El Estado opera como nexo entre ambos, a través de sus políticas habitacionales.

La cultura dominante de hoy, que no es otra que la cultura de la riqueza, homogeneiza el espacio para los segmentos que por sus niveles de ingresos pueden acceder al mercado formal: las viviendas destinadas a los altos ingresos no difieren mucho de las construidas en los distintos países de la región ni en los de los países más avanzados. Las respuestas del sector inmobiliario para este segmento de la población, que decide libremente dónde y cómo vivir, son cada vez más sofisticadas, con urbanizaciones de alto nivel para la residencia permanente —dotadas en la mayoría de los casos con seguridad privada— y conjuntos habitacionales de segunda residencia.

Los sectores medios compran generalmente sus viviendas en el mercado libre, aunque condicionados por las opciones existentes. Los agentes inmobiliarios promueven y construyen viviendas colectivas e individuales, respondiendo básicamente a estrategias de máximas rentabilidades obtenidas de la mayor ocupación del suelo posible, y a ciertas pautas sociales en el diseño de las unidades habitacionales. El resultado de esta acción lleva a la conformación de tejidos urbanos caracterizados por la alta densidad y las reducidas dimensiones de las viviendas, patrón que se repite tanto en los centros como en los barrios residenciales periféricos.

Las crecientes demandas urbanas y la necesidad de obtener beneficios durante la crisis económica ha llevado a que los propietarios y el sector inmobiliario empleen todos los mecanismos posibles para incorporar a las áreas urbanas cantidades de suelo que superan ampliamente las necesidades de la demanda solvente. Ante estas presiones, los reglamentos y las normas existentes —elaborados en épocas anteriores, cuando la situación era otra en términos de recursos y de población— dejaron de tener vigencia o simplemente se obviaron. El tema de los espacios vacíos adquirió magnitud en los últimos años. En 1979 estas áreas sin ocupación en São Paulo representaban el 47 por ciento del área urbana, mientras que en Salvador y Belo Horizonte esta cifra alcanzaba el 60 por ciento. En algunos partidos del Gran Buenos Aires, la situación en 1973 era peor, alcanzando a representar en algunos casos el 83 por ciento de los parcelamientos legalmente aprobados [14]. Estos suelos baldíos, en general bien ubicados, se contraponen con la imperiosa necesidad de la población de bajos ingresos, que para ocupar un espacio de la ciudad debe invadir suelos o comprar sus lotes en el mercado clandestino de terrenos. Los altos costos de infraestructura que normalmente conlleva la urbanización de los nuevos terrenos, alejaban cada vez más las posibilidades de la población de menores recursos para acceder al mercado formal de suelo o viviendas. Los rígidos códigos de construcción, elaborados durante la primera mitad del siglo siguiendo las fórmulas europeas que en su momento sirvieron para regular la actividad de promotores y constructores, así como los nuevos planes de ordenación vigentes, sólo pudieron ser empleados para la construcción en espacios urbanos donde operaba el mercado tradicional, y esto sólo fue respetado hasta el punto en que no se lesionaban los intereses del grupo inmobiliario. Las transgresiones a la normativa aplicable eran una práctica normal, resultado de las negociaciones entre los poderes públicos locales y los agentes constructores de la ciudad, que permitían la urbanización en áreas no contempladas por el planeamiento urbano.

[14] Aguirre, R., *et al.*, *Conversaciones sobre la ciudad del Tercer Mundo*, IIED-América Latina, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, pp. 56-57.

Índices de urbanización en América del Sur y porcentajes de la población en la ciudad principal con respecto al total de la población del país (1985)

	%
Argentina	86
Bolivia	45
Brasil	75
Colombia	67
Chile	84
Ecuador	53
Guayana	32
Guayana Francesa	40
Paraguay	44
Perú	69
Surinam	35
Uruguay	90
Venezuela	85
Total	61,9

Fuente: *CEPAL y elaboración propia.*



Porcentaje de la población en la ciudad principal con respecto al total de la población del país.

Las necesidades urbanas y la construcción espontánea de la ciudad sudamericana

Un crecimiento urbano de las magnitudes y características del sudamericano implica para sus gobiernos locales un esfuerzo inversionista desmesurado. Los escasos recursos municipales disponibles hacen imposible hacer frente a las demandas de infraestructuras y servicios para toda la población, por lo que el decrecimiento de las condiciones generales de vida es una constante en las ciudades de la región. De este modo, las ciudades crecen conformando sectores urbanos de calidad, que concentran servicios, viviendas y equipamientos de nivel, mientras proliferan los asentamientos marginales sobre lotes propios y las ocupaciones ilegales o invasiones sobre terrenos ajenos. La congestión del tránsito, la contaminación atmosférica y acústica, la deficiente o nula depuración de aguas y la falta de redes de alcantarillado son, entre otros, los problemas más acusados de amplios sectores urbanos.

La deficitaria coyuntura económica por la que atraviesan los países y que llega aún hasta la actualidad, no permite un endeudamiento a fondo perdido —como fue posible en períodos anteriores— para la dotación de las necesidades básicas para los grupos de menores recursos. Durante los años sesenta y setenta, la premisa económica era promover planes de viviendas a gran escala para dinamizar uno de los sectores de mayor reactivación del panorama económico —el sector de la construcción—, aunque los niveles tecnológicos y las garantías financieras exigidas por el Estado operaron como elementos que selectivamente apoyaron el desarrollo de la porción más concentrada y moderna del sector de la construcción. En la mayoría de los países, tanto los planes de viviendas financiados con fondos públicos como las unidades habitacionales promovidas por el mercado libre, estuvieron dirigidos a la satisfacción de las necesidades de los sectores que efectivamente podían acceder a los mismos. El resultado de esta política llevó a que el sector inmobiliario tradicional trabajase para los sectores medios y altos, dedicándose a la construcción de viviendas para los medios y bajos ingresos sólo cuando el Estado dirigía parte de la financiación pública a estos estratos sociales.

La realización de estos planes —elaborados según el discurso político para paliar el déficit habitacional de los más carenciados— siem-

pre resultó insuficiente, ya que, con escasas excepciones, favoreció directamente a los grupos de ingresos bajos y medios y no a los de recursos mínimos. Considerando el caso de la política de vivienda de Brasil llevada adelante entre los años 1964 y 1985, ésta sirvió para que el 65 por ciento de las unidades financiadas por el Estado estuvieran dirigidas a los sectores de ingresos altos y medios y sólo un 35 por ciento a los de bajos recursos. De este último porcentaje, sólo un 10 por ciento llegó a los sectores de muy escasos recursos. Igual situación se dio en Argentina [15].

Los cambios económicos registrados a partir de los años sesenta dieron lugar a la emergencia de serias barreras para el tratamiento de la ciudad. A diferencia de lo ocurrido durante la crisis de los años treinta, en la que para hacer frente a sus efectos fue necesario un incremento de la intervención estatal en la economía, en la actualidad —y siguiendo el patrón generalizado en los países desarrollados de reducir su intervención en los aspectos urbanos limitando drásticamente el papel del Estado benefactor— los gobiernos sudamericanos también buscan disminuir el peso de una actuación, que, por otra parte, nunca alcanzó niveles considerables para solucionar los problemas que afectan a los sectores populares. La falta de respuestas públicas comprometidas con las clases pauperizadas, y la imposibilidad de éstas de alcanzar niveles mínimos de ingresos que permitieran su incorporación al mercado habitacional legal, llevó a la búsqueda de soluciones alternativas. A partir de los años sesenta, estos grupos promovieron comportamientos propios en materia de organización social, ocupación del suelo, construcción de viviendas y gestión de los servicios urbanos. La acción popular en Caracas, Lima, La Paz, Santiago de Chile, Bogotá, Guayaquil, São Paulo, Río de Janeiro —para citar sólo algunas ciudades donde se registraron este tipo de intervenciones ciudadanas— comenzó a construir una proporción significativa de las ciudades, generadas al margen del mercado formal [16].

La invasión y ocupación de terrenos urbanos —realizadas tanto en forma individual y espontánea como colectiva y perfectamente organizada— y la compra de parcelas en urbanizaciones ilegalmente trazadas

[15] Aguirre, R., *et al.*, *op. cit.*, pp. 53-54.
[16] Aguirre, R., *et al.*, *op. cit.*, p. 42.

son las vías que los sectores más pobres de la sociedad sudamericana utilizan para el acceso a una parcela mínima donde asentar su vivienda. Éste es el resultado material de la agudización de la crisis por la que atraviesan en la actualidad la mayoría de las grandes ciudades iberoamericanas. En todos los casos, la creciente dificultad para acceder a la tierra —fundamentalmente por la declinación de los salarios reales más que por el aumento del precio en relación a otros bienes de consumo— llevó a la ampliación o al surgimiento de los submercados ilegales de suelo urbano. En la mayoría de los países esta situación se agravó a partir de mediados de los setenta. En Brasil, la ciudad de São Paulo tenía en 1981 más del 50 por ciento de su espacio utilizado al margen de las disposiciones municipales, repartido en 33.567 urbanizaciones clandestinas que desconocen las disposiciones de la legislación civil, y, en muchos casos, se llegan a venden tierras no pertenecientes a los promotores. Obviamente, estos terrenos, que ocupaban 37.000 hectáreas de las 60.000 del área urbana, no cumplían con las mínimas regulaciones legales sobre dotaciones de infraestructura [17].

Las parcelaciones clandestinas y las invasiones son los caminos que los pobres urbanos utilizan para el acceso a una porción de ciudad. En São Paulo, Río de Janeiro, Buenos Aires y Lima son un hecho común desde hace ya treinta años. Sin embargo, en la actualidad se producen bajo condiciones diferentes, basadas en el éxito obtenido por experiencias similares, en las que ocupantes ilegales lograron regularizar su situación de cara a las administraciones locales, obteniendo de ellas el reconocimiento de la invasión y el derecho a los servicios y a las infraestructuras necesarias. Ya no se trata de ocupaciones individuales que se agregan a áreas marginadas existentes —forma que aún se mantiene—, sino que se establecen verdaderas organizaciones de tipo cooperativo que emprenden la construcción de conjuntos de viviendas en terrenos vacíos y en general de propiedad pública. La urgente necesidad de suelos y la imposibilidad de encontrarlos en el mercado legal ha llevado a los pobladores sin recursos a un alto grado de organización, que les permite trazar estrategias previas que analizan y seleccionan el terreno a invadir, contando con asesoramientos técnicos que dirigen desde la forma en que se ha de realizar la invasión, el trazado de las parcelas y los

[17] Aguirre, R., *et al.*, *op. cit.*, p. 60.

plazos de construcción, hasta las maneras de iniciar las negociaciones ante las autoridades competentes para obtener su radicación definitiva. Esta nueva modalidad de ocupación, basada en la autoconstrucción o bajo regímenes cooperativos, se registra con mayor intensidad en Argentina, Chile, Perú, Colombia y Brasil.

Planificación y crecimiento urbano

Tradicionalmente fue el Estado quien financiaba la construcción de los servicios de las ciudades. Cuando éstas iniciaron su etapa de gran crecimiento y los recursos estatales comenzaron a disminuir, las inversiones debieron circunscribirse a aquellos sectores cuyos habitantes podían pagar por los servicios prestados y a las áreas donde se instalaban las actividades industriales o comerciales que necesitaban de infraestructuras y dotaciones para su mejor desarrollo.

Desde la década de los cincuenta, las ciudades sudamericanas se construyeron anárquicamente, con pocas intervenciones estatales y mucha actuación privada, incluida tanto en la legalidad como en la ilegalidad. El principio legal de la propiedad privada del suelo operó siempre como un elemento obstaculizador para la regulación planificada del crecimiento urbano. Las ciudades se expandieron al compás de la especulación urbana y de la apropiación irregular del suelo por parte de los marginados. La intervención del Estado en el mercado inmobiliario, a través de normativas para la regulación de las subdivisiones, el comercio y los usos del suelo, no ha sido nunca relevante en el proceso de incorporación de la tierra a los centros urbanos.

Como se señaló, a partir de los años cincuenta, la influencia del urbanismo moderno europeo, que había llevado a la elaboración de los primeros planes reguladores de las principales ciudades —Bogotá, Caracas, Río de Janeiro, Buenos Aires—, dejó de tener vigencia al tratarse de planes aislados con alta connotación sobre la forma y la estructura física de las ciudades, sin referencias a una política urbana global. Las pocas intervenciones que se realizaron en esos años en materia de suelo y viviendas no tuvieron entre sus objetivos la satisfacción de las necesidades de los sectores de menores ingresos.

A partir de los años sesenta, se asistió a un cambio respecto del papel de las ciudades en el desarrollo. La etapa de prosperidad por la que atravesaba la realidad económica sudamericana, unida a los aires de cambio procedentes del ámbito académico y conceptual respecto de las formas de concebir el urbanismo y la planificación de las ciudades, coincidieron en entender la política urbana como parte de la planificación del territorio. El interés por la ciudad y los sistemas de ciudades surgió por la existencia de dos cambios sincrónicos: la creciente conciencia del gobierno hacia las consecuencias económicas, sociales y políticas del desarrollo urbano desequilibrado y la presencia en el continente de profesionales especializados en la planificación urbana y regional [18]. Sin embargo, en el ámbito de las realizaciones, los esfuerzos desarrollados por las instituciones públicas por conseguir una política urbana capaz de subsanar los desequilibrios producidos por la industrialización acelerada quedaron en proyectos, descuidándose los aspectos territoriales y urbanos.

Los problemas derivados de la primacía urbana y del crecimiento desmesurado de las grandes ciudades adquirieron una gran magnitud apenas alcanzadas las postrimerías de los años sesenta. Hasta ese momento, las respuestas dadas por la administración pública a los desequilibrios espaciales fueron desarticuladas y coyunturales. A la optimista actitud de los años cincuenta y principio de los sesenta, que había supuesto que la mayoría de las naciones de la región llegarían a obtener niveles de ingreso por habitante similares a los alcanzados por los países más desarrollados, se le opuso en la segunda mitad de la década de los sesenta la deteriorada realidad urbana, que demostraba el fracaso del sector moderno de la economía para proporcionar empleo a la masa poblacional congregada en torno a las ciudades para disfrutar con su trabajo de los beneficios del desarrollo. La magnitud de los problemas urbanos arrastrados durante décadas de acelerado y descontrolado crecimiento de las ciudades hacía evidente la necesidad de una intervención planificada. El grado alcanzado por la expansión urbana, el crónico problema de la vivienda y de las deficiencias en materia de infraestructuras

[18] Gilbert, A. G., «La planificación ante la primacía urbana y las grandes ciudades en América Latina. Una crítica a la bibliografía», en *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1978, p. 131.

y equipamientos, el incesante aumento de los empobrecimientos urbanos y el avance imparable de la miseria en las ciudades estuvieron en la mira de todas las propuestas gubernamentales ensayadas para paliar las desventajas de un crecimiento urbano sin urbanización.

El análisis del estado de las redes urbanas y de la organización interna de las ciudades sudamericanas llevaba a la conclusión que la primacía urbana de pocas ciudades en el continente era el factor desencadenante de los desequilibrios espaciales. La idea dominante en el campo de la planificación de los años setenta fue la descentralización, y hacia ella se dirigieron los esfuerzos gubernamentales. De este modo, a la marcada tendencia a la concentración espacial de las actividades productivas —que operaba respondiendo a la lógica de acumulación del capital imperante en esa época— se le opuso una creciente intervención de los gobiernos en la política económica, que pretendía generar un efecto centrípeto y difusor del crecimiento hacia el interior de sus territorios. Fue el momento en que importantes fondos públicos fueron derivados hacia la redacción de planes de desarrollo regional, la adecuación de los sistemas de transporte para acercar los mercados de consumo a los de producción, la subsidiación de proyectos de localización preferencial de empresas en áreas deprimidas y para la construcción de importantes planes de viviendas.

Los problemas derivados de la expansión descontrolada de la ciudades y de la debilidad de las redes urbanas obligaron a la creación de oficinas de planificación para controlar el crecimiento a través de diferentes políticas. La eficacia de la planificación, desbordada por la magnitud de los problemas y la insuficiencia de recursos económicos, fue en general muy reducida. Los programas de Brasil y Colombia dirigidos a crear nuevos polos de crecimiento y a frenar la expansión de las metrópolis han tenido un éxito limitado. Más logros se ha obtenido en el nivel local con proyectos puntuales financiado por organizaciones internacionales o por los mismos vecinos.

Estos grandes planteamientos fueron impulsados en distinta medida en la mayoría de los países del continente, mediatizados por las intensas presiones políticas que caracterizan la naturaleza de las sociedades de la región y por la oscilante situación económica que comienza a registrarse desde mediados de la década de los setenta. La relación entre la voluntad política de los gobiernos y el margen de acción con

que contaban los organismos planificadores para orientar el desarrollo urbano, estuvieron mediatizados por las presiones de los sectores implicados en la construcción de la ciudad. En aquellos años, comenzaron a consolidarse las grandes empresas constructoras que posteriormente dominarían el mercado inmobiliario, ya que en aras del desarrollo económico siempre se las favoreció dándoles mayores oportunidades de desarrollo. La ideología del crecimiento como factor de modernización llevó a que las ciudades sudamericanas crecieran entre las posibilidades ofrecidas por el mercado formal y sus formas corrientes de producción y comercialización del espacio urbano, y por el mercado informal, operando fuera de las normas establecidas [19].

A partir de los setenta, la confluencia de una serie de elementos hacen que la política urbana, al menos en el discurso, asuma un relieve mayor. Los problemas generados por el rápido crecimiento urbano, sin las regulaciones ni las inversiones necesarias, y por la localización de industrias contaminantes en el seno de algunas ciudades, afectaba a la mayoría de los sectores sociales. Además, los problemas derivados de la creciente imposibilidad de los sectores más necesitados podía poner en peligro la estabilidad de la sociedad en su conjunto. Todos los estados asumieron la necesidad de actuar sobre las áreas urbanas de distintas formas. Sin embargo, hacia finales de la década, sólo un reducido porcentaje de las principales ciudades habían conseguido elaborar instrumentos de planificación serios, aunque las escasas propuestas que contenían sobre la tierra urbana fueron elaboradas desconociendo el funcionamiento del mercado legal y de las formas ilegales de actuación, desconocimiento que impidió aplicar medidas mínimas de tratamiento.

A partir de los años ochenta, los gobiernos optaron por soluciones alternativas al problema acuciante de los sectores más necesitados, elaborando una serie de propuestas de construcción urbana destinada a los pobres: mejoramiento de los asentamientos existentes y parcelas con servicios y sin servicios donde se fomenta la autoconstrucción. La mejora de las condiciones no evita la reproducción del problema, ya que sus causas radican en otras esferas de la realidad. Dada la escasez de

[19] Hardoy, J., y Satterthwaite, D., *La ciudad legal y la ciudad ilegal*, Instituto Nacional de Medio Ambiente y Desarrollo, CEL, IIED-AL, Buenos Aires, 1987.

recursos públicos para la construcción y el mantenimiento de la ciudad, los sectores populares han asumido la construcción de áreas cada vez más extensas: autoconstruyen las viviendas con los materiales diponibles y autogestionan las soluciones a sus necesidades de salud, educación y recreación, empleando para ello extensos períodos para llegar a su consolidación definitiva.

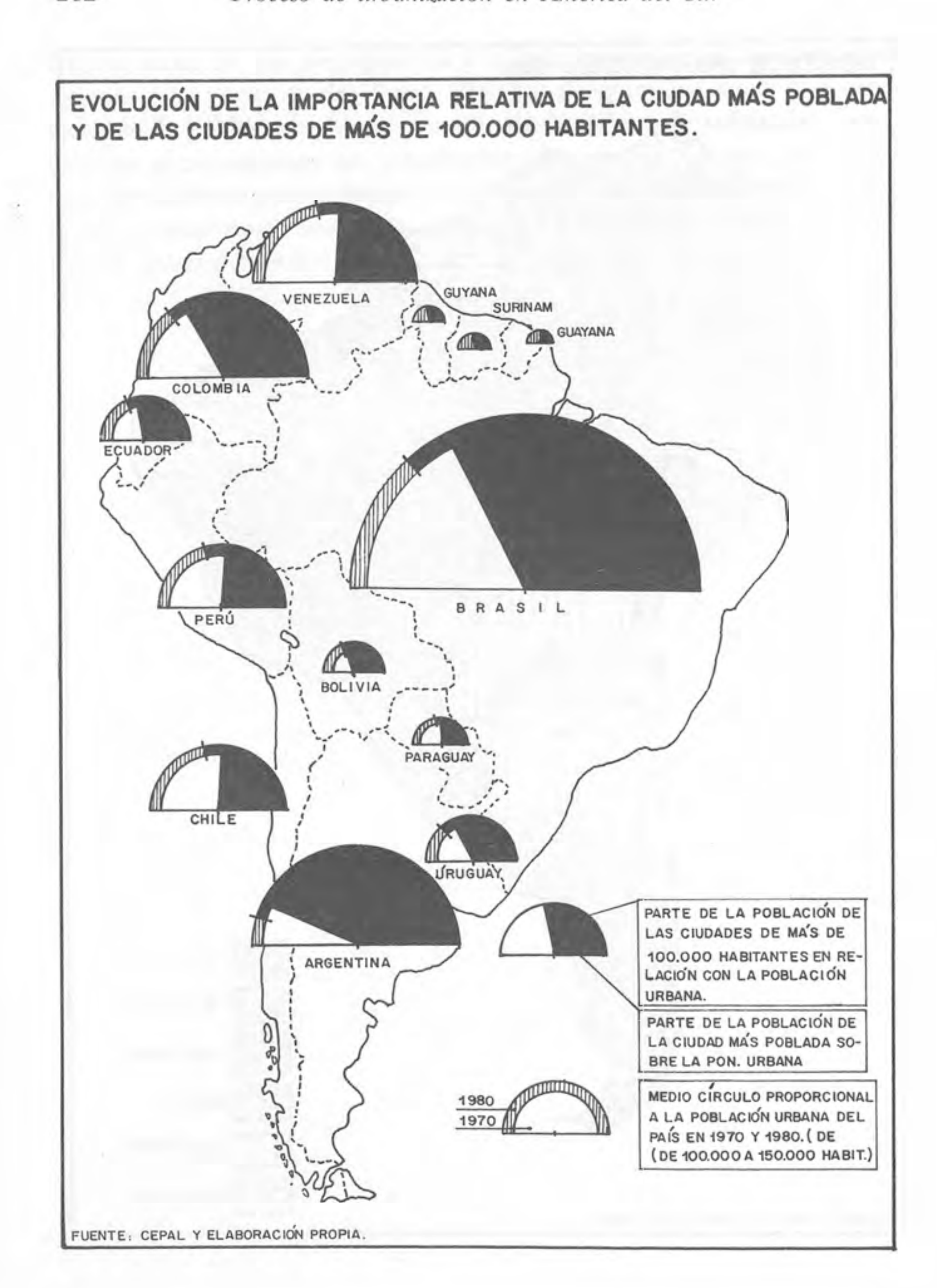
En síntesis, el papel de los municipios durante la segunda mitad del siglo XX no fue relevante porque no pudieron asumir la promoción del desarrollo ni el fomento de las actividades productivas. Factores administrativos y políticos enraizados en la naturaleza federal de los distintos estados inhibieron la generación de políticas concertadas a nivel nacional. Los municipios, en general, se vinculan con sus economías locales casi exclusivamente como aparatos recaudadores, poco eficaces y que no reinvierten los impuestos en obras de mejora. Los problemas que limitan la actuación de los gobiernos locales no son tanto formales —porque la estructura organizativa existe, dotada de atribuciones para operar— como reales, ya que las deficiencias de su gestión se sitúan en la insuficiencia de recursos financieros para la inversión, la falta de personal capacitado y la inexistencia de un aparato administrativo adecuado a las necesidades corrientes de la ciudad.

Dentro de este contexto local, la intervención del Estado en la construcción de la ciudad adquiere una participación decisiva, sobre todo, en las elaboración de respuestas dirigidas a paliar las demandas populares, aun mayor que en los países más avanzados. Los gobiernos centrales han tenido que hacerse cargo muchas veces del papel correspondiente a los municipios —a pesar de los conflictos institucionales y de la duplicación de funciones que ésto supone—, ya los escasos recursos financieros locales disponibles están dirigidos mayoritariamente al pago de los salarios municipales, transformados los ayuntamientos en áreas de trabajo que absorben una buena parte de la población urbana. Esta pérdida de protagonismo de los gobiernos locales en la construcción de la ciudad conlleva un problema de difícil solución, en tanto que las obras acometidas por los gobiernos centrales están casi siempre subordinadas a políticas de nivel global, hecho que resta importancia a los problemas de las ciudades ante los requerimientos regionales o nacionales.

En la actualidad, también otras fuentes externas operan en la conformación de la ciudad sudamericana. Algunas agencias internacionales

asignan parte de sus presupuestos a la financiación de infraestructuras urbanas para regiones del Tercer Mundo, dirigidas, en general, a sectores de la población que poseen un nivel mínimo de solvencia. También las organizaciones no gubernamentales actúan sobre temas urbanos, especialmente en el campo de la vivienda, aunque también sus operaciones constituyen respuestas puntuales que apenas aligeran los problemas extremos de los grupos con mayores necesidades.


ÍNDICES DE URBANIZACIÓN. 1990.
90 %
86 al 80 %
75 al 69 %
53 %
45 al 40 %
35 al 32 %
FUENTE: CEPAL Y ELABORACIÓN PROPIA.


EVOLUCIÓN DE LA IMPORTANCIA RELATIVA DE LA CIUDAD MÁS POBLADA Y DE LAS CIUDADES DE MÁS DE 100.000 HABITANTES.
VENEZUELA
GUYANA
SURINAM
GUAYANA
COLOMBIA
ECUADOR
BRASIL
PERÚ
BOLIVIA
PARAGUAY
CHILE
URUGUAY
ARGENTINA
PARTE DE LA POBLACIÓN DE LAS CIUDADES DE MÁS DE 100.000 HABITANTES EN RELACIÓN CON LA POBLACIÓN URBANA.
PARTE DE LA POBLACIÓN DE LA CIUDAD MÁS POBLADA SOBRE LA PON. URBANA
1980
1970
MEDIO CÍRCULO PROPORCIONAL A LA POBLACIÓN URBANA DEL PAÍS EN 1970 Y 1980. (DE (DE 100.000 A 150.000 HABIT.)
FUENTE: CEPAL Y ELABORACIÓN PROPIA.

Urbanización
Porcentaje de la población total

País	Población en localidades de 20.000 habitantes y más, alrededor de			Población en localidades de 100.000 habitantes y más, alrededor de			Población en localidades que en 1970 tenían 20.000 habitantes y más, alrededor de		
	1950	1960	1970	1950	1960	1970	1950	1960	1970
Argentina	49,9	59,0	66,3	41,7	50,6	55,6	52,7	60,7	66,3
Bolivia	19,4	22,9	27,5	9,9	15,3	21,1	20,4	23,4	27,2
Brasil	20,3	28,1	39,5	13,3	18,8	27,8	24,4	30,8	39,5
Colombia	23,0	36,6	46,2	15,4	27,5	35,7	26,7	38,6	46,2
Chile	42,6	50,6	60,6	28,5	32,9	41,7	47,5	52,7	60,6
Ecuador	17,8	27,9	35,3	14,6	19,3	23,4	22,8	30,3	35,3
Paraguay	15,2	15,9	21,5	15,2	15,9	16,7	17,0	18,5	21,5
Perú	18,1	28,5	40,4	13,8	19,3	30,0	22,2	29,9	40,3
Uruguay	53,1	61,4	64,7	40,4	44,7	44,5	57,6	62,8	64,7
Venezuela	31,0	47,0	59,4	16,6	25,5	40,4	38,7	50,6	59,4
TOTAL	29,0	37,8	46,1	20,9	27,0	33,7	33,0	39,8	46,1

Fuente: *CEPAL y elaboración propia.*

Población por tamaño de localidades
Miles de personas

País	Año [1]	Miles de habitantes por cada localidad							
		Total	Hasta 2	2-19	20-49	50-99	100-499	500-999	1.000 y más
Argentina	1970	23.364,4	7.885,1		1.437,2	1.057,6	2.951,3	1.597,5	8.435,8
Argentina	1980	27.947,4	4.754,6	3.543,1	1.863,1	1.654,3	3.071,9	13.060,5	
Bolivia	1976	4.613,5	2.687,6 [3]	447,6	118,4	141,0	1.218,9		
Brasil	1970	93.215,3 [4]	44.730,0 [3,4]	11.789,4 [4]	6.373,2 [4]	4.782,5 [4]	10.995,0 [4]	14.545,3 [4]	
Colombia	1973	21.069,1	8.589,7	2.680,5	906,9	764,4	2.205,2	5.922,4	
Chile	1970	8.881,5	2.497,4	1.020,0	807,6	1.127,9	2.911,1	517,5	
Ecuador	1974	6.480,8	4.195,4		329,9	347,8	619,2	—	—
Paraguay	1972	2.354,1	1.848,5		112,9	—	392,8	—	—
Perú	1972	13.538,2 [4]	7.100,7 [4]	3.412,1 [4]	1.487,6 [4]	876,7 [4]	661,0 [4]		
Uruguay	1975	2.764,0	596,2 [3]	438,5	367,6	188,3		1.173,3	
Venezuela	1971	10.721,5 [4]	2.887,5 [4,5]	1.480,0 [4,6]	996,9 [4]	1.156,3 [4]	4.200,9 [4]	—	—
Venezuela	1981	14.516,7	2.909,7	1.838,8	1.380,6	1.724,7	4.111,4	2.551,6	—

Fuente: *CEPAL*.

Concentración urbana

Porcentaje de la población en la ciudad principal con respecto a la población total

País	Ciudad principal	Alrededor de		
		1950	1960	1970
Argentina	Gran Buenos Aires	31,0	34,0	36,1
Bolivia	La Paz	9,9	12,3	14,5
Brasil	Río de Janeiro	4,5	4,5	4,6
Colombia	Bogotá, D.E.	6,2	9,7	12,8
Chile	Santiago	22,8	25,9	30,7
Ecuador	Guayaquil	8,1	11,4	12,6
Paraguay	Asunción	15,2	15,9	16,7
Perú	Lima	11,2	15,4	21,7
Uruguay	Montevideo	40,4	44,7	44,5
Venezuela	Caracas, D.F.	9,8	10,5	9,7
TOTAL		15,9	18,4	20,4

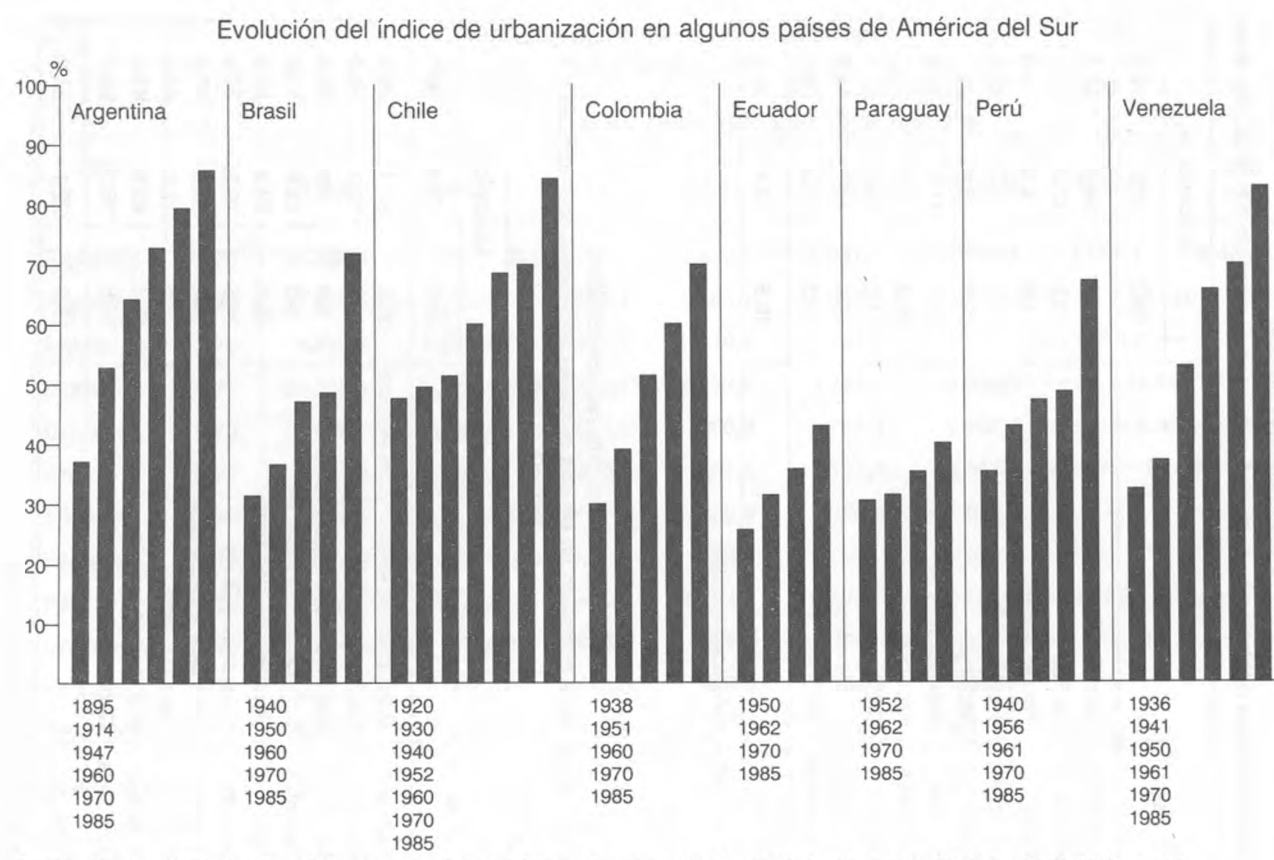
Fuente: *CEPAL y elaboración propia.*

Concentración urbana (conclusión)

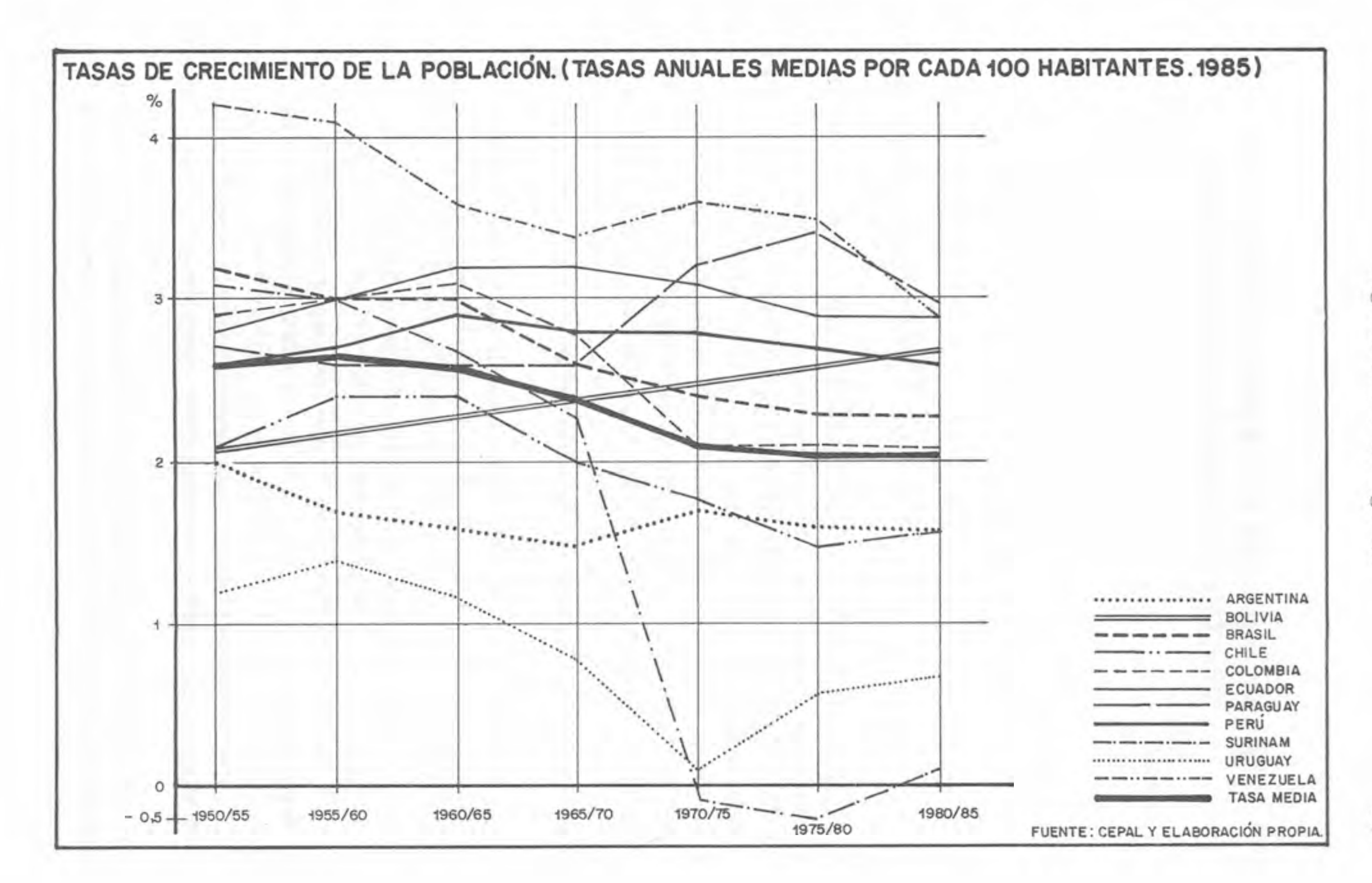
Porcentaje de la población en las dos ciudades principales con respecto a la población total

País	Ciudad principal	Alrededor de		
		1950	1960	1970
Argentina	Gran Buenos Aires y Gran Rosario	33,9	37,4	39,6
Bolivia	La Paz y Cochabamba	12,6	15,3	18,0
Brasil	Río de Janeiro y São Paulo	8,4	9,0	10,2
Colombia	Bogotá, D.E. y Medellín	9,0	13,8	17,9
Chile	Santiago y Valparaíso	26,4	29,3	33,6
Ecuador	Guayaquil y Quito	14,6	19,3	21,8
Paraguay	Asunción y Encarnación	16,2	16,9	18,2
Perú	Lima y Callao	12,5	17,0	24,0
Uruguay	Montevideo y Salto	42,4	46,9	47,1
Venezuela	Caracas, D.F. y Maracaibo	14,5	16,1	15,7
TOTAL		19,0	22,1	24,6

Fuente: *CEPAL y elaboración propia.*



Fuente: *Naciones Unidas, Dto. of Economic and Social Affairs, Demographic Yearbook (varios años), CEPAL y elaboración propia.*


TASAS DE CRECIMIENTO DE LA POBLACIÓN. (TASAS ANUALES MEDIAS POR CADA 100 HABITANTES. 1985)
%
4
3
2
1
0
- 0,5
1950/55
1955/60
1960/65
1965/70
1970/75
1975/80
1980/85
ARGENTINA
BOLIVIA
BRASIL
CHILE
COLOMBIA
ECUADOR
PARAGUAY
PERÚ
SURINAM
URUGUAY
VENEZUELA
TASA MEDIA
FUENTE: CEPAL Y ELABORACIÓN PROPIA.

Capítulo VII

CONSECUENCIAS GENERALES DEL PROCESO DE URBANIZACIÓN EN AMÉRICA DEL SUR

Los modelos de ocupación del territorio

Quinientos años separan la América precolombina de la América actual. Durante estos siglos y aun desde antes, la acción de los hombres afincados en el continente fue modelando sucesivas formas de estructuración espacial, producto de los innumerables factores que se conjugaron para definir estrategias de ocupación del territorio ajustadas a cada período histórico. Tanto las culturas indígenas primigenias como las española y lusitana y la criolla posteriormente, generaron sus propios modelos de ocupación, y en todos ellos los intereses económicos, los hechos políticos y las tendencias ideológicas jugaron papeles determinantes.

El enfoque historicista de esta forma de abordar la realidad sudamericana tuvo como finalidad estudiar los diferentes procesos ocurridos en el territorio y los factores que impulsaron, favorecieron o inhibieron el desarrollo de las actividades humanas en el continente, con la intención de comprender las razones que dieron lugar a la emergencia de modelos génericos de ocupación del territorio, propios de cada coyuntura histórica. En este sentido, interesaba estudiar el territorio desde el propio territorio, deteniéndose en el papel de la ciudad respecto de su entorno inmediato y mediato y el carácter de las relaciones establecidas entre la ciudad y los restantes asentamientos a través de la conformación de las redes urbanas.

El período de análisis cubrió un amplio lapso de tiempo durante el cual se sucedieron acontecimientos de toda índole, que, agrupados, permiten fraccionar la historia sudamericana en etapas identificables se-

gún las dinámicas sociales dominantes. El territorio recibe el impacto de estas fuerzas que, directa o indirectamente, actuaron en la conformación de los distintos modelos de ocupación que estructuraron su espacio.

Durante el período precolombino fue la civilización incaica, perteneciente a las altas culturas americanas, la que se destacó sobre las demás por el grado de desarrollo que alcanzó su organización social. A diferencia de otras etnias, los incas llegaron a la sedentarización temprana, hecho que les permitió consolidar un sistema político centralizado y totalitario, con una organización estatal colectivista que alcanzó grados de perfección comparables —salvando las distancias temporales— a las actuales sociedades planificadas. El modelo de ocupación espacial de esta sociedad, fuertemente estratificada y con severos controles internos, tuvo un carácter centrípeto, con un centro de dominación afincado en Cuzco, desde donde se irradiaba el poder del Inca. Todas las ciudades y los pueblos y la increíblemente desarrollada red de comunicaciones estaban distribuidas en el territorio en relación con la capital del imperio, centro del que dependían y al cual servían con su producción.

Con la llegada de los europeos esta civilización entró en un período de decadencia total, aunque el sistema administrativo, urbano y de comunicaciones consolidado durante su apogeo sirvió de base a los expedicionarios españoles para organizar la exploración y dominación inicial de esta porción del espacio sudamericano. En este sentido, el escenario físico producido por las poblaciones autóctonas impuso ciertos rasgos a la primera ocupación territorial y a la posterior colonización. Fuera del área andina, el vasto panorama que se les presentó a los españoles primero y a los portugueses más tarde, con notables accidentes geográficos, inconmensurables distancias, sorprendente variedad de la flora y la fauna y, sobre todo, con un rigor climático desconocido, obligó a una rápida y necesaria adecuación que les permitiese penetrar las tierras recientemente descubiertas.

El proceso de urbanización registrado durante el siglo XVI fue verdaderamente extraordinario: en menos de sesenta años se estructuró una potente red urbana a escala continental. Este ímpetu fundacional es sólo comparable con el que se produciría durante los últimos decenios del siglo XIX, época en que la mayoría de los países habían alcanzado sus independencias de las coronas española y portuguesa y había iniciado la colonización del territorio interior.

La conquista y la colonización del nuevo territorio fueron acciones que se emprendieron en forma casi simultánea durante las primeras décadas que siguieron a 1492, impulsadas desde las coronas por motivos eminentemente políticos y económicos. El factor económico pronto predominó sobre el político ya que, además de la necesidad de afirmar la soberanía con la fundación de ciudades, urgía la explotación de las riquezas encontradas, necesarias para sostener a las metrópolis ibéricas, amenazadas por sus crónicos déficits económicos. Este objetivo crematístico se hace evidente a través de los criterios de localización empleados para el emplazamiento de las nuevas ciudades, preferentemente en las cercanías de recursos naturales o sobre las costas, transformadas en centros de producción y de traslado de las riquezas a ultramar. Esta tónica de ocupación periférica perdurará hasta el siglo XIX, generando una distribución territorial descompensada, compuesta de dinámicas fajas de actividad perimetrales y amplios espacios interiores vacíos. En esta situación de partida se encuentran las claves de la ruptura del modelo de ocupación precolombino, caracterizado por un desarrollo centrípeto que nacía de la conjugación de fuerzas interiores del propio sistema, para ser sucedido por un modelo de ocupación centrífugo, dominado por la expoliación de los recursos y su traslado al exterior para cubrir necesidades ajenas a las del territorio de producción.

Las estrategias empleadas por las coronas para la colonización del inmenso espacio conquistado fueron básicamente diferentes, hecho que le imprimió características espaciales específicas a las respectivas jurisdicciones. Mientras que la ocupación española se caracterizó por tener un carácter eminentemente urbano, la portuguesa comenzó siendo de tipo rural, definiendo un modo de vida que sólo tenderá a modificarse hacia mediados del siglo XVIII. Como resultado de esta situación, el proceso de urbanización tuvo dinámicas distintas, siendo más rápido en la América hispana y más lento en la América portuguesa, registrando en ambos casos altos índices en las zonas productivas de gran envergadura. Sin embargo, en el conjunto continental, estos índices crecieron lentamente, desde valores que apenas llegaban al 1 por ciento en la región central andina al 25 por ciento en el último cuarto del siglo XVIII.

A pesar de estas diferencias en la forma de ocupación del espacio, las potencias coloniales se apoyaron en las ciudades para la organización del espacio y el dibujo de las nuevas economías a su servicio. Los núcleos urbanos actuaron como motor del desarrollo de sus respectivas

áreas de influencia, por lo que los espacios organizados a su alrededor estuvieron siempre sujetos a los avatares de su evolución. De hecho, durante la época colonial los espacios regionales fueron activados conforme se abrían las posibilidades de explotación de los recursos naturales encontrados, circunstancia que dio lugar a la generación de ciclos económicos característicos —argentífero, azucarero, aurífero, entre otros— que demandaban organizaciones territoriales propias. Las ciudades, sus actividades económicas y sus funciones administrativas, operaron como elementos clave para la óptima organización de las regiones productivas, permaneciendo, por la misma razón, dependientes del auge y la decadencia de estos ciclos y de los diversos impactos de orden social y económico a los que estaban sometidas.

Bajo estas circunstancias, la red urbana generada durante el período colonial fue intrínsecamente débil, con una gran desarticulación espacial, ya que muchas regiones mantenían comunicaciones más fluidas con Europa que con el resto del continente. La formación de ciudades y sus relaciones con el exterior y el interior nunca dejaron de constituir una preocupación esencial del sistema político y del Estado, ya que si el modelo dominante a nivel continental tenía caracter centrífugo respecto del exterior, en el nivel interno seguía funcionando un modelo centrípeto en el que los importantes centros urbanos polarizaban y dinamizaban el espacio colonial. La etapa que se inaugura con las independencias nacionales no modificó la desarticulada organización del espacio heredado ya que, por el contrario, el largo proceso de conformación de las nuevas repúblicas llevó a una nueva fragmentación del espacio sudamericano, impidiendo la integración entre regiones. Los ciclos económicos en el período independiente propulsaron modelos de ocupación del espacio propios, resultado de respuestas a intereses internos y externos. Estos modelos no se diferenciaron demasiado de los ocurridos en el período colonial, con épocas de esplendor y decadencia, dejando tras su declive espacios marginales o deprimidos.

A fines del siglo XIX y comienzos del siglo XX, el desarrollo de los países europeos más adelantados y la consolidación del capitalismo occidental potenciaron el crecimiento de las economías sudamericanas ante las ingentes demandas de materias primas. El precio de las mismas —en constante alza hasta 1913— posibilitó a los países de la región aumentar sus exportaciones y dar entrada a importantes cantidades de divisas, con lo que estuvieron en condiciones de acceder a empréstitos

cedidos por los países europeos para la construcción de infraestructuras necesarias para mantener una situación óptima en el mercado internacional. Desde principios del siglo XIX, el continente americano tiene asignado un papel definitivo dentro de la división internacional del trabajo: continuar siendo proveedor de materias primas.

La apertura del mundo agrícola y ganadero potenció espacios que habían permanecido marginales o poco afectados por el desarrollo económico. Las nuevas perspectivas generaron un cambio en los centros de poder, dando lugar a la emergencia de un eje de crecimiento alternativo que suplantó a las antiguas zonas de dominación instaladas en el Pacífico. La fachada atlántica, con potenciales áreas de explotación localizadas en Argentina, Uruguay, Brasil y Venezuela, comienza a estructurar el continente con tensiones distintas, promovidas por el crecimiento de sus ciudades y por la apertura de nuevos mercados de trabajo. Esta situación favorable, unida a la aparición del ferrocarril a finales del siglo XIX y a la incorporación del aluvión inmigratorio de origen europeo atraído por la favorable situación económica de los países en expansión, fueron factores que favorecieron la conquista de los espacios vacíos existentes y la generación de un proceso de urbanización de grandes dimensiones, sobre todo en el Cono Sur, la región con mayor dinamismo del continente.

La depresión económica de 1929 fue el hecho desencadenante de un proceso sin precedentes y de grandes repercusiones: los países más desarrollados del área deciden comenzar su industrialización. Comienza así el camino del proceso de sustitución de importaciones, que llevará a modificaciones profundas en las tradicionales estructuras sociales. Los cambios en la economía tuvieron múltiples repercusiones, tanto positivas —diversificación del trabajo, aumento de los salarios, expansión de las capas medias, mejoras urbanas, adelantos en el bienestar social— como negativas —concentración de actividades productivas en pocos centros urbanos, crecimiento descontrolado de las ciudades industriales, desequilibrios regionales internos, tensiones políticas, incapacidad creciente para la absorción de mano de obra industrial—. Con la industrialización, la urbanización se aceleró y fue imparable a partir de los años cincuenta, a pesar de que la industrialización conseguida no estaba en condiciones de absorber la mano de obra que el mismo proceso había congregado en las áreas urbanas. En estas circunstancias, la terciarización de la economía comienza a adquirir predominio, generan-

do una tendencia que se irá reforzando a medida que el deterioro de las economías regionales registrado con posterioridad a los años sesenta se haga sentir con mayor dureza.

En estos años el panorama económico generado en el proceso de sustitución de importaciones entra en un proceso de desgaste generalizado, producto de insuficiencias estructurales de difícil solución. Ante esta situación son ensayados programas de reindustrialización que optan por apoyarse en fuertes reajustes de la estructura productiva. Los resultados de la aplicación de estos programas fueron escasos dentro del ámbito económico aunque con fuertes repercusiones en la esfera laboral y política. Los años sesenta fueron cruciales para la evolución de las estructuras sociales sudamericanas, amenazadas por el descontento generalizado de las capas asalariadas, el enriquecimiento de los grupos de poder, los gobiernos *de facto* y el incremento de las deudas externas.

Las grandes áreas urbanas recibieron el mayor impacto de la crisis, transformadas en áreas-refugio de la pobreza. Con altos índices de urbanización y con una explosión demográfica sin precedentes, los distintos países enfrentan en sus grandes ciudades el resultado palpable del crecimiento sin desarrollo. La «hiperurbanización» sudamericana es el resultado tanto de los éxodos internos que tienen su origen en las áreas rurales y en los pequeños y medianos centros urbanos que acuden a las grandes ciudades, transformadas en mercado potenciales de trabajo —aunque sea ilegal—, como a la abultada carga que aporta el crecimiento vegetativo de sus habitantes.

Por otra parte, la retracción en las actividades primarias debido al debilitamiento en el régimen de los términos de intercambio, la escasa productividad de las industrias locales y el problema de la deuda externa, paralizan la ocupación de nuevos espacios productivos o retraen las superficies productivas en marcha. Sólo se mantienen activas algunas regiones como la amazónica, hacia donde se dirigen nuevos centros pioneros procedentes de Brasil y de los países que tienen dominios dentro de este gran espacio natural.

En este último período el modelo general de dominación espacial se enmarca dentro del contexto de la economía actual, con unas enormes salidas en concepto de las exportaciones de productos industrializados y de los pagos de los servicios de la deuda externa, y escasos ingresos de divisas debido al debilitamiento constante de los términos de

intercambio, lo que lleva a que cada vez haya que producir más para comprar menos ante el constante aumento de los precios de los principales productos importados.

Los desequilibrios regionales, unidos a la debilidad y la falta de estructuración de las redes urbanas y de los transportes, marcan la situación actual del espacio sudamericano, a lo que se suma el fenómeno de la macrocefalia, hecho común a la mayoría de los países: gran concentración de la población en las principales ciudades y constante aumento de los índices de urbanización, situaciones que completan un cuadro regional caracterizado por la pobreza, la marginalidad y la dependencia.

El crecimiento urbano y las ciudades

Históricamente, las ciudades cumplieron funciones altamente determinantes de la estructuración del espacio sudamericano: servían como centro de servicios y de mercado y, en muchos casos, como punto de enlace entre vastos espacios vacíos. Eran, por tanto, puntos estratégicos para la integración de los espacios que quedaban desmembrados e incomunicados de las ciudades centrales o capitales regionales. En las postrimerías del siglo XIX, las ciudades actuaron como baluartes en la defensa de la soberanía nacional en aquellos territorios donde no existía una clara demarcación de fronteras.

Con el transcurso del tiempo y por efecto de los distintos acontecimientos que se sucedieron, especialmente en los últimos cien años, las ciudades crecieron a un ritmo desmesurado, lo que hace que, en conjunto, la población urbana de Sudamérica camine hacia unas tasas preocupantes de urbanización. En los últimos decenios la población asentada en centros urbanos ha aumentado más que la población total del continente y, dentro de este fenómeno, han sido las capitales nacionales, las grandes metrópolis y las ciudades mayores de 100.000 habitantes las que registraron un crecimiento más acentuado respecto de los asentamientos menores.

El incremento numérico, unido a la importancia del papel jugado por las ciudades en el proceso de modernización de las estructuras sociales, fue relevante: a través de ellas se han introducido las innovaciones productivas registradas en los sectores industrial y terciario, y los

cambios que afectaron las relaciones sociales existentes: la ampliación del uso y consumo de bienes y servicios y las transformaciones en las formas de sentir, pensar y vivir del habitante sudamericano.

Sin embargo, este crecimiento urbano también ha significado la emergencia de numerosos efectos negativos, que han impedido la «conversión del crecimiento en desarrollo, y determinado una modernización parcial, superficial y desequilibrada» [1]. La urbanización se ha producido dentro de países dependientes y en el marco de un crecimiento desigual, con carácter anárquico y falto de control e irracionalidad. El ritmo de crecimiento estuvo siempre en una relación de desacuerdo con el desarrollo real y la industrialización integrada, provocando en la sociedad urbana profundos desajustes verificables: la marginalidad, la pobreza y el analfabetismo, el subempleo y el desempleo, la carencia de servicios y equipamiento, déficits habitacionales y degradación ambiental, con un largo etcétera de carencias, a las que se ve sometida una población en constante aumento.

Los efectos de la urbanización: nivel y calidad de vida en las ciudades sudamericanas

Los efectos de la rápida urbanización se pueden visualizar en cualquiera de las grandes aglomeraciones de América del Sur, tanto en el aspecto físico de la misma ciudad como en la población que a diario recorre los distritos céntricos de la misma. En relación al aspecto físico, la escena urbana presenta una doble lectura: la ofrecida por las dinámicas áreas comerciales y los barrios residenciales de la población de mayores ingresos, con formas y funciones propias del mundo «moderno», y la que se recoge en las extensas áreas de localización de los grupos de menores ingresos, donde la degradación y la pauperización conforman el mundo de la pobreza. La ciudad sudamericana es resultado de la unión de estos dos mundos y de las formas intermedias que nacen de su conjunción, donde es frecuente la coexistencia de opuestos, tanto en las áreas centrales —distritos históricos deteriorados junto a nuevas

[1] Kaplan, M., en introducción a la obra de J. E. Hardoy, *Las ciudades en América Latina*, Ed. Labor, Buenos Aires, 1973, pp. 16-17.

zonas de actividad y a los tradicionales barrios burgueses— como en las periferias —asentamientos ilegales de chabolas en contacto con nuevas urbanizaciones para los grupos de mayores recursos—. En esta ciudad dual, los problemas más acuciantes se revelan en la cobertura de los servicios urbanos en las áreas más deprimidas, donde la falta de higiene, la acumulación de aguas servidas y residuos, el mal estado de aceras y calles, son hechos que pueden ser observados a simple vista.

Otro aspecto visible en las ciudades es encontrar en el casco central, en los soportales o en plazas, mercadillos ambulantes donde se vende toda suerte de mercancías, a la vez que se prestan un sinnúmero de servicios. Pero la visión de los mercadillos improvisados no debe confundirse con los que tradicionalmente se realizan en muchas ciudades iberoamericanas, donde las ferias o mercados semanales son una costumbre arraigada y donde participan agricultores o artesanos que viven en la misma ciudad o bajan de pueblos vecinos para vender sus productos. La procedencia de las personas que ejercen esta actividad privada, y a veces ilegal, deriva de las chabolas y de los pueblos vecinos, pero también muchas de ellas carecen de residencia fija y a menudo se encuentra a niños y mayores durmiendo en las aceras o protegidos en los soportales, zaguanes o portales. Al caer la noche estas áreas quedan semidesiertas, con escasa luz, y la actividad comercial es reemplazada en algunas calles por la prostitución, cuando no mezclada con la venta de drogas.

La visión simplificada de este cuadro urbano aparece ante la impaciente cámara del turista como una imagen folclórica, sin enterarse siquiera que es producto de la marginalidad y la miseria propias de las grandes urbes sudamericanas. La imagen de la pobreza urbana es un tema con múltiples connotaciones, por lo tanto rica en temas de investigación que en parte ya han sido analizado por reconocidos urbanistas, sociólogos y geógrafos.

En realidad, las situaciones que derivan de la pobreza urbana van más allá de la simple observación y requieren de un análisis sagaz y de una estadística ajustada para medir el alcance real de su impacto. La escala real de lo acontecido en el mundo urbano por los efectos de la urbanización incontrolada raramente pueden ser evaluada en su totalidad, no tanto por la falta de datos preciso sino más bien porque se trata de un problema que se acrecienta a diario, sin parangón alguno en la historia de la urbanización. Este crecimiento cotidiano, real y perceptible, se demuestra a través de la investigación, con estimaciones que

revelan los problemas más acuciantes que aqueja a la población alojada al cobijo de una ciudad indiferente a sus problemas, en una ciudad donde la mayoría de sus habitantes sufren los mismos efectos originados por la desmedida urbanización del Tercer Mundo.

Hacinamiento, promiscuidad, bajos estándares de vivienda, falta de agua potable, luz eléctrica y alcantarillado, analfabetismo, mendicidad, carencia de todo tipo de infraestructura asistencial y sanitaria, altísimos porcentajes de paro, exposición a todo tipo de enfermedades, ambiente insalubre y contaminación, es el listado más amplio de todo lo que acontece en las ciudades con grandes concentraciones de población provenientes del mundo rural o de otras ciudades más deprimidas, en busca de mejoras que esperan encontrar en las grandes urbes.

El imparable crecimiento de las ciudades afecta no sólo a la capacidad administrativa de las autoridades nacionales o comunales, impedidas para planificar, controlar o encontrar fórmulas tendentes a atenuar los graves efectos cuyo origen radica en la presión humana, ante la demanda de servicios e infraestructuras públicas; afecta también a los recursos aire, agua y suelo. La degradación de estos recursos agrava la ya alarmante situación en el presente y crece en tales proporciones que hipotecan el futuro de unos países con escasos recursos económicos.

Si se buscan las causas y justificaciones del deterioro en la calidad y nivel de vida de la población urbana, salta a primera vista la mala administración y la falta de planificación. Pero la masiva llegada de población a los grandes centros urbanos sobrepasa los límites de gestión de esas administraciones locales. Intervienen, además, otros factores, dándose un encadenamiento que conforma un circuito vicioso amplio, complejo y compacto.

> De su análisis resulta, como en todas partes, que la causa esencial de la miseria humana en América Latina y el Caribe es la injusticia social, enraizada en cada ser humano que llevan en sí las posibilidades de beneficiar o de perjudicar a sus semejantes [2].

Las causas profundas de este estado de cosas tienen diferentes orígenes: son de tipo económico, social y político, traducidas en falta de

[2] Dourojeanni, M. J., *Recursos naturales y desarrollo en América Latina y el Caribe*, Universidad de Lima, Lima, 1982, p. 377.

planificación, mala administración, legislación escasa o vacíos legales en ciertos aspectos, falta de concienciación y educación. Se trata de problemas de muy difícil corrección, con efectos que socavarán las sociedades urbanas hasta que no se saneen los gobiernos y las economías nacionales, sometidas a corrupciones sin límites y a un neocolonialismo letal. La dependencia exterior, más la carga de la creciente deuda externa, imposibilita por ahora prever soluciones a corto plazo, aunque no fueran mas que parciales. Los apretados presupuestos nacionales conllevan, por otra parte, a una creciente «deuda interna», de la que poco se habla pero de la sus efectos son percibidos tanto en el ámbito urbano como en el rural. Corregir estas falencias ancestrales llevará mucho tiempo; lo que tarde en asentarse un equilibrio social que llegará, en parte, con la ayuda exterior proveniente de los países más desarrollados. Las ayudas, por otra parte, deben ser controladas por organismos nacionales, regionales e internacionales, para impedir que las mismas sean desviadas a otros cometidos o intereses políticos o personales, distintos a los que se perfilan en los gestos de buena voluntad de los países sensibles a la actual realidad iberoamericana.

Resumiendo, puede decirse que al aumento vertiginoso de la población urbana se le suma el crecimiento anárquico y desordenado de las grandes aglomeraciones urbanas, caracterizado por la ausencia de una planificación integral. Este desorden vino a motivar problemas de diversa índole que afectan en distinto grado la calidad de vida de sus habitantes.

Los problemas de algunas de las grandes ciudades

Tomando como base la obra *Ciudades. Información estadística, administrativa y gráfica de las mayores aglomeraciones urbanas del mundo* [1] y la experiencia propia, podemos sintetizar los problemas más destacados que presentan algunas de las grandes ciudades de América del Sur. Este panorama selectivo ayudará a ilustrar los aspectos generales destacados anteriormente.

[1] Fondo de Población de las Naciones Unidas, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo (España) y Corporació Metropolitana de Barcelona, *Ciudades. Información estadística, administrativa y gráfica de las mayores aglomeraciones urbanas del mundo*, publicado por el Institut d'Estudis Metropolitans de Barcelona, 1988, 5 vols.

Bogotá

La capital de Colombia, situada en plena cordillera de los Andes a 2.640 metros de altitud y con cerca de cuatro millones de habitantes, es una de las ciudades con más difícil acceso del mundo. Bogotá cuadruplicó su población entre 1951 y 1971, hecho que intensificó el aumento de los barrios pobres. El 50 por ciento de la población está constituida por inmigrantes en busca de mejores condiciones de vida. Este brusco aumento demográfico constituye uno de los grandes frenos al desarrollo integral urbano y a las posibilidades de una atención esmerada a la población marginal. La existencia de indios, mestizos y mulatos provoca una gran segregación social. Los «gamines», niños abandonados que deambulan por las calles al cobijo de la noche y viven de la mendicidad, prostitución o venta de drogas, representan el más duro reflejo de los problemas sociales. La espontaneidad de muchos asentamientos humanos hace que los mismos carezcan de los servicios mínimos indispensables.

Brasilia

La nueva capital de Brasil, inaugurada oficialmente el 21 de abril de 1960, está situada en el Planalto Central. La gran problemática que ofrece esta ciudad es el alto crecimiento demográfico ligado a la gran inmigración proveniente de las diferentes regiones del Brasil, pero también está asociado a los bajos índices de mortalidad —uno de los más bajos del país— y a los altos índices de natalidad. En la actualidad cuenta con una población de aproximadamente dos millones de habitantes. El gran crecimiento de la población, en desarmonía con la capacidad de respuestas por parte de la economía regional, ha generado en los últimos años grandes desigualdades socioeconómicas. La salud y la educación son dos problemas pendientes de la administración local. La inadecuación de la infraestrucura básica a las necesidades de una población en aumento ha repercutido en un déficit acuciante en este aspecto. Existen bolsones de pobreza absoluta donde la población vive en las típicas «favelas». No falta la contaminación de los recursos más degradables, como el aire, el agua y el suelo.

Buenos Aires

La capital del estado argentino está emplazada en la región pampeña, en la ribera del Río de la Plata. Constituye la mayor aglomeración urbana del país concentrada en la capital federal y sus diecinueve distritos. En 1991 la población se aproximaba a los 11 millones, representando una tercera parte del total nacional. Como en la mayoría de las ciudades sudamericanas, el crecimiento anárquico y desordenado por la carencia de planificación condujo a una serie de problemas que en mayor o menor grado afectan la calidad de vida de la población. Algunos de estos problemas son antiguos, estructurales, como la densa concentración de la población, otros de tipo coyuntural ligados a las continuas crisis socioeconómicas. Las situaciones negativas afectan sobre todo al conurbano y a pobladores suburbanos y otras son características de las áreas centrales y su alrededores. Otros problemas son los referidos a los de servicios de infraestructura: el 50 por ciento de la población carece de agua potable y el 70 por ciento no posee cloacas. La contaminación atmosférica, de suelos, de aguas superficiales y subterráneas, de cursos fluviales y atmosférica empeoran la calidad de vida de sus habitantes. Otros problemas son los déficits de equipamientos sociales y de viviendas y la mala calidad y el alto coste del servicio de transporte. Las áreas que sufren una gran presión demográfica son las más propensas a tener inconvenientes, entre otros, insuficiencia de agua corriente, rebasamiento de la red cloacal. La población marginada se asienta en las llamadas «villas miserias», situadas, por lo general, en el extrarradio.

Caracas

Capital de Venezuela, es otro ejemplo de las grandes ciudades americanas. Concentra en su área metropolitana a más de dos millones de habitantes. Está situada a 920 metros de altitud entre las cordilleras de la costa y del interior, próxima al mar Caribe. Su privilegiado clima dentro de una región tropical, contribuyó a su localización y a convertirse en un centro de atracción de población. Constituye el principal centro administrativo, financiero, industrial, comercial, cultural y de consumo del país. El ritmo de crecimiento de su población estuvo entre los más rápidos del mundo, entre otros motivos por su clima y riqueza de las

tierras, más tarde acrecentados por el «boom» petrolero y por haber sido desde los comienzos el centro del poder nacional. La barrera física que obstruía su comunicación con la costa se solucionó mediante la construcción de costosas y modernas autopistas. El desordenado crecimiento fue a costa de las fértiles tierras agrícolas de su valle, y la escasa oferta de terreno obligó a un desarrollo vertical en el uso del suelo. Como en la mayoría de las ciudades iberoamericanas, el crecimiento fue caótico, y la falta de planificación no permitió la dotación de los servicios mínimos. Existen en la actualidad muchos barrios marginales «colgados» de las laderas montañosas con miles de infraviviendas, «ranchitos», en pésimas condiciones de vida. Esta situación lleva a constantes conflictos sociales por parte de los desposeídos, a los que se les hace difícil el acceso al ya prácticamente agotado suelo urbano; el mínimo existente presenta elevados precios.

Curitiba

Es una de las grandes metrópolis brasileñas del sur y en los últimos años ha crecido desmesuradamente, atrayendo población del área rural y de regiones vecinas. Capital del estado de Paraná, está situada próxima al Atlántico. El acelerado crecimiento impidió a los nuevos usuarios del suelo urbano contar con las infraestructuras básicas. La rápida ocupación del suelo fue realizada en forma desordenada, creando extensas zonas periféricas donde el alto coste de la urbanización es compatible con el nivel de renta de la población que los habita. Muchas veces estas zonas no son propicias para la urbanización. La población actual de la región metropolitana sobrepasa los dos millones de habitantes, de los cuales un porcentaje nada despreciable se asienta en favelas. Altos índices de paro o subempleo, mendicidad, completan el cuadro de los problemas de esta ciudad.

Guayaquil

Ciudad del Pacífico ecuatoriano, está situada en las márgenes del río Guayas, constituyéndose en el principal puerto del Ecuador y el más importante de la costa oeste americana. Actualmente su población so-

brepasa el millón y medio de habitantes. La proliferación de asentamientos espontáneos prácticamente llegó a duplicar la población de Guayaquil y la magnitud del área edificada durante los últimos quince años. La falta de infraestructuras de servicios impide la adecuación a este espacio de la constante ola inmigratoria que llega a la ciudad, incidiendo en la exposición a enfermedades endémicas, dadas las características climáticas de la región. Los nuevos habitantes residen en los tugurios que rodean la ciudad o en los inquilinatos existentes, ya sean de nueva construcción o resultado de la compartimentación de viviendas pertenecientes a una clase media en decadencia que han sido subdivididas para obtener mayores rentas. Estas residencias, con índices de hacinamiento muy altos —acogen en sus habitaciones hasta 15 personas por unidad—, están en general en condiciones pésimas de conservación y salubridad. El exceso de población, provocado por el rápido crecimiento, se aloja en los «suburbios», comunidades ilegales construidas en zonas de tierras pantanosas expuestas a las mareas, ubicadas al sur y al oeste del centro de la ciudad. En estas áreas, según datos fiables, se aloja aproximadamente el 60 por ciento de la población de Guayaquil.

> La mayor parte de los suburbios son kilómetros y kilómetros de pequeñas casas de madera y bambú, construidas paso a paso y situadas sobre postes a distancia del suelo de barro y agua contaminada. Las casas se conectan a través de un complejo sistema de pasarelas de madera que a su vez las comunican con la tierra firme más próxima. En algunos lugares, la tierra firme se halla a cuarenta minutos de camino [4].

Lima

Está enclavada en la costa central del Perú, cuya capitalidad ostenta, e incluye al puerto de El Callao. Fue una de las ciudades más importantes durante el período colonial. Después del 1950 su población ha crecido rápidamente llegando en este momento a los 6 millones de habitantes. La situación económica y social del país acrecienta la cons-

[4] Moser, C. O. N., «A Home of Ones Own: Squatter Housing Strategies in Guayaquil, Ecuador», en *Urbanisation in Contemporary Latin America: Critical Approaches to the Analysis of Urban Issues*, editado por A. Gilbert, J. Hardoy y R. Ramírez, J. Wiley and Sones, 1982, pp. 159-190.

tante migración a Lima, que asienta a más del 30 por ciento de la población del país. De este porcentaje, más del 50 por ciento se encuentran en límites extremos de pobreza, habitando en asentamientos infrahumanos: bestándar: los «pueblos jóvenes o barriadas», conocidos oficialmente como «asentamientos humanos», y en barracas del deteriorado casco antiguo de la ciudad. Los llamados «tugurios» del centro de la ciudad, albergan a cerca del 50 por ciento de la población total. Los problemas se multiplican con el ingreso de unas 350.000 personas anuales, con déficits de viviendas, espacios verdes, equipamiento sanitario y educativo, agua potable y transporte público. También la limpieza pública acarrea graves problemas a las autoridades comunales. La salud, por otra parte, resulta un apartado crítico para los sectores marginales. En Lima-Callao 55 de cada 100 niños mueren antes de cumplir un año. La esperanza de vida es de 64 años y anualmente el 36 por ciento de las defunciones representan a segmentos de la población con menos de cinco años y sólo el 26 por ciento con más de 70 años; considerándose que el 10 por ciento de estas defunciones son causadas por neumonías y el 7 por ciento por enteritis y enfermedades diarreicas (desnutrición, falta de agua, problemas de higiene).

Medellín

Es otra de las grandes áreas metropolitanas de América del Sur y segunda ciudad en importancia de Colombia. Cuenta con más de dos millones y medio de habitantes, repartidos en diez municipios, de los cuales Medellín absorbe más del 80 por ciento. Medellín es la capital del departamento de Antioquía, localizada en un valle andino de la zona central de Colombia. La atracción de población produjo profundos cambios en la composición social: aumento de la diferencia de clases induciendo la segregación espacial, modificación de la estructura de actividades económicas y de empleo y desfasaje entre la capacidad real de los organismos de servicios públicos y las grandes demandas de la creciente población. Este aumento demográfico supuso además la demanda de tierras para alojarse, pero, dadas las condiciones topográficas, el crecimiento urbano ha llegado a sus límites, razón por la cual muchos viven en condiciones precarias o infrahumanas teniendo en cuenta las características del sitio elegido para construir sus moradas. Los princi-

pales problemas son: empobrecimiento creciente inducido por la baja en el poder adquisitivo de los ingresos reales de la población; desempleo, provocado sobre todo por la crisis industrial; falta de acceso adecuado a las viviendas por las características topográficas; inadecuada red de infraestructuras básicas; salud; desequilibrio ecológico, entre otros.

Montevideo

Capital de la República Oriental del Uruguay, localizada en la ribera oriental del Río de la Plata, es la única ciudad de gran tamaño de un país pequeño. Montevideo ha generado una extensa estructura territorial, constituyendo su área metropolitana un caso único de área de centro único, con crecimiento libre y aislado de otras influencias urbanas. La atracción que ejerce Montevideo sobre el resto del país ha ocasionado un desmesurado crecimiento de la población. A pesar de tener un nivel aceptable de infraestructuras, comienza a ser evidente un incipiente estancamiento y deterioro de ciertas áreas centrales bien provistas. En 1985 el área metropolitana albergaba 1.751.865 habitantes. Como todas las grandes ciudades de América del Sur, Montevideo padece crisis políticas, económicas y sociales, hecho que repercute en la población con menores recursos.

Recife

Ciudad brasileña situada en la fachada atlántica del nordeste que acoge en su seno una ingente cantidad de habitantes en situación de extrema pobreza. La radicación indiscriminada de población en una ciudad carente de planificación urbana y sin incentivos económicos capaces de ocupar mano de obra, ha conducido a que vastas zonas urbanas se hayan convertido en «mocambos» o chabolas. Estos habitáculos fueron construidos por personas que, desprovistas de recursos económicos suficientes o debido a la escasez de suelo urbano, no tuvieron acceso a una vivienda, de manera que su única alternativa fue la de invadir áreas urbanas desocupadas, públicas o privadas. La expulsión del mundo rural ha provocado la instalación de personas de escasos recursos en

Recife, donde a la masificación se le superpuso la barrera del crecimiento físico de la ciudad. Las actividades informales ocupan un lugar destacado entre las familias recifenses. En 1980 vivían en Recife 1.204.738 personas, muchas de ellas inmigrantes. El crecimiento masivo trajo como consecuencia inmediata la pauperización absoluta o relativa a la que ha sido sometida la gran mayoría de la población brasileña, y particularmente la recifense. Esta situación hace fácil adivinar los problemas estructurales que sufre la población. La pobreza absoluta, en el sentido más amplio, es un signo que destaca a Recife.

Río de Janeiro

Antigua capital del imperio, situada en la fachada atlántica, Río de Janeiro muestra las consecuencias de un largo crecimiento desigual y desordenado. La gran concentración de población y el desarrollo corrompido y elitista han permitido garantizar a muchos de sus habitantes condiciones de vida mínimamente humanitarias y, en muchos casos, ni siquiera las condiciones más elementales para vivir. Los más pobres viven en las favelas. La región metropolitana de Río de Janeiro es la segunda en importancia por número de habitantes del Brasil. En 1980 más de cinco millones de habitantes residían en el municipio y sobrepasaban los nueve millones los que estaban radicados en el conjunto de la región metropolitana. Es fácil evaluar lo que significa esta tremenda cifra, en términos de presión y demandas de empleo, de servicios sociales y de equipamientos urbanos.

Santiago

Capital de Chile, ubicada en la región central, en medio del un valle longitudinal intermedio a 558 metros de altura. En la actualidad el Gran Santiago cuenta con más de cuatro millones y medio de habitantes, siendo la mayor ciudad del país. Como todas las ciudades de América del Sur, presenta serios problemas sociales y económicos especialmente sentidos por la clase más desposeída. A estos problemas se le añaden los correspondientes a las insuficientes atenciones sociales y al déficit de infraestructuras públicas. Otro de los graves problemas que so-

porta es la contaminación ambiental, que se hace insoportable sobre todo en invierno, provocando serios problemas sanitarios a la población más sensible a este tipo de anomalías atmosféricas. Los niveles de contaminación sobrepasan, en los meses de mayor concentración, los aconsejados por organismos internacionales como la OMS.

São Paulo

El área comprendida por la región metropolitana de São Paulo concentra la mayor parte de los recursos humanos, económicos y materiales que contribuyen al desarrollo de la economía brasileña. Pero los contrastes dentro de la región son tremendos. La distribución de la población está desequilibrada, con una concentración de apenas el 11 por ciento de la población metropolitana en las zonas centrales dotadas de equipamientos. El restante 89 por ciento vive en zonas periféricas, donde destaca la ausencia significativa de servicios urbanos. El reparto espacial de la población refleja la condición social de los habitantes paulistas: la cantidad de espacio es el espejo de la segregación que impera en las relaciones económicas. Como en casi todas las ciudades del Tercer Mundo, el crecimiento caótico y desordenado ha provocado el surgimiento y expansión de barrios periféricos, junto con los «cortiços» —pequeñas casas donde viven muchas familias— y las favelas, formas que cobijan a la clase obrera. Este sector de la población gasta una parte importante de su tiempo y de sus salarios para cubrir la distancia que los separa de sus lugares de trabajo, hecho que se agrava con las insatisfactorias prestaciones de los medios de transporte colectivo. En este contexto social, el 56 por ciento de las viviendas se encuentran en condiciones deplorables. Si bien el 90 por ciento de la población cuenta con agua potable, menos del 52 por ciento cuenta con redes cloacales, lo que supone la existencia de importantes focos de contaminación. La falta de tratamiento de los efluentes domiciliarios e industriales afecta a las corrientes fluviales, creando serios estados de contaminación. Otro tipo de contaminación es la atmosférica, provocada por las emanaciones provenientes de la fábricas y del amplio parque automovilístico, situación que llega a tornarse inaguantable, superando los niveles aconsejados por organismos internacionales. El área metropolitana de São Paulo

está formada por 38 municipios, que en 1985 totalizaban 15.303.406 habitantes, de los cuales 10.036.900 habitaban en São Paulo.

* * *

De las grandes ciudades escogidas podemos inferir que los problemas se mantienen o acrecientan en cada una de ellas debido al proceso de urbanización sufrido en los últimos treinta años. Un listado de problemas, distantes pero parecidos o similares entre sí, caracterizan a estos espacios geográficos que concentran ingentes sumas de población. Casi todos los organismos públicos que atienden el gobierno y las necesidades de estas ciudades tienen elaborados una serie de proyectos para erradicar estos males. Los menos, desprovistos de planes de actuación, al menos reconocen tener un diagnóstico de la situación general, necesario para emprender cualquier trabajo de ordenación tendente al cambio integral de las urbes.

Pero a propósito del conocimiento de esta realidad, del fenómeno de la urbanización hay que decir que persiste una imperiosa necesidad de reorganizar y forjar ideas y conocimientos y de hallar soluciones en en nuevo y específico marco problemático, como forma de enriquecer las posibilidades de investigación y de acción transformadora.

> El déficit se va agravando adicionalmente por una circunstancia decisiva: la doble disociación, por una parte, entre los teóricos y prácticos, es decir, quienes sólo logran dedicarse a la investigación científica del problema, y quienes como consultores y funcionarios tienen algún grado de participación en actividades pragmáticas y procesos de decisión; y, por otra parte, entre intelectuales y técnicos en conjunto, y los grupos políticos, administrativos, empresariales e institucionales que detentan grados variables de poder para tomar decisiones e influir en ellas... El desconocimiento del pasado acompaña al de las realidades presentes. Faltan análisis precisos y detallados sobre las interrelaciones entre la urbanización y las situaciones, estructuras y procesos de tipo socioeconómico, político y cultural (latifundio, industrialización, dependencia externa, estratificación social, formas y estrategias políticas, constelaciones científico-técnicas e ideológicas). Se carece de todo modelo futuro, salvo el emergente de la mera proyección de lo actual [5].

[5] Kaplan, M., en introducción a la obra de J. E. Hardoy: *Las ciudades en América Latina*, Ed. Labor, Buenos Aires, 1973, p. 12.

Cabe destacar, que no sólo la población de las grandes urbes padece los problemas asignados a las mismas; en general, todos los centros urbanos tienen carencias extremas, salvo excepciones. Cuando se trata de poblaciones menores, las autoridades locales pueden encarar con mayor facilidad los desequilibrios que presentan las sociedades urbanas.

Dentro y fuera de las ciudades

La ciudad, como subraya Pierre George, es un modelo adaptado a un uso apropiado para una estructura social. Refleja un modo de existencia y un sistema de relaciones sociales. Es entonces cuando las ciudades son, en parte, el resultado de la combinación de las necesidades sociales, desde la alimentación, pasando por los servicios y el ocio. Estas necesidades, en ocasiones —y muy a menudo en las ciudades del Tercer Mundo—, provocan anomalías, carencias y deterioros. Las demandas sociales, a su vez, están causando desequilibrios dentro del amplio entramado urbano y aun más allá, incluso a nivel regional. La demanda de bienes, como agua, combustibles, alimentos, etc., están deteriorando el espacio de donde se los extrae y a veces causan daños irreversibles, agravado por el hecho de que en el Tercer Mundo no existen los recursos económicos y técnicos para remediar los desequilibrios causados desde la ciudad.

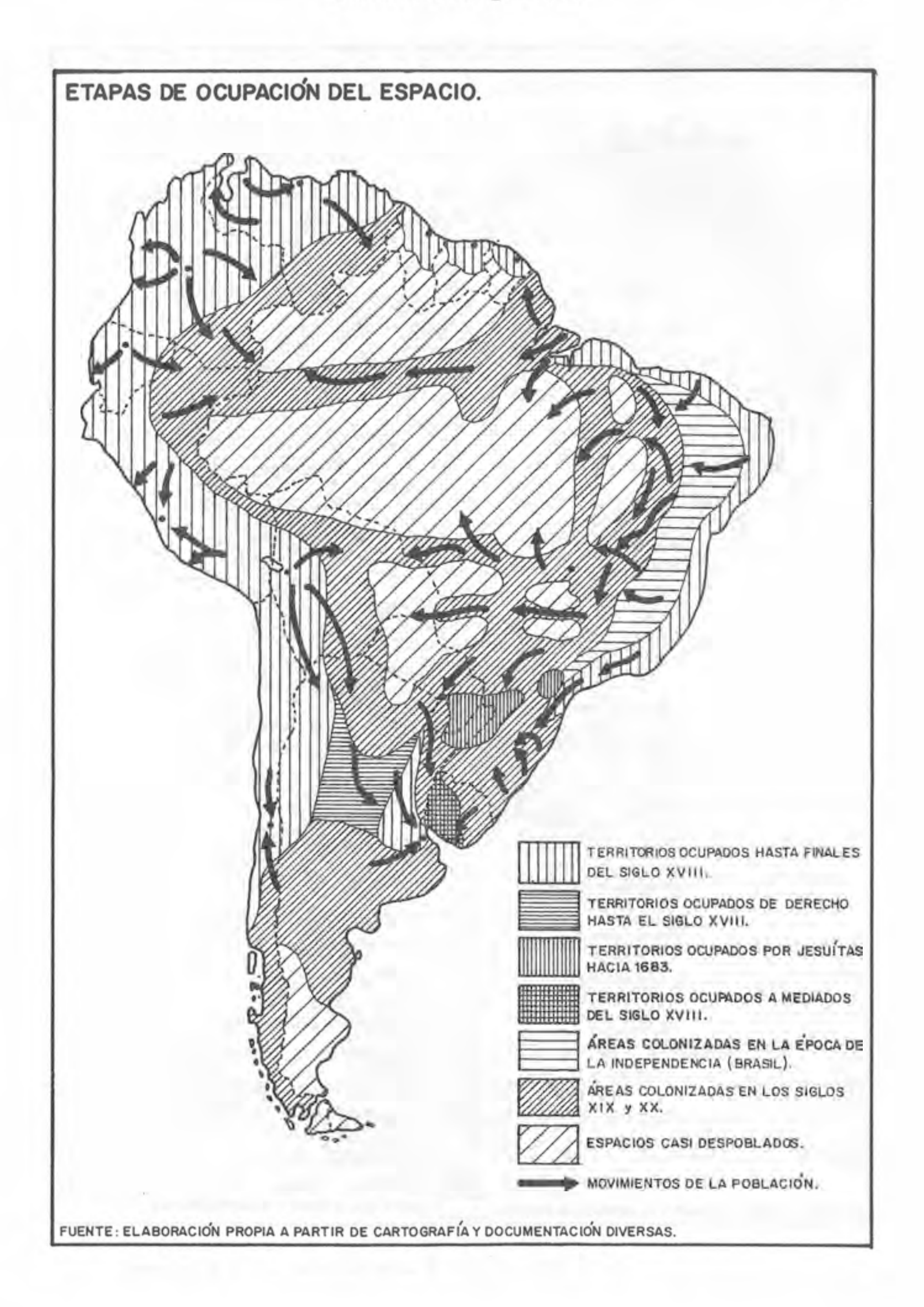
Hardoy y Satterthwaite [6] distinguen el medio ambiente interno, el medio ambiente de la ciudad y los impactos regionales provocados por la misma para expresar el panorama negativo que presentan las ciudades del Tercer Mundo. Con referencia al medio ambiente interno, ya hemos hecho referencia a los problemas que presentan los centros urbanos, resultado del rápido y desordenado crecimiento que soportan las ciudades, a la vez que hemos dado ejemplos de las principales ciudades de América del Sur, con sus problemas reales.

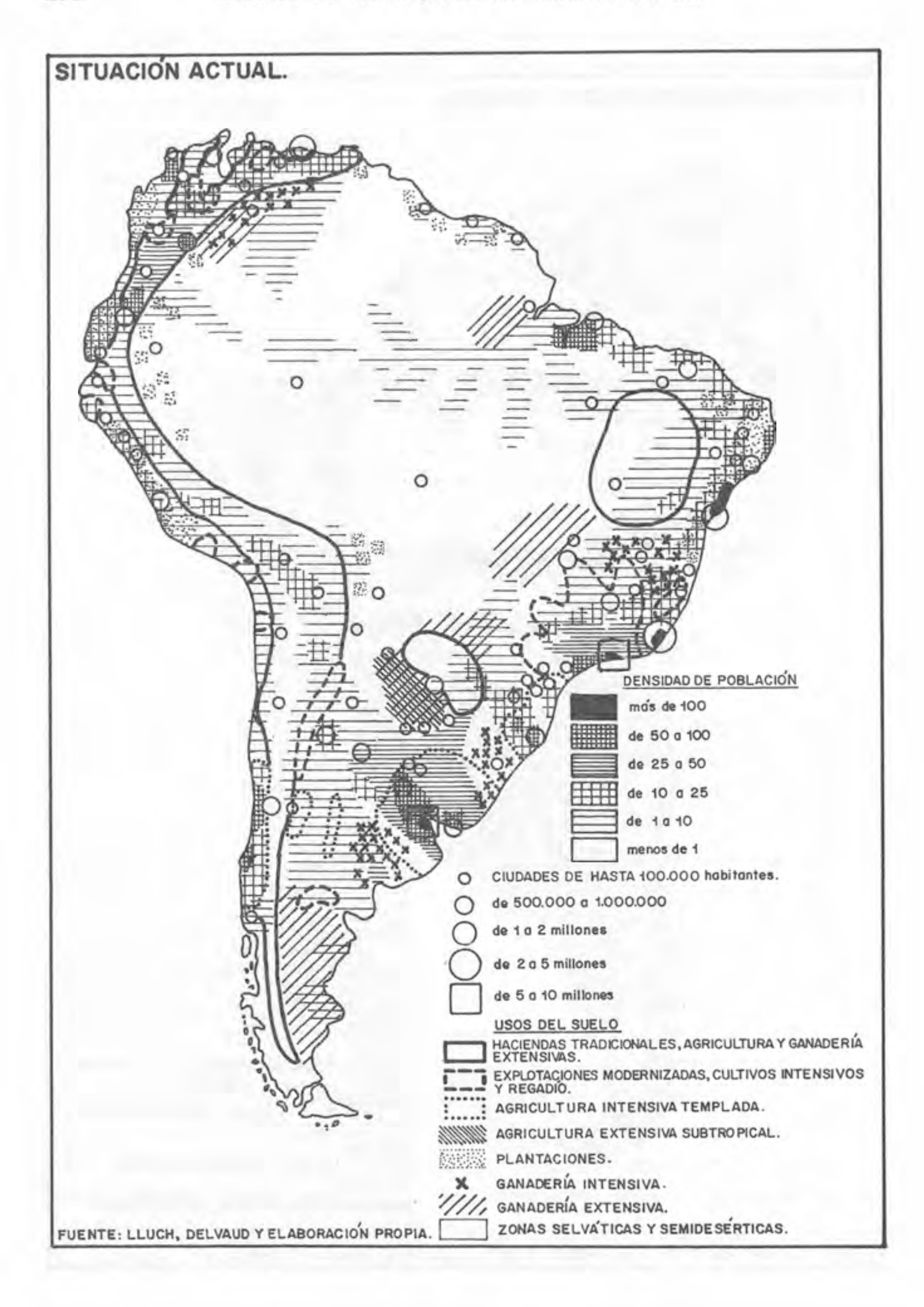
[6] Hardoy, J. E., y Satterthwaite, D., *Las ciudades del Tercer Mundo y el medio ambiente de la pobreza*, Grupo Editor Latinoamericano, Instituto Internacional de Medio Ambiente y Desarrollo, IIED, América Latina, Buenos Aires, 1987, pp. 22-25.

También destacamos los problemas de contaminación ambiental, de los recursos agua, aire y suelo, problemas que se producen en el medio ambiente urbano. A simple vista podría suponerse que las ciudades de América del Sur están poco industrializadas y por lo tanto tendrían que estar poco contaminadas. Este supuesto es un tanto falso ya que existen muchas ciudades o ciudades-regiones que cuentan con grandes concentraciones industriales en Brasil, Argentina, México. Las industrias carecen de filtros para rebajar el impacto sobre la atmósfera y contaminan aún más por tratarse en su mayoría de instalaciones obsoletas. También están contaminando el agua, ya sea por la filtración a napas subterráneas de materias tóxicas procedentes de la acumulación de residuos, ya se trate de los efluentes líquidos arrojados a las corrientes fluviales o al mar, sin ningún tipo de tratamiento. Estas concentraciones industriales provocan contaminación ambiental comparables a las experimentadas en Japón, Europa y Estados Unidos.

Pero la contaminación ambiental, atmosférica sobre todo, también está provocada en grado sumo por el transporte. En aquellas ciudades con altas concentraciones de automóviles y flujos de tránsito demasiado grandes que exceden la capacidad de la red vial existente, sumado el mal estado de conservación y la escasa renovación de las unidades debido al bajo poder adquisitivo de la población, la contaminación de la atmósfera es también preocupante. Esta contaminación, debida en parte a la mala combustión de los coches, es tan agobiante y peligrosa como la que soportan los países más industrializados. A su vez, la contaminación atmosférica está asociada a situaciones climáticas locales: escaso poder de dispersión de la atmósfera, falta de precipitaciones, inversiones térmicas, entre otras, factores que incentivan los estados de contaminación, como ocurre con las ciudades de la región central chilena, donde su capital, Santiago, soporta altos niveles durante los meses de invierno.

Por otra parte, es digno destacar los impactos que produce cada ciudad más allá de su entorno y de su área de influencia inmediata. Las ciudades, como aglomeraciones humanas y centros de consumo, demandan agua, combustibles fósiles, tierra y otros bienes de consumo, que tanto los habitantes, empresas, industrias y los medios de movilidad necesitan para poder desarrollarse. A mayor tamaño de ciudad, mayor será la demanda y mayor será posiblemente la distancia de donde se extrai-


ETAPAS DE OCUPACIÓN DEL ESPACIO.
TERRITORIOS OCUPADOS HASTA FINALES DEL SIGLO XVIII.
TERRITORIOS OCUPADOS DE DERECHO HASTA EL SIGLO XVIII.
TERRITORIOS OCUPADOS POR JESUÍTAS HACIA 1683.
TERRITORIOS OCUPADOS A MEDIADOS DEL SIGLO XVIII.
ÁREAS COLONIZADAS EN LA ÉPOCA DE LA INDEPENDENCIA (BRASIL).
ÁREAS COLONIZADAS EN LOS SIGLOS XIX y XX.
ESPACIOS CASI DESPOBLADOS.
MOVIMIENTOS DE LA POBLACIÓN.
FUENTE: ELABORACIÓN PROPIA A PARTIR DE CARTOGRAFÍA Y DOCUMENTACIÓN DIVERSAS.


SITUACIÓN ACTUAL.
DENSIDAD DE POBLACIÓN
más de 100
de 50 a 100
de 25 a 50
de 10 a 25
de 1 a 10
menos de 1
CIUDADES DE HASTA 100.000 habitantes.
de 500.000 a 1.000.000
de 1 a 2 millones
de 2 a 5 millones
de 5 a 10 millones
USOS DEL SUELO
HACIENDAS TRADICIONALES, AGRICULTURA Y GANADERÍA EXTENSIVAS.
EXPLOTACIONES MODERNIZADAS, CULTIVOS INTENSIVOS Y REGADÍO.
AGRICULTURA INTENSIVA TEMPLADA.
AGRICULTURA EXTENSIVA SUBTROPICAL.
PLANTACIONES.
GANADERÍA INTENSIVA.
GANADERÍA EXTENSIVA.
ZONAS SELVÁTICAS Y SEMIDESÉRTICAS.
FUENTE: LLUCH, DELVAUD Y ELABORACIÓN PROPIA.

gan los bienes necesarios para la población. Por estas circunstancias, las ciudades son deteriorantes directos e indirectos de recursos. Directos son aquellos daños que ejerce la ciudad sobre su propia jurisdicción, por ejemplo, al expandir sus áreas edificadas resta buenas tierras de labranza; talando bosques; decapitando pequeños cerros o abriendo brechas en las montañas para construir nuevos barrios. Los indirectos son aquellos que provoca la ciudad a través del consumo de productos que se hallan más allá de sus límites e incluso a gran distancia, con lo que el impacto se transforma en regional. Valga como ejemplo el agua que consume una ciudad: la fuente de abastecimiento puede estar ubicada a varios kilómetros, luego de consumida es devuelta a su origen con sus componentes básicos variados y en mala calidad, por lo que se está contaminando un lago, un río, incluso, al final, hasta el propio mar.

Hardoy y Satterthwaite dividen en dos los impactos regionales provocados por la ciudad: los que surgen de la extracción de recursos que la ciudad realiza en una región más amplia, y los derivados de actividades que, con base en la ciudad, afectan a una zona más amplia [7]. Ejemplos de impactos regionales hay muchos, como los que la ciudad misma produce, la teleacción: a través de la contaminación atmosférica provoca la lluvia ácida que degrada y hace desaparecer grandes superficies boscosas, sobre todo aquellas especies vegetales sensibles al anhídrido sulfúrico. También la ciudad, con sus necesidades de alimentos, abarca una amplia zona de abastecimiento que puede estar próxima a ella, dentro de la región que la comprende o en regiones vecinas. El cultivo de alimentos ha supuesto la devastación vegetal por el talado de bosques; en segundo término, al cabo de varios años, la tierra necesita de abonos, porque está semiagotada o porque necesita producir más. Estos abonos absorbidos por la tierra son depositados en las napas subterráneas yendo a parar seguramente al curso de algún río; también es posible que la existencia de plagas obligue al uso de plaguicidas y pesticidas; también se usan herbicidas, que tienen el mismo destino que en el caso de los abonos, pero con el agravante de que muchos de ellos están causando graves lesiones en los agricultores, como el famoso DDT, que a pesar de estar prohibido, se sigue usando.

[7] Hardoy, J. E., y Satterthwaite, D., *op. cit.*, pp. 55-56.

Los grandes impactos regionales causados por la ciudad los podemos localizar en todos los países de América del Sur, sin excepción, y aunque el ámbito de repercusión sea distinto, los resultados en todos los casos afectan a numerosa población rural. En la actualidad se cierne sobre este subcontinente el famoso caso de la selva amazónica, el «pulmón verde del mundo», que para muchos investigadores, todo lo que se dice sobre el tema peca de exageración. La cuestión es que día a día se arrasan miles de hectáreas de la selva amazónica, provocando un grave deterioro al sistema amazónico y a la humanidad. Otras grandes regiones naturales ya han sido perjudicadas por el uso irracional del hombre, como es el caso de la Patagonia argentina, buena parte de ella en proceso de desertificación.

La ciudad se convierte entonces en una depredadora de ecosistemas y de la población que se halla asentada en ellos. Los recursos naturales no renovables siguen siendo objeto de usos irracionales por la falta de técnicas adecuadas o lo que es aún casi tan grave como la causa anterior: la falta de legislación sobre su uso.

Finalmente, hay que expresar que, en la actualidad, el índice de urbanización continúa creciendo de forma alarmante. Se ha llegado a una situación de hiperurbanización en América Latina y hacia el año 2000 el 90 por ciento de la población estará radicada en las ciudades, con consecuencias irremediables sobre los medios aire, agua y suelo. Por otra parte, la falta de planificación por la precipitación de los acontecimientos urbanos y la carencia de recursos económicos para solventar los costes de este crecimiento desordenado predicen un futuro incierto y desalentador para las grandes ciudades.

En el nuevo orden internacional establecido no es posible adelantar o predecir algo que se aproxime a una realidad imaginada; de cualquier forma, los modelos de ocupación del espacio no diferirán mucho de los del pasado reciente.

El espacio sudamericano se presenta desequilibrado y desarticulado como consecuencia de los sistemas heredados y de los intereses creados después de la independencia, que no se preocuparon por revertir el orden espacial conocido. La ocupación de nuevos espacios está vedada por la incapacidad de crear nuevas áreas productivas y por la falta de incentivos económicos inducidos desde el exterior para aumentar la producción de materias primas y, como lógica consecuencia, llegar a la

ocupación de los vastos territorios que aún quedan por ocupar en algunos países de América del Sur.

En el párrafo final queremos expresar un halo de optimismo convocando a los entes internacionales y a los organismos no gubernamentales para que, a través de políticas de ayudas, se atienda a la formación de técnicos capaces de realizar planes operativos que corrijan los males que aqueja al mundo urbano de Iberoamérica, capaces de revertir lentamente el orden instituido y con contenidos que contemplen el control de la calidad de vida de las ciudades y su entorno.

APÉNDICES

BIBLIOGRAFÍA

Bernabéu, S. *et al.* (coord. científico, Francisco de Solano), *La ciudad iberoamericana hasta 1573*, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario, Junta de Andalucía/Consejería de Obras Públicas y Transportes, Madrid, 1987, 356 pp. Tomo I. Esta obra es parte de una colección que comprende varios tomos y abarca la historia urbana de Iberoamérica hasta nuestros días. Este tomo está compuesto por cinco capítulos y arranca desde los antecedentes urbanos de España, pasando por la presentación del panorama político-socioeconómico de América precolombina. Es un preciso relato histórico y científico de todas las cracterísticas, procesos y repercusiones espaciales de la ciudad americana hasta 1573. Una cantidad suficiente y útil de material cartográfico hacen más completa la obra.

Beyer, G. H. (comp.), *La explosión urbana en América Latina. Un continente en proceso de urbanización*, trad. del inglés, Mirta Arlt. Aguilar, Buenos Aires, 1970, 364 pp. Ocho temas, de los cuales pocos hacen alusión al título general de la obra, aunque dirimen aspectos interesantes —teóricos y prácticos— sobre este fenómeno social.

Bushnell, D., y Macaulay, N., *El nacimiento de los países latinoamericanos*, trad. J. C. Gómez Borrero, Nerea, Madrid, 1989, 328 pp. Análisis preciso acerca de la formación de las naciones iberoamericanas tratadas por regiones, con una introducción sobre los antecedentes y consecuencias socioeconómicas provocadas por la ruptura política con las metrópolis española y portuguesa.

Castells, M. (comp.), *Imperialismo y urbanización en América Latina*, Ed. Gustavo Gili, Barcelona, 1985, 464 pp. Tres bloques de análisis: procesos de urbanización; migración, marginalidad urbana y estructura urbana, y políticas urbanas, en los que distintos autores analizan dichos procesos.

Centro de Estudios Históricos de Obras Públicas y Urbanismo (CEHOPU)-Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo, *La ciudad Hispanoamericana: El sueño de un orden*, introducción de Fernando de Terán, MOPU, Madrid, 1989, 302 pp. Una obra de difusión estructurada con una visión geográfica clásica que abarca desde la época precolombina hasta la actualidad, con gran profusión de fotos, planos y mapas. Participan de la misma reconocidos investigadores en urbanismo.

Céspedes, G., *La independencia de Iberoamérica: La lucha por la libertad de los pueblos*, Ed. Anaya, Biblioteca Iberoamericana, Madrid, 1988. Apretada síntesis de los antecedentes endógenos y exógenos que provocaron la disolución de la unidad hispano-luso-americana. Obra de consulta para entender rápidamente los antecedentes y repercusiones de las independencias iberoamericanas.

Clichevsky, N., *Construcción y administración de la ciudad latinoamericana*, Instituto Nacional de Medio Ambiente y Desarrollo, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1990, 526 pp. Importante obra para comprender los recientes procesos de urbanización y sus características globales. Plantea además los problemas urbanos con especial énfasis en los gobiernos locales, políticas y mercados de tierra y hábitat rural.

Collin Delavaud, C. (coord.), *L'Amerique Latine. Approche géographique générale et règionale*, 2 tomos, Ed. Bordas, París, 1973. Obra de gran interés para conocer la realidad latinoamericana en todos sus aspectos.

Cunill, P., *La América Andina*, Editorial Ariel, Barcelona, 2.ª ed., 1981, 522 pp. Importante obra geográfica que trata la realidad estática (física) y dinámica (social-política-económica) de este espacio geográfico vertebrado por los Andes: Venezuela, Colombia, Ecuador, Perú, Bolivia y Chile. Los problemas geográficos son tratados objetivamente, reduciendo los aspectos físicos para profundizar en los problemas de base de los paisajes humanos en ciudades, campos y minas. Obra fundamental para el conocimiento integral de esta amplio espacio sudamericano.

Debuyst, F., *La población en América Latina*, Oficina Internacional de Investigaciones Sociales de FERES, Madrid, 1961, 187 pp. Un estudio pretencioso de la población latinoamericana, que analiza las variables demográficas y las repercusiones sociales y económicas en todo el continente.

Deler, J. P.; Gómez, N., y Portais, M., *El manejo del espacio en el Ecuador. Geografía básica del Ecuador*, Tomo I, *Geografía Histórica*, Centro Ecuatoriano de Investigación Geográfica, Instituto Geográfico Militar, Quito, 1983, 239 pp. Estudio histórico-geográfico de gran valor por analizar los acontecimientos históricos ecuatorianos sin descuidar su relación con el marco geográfico. Resulta sorprendente por el manejo espacial del tema, que abarca desde el origen del hombre americano hasta prácticamente me-

diados del siglo XIX. El material cartográfico y gráfico en general es muy ilustrativo y da vida a la obra.

Dourojeanni, M. J., *Recursos naturales y desarrollo en América Latina y el Caribe*, Universidad de Lima, 1982, 437 pp. Esencial para comprender la potencialidad natural de este ámbito geográfico y poder realizar algunas proyecciones que ayuden a pronosticar el desarrollo económico a través del uso racional de los recursos. Los cuadros estadísticos concretan la realidad analizada.

Fondo de Población de Naciones Unidas, Ministerio de Obras Públicas y Urbanismo de España, Corporació Metropolitana de Barcelona, *Ciudades. Información estadística, administrativa y gráfica de las mayores aglomeraciones del mundo*, Publicado por el Institut d'Estudis Metropolitans de Barcelona, 1988, 5 tomos. Desigual y desequilibrado tratamiento en el análisis de las ciudades más importantes que en muchos países fueron escogidas sin ningún tipo de criterio científico. Falta un hilo conductor que unifique el tratamiento de todas las ciudades con una homogeneidad temática. Importante, en algunos casos, por la documentación estadística y algunos planes de desarrollo.

García, R.; Cordero, F., e Izquierdo, A., *Economía y geografía del desarrollo en América Latina*, Fondo de Cultura Económica-Economía Latinoamericana, México, 1987, 587 pp. Una obra geográfica que facilita la comprensión integral, en sus primeros seis capítulos, de los procesos de urbanización, ocupación del espacio y poblamiento hasta la actualidad. El resto de la obra, segunda y tercera partes, completan el cuadro geográfico tras el análisis del resto de los factores que interactúan y se interrelacionan en el amplio espacio latinoamericano.

Garcilaso de la Vega, *Comentarios reales de los Incas*, 2 volúmenes, Buenos Aires, 1945. El autor vivió en Perú y durante muchos años fue la única obra importante sobre temas incaicos.

Hardoy, J. E., *Las ciudades en América Latina. Seis ensayos sobre la urbanización contemporánea*, Ed. Paidós, Buenos Aires, 1973, 244 pp. Con una esclarecedora y siempre actual introducción de Marcos Kaplán, esta obra resulta de máxima utilidad para la base de cualquier estudio urbano latinoamericano, con las relaciones e implicaciones de este fenómeno social.

Hardoy, J. E. (comp.), *Repensando la ciudad de América Latina*, Grupo Editor de América Latina, IIED-América Latina, Buenos Aires, 1988, 218 pp. Reflexiones generales acerca de los temas sociales, políticos y económicos de las principales ciudades de América Latina.

Hardoy, J. E., y Schaedel, R. P. (comp.), *Las ciudades de América Latina y sus áreas de influencia a través de la historia*, Ediciones Siap, Buenos Aires,

1973, 451 pp. Reúne en sus artículos diversidad de enfoques tratados por conocidos especialistas en América Latina, aunque la mayoría de ellos no se centran en el título que da origen a esta obra.

Hardoy, J. E., y Schaedel, R. P. (comp.), *Asentamientos urbanos y organización socioproductiva en la historia de América Latina*. Ediciones Siap, Buenos Aires, 1977, 385 pp. Variedad de temas y niveles en los trece que se presentan. Tratan de aunar una temática tendente a explicar la medida en que las instituciones gubernamentales, junto con la organización productiva, modelan las pautas de agrupamiento espacial urbano, en distintos espacios de América Latina.

Hardoy, J. E.; Morse, R. R., y Schaedel, R. P. (comp.), *Ensayos histórico-sociales sobre la urbanización en América Latina*, CLCASO-CEUR, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1978, 367 pp. Trece temas presentados por otros tantos especialistas en la urbanización latinoamericana, con variedad en enfoque y temas. Pequeños enasayos propicios para conocer todas las posibilidades de investigación que ofrece el fenómeno urbano.

Hardoy, J. E., y Morse, R. P. (comp.), *Nuevas perspectivas en los estudios sobre historia urbana de Latinoamérica*, Instituto Intenacional del Medio Ambiente y Desarrollo —IIED—, Latinoamérica, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, 325 pp. Es el resultado del IX Simposio sobre la «Urbanización en América Latina desde sus orígenes hasta nuestros días», llevada a cabo en Port-au-Prince, en 1986. La obra reúne trece trabajos sobre temas, espacios y épocas diferentes, con planteamientos metodológicos disímiles interesantes para los iniciados en este quehacer científico.

Hardoy, J. E., y Satterthwaite, D., *Las ciudades del Tercer Mundo y el medio ambiente de la pobreza*, IIED-América Latina, Buenos Aires, 1983, 123 pp. Plantean con acierto el problema de la gran urbanización experimentada en el Tercer Mundo y sus consecuencias negativas en el medio ambiente interno —urbano— y en los impactos producidos por la ciudad a escala regional.

Hardoy, J. E., y Satterthwaite, D., *La ciudad legal y la ciudad ilegal*, IIED-América Latina, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1978, 99 pp. Plantea la problemática urbana del Tercer Mundo, desde la perspectiva de la búsqueda y déficits de vivienda, la descripción de los asentamientos rurales y urbanos, el impacto de la crisis económica, la legalidad y el poder de los gobiernos locales y las políticas recientes.

Harris, W. D., *El crecimiento de las ciudades de América Latina*, Ed. Marymar, Buenos Aires, 1971, 318 pp. Un amplio estudio sobre la urbanización en América Latina y la configuración de las estructuras espaciales.

Hernández Sánchez-Barba, M., *Formación de las naciones iberoamericanas (siglo XIX)*, Ed. Anaya, Biblioteca Iberoamericana, Madrid, 1988, 126 pp. En tres

capítulos resume lo acontecido después del proceso independentista: transición, crisis, cambios en la política internacional; el advenimiento del nacionalismo criollo liberal-conservador; análisis de las sociedades hasta 1914. Obra clara y concisa para ampliar conocimientos generales.

Lucena Samoral, M., *América 1492*, Ed. Anaya, Madrid, 1990, 240 pp. Es un libro que acerca a la realidad del continente antes de la llegada de los españoles. Obra profusa de fotografías y un texto ágil para entender las sociedades precolombinas.

Lucena Samoral, M. (coord.), *Historia de Iberoamérica*, Ediciones Cátedra, Madrid, 1987. 3 vols. La obra coordinada por M. Lucena es pieza clave para el conocimiento de la historia iberoamericana. En ella colaboran prestigiosos americanistas especializados en cada uno de los temas que la componen. Es obra de obligada lectura para la comprensión de la realidad histórica del continente.

Lluc Martín, E. (dir.), *Geografía de la sociedad humana. Los grandes conjuntos geográficos*, Ed. Planeta, Barcelona, 1983, vol. 5, 623 pp. Obra básica, escrita por conocidos profesionales, para el conocimiento del ámbito geográfico iberoamericano en su conjunto. El acontecer histórico se refleja en los resultados espaciales a través de toda la obra. Las distintas regiones son tratadas con un enfoque histórico, geográfico, económico, social y político, criterio válido para conocer profusamente las realidades analizadas. Gráficos, mapas, fotografías, completan esta obra, única en su género en nuestra lengua.

Mc Auslan, P., *Tierra urbana y vivienda. Las opciones de los pobres*, Instituto Internacional para el Medio Ambiente y el Desarrollo, Washington, 1985. Presenta una visión amplia de los principales problemas de las ciudades del Tercer Mundo y sus implicaciones políticas, locales y regionales.

Morello, J., *Perfil ecológico de Sudamérica*, Ediciones Cultura Hispánica-ICI, Madrid, 1984, vol. I, 93 pp. Con un criterio muy personal, el autor pasa revista a los principales aportes es este campo, comparándolos con otros espacios del planeta. El rigor científico de la obra la hace valedera para conocer las principales características de la ecología del subcontinente. Una cuidada y perfecta cartografía eleva el nivel de esta obra.

Morse, R., y Hardoy, J. E. (comp.), *Cultura urbana latinoamericana*, Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales, Buenos Aires, 1985, 265 pp. Recopilación del VIII Simposio sobre urbanización en América Latina (Stanford). Una serie de herramientas metodológicas dirigidas al conocimiento de la urbanización. Trata sobre aspectos de la vida urbana, con énfasis en el sector informal y obrero, con disparidad de criterios.

Morse, R. M., *La investigación urbana latinoamericana: tendencias y planteos*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1973, 196 pp. Este conocedor de la realidad

urbana latinoamericana reúne en esta obra las líneas de investigación más relevantes y dentro de ellas los problemas y dilemas más frecuentes, así como la posiciones surgidas de diferentes interpretaciones de hechos contrastados. Insinúa, por otra parte, algunas teorías, pese a las dificultades que él mismo expresa.

Murra, Jhon V., *La organización económica del Estado inca*, Siglo XXI, México, 1978. El autor, especialista en la sociedad inca, tiene numerosos trabajos relativos a este pueblo prehispánico y es una fuente de consulta fundamental para el conocimiento de las formas de vida y organización inca.

Pérez Mellaina, P. E., *La colonización: la huella de España en América*, Ed. Anaya, Biblioteca Iberoamericana, Madrid, 1988, 125 pp. Breve reseña histórica de la América colonial hasta su independencia, abarcando los procesos de descubrimiento y colonización, organización político-administrativa, economía, demografía, sociedad y cultura, en muy apretada síntesis.

Portales, C. (comp.), *El mundo en transición de América Latina*, Grupo Editor Latinoamericano, Buenos Aires, 1989, 258 pp. Un enfoque del mundo actual y las relaciones entre los países centrales y latinoamericanos.

Ribeiro, D., *Las Américas y la civilización*, Centro Editor de América Latina, col. Bibliotecas Universitarias, Buenos Aires, 1985, 534 pp. Constituye una obra básica para conocer científicamente la formación de los grupos sociales americanos. El profundo tratamiento sobre el tema la hace merecedora de clasificársela como la obra más interesante y completa, esencial para cualquier trabajo de investigación sociológica.

Romero, J. L., *Latinoamérica, las ciudades y las ideas*, Ed. Siglo XXI, col. Sociología y Política, Buenos Aires, 1976, 364 pp. Presenta la ciudad latinoamericana a través de las distintas estapas: colonial, hidalga, barroca, ilustrada, republicana, masificada, desde una óptica filosófica y científica de gran talla. Quizás sea lo mejor que se haya hecho en este estilo. Obra básica en toda bibliografía para conocer las ideas y la políticas urbanas latinoamericanas.

Sánchez Albornoz, N., *La población en América Latina. Desde los tiempos precolombinos al año 2000*, Siglo XXI, Buenos Aires, 1974, 312 pp. Una de las obras más completas y precisas sobre el tema, con las falencias propias para los primeros siglos de la colonia por la falta de información fidedigna.

Sánchez Albornoz, N. (comp.), *Población y mano de obra en América Latina*, Alianza Editorial, Madrid, 1985, 370 pp. Obra obligada para la consulta sobre temas demográficos desde la época precolombina hasta la actualidad, así como la incidencia de las crisis económicas y su influencia en las migraciones rurales.

Sistema Ecónomico Latinoamericano, *La economía mundial y el desarrollo de América Latina y el Caribe*, Editorial Nueva Sociedad, Caracas, 1988, 246 pp. Con criterio descriptivo y esclarecedor analizan este aspecto en el plano mundial y latinoamericano. Situación actual, deuda externa, comercio internacional, relaciones económicas interamericanas, inversiones extranjeras, son los temas ampliamente tratados.

Solano, F. de, y Hernández Sánchez-Barba, M., *et al.*, *Historia urbana de Iberoamérica. La ciudad barroca 1573-1750*, tomo II, 1, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional del Quinto Centenario, Junta de Andalucía/Consejería de Obras Públicas y Transportes, Madrid, 1990, 162 pp. Segundo tomo de la historia urbana de Iberoamérica con tres capítulos que nos relatan detalladamente los inicios de la colonización sistemática, el panorama general urbano y su sociedad, enmarcadas en el movimiento «barroco». Funciones y tipologías urbanas, la geopolítica española en América, comercio, instituciones comerciales y defensa, completan este tomo tratado con un nivel científico más que aceptable.

Solano Hernández, F. de; Sánchez-Barba, M., *et al.*, *Historia urbana de Iberoamérica. La ciudad barroca. Análisis regionales*, tomo II, 2, Consejo Superior de los Colegios de Arquitectos de España, Comisión Nacional Quinto Centenario, Junta de Andalucía/Consejería de Obras Públicas y Transportes, Madrid, 1990, 577 pp. Continuando con la historia de las ciudades inmersas en el mundo barroco, se analiza, este capítulo IV, que es continuación del II, 1, y estudia los grandes espacios que abarcan los virreinatos, audiencias, reinos con todas sus implicaciones políticas, económicas, etc., poniendo énfasis en el análisis interno de las ciudades. Los espacios son desigualmente tratados, como desigual es la información que encontramos en cada uno de ellos.

Solano, F. de, *Ciudades hispanoamericanas y pueblos de indios*, Biblioteca de Historia de América, CSIC, Madrid, 1990, 423 pp. Obra de gran envergadura científica que completa parte del conocimiento de las ciudades hispanoamericanas hasta casi las postrimerías del siglo XVIII, profundizando en el análisis de los pueblos de indios. Obra esencial por incluir este tema de gran utilidad para comprender integralmente la historia urbana de este ámbito geográfico.

Yujnovsky, O., *La estructura interna de la ciudad. El caso latinoamericano*, Ediciones Siap, Buenos Aires, 1971, 163 pp. Presenta la estructuración urbana en general, y, en particular, latinoamericana a través de los diferentes períodos en que divide las etapas de urbanización. En cada una de ellas analiza los antecedentes generales, el régimen decisional, la tecnología y la estrucura urbana, poniendo de manifiesto las políticas e ideologías imperantes. Es una obra fundamental para la comprensión del tema.

ÍNDICE ONOMÁSTICO

ÍNDICE TOPONÍMICO

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Formado por 19 colecciones, recoge más de 270 obras. Los títulos de las Colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92

INDIOS DE AMÉRICA

MAR Y AMÉRICA

IDIOMA E IBEROAMÉRICA

LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS

IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO

REALIDADES AMERICANAS

CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

PORTUGAL Y EL MUNDO

LAS ESPAÑAS Y AMÉRICA

RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA

ESPAÑA Y ESTADOS UNIDOS

ARMAS Y AMÉRICA

INDEPENDENCIA DE IBEROAMÉRICA

EUROPA Y AMÉRICA

AMÉRICA, CRISOL

SEFARAD

AL-ANDALUS

EL MAGREB

Las Colecciones MAPFRE 1492 constituyen el principal proyecto de la Fundación MAPFRE AMÉRICA. Integradas por 19 colecciones, recogen más de 270 libros. Los títulos de las colecciones son los siguientes:

AMÉRICA 92
INDIOS DE AMÉRICA
MAR Y AMÉRICA
IDIOMA E IBEROAMÉRICA
LENGUAS Y LITERATURAS INDÍGENAS
IGLESIA CATÓLICA EN EL NUEVO MUNDO
REALIDADES AMERICANAS
CIUDADES DE IBEROAMÉRICA
[illegible]
[illegible]
[illegible]
RELACIONES ENTRE ESPAÑA Y AMÉRICA
[illegible]
[illegible]
[illegible]
[illegible]
SEFARAD
AL-ANDALUS
EL MAGREB

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de Mateu Cromo Artes Gráficas, S. A.
en el mes de agosto de 1992.

Este libro se terminó de imprimir
en los talleres de [illegible] Gráficas [illegible]
[illegible] 1997

El libro *Proceso de urbanización en América del Sur,* de M.ª Asunción Martín Lou y Eduardo Múscar Benasayag, forma parte de la Colección «Ciudades de Iberoamérica», dirigida por el profesor Manuel Lucena, Catedrático de Historia de América de la Universidad de Alcalá de Henares.

COLECCIÓN CIUDADES DE IBEROAMÉRICA

- Río de Janeiro.
- Caracas.
- São Paulo.
- Lima.
- Quito.
- Santiago de Chile.
- La Habana.
- Sevilla.
- Bogotá.
- Proceso de urbanización en América del Sur.

En preparación:

- Ciudades precolombinas.
- La fundación de las ciudades hispanoamericanas.
- Barcelona.
- Lisboa.
- Manila.
- México.
- Buenos Aires.
- Madrid.
- El impacto de la urbanización de los centros históricos de América Latina.

DISEÑO GRÁFICO: JOSÉ CRESPO

La Fundación MAPFRE América, creada en 1988, tiene como objeto el desarrollo de actividades científicas y culturales que contribuyan a las siguientes finalidades de interés general:

Promoción del sentido de solidaridad entre los pueblos y culturas ibéricos y americanos y establecimiento entre ellos de vínculos de hermandad.

Defensa y divulgación del legado histórico, sociológico y documental de España, Portugal y países americanos en sus etapas pre y postcolombina.

Promoción de relaciones e intercambios culturales, técnicos y científicos entre España, Portugal y otros países europeos y los países americanos.

MAPFRE, con voluntad de estar presente institucional y culturalmente en América, ha promovido la Fundación MAPFRE América para devolver a la sociedad americana una parte de lo que de ésta ha recibido.

Las *Colecciones MAPFRE 1492*, de las que forma parte este volumen, son el principal proyecto editorial de la Fundación, integrado por más de 250 libros y en cuya realización han colaborado 330 historiadores de 40 países. Los diferentes títulos están relacionados con las efemérides de 1492: descubrimiento e historia de América, sus relaciones con diferentes países y etnias, y fin de la presencia de árabes y judíos en España. La dirección científica corresponde al profesor José Andrés-Gallego, del Consejo Superior de Investigaciones Científicas.

EDITORIAL
MAPFRE

